Me llamo roberto

REYES MARTÍNEZ

Primera edición, año 2018

Facebook: Club de Fans Reyes Martínez

ISBN: 978-84-948760-3-5

Diseño de cubierta: mundopalabras.es

El futuro de los niños es siempre hoy.
Mañana será tarde

Gabriela Mistral

La infancia nunca dura.
Pero todo el mundo se merece una.

Wendy Dale

Capítulo 1. Roberto

–Me llamo Roberto, tengo siete años y mi madre está muerta.

El corazón de Clara se sobrecogió. No se acostumbraría jamás a ese trabajo. Cada vez que un caso de los que llegaban a sus manos acababa bien, sus fuerzas crecían hasta creerse invencible. Cuando tenía un caso como el de Roberto… se le encogía el estómago hasta ser poco más que una canica. Roberto solo tenía siete años y ya había visto morir a su madre a manos de su padre, o, al menos, eso era lo que parecía.

–A ver, aquí nadie te puede hacer daño ya. Belén y tú vais a ir a una casa preciosa, donde estaréis con muchos niños más. ¡Os va a encantar! Tienen un montón de cosas para jugar, ropa limpia, comida, camas… ¡y hasta un jardín! –intentó convencerle Clara–. Unas personas muy buenas van a cuidar de vosotros.

De pronto, vio cómo el niño se ponía tenso y la miraba con cara de terror.

–En esa casa, ¿hay una mamá? –preguntó Roberto.

–Sí –le explicó pacientemente la asistente social–, hay una mamá. Cuidará muy bien de vosotros. No es una mamá de verdad, pero os va a querer como si lo fuera y, además, si no te gusta, me lo podrás decir. Yo iré a verte todos los días.

–Ya, es que… –titubeó – y ¿hay algún papá?

–Claro, también hay un papá…

No le dio tiempo a terminar la frase. El niño comenzó a temblar, a llorar, e incluso a ahogarse. El médico de la ambulancia que había ido a atender la llamada del 112 corrió rápidamente a ver lo que le pasaba.

–Tranquilos, es una crisis de ansiedad –diagnosticó rápidamente–, tráeme mi maletín –ordenó al enfermero, quien inmediatamente se fue a buscarlo a la ambulancia.

“Pobre criatura –pensó Clara–, solo pensar que puede haber otro padre y le da una crisis de ansiedad. ¿Qué habrá hecho con ellos ese mal nacido?”.

–¿Qué ocurre, Clara? –dijo un hombre entrado en la treintena que se acercó rápidamente al darse cuenta de que el pequeño tenía dificultades.

–¡Ismael! –exclamó ella al ver al policía que acababa de acercarse–. Parece una crisis de ansiedad. Se ha puesto muy nervioso cuando le he dicho que le llevaba a la casa de acogida.

El hombre puso gesto de preocupación mientras Clara lo observaba

con cansancio. Conocía a Ismael desde hacía algún tiempo. Era inspector de policía en la sección de Homicidios, donde, a pesar de su juventud, ya llevaba varios años. Coincidieron en varias ocasiones en las que ella había tenido que intervenir. Cuando trabajaron mano a mano fue en un caso ocurrido dos años antes. Una mujer desesperada asestó varias puñaladas a su marido, quien la obligaba a prostituirse. Más tarde, acabó con su vida. Había dejado a su pequeño de tres años al cuidado de una vecina, que fue quien alertó a la policía de que algo sucedía. Desde entonces, no les había tocado trabajar codo con codo, aunque habían coincidido en más de una ocasión.

Ismael permanecía horrorizado ante el caso que se les presentaba. Miró al pequeño, que respiraba más tranquilo.

–Creo que es mejor que no me acerque mucho –le dijo a Clara–. Aún no sé qué ha ocurrido aquí, parece un caso claro de malos tratos. Cuando llegamos, al crío le pasó algo parecido. Después le dije que era policía y parece que se calmó un poco.

–Ya... el niño no se siente seguro con un hombre cerca. Pensar en el porqué, me provoca náuseas.

–Tengo que ir a la comisaría, Clara, me alegro de que lleves tú el caso. Bueno, no me alegro, quiero decir que ya que tengo que hacerme cargo de algo como esto –trató de explicarse mientras señalaba a la mujer muerta en el suelo–, no se me ocurre nadie mejor para que se ocupe de estos niños.

–No te preocupes, entiendo lo que quieres decir, y yo también me alegro de que lo lleves tú. ¿Os avisaron los vecinos?

–No, fue la profesora del crío la que nos llamó. Parece que llevaba días sin saber de él y sospechaba que el padre le pegaba.

–Qué pena que no llamara antes –dijo ella de pronto.

–Sí, una pena, al menos llamó.

–Es cierto –coincidió ella–. No quiero ni pensar en lo que habríamos tardado en encontrarlos si no lo hubiera hecho.

–Me marcho, Clara, ¿o necesitas ayuda? Tengo que ir a la comisaría a redactar el informe y a hablar con el comisario. Además, tengo que poner al día a mi compañero. Mañana te llamo –dijo el inspector–, cualquier cosa que consigas… ya sabes… con los críos, me llamas.

–Claro –respondió ella a modo de despedida.

Le parecía un mal sueño. Hacía una hora que la habían llamado y sentía que llevaba allí una eternidad. La agente que se puso en contacto con ella parecía una autómata. Con voz cansina y que no dejaba entrever ningún tipo de sentimiento, le comunicó que se requería su presencia en el escenario de un crimen. Le explicó que era necesario que acudiera porque había sido asesinada una mujer joven en presencia de sus dos hijos, de siete y dos años. Tras darle la dirección a la que tenía que acudir, había colgado el teléfono con un

simple “hasta ahora”.

Sin embargo, Clara, nada más poner el auricular en su sitio, comenzó a sentir una opresión en el pecho. Siete y dos años. Sabía que lo que se iba a encontrar en aquella casa iba a ser espeluznante y, pese a que intentó acudir preparada para lo que vería, cualquier vestigio de valentía y determinación se esfumó nada más atravesar el umbral de la puerta.

La mujer yacía en una posición extraña, forzada. Parecía muy joven. Permanecía boca arriba, con las piernas dobladas hacia atrás, y la cabeza que miraba hacia el techo, descansaba sobre un gran charco de sangre coagulada. Sus ojos, vidriosos, se encontraban abiertos, congelados en aquella habitación. Y las heridas de su cuerpo eran tan numerosas que se juntaban unas con otras.

Un niño menudo permanecía en el sofá abrazado a una niña muy pequeña; se les veía desaliñados y ensangrentados. Se veían huellas de sus pies por todos lados. Los calcetines de la niña teñidos de sangre y tanto su pijama como el de su hermano aparecían decorados con todo tipo de manchas de pis, mocos y sangre. El fuerte olor había hecho arrugar la nariz a Clara, quien enseguida recompuso el gesto de su cara en un intento de que los niños no se dieran cuenta de la sensación de asco que se había apoderado de ella.

El llanto del niño devolvió a Clara a la realidad de aquel pequeño piso. Una vez que consiguieron calmarlo, se dirigió a las habitaciones, donde varios técnicos abrían armarios y cajones buscando objetos que les proporcionaran alguna pista y huellas que añadir al expediente del caso.

En una de las destartaladas habitaciones descansaban varias prendas de ropa, dobladas de manera descuidada, sobre una silla barata. Cogió lo que le pareció que podía hacerles falta a los pequeños y lo introdujo en una mochila que encontró dentro de un armario. Después se encaminó al salón, donde recogió a los niños, y se dispuso a acompañarlos a la casa de acogida en la que se iban a quedar una temporada. Al pasar por el salón, evitó mirar hacia el cadáver de la madre, quien aún permanecía allí, en aquella posición forzada. Los técnicos enseguida terminarían de recopilar pruebas y de hacer fotos, pese a lo revuelto del escenario.

No sería lo rápido que le habría gustado a Clara. Una mujer de mediana edad, vestida con el uniforme de la policía y con un letrero en la espalda que avisaba de que pertenecía a la Científica, le pidió que esperara un momento.

–Estos niños necesitan salir de aquí y descansar –dijo Clara mirando a la mujer a los ojos.

–Lo sé, necesitamos examinarlos y coger muestras de sus ropas.

–¿No puede esperar a mañana?

–No. Lo siento, cuanto más recientes sean las muestras que cojamos, más fiable será su análisis –le explicó la mujer con firmeza.

–Ya... –respondió Clara, abatida–. No tarde, por favor, estos niños necesitan dormir con urgencia.

–Puede estar presente si quiere –le explicó la mujer policía, lo que provocó un cambio brusco en la actitud de la asistente social.

–Por supuesto que estaré presente –respondió con un gesto de ira.

¿Qué se creía aquella mujer? ¿Que iba a dejar a los niños solos con ella? La policía, al darse cuenta de que sus palabras no habían sido muy acertadas, se disculpó de inmediato.

–Perdone, no he querido ofenderla. Lo he dicho sin pensar. No haría un examen a los niños sin que un responsable de ellos estuviera presente.

–De acuerdo –dijo Clara aceptando las disculpas de inmediato.

La mujer fotografió a los niños desde varios ángulos, acercándose y alejándose según le hacía falta. El niño no parecía inmutarse, permanecía impasible ante aquella mujer, ni siquiera daba muestras de impaciencia o cansancio. Simplemente, la dejaba hacer. Pero la pequeña no se perdía ni un solo movimiento de la mujer. Cuando terminó de hacerles fotos, cogió un bastoncillo, lo pasó por las uñas de los niños y lo metió en una funda. Tomó varias muestras más y les quitó la ropa. Varios hematomas de diversos colores y tamaños adornaban el delgado cuerpo del niño. La pequeña no tenía más cardenales que los propios de una niña de su edad. La policía miró a Clara mientras negaba con la cabeza. Ella, por su parte, apretó los dientes intentando que la ira no se apoderara de ella; aquel niño había sufrido mucho.

Por último, la mujer metió la ropa de los pequeños en una bolsa y le pidió a Clara que los vistiese con cualquier otra cosa. Ella salió un momento de aquella habitación y volvió poco después con unos pijamas limpios. Después preguntó a la policía si los podía duchar, a lo que ella asintió. Entonces la asistente social los llevó al baño donde los duchó rápidamente para eliminar el fuerte olor que despedían y las manchas que salpicaban su piel. La pequeña lloraba y protestaba mientras el agua corría por su cuerpo menudo. Cuando la ducha roció su cara gritó aterrorizada y Clara titubeó.

–No le gusta que le caiga agua en los ojos, le da miedo –le explicó el pequeño cogiendo la alcachofa de la ducha de la mano de Clara para terminar de aclarar a la pequeña y poniendo una de sus pequeñas manos a modo de visera encima de sus ojos.

La asistente social observaba con incredulidad la escena. Por lo visto aquel niño se había tenido que encargar de su hermana muchas más veces de las que debería. Dejó al pequeño que se terminara de duchar solo mientras sacaba a la niña y la secaba con cuidado. El llanto de la

pequeña pasaba a ser un suave quejido provocado por el agotamiento.

Una vez vestidos y con algunas pertenencias en la mochila, Clara se dispuso a llevárselos de aquella casa, un taxi la esperaba y a la policía aún le quedaba tarea que hacer. Cuando estaban a punto de salir, Roberto se soltó de la mano de un tirón y se fue directo al salón. Nadie le paró a tiempo. Se arrodilló al lado de su madre, le dio un beso y le dijo con voz trémula:

–Descansa, mamá. No te preocupes por Belén, que yo la voy a cuidar.

Clara se tragó las lágrimas, agarró la manita cálida de Roberto y, con Belén acurrucada en sus brazos, abandonó aquel horror. Lo peor había pasado ya, ahora comenzaba la incertidumbre.

En la casa de acogida, su amiga Laura les dio un vaso de leche con galletas, que los dos niños se apresuraron a devorar. Por la manera de tomarlo, parecía que no habían probado bocado en mucho tiempo. Durante aquellos minutos, no dijeron ni una sola palabra. Roberto no levantó la vista de su vaso de leche hasta que lo terminó y, de inmediato, ayudó a su hermana con el suyo.

Una vez limpios, alimentados y vestidos, parecían otros niños. Si uno no supiera lo que les había ocurrido, podía ver en ellos dos hermanos normales, en una habitación cualquiera, e incluso felices. Hasta que se les miraba a los ojos. A sus ojos también se les había borrado la vida, como a su madre.

Por supuesto, el niño no quería que Clara se fuese a su casa. Quería que esa única persona que ahora mismo le proporcionaba seguridad se quedase con él y con su hermana. La asistente social sabía por experiencia que no se podía quedar, sería como mentirle. Le explicó que volvería al día siguiente y al otro y al otro… Todos los días comprobaría que estaba bien. Roberto, muy poco convencido de sus palabras, pero acostumbrado a sentir miedo y a no conseguir lo que quería, se dio la vuelta en la cama y cerró los ojos. Ella se quedó observando a los dos niños. Cuando estuvo segura de que se habían dormido, les dio un beso y abandonó la habitación.

Capítulo 2. Déjà vu

Nada más llegar a casa, Clara se puso manos a la obra. Sobre la mesa de la cocina aguardaban los expedientes de al menos quince niños a los que había sacado de un mundo cruel, absurdo. Humillados, maltratados o abandonados, habían perdido el respeto a la vida. Clara debía conseguir que volvieran a creer en la gente, en el amor, y reintroducirlos en una sociedad que les había dado la espalda. Era una tarea agotadora en la que se dejaba parte de sí misma. Cada uno de esos niños lo merecía.

–*A ver* –leyó ella–, *Lorena Marcos, cuatro años. Se encuentra en situación de abandono. Debido a las reiteradas denuncias de sus vecinos, la policía se persona en el domicilio de la menor. Tras llamar varias veces al timbre sin éxito y ante los incesantes llantos de la niña, la polic*ía echa la puerta abajo. La niña se encuentra en situación de abandono. Según sus vecinos, los llantos no cesan desde las ∨ de la mañana y sus padres no han dado señales de vida desde entonces. Se hacen cargo de ella los Servicios Sociales.

Clara recordaba la carita de Lorena cuando ella la cogió en brazos. No pesaba nada. No ocupaba nada. Se acurrucó en su pecho y se calmó casi de inmediato. De aquello hacía ya varios meses. Los padres se pasaban el día colocados y buscando un pico. Renunciaron a la niña sin vacilar. Sin una mocosa de la que preocuparse era más fácil llevar la vida a la que estaban acostumbrados. La asistente social recordaba haber hablado con ellos en varias ocasiones, intentando que comprendieran lo importante que era para la niña crecer en un ambiente ordenado, limpio... Les consiguió plaza en un par de programas de desintoxicación y un trabajo para la madre de la niña, ellos solo se molestaron en acudir la primera vez al programa y la mujer ni siquiera se presentó a trabajar el primer día. En aquellas condiciones, poco podía hacer.

Clara ya tenía preparada una familia de acogida para Lorena. La niña se mostraba emocionada con la idea. Prefirió olvidar todo aquello que le había ocurrido antes del día que la encontró la policía. —*Autodefensa* –dijo la psicóloga infantil–, *es muy frecuente en estos niños*. Ni siquiera se acordaba de haber tenido padres.

La primera visita de sus padres adoptivos estaba prevista para dentro de dos semanas. ¡Dos semanas! ¡Con la de papeles que había que rellenar y la de gente con la que tendría que hablar! Siempre era así, hiciera lo que hiciera, siempre tenía que ultimar los preparativos a toda velocidad, así que organizó todo lo que pudo esa noche y se

dispuso a rellenar formularios. La sola idea le hizo abrir la boca de aburrimiento, no tenía otra opción si quería tener los papeles preparados a tiempo.

De repente, un timbre sonó en la lejanía y Clara despertó. Se había dormido encima de los papeles. No podía seguir así, estaba agotada. Pediría unas vacaciones, eso. Antes dejaría arreglado lo de Lorena, intentaría que Roberto y su hermana estuvieran acomodados en la casa de acogida y no podía olvidar el caso de Susana, ni el de Ruth… Definitivamente, tardaría varios meses en poder tener los tan ansiados días libres.

El timbre seguía sonando. Clara creía que era la alarma del móvil para levantarse por la mañana, al mirar hacia la ventana comprobó que era aún noche cerrada. Miró su reloj: marcaba las dos de la madrugada. Entonces… ¿el timbre? Se acercó a la puerta y observó por la mirilla. Dos hombres aguardaban al otro lado. Clara reconoció a su amigo Ismael, el policía. Por la tarde coincidieron en el escenario del crimen. Le asignaban la mayor parte de los casos que tenían que ver con violencia doméstica, porque demostraba una sensibilidad que a otros muchos les faltaba. Por eso les tocaba trabajar juntos en bastantes ocasiones. Al otro no lo había visto nunca. Le dijo que la llamaría por la mañana, ¿qué podía hacerle venir a las dos de la madrugada? Abrió la puerta y los miró extrañada.

–¿Ha ocurrido algo? –inquirió Clara.

–Hola, Clara, perdona que nos presentemos aquí tan tarde, tenemos un problema y vamos a necesitar tu ayuda –dijo Ismael–. Te presento a Andrés, mi compañero.

–Encantada. ¿Tú eres el que viene de traslado? Me lo dijo Ismael, espero que te guste esto –comentó Clara mirándole a los ojos–, esta ciudad puede ser muy traicionera.

–Ya había trabajado en Madrid antes, no te preocupes –respondió él sonriendo.

–Pasad, por favor, no os quedéis en la puerta –añadió ella echándose a un lado para dejarles entrar.

Clara se sintió extraña al mirar a ese hombre. Sus ojos eran de un color indefinido. En el quicio de la puerta le habían parecido marrones claros, pardos, pero con la luz del fluorescente de la cocina se veían de un verde intenso, exótico. Intentó no pensar en ellos.

–Verás, Clara, no te habríamos despertado a estas horas si no fuese importante.

–¿Despertarme? No, qué va. Ojalá me hubierais despertado, eso significaría que estaba durmiendo.

–Ya, parece que tú también tienes trabajo atrasado –respondió él señalando la mesa de la cocina, llena de papeles.

–Sí, mucho más del que quisiera. Lo de esta tarde no ha hecho más

que aumentar la presión.

–Verás… hemos recibido un aviso hace una hora de un caso similar al de esta tarde –explicó con la mirada triste Ismael–. Ya sé que hay más asistentes sociales en esta ciudad, es que creo que es mejor que lo lleves tú, o al menos que lo decidas cuando hayas visto por qué te hemos llamado.

–¿Un caso similar? ¿A qué te refieres?

–Mejor lo ves tú misma.

–Uf… el problema es que ahora mismo llevo más casos de los que soy capaz. Incluso creo que debería pasarle los expedientes de los niños que hemos recogido esta tarde a algún compañero.

–Como quieras, creo que primero deberías acompañarnos, después seguro que cambias de idea –añadió Ismael.

–¿De verdad quieres pasarle ese caso a otro? –preguntó el policía nuevo arqueando las cejas. Según Ismael ella era única en casos como aquél, no le cuadraba que quisiera dejarlo.

–No, la verdad es que no, aunque debería, mira cómo tengo la mesa. No sé explicar el porqué, lo que he visto hoy sobrepasa los límites. Necesito ayudar a estos niños, creo que antes pasaría otros expedientes.

–¿Entonces vienes con nosotros? Creo que deberías ver esto, es muy importante –insistió Ismael.

–De acuerdo, iré. Si no voy, la curiosidad tampoco me dejará dormir, así que… Dadme un minuto que cojo mis cosas. Tomaros un café, que aún está caliente.

–Pues te lo vamos a aceptar, Clara, esta noche va a ser larga –contestó Ismael–. ¿Cojo una taza de aquí?

–Claro, como si estuvierais en vuestra casa.

Clara miró un momento el montón de papeles que tenía encima de la mesa. Bien, tendrían que esperar hasta el día siguiente. Después entró en su habitación a por la mochila y la cazadora y echó un rápido vistazo a su cama. Sí, también tendría que esperar. Se lavó un poco en el lavabo intentando desperezarse y después se vistió con unos vaqueros y un jersey de cuello alto. Aquella noche no era capaz de entrar en calor hiciera lo que hiciera. Después cogió aire y volvió a la cocina, donde la esperaban los dos policías tomándose una taza de café. Apuraron la bebida de un trago y salieron a la noche con la amarga sensación de que aquel caso iba a llevarse una buena parte de sí mismos.

La noche era muy fría. Aún no se había acostumbrado la ciudad a la primavera que acababa de empezar. Clara se metió en el coche de la policía y se pusieron en marcha; conducía Ismael. Ella sabía que pronto conduciría Andrés, a no ser que fuera un negado al volante, claro. A su amigo no le gustaba nada conducir, así que era cuestión de

tiempo. Andrés se giró hacia ella con cara de disculpa.

–No queremos contarte nada porque necesitamos conocer tu primera impresión sin haberla contaminado antes con algo que hayamos podido decirte –explicó Andrés–. Espero que no te parezca mal.

–No, tranquilo, si no he dicho nada, ni siquiera os voy a preguntar –dijo Clara de forma casual, aunque casi no podía aguantar la curiosidad que sentía desde que le habían dicho que había un caso "similar".

Intentando parecer indiferente, se dispuso a mirar por la ventanilla. Las calles aparecían desiertas a esas horas. Era muy distinto el panorama del que se podía vivir en hora punta. Los semáforos parecían ponerse de acuerdo con el coche para ponerse en verde siempre que lo necesitaran. Por las mañanas, en aquella parte de Madrid, a Clara le había dado tiempo a leer varios expedientes en el autobús de camino al trabajo. Se formaban tales atascos que tenía que salir hora y media antes de casa para recorrer lo que ahora hacían en veinte minutos. Incluso parecía una ciudad distinta. Pudo ver cómo la humedad de la noche se condensaba en los cristales de los coches. El silencio era interrumpido a ratos por algún conductor que madrugaba o trasnochaba. Al parar en un cruce, contempló a un hombre ataviado con un delantal y un gorro blancos, fumándose un cigarro en la puerta de una panadería que aún permanecía cerrada, pero de la que salía un delicioso aroma a pan recién hecho.

El suave ronroneo del coche y la calefacción comenzaban a acunar a Clara, quien pensaba en la voz de Andrés. "Tiene una voz muy intensa, grave pero a la vez cálida. Le da un aire interesante. Me pregunto qué tal investigador será". Cerró los ojos y se quedó dormida. fueron unos minutos, pero le pareció que había descansado lo suficiente para afrontar un nuevo día aún más horrible que el anterior.

El bloque de pisos en el que se encontraban era mucho más lujoso que aquél al que se había visto obligada a acudir por la tarde. También el barrio era distinto, era una zona más nueva, con menos delincuencia, más colegios, iluminación… Desde luego, el escenario difería mucho del que había visitado hacía unas horas.

El portal contaba con dos espaciosos ascensores; el otro ni siquiera tenía ascensor. Los vecinos que se agolpaban en el rellano del piso al que iban llevaban buenos pijamas, batas a juego, zapatillas. Por la tarde, había contemplado gente con camisetas rotas, sucias, zapatillas con agujeros. El olor a sudor y a suciedad era impactante, e incluso alguno de los vecinos de Roberto olía a alcohol. Ninguna de las personas a las que veía ahora olía a sudor o a alcohol; de los hogares abiertos no salía mal olor. Eso no quería decir que ninguno bebiese o

que no se lavasen. Quería decir que tenían la educación suficiente para saber disimular. Notó las miradas clavadas en ellos cuando traspasaron la puerta de la vivienda.

Varios técnicos trabajaban en el piso. Clara pudo reconocer a uno de ellos. Lo había visto por la tarde en el otro escenario. Cuando entró al salón, no entendía lo que estaba viendo, parecía una broma macabra. Un niño de unos siete años, ataviado con un pijama rojo de felpa, permanecía en el sofá con una niña de, aproximadamente, dos años acurrucada contra él. En el suelo, una mujer joven, amoratada y ensangrentada, tumbada en la misma posición en la que había visto esa misma tarde a la madre de Roberto; también estaba muerta. La cabeza de la mujer, con los ojos fijos en el techo, descansaba sobre un espeso charco de color granate.

Los dos policías miraban a Clara fijamente, como si ella tuviera la respuesta. Sus ojos, abiertos como platos, parecían pedir una explicación coherente tanto como ellos. Permanecía petrificada mirando hacia la mujer con la intensa sensación de estar en medio de una pesadilla.

Pero entonces reaccionó: lo suyo eran los niños. No podía dejarlos allí contemplando por más tiempo el cadáver de su madre. Tenía que llevárselos cuanto antes y comenzar un nuevo proceso.

–Hola, me llamo Clara, ¿tú cómo te llamas? –le preguntó al niño con tono afable–. No te preocupes, que enseguida nos iremos a otro sitio. ¿Sabes lo que ha pasado? ¿Y ésta quién es? ¿Tu hermanita? Venid conmigo a la habitación y allí hablaremos un poco.

Los policías seguían observaban a Clara, quien les echó una rápida mirada y se fue hacia una habitación con los niños, susurrándole a Ismael al pasar: “Dame quince minutos”. Andrés e Ismael observaron cómo Clara se adentraba en el pasillo con los dos pequeños.

–Ismael, esto es una investigación de asesinato. ¿Crees que es conveniente que se encierre en una habitación con los niños? –susurró Andrés–. Quiero decir, que… bueno… habrá que interrogarlos, no puede influir en ellos. ¡Ya sabes! A lo mejor deberíamos ir nosotros también.

–Tranquilo, Andrés, sé perfectamente lo que quieres decir. Créeme, si ella no consigue sacarles a los niños nada, nadie lo hará. Es la mejor –afirmó con convicción.

–No, si no lo dudo. Se ve que tiene mano con ellos, pero… –dudó Andrés mientras sacaba del bolsillo de su chaqueta un caramelo de menta y se lo metía en la boca de forma casual.

–Confía en mí, Andrés. Hemos resuelto varios casos gracias a ella –confesó Ismael.

–Vale, lo que tú digas. Oye, tú y Clara tenéis mucha complicidad, ¿no? ¿Estáis juntos? –se atrevió a preguntar Andrés arrepintiéndose

casi de inmediato. ¿Por qué le había hecho esa pregunta? ¿Acaso era de su incumbencia?

Ismael se giró hacia él arqueando las cejas.

–Vaya, perdona. No quería molestarte, lo siento. Ya sé que tu vida privada no me concierne. Es que me parecía… Bueno, es igual.

Ismael no dijo nada. Andrés hubiera preferido que lo hiciera, porque aunque no había afirmado que estaban juntos, tampoco lo había desmentido y ahora él no sabía qué pensar. Clara era una chica muy atractiva. El pelo rizado de color miel caía por sus hombros formando una cascada. Sus ojos, grandes y rasgados y a juego con el pelo, se tornaban de un tono más claro, quizá. Su piel se veía ligeramente bronceada, pasaba tiempo al aire libre, no cabía duda. Y cuando sonreía se le hacía un hoyito en la mejilla izquierda. La había visto sonreír una vez, cuando se la presentó Ismael. De hecho, la conocía desde hacía una hora y había sido una hora especialmente cruel. Era un milagro que hubiera conseguido ver esa sonrisa.

Clara, mientras tanto, aguardaba en la habitación del niño. En ella descansaba una cama nido sin hacer; el resto de la habitación estaba totalmente ordenada. En la pared un cuadro de punto de cruz con el nombre de "HUGO" y varios dibujos adornando el resto de la estancia firmados con el mismo nombre. Probablemente realizados por el niño, eran francamente buenos para alguien de su edad. Clara pensó que si aquellos dibujos habían salido de la mano del pequeño, sería una suerte, porque lo que no les pudiera decir con palabras se lo contaría con dibujos. Contempló por un minuto una foto del niño que ocupaba la cabecera de la cama. Aparecía en un parque totalmente nevado y se reía con ganas mientras preparaba una bola de nieve. Llevaba puesta una buena cazadora, gorro, guantes y bufanda a juego. El pelo castaño y liso le sobresalía por debajo del gorro y las mejillas se veían rojas por el frío. Sus grandes ojos marrones sonreían a la cámara casi más que su boca. Se giró hacia él para comprobar que la risa se había borrado de sus ojos hacía tiempo. Se dirigió a aquel pequeño del pijama rojo. Era menudo y frágil, pero su mirada decía que también era maduro y consciente de lo que había ocurrido.

–¿Te llamas Hugo, cariño? Sabes por qué hemos venido, ¿verdad? –preguntó Clara cautelosa.

–Sí. Me llamo Hugo, tengo siete años y mi madre está muerta –contestó Hugo con seguridad.

Aquella frase dejó a Clara unos segundos sin respiración. La sensación de *déjà vu* fue tan intensa como un puñetazo. Se obligó a recuperar la serenidad para seguir hablando con el niño.

–¿Y tu hermana? ¿Cómo se llama? Parece una niña muy buena.

–Sí, lo es. Se llama María. Tiene dos años, pero no sabe lo que es morirse –explicó Hugo.

–Ya. Supongo que tú sí que lo sabes, ¿no? –se atrevió a preguntarle Clara.

–Pues claro. Morirse es cuando no te puedes levantar y no puedes hablar, ni respirar, como mi madre. Yo llevo desde ayer comprobando si respira o se despierta, ¿sabes? Por si no está muerta del todo.

Clara se quedó atónita ante la tranquila explicación de Hugo. Desde ayer comprobando si estaba muerta o no. Pobre niño.

–Hugo, ¿sabes quién le hizo esto a tu mamá?–preguntó cautelosa Clara.

Entonces Hugo la miró y ya no dijo más. Simplemente, se quedó callado. Clara intentó hablar con él otra vez, solo obtuvo silencio. Decidió probar con otros temas que no tocaran la muerte de su madre, sin ningún éxito. Hugo hacía como si nadie hablara con él. Entonces Clara sacó unas mochilas de un armario. En una, metió algo de ropa del niño y le dijo que cogiera un juguete o algo que le gustase llevarse consigo. Fue a la habitación de María e hizo la misma operación. Cuando volvió, la niña se había dormido. La tapó con una mantita y le limpió un poco la cara y las manos, que tenían restos de todo tipo.

–Hugo, voy a cogerle un juguete a tu hermana, no sé lo que le gusta, ¿puedes ayudarme?

Él no contestó.

–Hugo –le dijo sentándose a su lado–, necesito que me digas lo que le gusta. No hablaremos más de este tema si no quieres, pero, por favor, dime qué le llevo. Vais a ir a una casa donde hay más niños y estaréis allí una temporada, así que mejor ir con algo que queráis tener con vosotros.

Entonces Hugo se levantó y, sin decir una palabra, se acercó a la habitación de María y cogió un osito de peluche de debajo de la cama de su hermana. Menos mal que lo cogió él, porque, desde luego, allí a Clara no se le habría ocurrido buscar. El niño la miró a los ojos y dijo:

–Este osito tiene grabada la voz de mamá. María lo pone por las noches para irse a dormir.

Después metió en su mochila un bloc de dibujo y unas pinturas. Antes de salir de la habitación, volvió un momento y cogió una foto de su mesilla. En ella estaban María y él con su madre. La niña tendría, más o menos, un año en la foto, según le pareció a Clara; los tres sonreían. Así que hacía un año eran felices. ¿Y ahora? ¿Qué les habría llevado a algo así?

Clara se paró un momento a decirles a Ismael y Andrés que iba a llevar a los niños a la casa de acogida. Les acomodaría en la misma en que esa mañana había dejado a Roberto y a Belén. Por la mañana ya vería si ésa era la mejor opción o buscaba otro sitio, ahora era lo más rápido, ya que la casa la llevaba su mejor amiga y podía confiar plenamente en ella.

–Me ha comentado un técnico que ya han terminado con los niños, que les han tomado muestras y les han hecho fotos.

–Sí, creo que lo que sí querrán es guardar la ropa que llevan puesta –le comentó Andrés.

–Sí, tengo aquí otros pijamas para ponerles. Pensaba ducharles…

–Creo que, si simplemente les cambias ahora de ropa, no habrá problema– respondió Ismael mientras llamaba a un joven de la policía científica para que se acercara a guardar la ropa de los pequeños.

–De acuerdo –contestó ella tras cambiar rápidamente de ropa a los niños–. Calculo que en hora y media más o menos estaré en mi casa. Si queréis podéis pasar por allí y os cuento lo que he podido observar. El niño se cierra en banda con la sola mención de su padre. Por ahora es lo más importante que he podido averiguar –explicó Clara con voz cansada.

–Si prefieres dormir un poco, podemos ir por la mañana, Clara –dijo educadamente Andrés–. Este caso nos va a llevar más tiempo del que pensamos. Estoy seguro.

–Gracias, pero no podría dormir ni aunque me anestesiaran. Pasaros por allí cuando queráis.

–Oye, ¿cómo piensas llevar a los niños? Son las cuatro de la madrugada – le preguntó Ismael.

–Pensaba llamar a Laura, la dueña de la casa de acogida, para que venga a buscarme–le explicó ella con el cansancio reflejado en su voz.

–Espera, os acerco yo y ahora vuelvo, no hagas salir a Laura a estas horas –dijo Ismael sacando las llaves de su coche del bolsillo del pantalón–. Andrés, vuelvo en un momento, ¿te importa?

–No, qué va, los llevaría yo mismo si conociese un poco más la ciudad. Aún no he tenido tiempo de aprenderme las calles –respondió Andrés haciendo un gesto de disculpa con las manos.

Una vez en el coche, Clara cogió su móvil y llamó a Laura a la casa de acogida. Le explicó lo que ocurría, necesitó repetirlo un par de veces para que reaccionara. Por un momento, su amiga pensó que estaba soñando con lo ocurrido aquella tarde. Tras despertar un poco, le prometió que tendría la habitación lista cuando llegara. Después Clara colgó y se volvió hacia los niños. María seguía dormida, Hugo miraba por la ventanilla con tristeza. Clara observó a la pequeña, tenía poco más de dos años y se parecía mucho a su hermano. El pelo era un poco más oscuro, pero igual de lacio, y lo llevaba peinado con una horquilla que posiblemente se la habría puesto Hugo, porque no le sujetaba prácticamente nada de pelo. Clara sintió una rabia infinita en su interior. Había que coger a esos cerdos. O a ese cerdo, porque realmente parecía que la misma persona había cometido ambos crímenes.

–Los cogeréis, ¿verdad? –preguntó Clara con lágrimas en los ojos.

–Te lo prometo –contestó Ismael.

Por el espejo retrovisor pudo ver cómo Hugo cogía la manita de su hermana en un gesto de protección y cerraba lentamente los ojos.

Capítulo 3. Hugo

Laura los aguardaba a la puerta de la casa de acogida: tiritaba de frío. No se había parado a vestirse ni a peinarse. El pelo salvaje, como siempre. Clara envidiaba sus negros y finos rizos, que parecían muelles. Habría dado cualquier cosa por un pelo así. Además era tan guapa… Cierto que le sobraban algunos kilos, pero sabía cómo vestirse para realzar sus curvas. Y tenía esa permanente sonrisa que invitaba a hablar con ella de cualquier cosa. Se abrazaba a sí misma para protegerse del frío de la noche. Llevaba encima un chal, no parecía suficiente. Cuando aparcaron en la puerta, se acercó rápidamente para ayudar a su amiga.

–Hola, tengo preparada la habitación verde –les explicó temblando por el frío–. He tenido que juntar dos camas de 80 y las he apoyado contra la pared, porque no nos quedan barreras de cama para poner a la niña. Mañana compraré una. Así que al menos esta noche tendrán que compartir cama.

–No creo que sea problema –explicó Clara–. Ahora mismo Hugo no se separaría de su hermana ni en sueños.

–Laura, ¿qué tal? –saludó Ismael mientras se apresuraba a sacar las mochilas de los niños del maletero del coche. Clara ya tenía en brazos a la pequeña y Hugo la seguía sin perder de vista a su hermana.

–Hola, Ismael. Un día horrible... –contestó ella con el semblante serio.

–De los peores que he visto nunca. Dos familias en un solo día. Nos espera mucho trabajo por delante– comentó Ismael con pena en su voz–, y a esos pobres niños, mucho que superar. Menos mal que os tienen a vosotras.

–Por desgracia, no es suficiente. ¿Quieres que te prepare un café? –preguntó Laura mientras Clara subía con los niños a la habitación–, pareces necesitarlo.

–No, gracias, me espera Andrés en el escenario.

–¿Andrés?

–¡Ah, es verdad! Tú no lo conoces aún. Es mi nuevo compañero. Mañana seguramente vendremos los dos a ver a los niños. No sé si a los cuatro o hablaremos con ellos en tandas… ya veremos.

–¿Sobre qué hora vendréis? ¿Lo sabes? –preguntó ella.

–No lo sé, en todo caso por la tarde. Aún tenemos que decidir cómo llevar el caso. Ni siquiera sé si lo llevaremos nosotros –respondió Ismael mientras se subía al coche–. Gracias por el ofrecimiento. Nos vemos mañana.

–¿Cómo no lo vais a llevar vosotros? –preguntó Clara al aparecer de repente en el rellano de la puerta. No daba crédito a lo que acababa de oír.

–Supongo que sí, nos pasa como a ti; ahora mismo tengo varios casos abiertos. Si llevamos éste, el comisario tendrá que pasarle los demás a otro departamento.

–Ah, claro. Es que pensé que preferías no llevar tú este caso.

–No, ni mucho menos –respondió él rápidamente–, es que no podemos con todo, al igual que tú, Clara. ¿No nos dijiste antes a Andrés y a mí que aún no sabías si llevarías tú los dos casos porque tenías mucho trabajo pendiente?

–Sí, tienes razón. A veces me supera –dijo ella.

–Voy para dentro, Ismael. Te veo mañana –se despidió Laura tiritando–. ¿Tú te quedas, no? –preguntó dirigiéndose a su amiga.

–Por supuesto –prometió ella mientras se quitaba el pañuelo que cubría su cuello y lo metía en su mochila–, al menos hasta que los niños estén dormidos.

–De acuerdo, hasta mañana, Laura –se despidió Ismael–. Y a ti –dijo mirando a Clara–, hasta dentro de un rato.

Clara se quedó observando cómo se marchaba Ismael. Le costaba enfrentarse con otros dos niños tan pronto. Respiró hondo, cerró la puerta y subió a ayudar a Laura, que preparaba un cálido baño para que Hugo y María se fueran a la cama cuanto antes y, a ser posible, sin restos de sangre.

En su casa, los técnicos les hicieron infinidad de fotos y tomaron todo tipo de muestras en pequeñas bolsitas y frascos en los que guardaron torundas de algodón impregnadas de los restos que permanecían en las uñas, pelo y cuerpo de los niños. Clara comenzó a guardar la ropa que les quitó en una bolsa, después recordó que ya en el escenario les había cambiado el pijama para que la policía científica no perdiera más tiempo ni más rastros. María lloriqueaba; se caía de sueño. Hugo ni se inmutó. Clara y Laura se miraron fugazmente cuando contemplaron los cuerpos desnudos de los niños. Varios moratones y cicatrices cubrían sus pequeños cuerpos, sobre todo el del niño. Clara apretó los dientes para no decir nada y Laura, sin preguntar, salió del baño y volvió pocos segundos más tarde con una cámara de fotos. Sabía que la policía ya había visto aquellas lesiones, pero no estaba de más que las volviera a fotografiar. Las guardaría ella para su propio expediente.

Ya acostados uno al lado del otro, Clara pensó que Hugo no querría que se fuera, como pasó con Roberto; no fue así. Hugo dio la espalda a la joven y abrazó a su hermana, quien se acurrucó contra él casi dormida. Clara se sentó en la cama para despedirse:

–Buenas noches, Hugo, intenta descansar, mañana vendré a veros. Si

necesitas algo, díselo a Laura. Y si quieres hablar conmigo, se lo dices y me llamáis, sea la hora que sea, ¿de acuerdo? Cuida de tu hermana.

–Siempre lo hago –contestó Hugo con tosquedad.

Clara les dio un beso y entornó un poco la puerta. Le pareció que Hugo se apartaba un poco cuando le besó en la frente. "No quiere muestras de cariño –pensó con pena–. Le recordarán a su madre". No pudo evitar comparar su reacción con la del otro niño, Roberto. Eran tan diferentes…

Cuando bajó las escaleras comprobó que Laura trajinaba en la cocina para preparar la comida del día siguiente.

–Ya no podré dormir, así que voy a ir adelantando trabajo –explicó.

–Ya me imagino –se disculpó Clara mientras cogía unas galletas de uno de los estantes superiores–. Siento haberte despertado, creí que sería mejor traerlos aquí.

–Has hecho bien, esto es así. Hay épocas en las que incluso nos aburrimos y otras en las que nos encantaría aburrirnos aunque fuera un segundo.

–Ya… pues toca la segunda –respondió la asistente social mientras se servía un café bien cargado.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Laura–. Dos niños más y de edades similares a Roberto y Belén. No puede ser una coincidencia, Clara, es imposible.

–Lo sé –asintió ella–, aún no sé qué pensar, y la policía tampoco. Es horrible. Encima no solo es la edad de los niños, es que es como si se estuviera repitiendo exactamente lo mismo.

–Ya… no puede ser una coincidencia, ¿no?

–No lo creo –respondió Clara, abatida.

–Yo estuve a punto de llamarte por Roberto, luego pensé que tú tampoco podrías hacer mucho –comentó su amiga con voz cansada.

–¿Qué ha pasado? ¿Has tenido algún problema con él? ¿Y Belén?

–Belén no ha hecho ni un ruido. Llamó una vez en sueños a su madre, entonces Roberto le cantó una canción y se volvió a dormir. Un rato después, Roberto se despertó llorando y gritando. Tuve que llamar al médico, porque se acercó Julián a ver qué le pasaba y, al verle, le dio un ataque. Estaba fuera de sí y le costaba respirar. No soporta que se acerquen hombres a él. El médico le convenció de que le dejase mirarlo, solo accedió en mis brazos y con la enfermera delante.

–Pobre Julián–le compadeció Clara.

–Tranquila, por mi marido no te preocupes, que está acostumbrado. Lo peor es la reacción de Roberto hacia él.

–Sí –coincidió Clara–. Debí haberlo imaginado. Ya tuvo una crisis de ansiedad cuando le dije que iba a ir a una casa donde había más niños, una mamá y un papá. Al oír la palabra papá le cambió la cara y

se puso fatal. También tuvo que atenderle un médico. Pensé que lo que le daba miedo era su padre, a lo mejor le asustan todos los hombres. Habrá que observar su conducta un poco más de cerca.

–Bueno, al menos a los médicos los deja acercarse; es una suerte –dijo Laura.

–Sí que lo es. Bueno, yo me voy a marchar, que Ismael y Andrés van a venir ahora a mi casa a que les cuente lo que he podido sacar a los niños aunque la verdad es que no he podido enterarme de mucho.

–El niño que has traído hoy parece demasiado tranquilo, ¿no te parece?

–Sí –respondió Clara suspirando y masajeándose un poco el cuello–. No he conseguido que me diga ni una palabra sobre su padre, y de la madre habló durante unos minutos nada más.

–Roberto es un poco más extrovertido, aunque también me parece que va a ser más sensible.

–Ya lo veremos, Laura, ahora mismo los dos están pasando por este trance tan duro, y ya sabes que cada persona lo exterioriza de una manera. No los conocemos.

–Por cierto, no me has dicho los nombres de los niños que acabas de traer –dijo Laura mientras removía en la sartén una espesa salsa de tomate.

–Hugo y María –respondió ella cogiendo la chaqueta y colocándosela con cansancio–. Bueno, me marcho ya, Laura, intentaré venir cuanto antes, que además tendremos que cubrir el papeleo.

–¿No lo pueden dejar para mañana? No parece que estés en condiciones, necesitas dormir. Tienes una cara de zombi…

–Bueno, parece que me pasa como a ti. No podré dormir aunque lo intente, así que iré adelantando trabajo, como tú dices. Ahora, eso sí, a comer vengo aquí, que no tengo ganas de ponerme a cocinar –dijo Clara decidida.

–Faltaría más, contaba contigo para que nos ayudaras a dar de comer a toda esta tropa. Además, no sé lo que comerán los niños nuevos, ni si darán problemas a los demás. Tendrás que estar presente –replicó Laura.

–No te preocupes, no me perdería tu menú de alta cocina por nada del mundo –ironizó Clara mientras se marchaba a casa dejando a su amiga sonriendo por el comentario.

Se marchó caminando a su casa. Seguía sin entrar en calor, pero casi agradeció el aire frío en su rostro para despejar un poco los pensamientos que se le agolpaban en la cabeza. Cuando llegó a su casa tuvo que luchar consigo misma para no meterse en la cama hasta que los policías llegaran. En su lugar, puso a funcionar la cafetera y se tomó un nuevo café. Había perdido la cuenta de los que había ingerido en todo el día. Después se sentó en la mesa, llena de papeles,

y comenzó a redactar informes. Los ojos se le cerraban a cada intento de avanzar en aquel tedioso trabajo, así que se metió en la ducha con la esperanza de que sus amigos tardasen lo suficiente. Diez minutos antes de las seis, sonó el timbre de su puerta. A Clara le había dado el tiempo justo de dejar correr el agua unos minutos por su pelo y por su piel. Quería quitarse de encima la sensación de asco que sentía; el agua y el jabón no parecían bastante. Al menos notaba los músculos del cuello algo menos agarrotados. Cuando abrió la puerta ya se había secado el pelo y se había enfundado en una camiseta y unos vaqueros limpios. Al menos era algo. El café recién hecho humeaba en la cafetera y había metido unas tostadas en la tostadora antes de abrir. Los dos policías tenían bastante peor pinta que ella. Sus ropas aparecían arrugadas y una incipiente barba adornaba sus caras, en las que se reflejaban el agotamiento y la pena. Se animaron ante el olor del desayuno recién hecho.

No hubieran podido decir quién tenía más hambre de los tres. La noche había acabado con sus reservas. Mientras, Clara se dedicó a observar a sus dos comensales. Andrés, además de esos ojos que permanecían como grabados a fuego en su memoria, tenía unas manos grandes y cuidadas, con las uñas perfectamente limadas. Sus facciones, redondeadas, los labios carnosos y las mejillas ligeramente sonrosadas. Su cuerpo se adivinaba musculoso bajo la camisa de algodón azul. Clara comenzó a pensar en sus músculos y se ruborizó. Cuando comprobó que ninguno de los dos se había percatado de su cara escarlata, pasó a estudiar a su amigo Ismael. Siempre le había parecido muy guapo, sus facciones eran más duras que las de Andrés e igualmente proporcionadas. Llevaba dos años divorciado y no le interesaba mucho una nueva relación. Llevaba el pelo castaño oscuro muy corto. Cuando lo dejaba crecer demasiado le quedaba de punta y era imposible de peinar, dándole un aspecto de niño travieso. El de Andrés, sin embargo, era rizado y algo largo por la nuca, negro, muy brillante. Clara se volvió a perder pensando en él. Cuando terminaron de engullir el desayuno, Ismael se puso rápidamente manos a la obra. Cogió su libreta y un bolígrafo y se dispuso a tomar notas de cualquier cosa que pudiera ayudar a resolver aquel caso.

–Bueno, Clara, sé sincera, por favor –le pidió Andrés–. Dinos exactamente lo que has visto en esa casa. Cualquier cosa que te haya llamado la atención, aunque no te parezca importante, puede serlo, ya lo sabes.

Clara respiró hondo, miró a Andrés, quien sacaba del bolsillo un caramelo de menta y lo metía en la boca, gesto que no le pasó desapercibido a su compañero, ya que le había visto hacer lo mismo en uno de los escenarios. Tras cruzarse con la esperanzada mirada de Ismael, la joven comenzó a hablar:

–No he podido sacar mucho a los niños, ahora mismo están demasiado impresionados por lo que les han obligado a presenciar. Para empezar, os diré que al entrar en la casa el escenario me ha parecido preparado, no solo por la sensación de haber vivido horas antes la misma escena, sino por diversos detalles. Por ejemplo, no sé si os habéis dado cuenta, pero los muebles estaban cambiados de sitio. Alguien los había colocado como en casa de Roberto.

Los dos policías se miraron con cara de asombro. No estaban muy seguros de entender lo que les estaba diciendo Clara.

–¿Qué quieres decir con eso? ¿Es que ya habías estado en esa casa? –preguntó extrañado Andrés.

–No, no, para nada, es que he visto unas marcas en el suelo, como de haber movido el sofá, y había un enchufe un poco tapado por una estantería. Es raro, porque, teniendo dónde poner la estantería, nadie la pone donde tape el enchufe. Y el sofá, si lo mueves para limpiar habitualmente, no dejaría una marca, sino varias. Y he visto unas cuantas marcas iguales en la pared del fondo, donde estaba el mueble con la televisión –les explicó Clara con naturalidad.

"Joder, si parece ella la investigadora –pensó Andrés–. Ahora entiendo por qué Ismael me dijo que era la mejor".

Ismael no dijo nada, sacó el móvil del bolsillo y marcó un número. Esperó.

–Hola, Salva –saludó al técnico que aún estaba recopilando pruebas en el salón de la casa de Hugo–. Necesito que me digas algo. ¿Te parece que han movido los muebles del salón recientemente?

–Sí. ¿Tú también te habías dado cuenta? Aún no sé para qué, no sé si para esconder algo o qué. Al menos han movido el sofá, el mueble del televisor y una estantería con libros. Hay una lámpara de pie que también está en un sitio donde no parece servir para nada. En fin, han movido varias cosas pero no sé con qué fin –le explicó detalladamente Salva–. Te pondré todo en el informe, por si te sirve de algo.

–Sí, me vendría muy bien –le agradeció Ismael–. Oye, ¿está por ahí Juanjo? Es que él estuvo esta tarde también en otro escenario y quería exponerle una idea que se me ha ocurrido.

–Espera un momento, está buscando pruebas en la cocina. Juanjo, ponte, es Ismael –le dijo pasándole el móvil.

–¿Qué se te ha olvidado, tío? Si te acabas de ir de aquí –comentó con sorna Juanjo.

–Déjate de chorradas, que no son horas –le recriminó Ismael–. Una pregunta. ¿A ti te parece que los muebles están colocados como en el escenario de ayer por la tarde?

–¿Estás de coña? Claro. Todo se parece a lo de ayer. Los niños, el salón…, bueno, menos el barrio, que eso sí que es distinto. Pero, vamos, que es todo igual. Los críos de las mismas edades, la madre

muerta y en la misma postura…

–Sí, ya lo sé. Lo que yo te pregunto es si crees que alguien ha podido mover los muebles para que los dos escenarios se parezcan –intentó explicar Ismael.

–Ahora que lo dices creo que eso es exactamente lo que ha pasado –afirmó el técnico mientras miraba a su alrededor–. Joder, tío, sí que eres observador.

–Sí, ya. Gracias, Juanjo. Ya hablamos.

Clara y Andrés esperaban impacientes a que Ismael les contase lo que había averiguado.

–Bueno, Clara, parece que tienes razón. Han preparado el escenario para que se parezca a la casa de Roberto. ¿Cómo se nos ha pasado por alto?

–Bueno, tampoco es así –intentó animarle Andrés–. Yo he estado en uno de los escenarios y tú has estado diez minutos en cada uno. Además, no has tenido el día tranquilo, precisamente, creo que antes de que yo llegara has ido a varios sitios.

–Aún así… –se lamentaba Ismael.

–Los técnicos ya se habían dado cuenta, ¿no? –preguntó Andrés.

–Sí, bueno, me comentaban que estaban mirando varias marcas que habían encontrado en el suelo de haber movido los muebles…

–Entonces ya está. No se nos ha pasado. En el informe está –zanjó el tema Andrés–. Y volviendo a eso, si el segundo escenario ha sido preparado como el primero, eso significa que es más que probable que solo haya un asesino.

–Sí, y teniendo en cuenta el testimonio de Roberto, debe de ser su padre –confirmó Ismael.

–¿Cómo podéis estar seguros? Quiero decir, Roberto tiene siete años, puede que haya visto a su padre matando a su madre y puede que no –explicó Clara–. Los niños no siempre nos dicen lo que ven con claridad. A veces lo cambian sin darse cuenta.

–¿Quieres decir que Roberto nos ha mentido? –preguntó con interés Andrés.

–No, ni mucho menos. Roberto es absolutamente sincero con lo que cree haber visto. Pero su mente no es igual que la tuya, su imaginación trabaja a mucha más velocidad que la nuestra y hay que conseguir pruebas y contrastarlas bien antes de hacer una afirmación así por el testimonio de un niño de siete años.

–Creo que ya entiendo lo que me quieres decir –dijo Andrés– él le tiene mucho miedo a su padre, tú misma lo dijiste. Claro que también dijiste que el otro niño se cierra ante la sola mención de su padre. ¡Menudo lío!

–No estoy segura de si le tiene miedo a su padre o a los hombres en general.

–¿Conseguiste alguna conclusión más? – preguntó Ismael.

–Bueno, como dice Andrés, Hugo no quiere hablar de su padre, ni oír a nadie hablar de él. El tema hace que el niño se vuelva hermético. También he visto que es extremadamente protector con su hermana, la niña confía en él plenamente. Le hace de padre y de madre.

–Espera, Clara, ¿quién es Hugo? ¿El crío del primer escenario o el del segundo?

–El del segundo. El otro es Roberto –respondió ella con tranquilidad.

–¡Es verdad! Lo siento, suelo acordarme de los nombres; hoy ha sido un día muy largo.

–No te preocupes, lo entiendo. Como os decía, en la habitación de Hugo pude ver varios dibujos hechos por él francamente buenos. Hablaré con la psicóloga infantil, que sé que ha obtenido unos resultados fabulosos con un sistema de comunicación gráfica que utiliza con los niños. Se comunica con ellos a través de dibujos.

Clara hizo una pausa para coger aire. Los dos policías permanecían atónitos escuchándola. Ella, si se dio cuenta, no dio muestras de ello.

–Hugo es demasiado maduro y responsable para su edad –prosiguió Clara–. También creo que tiene algún problema de tipo afectivo, porque le di un beso en la frente antes de volver a casa y me pareció que se apartaba un poco. Sabe que eso no lo tiene que exteriorizar si quiere encajar bien en esta sociedad, y eso requiere una educación. Deben de haber sido muy rígidos al educarle.

–¡Madre mía, Clara! ¿Y todo eso en una hora? –exclamó impresionado Andrés.

–Bueno –intentó restarle importancia Clara–, trabajo con niños que casi nunca son capaces de exteriorizar sus emociones, o de canalizarlas. Tengo que ir un paso por delante de ellos, y eso agudiza el ingenio –explicó Clara mientras sentía cómo se le ruborizaban hasta las pestañas.

–En todo caso, me parece impresionante que hayas sido capaz de sacar tanto en tan poco tiempo –la felicitó Andrés mientras volvía a tomar un sorbo de café.

–En fin –rompió el hielo Ismael–, en un rato tendremos que volver a la comisaría.

–Sí… y yo a la oficina –añadió Clara–. Tengo mucho papeleo pendiente.

–Creo que podríamos ir redactando algún informe, Andrés, el comisario querrá ponerse al día cuanto antes y, total, yo ya no voy a dormir.

–Ya… si te parece redacto yo el informe de este último caso y tú el del primero.

–Me parece perfecto –respondió Ismael–. Clara… ¿te importa que

nos quedemos aquí?

–No, claro que no. Hacedme sitio.

Andrés sonrió mientras se echaba a un lado y ponía los papeles encima de la mesa.

El sol comenzaba a salir por el horizonte mientras sus mentes pensaban en aquellos crímenes que tardarían en resolver. Poco a poco la ciudad despertaba de su letargo preparándose para un nuevo día, quizá más duro que el anterior.

Capítulo 4. El bloc

A las diez por fin terminaba de rellenar todos los papeles para la adopción de Lorena. Era lo que tenía no dormir, que había mucho más tiempo para hacer un montón de cosas. Lo peor, la sensación de cansancio que obligaba a Clara a levantarse de la silla cada poco y a tomar una sobredosis de café. Tenía el cuerpo dolorido, los párpados pesados. En lo único que pensaba era en dormir, aunque su jornada no había hecho más que empezar.

Hacía ya más de una hora que los dos policías se marcharon a la comisaría y, desde entonces, los ojos de Clara se empeñaban en cerrarse una y otra vez. Al menos, mientras ellos estuvieron en su casa, consiguió mantenerse despierta.

Más tarde se reunió con Bea, la psicóloga infantil. Había llamado al despacho para preguntarle a su jefe si no habría otro compañero disponible, no era precisamente su psicóloga favorita. Su jefe se había puesto a la defensiva enseguida. "No puedes rechazarla por su aspecto, Clara" –le había dicho en tono cortante y amenazador. Su jefe se equivocaba. No la rechazaba por cómo fuese vestida o peinada. Ni siquiera por su forma de hablar o de pensar. No quería trabajar con ella porque no siempre estaba al cien por cien. Más de una vez había acudido a hablar con un niño recién llegada de una fiesta y con una buena resaca. Un par de veces la había pillado fumándose un porro antes de ir a ver a algún paciente, y con esos niños no se la quería jugar. Aquel caso era extremadamente delicado. Al haber ocultado aquello a su jefe, él no entendía por qué no quería trabajar con ella. No quiso causarle problemas a la psicóloga, aunque por dentro sabía que debía haberlo contado, no trabajaban precisamente con papeles que se pudieran pegar si se rompían. Se prometió a sí misma que esta vez no le permitiría ningún comportamiento fuera de lugar. Los niños estaban bajo su responsabilidad y no dejaría que nadie les hiciera más daño del que ya habían sufrido hasta el momento.

Bea apareció vestida como siempre, con uno de esos vestidos hippies de colores brillantes que acostumbraba a ponerse. Llevaba un piercing en la nariz y varios pendientes en la oreja derecha. En sus manos, un montón de anillos a cual más original y llamativo. Se había dejado el pelo suelto con un mechón morado en el flequillo y un corte desigual que le proporcionaba un aspecto de lo más pintoresco. A veces, la gente con la que tenía que tratar rechazaba un poco su aspecto, había que reconocer que a los niños les encantaba la forma en la que iba vestida, y los adolescentes problemáticos se sentían

bastante cómodos en su presencia. Otras… bueno, no todo el mundo era igual, y a veces era la presencia de Clara la que ayudaba.

Bea se impacientaba por que la pusiera al día. Solo sabía que había cuatro niños a los que evaluar y que corría cierta prisa. La asistente social le comunicó que primero tendrían que ultimar los detalles de la adopción de Lorena. Necesitaba dejar ese tema lo más resuelto posible antes de hablarle a la psicóloga sobre los dos nuevos casos. Bea, entre irritada e impaciente, se comprometió a valorar cómo se encontraba la niña tras su adopción todas las semanas durante tres meses, para después ir bajando la frecuencia. Estaba segura de que no tendría ningún problema con sus nuevos padres.

Después pasaron al tema de los otros niños, mucho más complicado. Bea no dijo ni una palabra hasta que la asistente social terminó de explicarle los detalles del caso, al menos, los detalles que podía contar y que podían interesarle a la psicóloga en su trabajo. Primero Clara expuso los dos casos por separado y después le pidió que entre las dos valoraran las coincidencias.

–A ver –le explicó Clara–, no estoy muy segura de si debes llevar tú los dos casos o llevar a los cuatro niños de forma individual. A lo mejor deberías evaluar el caso de Hugo y María y pedir a mis jefes otro psicólogo infantil para Roberto y Belén. ¿Tú que opinas? Sé sincera, por favor.

–Joder, cuatro críos de golpe. Uf, tengo que pensarlo un poco, es mucho curro. Necesito poner las ideas en orden. Me llevo estos expedientes y pienso a ver cómo lo hacemos. Se lo tendré que contar a mi jefe, me parece que llevar a cuatro niños más de un plumazo va a ser demasiado. Me tendrá que quitar algo de curro.

–Creo que deberíamos empezar a trabajar con ellos cuanto antes. Hugo está pidiendo ayuda a voces, y las niñas… bueno, creo que las niñas son lo suficientemente pequeñas como para poder seguir adelante sin demasiada dificultad. En cuanto a Roberto, me da mucho miedo que se hunda. Es un niño muy sensible.

–Está bien, tía. Empezaré a trabajar con los cuatro por separado. Tendré sesiones con cada uno y después por parejas de hermanos. Si es muy chungo, te lo digo y llamas a otro. Eso sí, el caso lo voy a llevar yo como me parezca.

–¿Qué quieres decir? –preguntó la asistente.

–Que ya me estás comiendo la oreja sobre con quién tengo que empezar o no. Tú haz lo tuyo y yo lo mío.

–Perdona, no quería meterme en lo que no me llaman –se disculpó Clara–. Te lo dije porque yo ya he hablado con ellos y me parece más urgente hablar con los dos niños, pero si tú prefieres hacerlo de otra manera no tengo nada que objetar. ¿Con quién quieres empezar?

–Vale, tía, empezaré con éste –dijo enseñándole el expediente de

Roberto–. Puede que tengas razón y cuanto antes sepamos si su viejo es el asesino, mejor –afirmó la psicóloga infantil.

–De acuerdo. ¿Podrías acercarte esta tarde?

–Sí. No hay problema. Estaré en casa de tu colega hacia las seis – confirmó Bea.

–Bea –comenzó a decir Clara–, mira, no sé cómo decirte esto, espero que no haya problemas… ya sabes.

–No, no sé. ¿Qué quieres decir? –preguntó la psicóloga poniéndose claramente a la defensiva.

–Mira, te hablaré claro.

–Mejor, porque me estás tocando los huevos –añadió la psicóloga mirando a Clara con una ira que provocó en la joven un repentino escalofrío que disipó lo más rápido que pudo. No iba a dejarse intimidar por algo así.

A Clara no le gustó nada el comentario, después se dio cuenta de que la psicóloga no sabía que ella la había pillado fumando hierba y decidió ir directa al grano.

–Te lo diré una sola vez. Te pillé dos veces fumando un porro antes de entrar a hablar con dos pacientes. También te he visto llegar con resaca de una fiesta donde lo más light que se servía era un gin–tonic doble. Lo siento, Bea, esta vez no miraré para otro lado.

La chica del piercing en la nariz sostuvo la mirada desafiante de Clara sin inmutarse, tras unos segundos suspiró y le dijo en voz baja:

–¿A quién se lo has dicho?

–A nadie por ahora. Esta vez no me callaré. Un solo desliz de este tipo y hablaré con mi jefe.

Bea no respondió, miró a Clara con vergüenza, mientras las mejillas y las orejas se le enrojecían y las mandíbulas aparecían tensas.

–Mira –intentó explicarle Clara en un intento de reducir la tensión del momento–, en realidad yo creo que eres una gran psicóloga. Si no lo creyera, hace tiempo que mi jefe sabría todo esto. Lo que ocurre es que esta vez no puedo permitir que vuelva a ocurrir o que pongas en peligro nada de lo que rodee a estos niños. Son dos parejas de hermanos que acaban de perder a sus madres de una forma brutal. Y lo han presenciado, Bea, han visto cómo asesinaban a sus madres delante de ellos y han sido obligados a convivir con el cadáver durante horas. Hay que ir con pies de plomo y estar con los cinco sentidos puestos en el caso. No sirve ir a medias o fallar, con ellos no. Me entiendes, ¿verdad?

La psicóloga se limitó a asentir con la cabeza y Clara dio por zanjada la conversación. Esperaba que hubiera sido suficiente. Después cogió sus cosas y, tras despedirse de Bea, se marchó. De pensar en todo lo que le quedaba por hacer y en cuánto tiempo pasaría hasta que por fin pudiera descansar en su cama hizo que el

peso de su propio cuerpo le resultara insoportable.

Compró unos yogures y unas galletas de camino y se acercó a ver qué tal se las arreglaban sus amigos con los niños nuevos. Cuando llegó ayudó a Laura a poner la mesa y después se acercó al salón, donde encontró a los cuatro niños. Susana, Ruth y los demás aún no habían vuelto del colegio, ellos aún tendrían que esperar un poco para volver a la normalidad. Antes de entrar, los observó un minuto. Las niñas veían los dibujos en la tele. No se parecían en nada. Belén llevaba el escaso pelo negro recogido con una diadema. Era delgada y larguirucha. Unos vaqueros que parecía haber heredado de Roberto demasiado pronto le colgaban sin gracia de la cintura. Sin embargo, María lucía una camiseta rosa con flores de colores y una falda rosa fuerte a juego. Era más gordita y de menor estatura que Belén. Laura le había hecho dos trenzas con dos lazos rosas en los extremos. Las niñas vivían en su propio mundo. Echaban de menos a sus madres, pero mientras tuvieran a sus hermanos todo estaba en perfecta armonía.

Entonces pasó a observar a los niños. Roberto no quitaba ojo a Hugo, lo miraba con desconfianza. Hugo, por su parte, tenía su bloc de dibujo en las manos y estaba concentrado dibujando. Roberto parecía la mitad de menudo que Hugo, su piel era más clara y su mirada permanecía siempre triste. Bajaba los oscuros ojos con timidez cuando alguien se dirigía a él. Hugo se mostraba más seguro de sí mismo y su castaña mirada permanecía vacía.

–Laura, ¿has podido observar a los niños esta mañana? ¿Sabes si se llevan bien entre ellos? –dijo Clara volviendo a la cocina.

–Lo siento, yo he tenido mucho trabajo hoy. Julián llevó en la furgoneta al resto de los niños al colegio y después fue la compra. Así que esta mañana las que han estado con ellos han sido Carmen y Lola. Estuvo un ratito Ernesto, se tuvo que marchar cuando le dio otro de sus ataques a Roberto. Les he dado instrucciones a mi marido y a Ernesto de que no se acerquen al niño, al menos por ahora –le explicó detalladamente Laura.

Clara pensó en aquellas personas. Laura y Julián no podían tener hijos. Se casaron muy jóvenes y, tras varios intentos infructuosos, decidieron dejar de intentarlo. Dejaron a un lado sus vidas, para llevar esa casa de acogida. Los niños vivían felices allí. No era lo mismo que tener una casa con un padre y una madre de verdad, con los que permanecerían para siempre. Al menos, durante una temporada, los tenían a ellos. Y eso siempre era mejor que estar en un orfanato lleno de niños en el que era mucho más complicado tener una referencia afectiva. Por su parte, tanto Laura como Julián se sentían renacer cada vez que uno de esos niños superaba su anterior vida y era feliz con unos nuevos padres.

La labor de Carmen consistía, sobre todo en la limpieza y ayuda a la hora de enseñarles cosas básicas como la higiene personal, que fueran ordenados, educados y, sobre todo, que respetaran al resto de los niños que había en la casa. Normalmente había seis o siete niños, algunas veces se juntaban diez o doce. Entonces Carmen establecía turnos para todo, imponía unas normas que se seguían a rajatabla y enseñaba a los mayores a que se responsabilizaran de los pequeños.

Lola era pedagoga, echaba una mano con los deberes, les enseñaba a leer, un poco de todo, según hiciera falta. Muchos de estos niños tardaban un tiempo en volver a la escuela y ella intentaba que, al regresar, estuvieran al mismo nivel que sus compañeros o incluso mejor. A veces estos niños no solo sufrían abusos en casa, sino también en la escuela, y su labor era conseguir que volvieran al colegio sin considerarlo un enemigo.

Y Ernesto… El bueno de Ernesto era lo que se llama un chico para todo. Lo mismo hacía labores de mantenimiento en casa que tenía el mejor jardín del barrio. No había nada que Ernesto no supiera arreglar. Además, era impensable hacer ciertas cosas sin él, como, por ejemplo, una excursión. Era algo así como el hermano mayor de todos los niños. El que les hacía reír cuando la pena intentaba volver a entrar en sus vidas. Ojalá Roberto le dejara acercarse a él.

Volvió al salón. La televisión ya estaba apagada y las niñas jugaban con unas muñecas. Roberto y Hugo seguían igual.

–¡Hola, chicos! ¿Qué tal todo? –preguntó Clara intentando ser lo más natural posible.

–Hola –susurró Roberto–, pensé que no ibas a venir más.

–¿Cómo no iba a venir, si te lo prometí ayer? –replicó Clara.

–Ya... es que no siempre se cumplen las promesas –afirmó Roberto.

–Bueno, yo siempre lo hago, o al menos lo intento, ¿de acuerdo?

–Vale –contestó Roberto bajando la cabeza.

–¿Y tú qué tal, Hugo? ¿Qué estás dibujando? ¿Puedo verlo? –preguntó Clara esperanzada.

Hugo dejó el bloc encima del sofá y se fue a la cocina. Ni siquiera se molestó en contestar. En ese momento los avisó para comer. Así que Roberto cogió de la mano a Belén y María empezó a lloriquear buscando a su hermano.

–Ven, cariño, tu hermano ya está sentado esperándote, no llores. Hoy hemos hecho macarrones con tomate y queso, ¿te gustan? –le dijo Laura dulcemente a María mientras la cogía en brazos para llevarla a la cocina.

–¿Tú no vienes, Clara? –le preguntó Roberto esperanzado.

–Sí, tranquilo, siéntate que voy en un minuto, en cuanto recoja aquí un poco –contestó Clara.

Mientras los niños se iban a la cocina, Clara cogió el bloc de dibujo

de Hugo para echarle un vistazo. Le quedaban tal solo un par de hojas libres, había trabajado mucho. En la primera página, se podía contemplar un dibujo de un bosque precioso. En él se veían varios pájaros y un montón de tonos de verde adornaban los árboles. En las primeras hoja admiró dibujos parecidos, muy bien hechos y con miles de detalles. Hasta que llegó a una página que le llamó la atención. Pudo reconocer un dibujo del salón de su casa. En el sofá se veía sentada a toda su familia, su madre, su padre, su hermana y él. El padre permanecía separado del resto de la familia y Hugo le había dibujado algo en la mano, Clara no distinguía lo que era. Apuntó mentalmente la disposición de los muebles, tendría que hacerles llegar a Ismael y Andrés aquel dibujo cuanto antes, ya que los muebles estaban colocados de una manera muy diferente de la que se habían encontrado en el escenario del crimen. Estaban tal y como Clara había pensado que estarían según las marcas del suelo.

A partir de ahí, las páginas del bloc se completaban con dibujos en los que salían él o su hermana o su madre. El que nunca faltaba era su padre. O al menos quien Clara pensaba que era su padre. Una de las últimas hojas contenía un dibujo en el que se veía a su padre y a otro hombre hablando. Y al pasar la página, a Clara se le cortó la respiración. Aparecían un niño vestido de rojo y una niña más pequeña sentados en el sofá, su madre estaba en el suelo, junto a una gran mancha roja y su padre permanecía de pie hablando por teléfono. Inmediatamente Clara cogió el móvil y llamó a Ismael; no contestaba. Probó en la comisaría. Nada. Allí no estaban ni él ni Andrés. Genial. Mientras pensaba qué hacer, sonó su móvil.

–Clara, perdona, estaba en la ducha. Acabo de ver tu llamada. ¿Ha ocurrido algo? –le dijo Ismael antes de que ella pudiera decir nada.

–Sí… y no. Acabo de ver el bloc de dibujo de Hugo y creo que Andrés y tú deberíais echarle un vistazo. Esta tarde he quedado con la psicóloga infantil a las seis aquí, en la casa de acogida. ¿Podríais venir un poco más tarde? ¿Como a las siete o siete y media? –le pidió Clara.

–Claro, no hay problema. ¿Qué es lo que has visto? ¿Hay algo que deba saber? ¿Hay alguna manera de que podamos ver esos dibujos antes?–preguntó Ismael–. Es por si, mientras, nos pueden arrojar alguna luz sobre el caso.

–Es por uno de los dibujos; bueno, en realidad, por dos. Ahora hago una foto con el móvil y te los mando. El resto mejor los veis vosotros. ¡Vaya!

–¿Qué pasa, Clara?

–Que me acabo de acordar de que no me funciona la cámara del móvil. Voy a pedirle a Julián que me deje escanearlos y te los mando por e-mail a la comisaría.

–Perfecto. Voy ahora hacia allá. En cuanto llegue los miro. Muchas

gracias, Clara, no sé qué haríamos sin ti.

–Hasta luego, adulador –respondió Clara sonriendo.

Tras pedirle el favor a Julián, fue a la cocina y se sentó con los niños a comer. Por fin Roberto cogió el tenedor y pinchó un macarrón. Hasta que Clara no se sentó con ellos, no había consentido siquiera probarlos. Después miró a las niñas, la salsa de tomate les llegaba hasta el pelo. Al verlas, una sonrisa dibujó su cara.

–Bueno, Hugo, al menos sé que te gustan los macarrones con tomate. No has dejado ni uno. ¿Quieres más? –se atrevió a hablarle Laura.

Hugo asintió con la cabeza y enseguida se puso a comer el segundo plato. Al menos el apetito no le faltaba. Roberto comió con menos apetito que su compañero. Laura siempre les daba macarrones el primer día. Decía que no había un solo niño en el mundo al que no le gustaran. Clara los observó con detenimiento. Por un momento parecían unos niños normales disfrutando de una comida entre amigos. La realidad era demasiado cruel para permitirse siquiera un segundo de descanso. Suspiró y se enfrentó con la mirada de su amiga, que la observaba apenada.

Capítulo 5. El depósito

Ismael llegó a la comisaría con la cabeza a punto de estallar. Andrés ya llevaba allí una hora. Cuando fue a su despacho lo encontró observando los dibujos que Clara les había facilitado.

–¿Qué te parecen, Andrés? –preguntó a su compañero mientras revolvía en todos los cajones en busca de un analgésico.

–Joder, son impresionantes. Aparte de que el crío es un genio, si estos dibujos reflejan la realidad tanto como parece, podemos saber cómo estaba el salón antes de que movieran los muebles.

–A ver… enséñamelos –le pidió él.

–Aquí, ¿lo ves? También podemos ver cómo el padre parece estar fuera de la familia. Y mira este dibujo –le dijo Andrés enseñándole el dibujo de la madre ya muerta–, aquí está el padre hablando por teléfono. ¿Con quién estaría hablando? ¿Te fijaste si había un teléfono inalámbrico en el salón, o sería un móvil? En fin, que de aquí podemos sacar un montón de cosas.

–Sí, pero… eso asumiendo que los dibujos son reales, no producto de la imaginación del niño. Habrá que esperar a ver qué nos dice luego la psicóloga infantil. Me ha dicho Clara que irá a la casa de acogida esta tarde. De todos modos, si asumimos que los dibujos son un reflejo de lo que ocurrió, mostrarían que el padre estuvo en la habitación cuando murió la madre… o después, no que la matara –afirmó Ismael exponiendo su teoría.

– Hay otra pregunta. Tanto si fue él como si no, ¿dónde está? ¿Y dónde está el padre de los otros críos? No tenemos ninguna pista de ellos.

–Lo sé. Por cada paso que damos nos toca retroceder tres. De todas formas, deberíamos dar una copia de los dibujos a los analistas, a ver si encuentran algo que a nosotros se nos pase –recomendó Ismael.

–Estoy totalmente de acuerdo –coincidió su compañero.

En aquel momento sonó el teléfono del despacho.

–¿Diga?... Sí… soy Zapico. ¿Los resultados de la autopsia?... De acuerdo, vamos para allá. Andrés, era el doctor Suárez, el forense, dice que vayamos en cuanto podamos, que tiene algo que contarnos y es importante.

–¡Qué pronto! –respondió Andrés mientras cogía su chaqueta.

–Hacia las siete he quedado con Clara y con la psicóloga infantil. A ver si para entonces tenemos algo –dijo presuroso Ismael.

Al llegar al depósito de cadáveres, Andrés sintió un escalofrío. Jamás se acostumbraría a un sitio como aquél. En ese depósito en

concreto no había estado nunca, lo que no hacía que fuese diferente. Allí sonaba una música alegre, las paredes estaban pintadas de azul cielo, pero contenía lo que todos: cadáveres. Y eso no se podía cambiar ni ocultar con una buena capa de pintura azul. Y ese olor… Por mucho que intentaran disimularlo, se filtraba entre los demás olores hasta colarse por la nariz y llegar al cerebro. Allí se quedaba para recordarle a Andrés constantemente el odio que sentía por aquellos lugares. Se repitió a sí mismo que solo estaría un rato y que aguantaría sin dar muestras de incomodidad, por algo era inspector de policía.

Atravesaron unas puertas dobles que daban a una sala iluminada por varios fluorescentes. En una aséptica camilla metálica yacía inerte una joven a la que Ismael reconoció como la mujer a la que habían encontrado muerta en la primera escena del crimen. Allí tumbada parecía una muñeca rota llena de heridas abiertas que contrastaban con la intensa luz.

Al fondo de la sala varios nichos frigoríficos permanecían cerrados. Pequeños carteles en las puertas anunciaban el nombre de los cadáveres que permanecían dentro. Algunos, por suerte, no contenían ningún cartel. Andrés sintió un escalofrío que le costó esconder, así que simuló un repentino ataque de tos y se metió en la boca un caramelo de menta. Su compañero se giró hacia el forense rechazando el caramelo que le ofrecía a su vez.

–Hola, doctor Suárez, ¿qué tal? ¿Qué era eso tan importante? –preguntó Ismael sin poder disimular su impaciencia.

–Hola, Zapico –saludó a Ismael–. Y tú debes de ser el nuevo. Molina, ¿no? Encantado.

–¿Qué tal? –dijo a modo de saludo Andrés.

Observó a aquel hombre altísimo que acababa de darle la bienvenida. Al menos medía metro noventa de estatura y debía de pesar no más de setenta y cinco kilos. Al mirarle le pareció estar frente a un ciprés de esos que delimitan los caminos de los cementerios, que era el segundo lugar que menos le gustaba en el mundo al inspector. Su piel incluso era de color ceniza y llevaba el pelo gris echado hacia atrás. Su voz, aunque amable, contenía un tono sombrío. A Andrés le pareció que aquel hombre estaba hecho, exactamente, para aquella labor.

–¿Está trabajando con los dos cadáveres a la vez o ya ha terminado con alguno? –comentó con asco mal disimulado Andrés.

–Miren, empecé por la que murió antes. O, debería decir, la que encontramos antes.

–¿Cómo dice? ¿Insinúa que murió antes la mujer que encontramos esta madrugada? –sugirió Ismael.

–Es bastante probable. Es más, estoy casi seguro. La temperatura del

hígado en el momento de encontrarlas, la lividez en su espalda y extremidades y el rigor mortis me indican que murió antes la segunda mujer. Estoy realizando varias pruebas para corroborar mi teoría, por si se me hubiera pasado por alto algún detalle –explicó el doctor Suárez a los dos inspectores.

–Cada vez que parece que avanzamos… – comenzó desesperanzado Andrés.

–Bueno, empecemos –continuó el forense– La víctima número uno se llamaba Paz Robles. Tenía veintiocho años y no era su primera paliza. Aunque los golpes no acabaron con ella. De hecho, aunque tenía el cuerpo lleno de moratones y heridas punzantes, la causa de la muerte fue un corte limpio entre la segunda y la tercera vértebra cervical. Le seccionó la médula y le provocó la muerte de inmediato. Llevaba muerta, al menos, veinticuatro horas cuando se certificó su muerte. Teniendo en cuenta que la encontramos el lunes por la tarde, debió morir el domingo hacia las dieciocho horas.

Los dos inspectores se miraron asombrados. Aquella información cambiaba todas las teorías que barajaban. Era como si empezaran de cero.

–¿Qué quiere decir con un corte? Una de las puñaladas se la dio en el cuello? –preguntó Andrés.

–Sí y no… A ver… el corte fue producido por un arma punzante, pero no está hecho de manera aleatoria ni fortuita como me parece que se ven el resto de cortes. Está realizado ahí para producir la muerte inmediata de la mujer –se explicó el forense.

–¿Como un acto de piedad?

–Algo así. Es macabro, ¿no? Bien, sigamos. La víctima número dos –continuó el doctor– se llamaba Ángela Gómez y tenía treinta y dos años. También ella había sufrido malos tratos durante un tiempo. Presentaba menos golpes que la anterior víctima. La causa de la muerte es, al igual que en la otra mujer, un corte limpio entre la segunda y la tercera cervical. Estoy seguro al noventa y ocho por ciento de que el asesino de ambas mujeres es la misma persona.

–¿El corte es igual? –preguntó Ismael.

–Sí, realizado por un arma blanca de hoja corta –explicó el forense.

–¿Como una navaja, por ejemplo?

–Podría ser, vamos a sacar un molde para comprobar qué tipo de hoja se utilizó –añadió el doctor Suárez mientras giraba a la mujer que tenía delante para enseñarles el corte a los dos policías.

–Entonces, les da una paliza y después las mata rápidamente para que no sufran. No entiendo nada –añadió Andrés.

–No es así exactamente –contestó el médico.

–¿Qué quiere decir? ¿Que las deja sufrir primero…?

–Eso aún no lo sé. No sé cuánto tiempo pasa desde que sufren las

agresiones hasta que les asesta el golpe de gracia.

–Entonces no entiendo a qué se refiere –añadió Ismael interrogando con la mirada al forense.

–A ver… –se intentó explicar él–, estoy completamente seguro de que el corte en la médula espinal es el que produjo la muerte de las dos mujeres. Y también estoy completamente seguro de que está hecho por la misma persona. Lo que no tengo tan claro es que las palizas que recibieron antes fueran dadas por la misma persona.

–¡Joder! –exclamó Andrés–. Esto no tiene ni pies ni cabeza.

–Entonces, según usted, dos personas diferentes profirieron ambas palizas y después una tercera persona o una de esas dos les dio el corte en la médula –intentó aclararse Ismael.

–Sí, es exactamente lo que pienso. Mirad aquí –les pidió el forense–. Ángela Gómez llevaba muerta como mínimo treinta y seis horas en el momento en que la encontraron, lo que quiere decir que murió el domingo por la tarde también, pero algo antes, sobre las dieciséis horas más o menos. Estos hematomas y estos cortes están realizados por alguien fuerte de uno ochenta o uno ochenta y cinco metros de estatura más o menos y diestro. Según estos golpes, llevaba un anillo o algo similar que dejó estas marcas.

–Ya veo… –coincidió Ismael–. ¿Y la otra mujer? Cómo se llamaba…

–Paz Robles –le indicó su compañero al acercarse a otro cadáver que yacía en una mesa más alejada y con una sábana que lo cubría.

–Sí, Paz Robles… Como veis –comenzó a decir el forense a la vez que levantaba la sábana y dejaba al descubierto el cadáver–, tiene varios hematomas producidos también por otros puños. Además golpes realizados por algún objeto contundente. Las manos a las que corresponden estos golpes son mucho más gruesas y no se encuentran marcas del anillo o de nada parecido. La altura del sujeto es de uno sesenta y cinco metros más o menos. Desde luego, de mucha menos altura que en el caso de la otra agresión.

–Bueno –añadió Andrés–, podría haberse quitado el anillo, pero es cierto que los golpes parecen distintos, aparte de lo de la altura, claro.

–Esto echa por tierra todos nuestros avances –comentó contrariado Ismael.

– Habrá que asumir que solo hay un asesino –respondió Andrés–. Entonces, ¿qué pasa con los padres? Lo más probable es que fuera uno de ellos, ¿no? ¿Serán cómplices? Hay que comprobar si se conocían de algo.

–Sí –coincidió él–. ¿Y ahora qué hacemos? Tendremos que buscar por otro lado, los niños son los únicos que nos pueden echar una mano.

–Vamos a ver a Clara y así hablaremos con la psicóloga a ver si hay alguna pista –intentó animarle Andrés–. ¿Alguna cosa más, doctor?

El doctor Suárez negó con la cabeza mientras continuaba examinando uno de los cadáveres.

–Ya os llamaré si encuentro alguna fibra o algo en las uñas que os pueda servir.

–Gracias. Hablamos mañana –se despidió Ismael.

Recorrieron el pasillo de nuevo, esta vez para salir de allí. Andrés suspiró aliviado al notar el aire fresco en la cara. Poco después llegaron a la comisaría y comprobaron que tenían una nota encima de la mesa en la que ponía que Juanjo, el técnico, les había llamado varias veces.

–¿Qué habrá encontrado? –pensó mientras cogía el móvil para llamarlo–. Hola… soy Ismael… ¿Qué pasa?

–Por fin te encuentro, ¿qué tal? Es que he descubierto un detalle que a lo mejor os sirve de algo. Al hablar antes contigo de si habían movido los muebles en casa de la víctima pensé en acercarme otra vez a la primera vivienda para comprobar si había pasado algo parecido. Fui allí y en el suelo del salón había un montón de marcas, pero antiguas. El suelo es de terrazo y las marcas se ven peor. Sí he descubierto que había una parte desgastada. Creo que allí estaba el sillón y justo enfrente hay una toma para la televisión, así que puede que esté desgastado porque alguien pasaba mucho tiempo allí sentado viendo la tele o simplemente sin hacer nada.

–¿Estás insinuando que también allí han movido los muebles? –preguntó contrariado Ismael.

–Sí, exactamente. ¿Es importante? –se extrañó Juanjo.

–Puede que sí. Ya veremos. ¿Algo más?

–No, en principio es lo que más me ha llamado la atención, también es cierto que era lo que buscaba. De todos modos, sigo por aquí revisando.

–Ah, perfecto. Si encuentras alguna otra cosa que te llame la atención, avísanos –dijo con voz cansada Ismael antes de colgar el teléfono.

–No me lo puedo creer. Mi primer caso en esta comisaría y ya tengo un déficit de sueño importante. ¿Por dónde seguimos? –preguntó Andrés algo desorientado.

–Pues verás cuando te cuente lo que me acaba de decir Juanjo.

–¿Quién es Juanjo? ¿El técnico que estaba ayer en los dos escenarios?

–Sí, el que tiene perilla.

–¡Ah, sí! ¿Qué te ha dicho? –preguntó Andrés echándose un poco hacia delante.

–Resulta que en los dos escenarios han sido movidos los muebles.

–¿Cómo? Pensé que los habían movido en la segunda vivienda para colocarlos como en la primera… Ahora que lo pienso… si el doctor

Suárez está en lo cierto y la primera víctima es la segunda…

–Ya... ¿y por qué habrán puesto los muebles así en las dos viviendas? –preguntó Ismael más para sí mismo que para su compañero.

–Intentará recrear algo que sea importante para él… ¿su propia casa, quizá? Espero que no sea para recrear otro crimen similar. ¿Tú que crees?

–No tengo ni idea, habrá que meterse en la base de datos para comprobarlo. Vamos a revisar todo lo que tenemos hasta ahora y hacer un esquema –se repuso enseguida Ismael. A ver, voy a ir anotando todo. Para empezar, Clara nos avisó de que en casa del segundo crío habían movido los muebles para que estuvieran colocados como en la primera casa, ahora sabemos que también los habían movido allí.

–Sí. Y si mataron primero a la segunda mujer… ¿quién fue? ¿El padre del primer niño? Porque estábamos casi seguros de que él había matado a su mujer.Hay que buscar una conexión entre ellos. Sin saber de qué se conocían, no podemos avanzar.

– Tenemos también los testimonios que hemos ido recogiendo –le recordó Ismael.

–A ver, vamos a centrarnos. Tenemos una llamada el lunes por la tarde de la profesora de Roberto Jiménez. No había ido al colegio el viernes, ni el lunes. La profesora intentó localizar a los padres y no lo consiguió ni en el móvil, ni en el trabajo, ni en casa. Roberto había ido varias veces al colegio con moratones y heridas y su profesora había denunciado la situación del niño. Al no verle en dos días, y con un fin de semana de por medio, se asustó. La policía entra en la casa y, tras comprobar que la mujer está muerta, llama al 112 –fue resumiendo Andrés.

–Sí –completó Ismael–. Después tenemos una llamada de los vecinos de Hugo y María Megías. La niña lloró bastante ese día y no oyeron a la madre en ningún momento. Su vecina de al lado sospechaba que recibían malos tratos y pensó que algo había ocurrido. Después, lo mismo. Entra la policía, comprueba el fallecimiento de la madre y nos avisa a nosotros.

–Ya, pero ahora sabemos que la madre del segundo crío murió unas horas antes que la otra.

–Exacto. Siguiente punto. Los dos escenarios están modificados para que la ubicación de los muebles y la decoración sean similares –continuó Andrés–. Primero pensábamos que habían modificado el salón de Ángela Gómez, para que se pareciese al de la otra, luego hemos sabido que los dos salones han sido preparados. ¿Para parecerse a otro escenario quizá? Eso indica la posible existencia de otro crimen que no sabemos dónde ni cuándo ha ocurrido.

–Eso solo lo sabe el asesino por ahora. Además –prosiguió Ismael–, los dos padres han desaparecido y, aunque todo indicaba que el de Roberto era el asesino, ahora también sabemos que las mujeres no murieron a consecuencia de los golpes, sino de una cuchillada en la nuca.

–Sí –añadió Andrés–, y ahora también tenemos la certeza de que las palizas fueron propinadas por dos personas diferentes.

–Exacto. Además el niño, Roberto, no mencionó ningún cuchillo. También tenemos los dibujos de Hugo, que, si reflejan la realidad, indican que su padre habló con alguien después de morir su esposa, o al menos mientras estaba inconsciente en el suelo – dijo Ismael en voz alta.

–Otra coincidencia es que los niños tengan edades y sexos similares. Eso indica que el asesino busca ese tipo de familia, por otro lado, de lo más convencional. Lo extraño es lo diferente de las zonas en las que cometió los asesinatos.

–Sí, el primer crimen… quiero decir el segundo… se cometió en Villaverde Alto –le explicó Ismael; ante la mirada interrogante de Andrés siguió hablando–. Es un barrio con pisos muy antiguos, muchos de ellos sin ascensor, pequeños y en malas condiciones. No es una de las mejores zonas de Madrid, la verdad; durante años ha tenido mucha delincuencia.

–¿Y el otro? –preguntó Andrés.

–El otro, ya lo has visto, en plena calle Serrano. Pisos señoriales, muchos de ellos con entradas para el servicio independientes de las de los inquilinos. Lujosos, espaciosos y caros, muy caros.

–No tengo ni idea de lo que pueden tener en común dos familias así. Eso sí, sigue pareciéndome muy probable que haya un único asesino y que sea uno de los padres –concluyó Ismael.

–Sí y el otro es igualmente un maltratador – afirmó Andrés–. Tanto si mató a su mujer como si no, los moratones antiguos eran evidentes.

–Tienes razón. ¡Vaya! Se nos hace tarde. Vayamos a hablar con Clara y con la psicóloga infantil, a ver si ellas nos dan algo por lo que empezar.

Los dos cogieron sus chaquetas y fueron hacia la casa de acogida. Sentían impaciencia por ver si sacaban algo más de aquellos dibujos, que, por mucho que les costase reconocer, se trataban de la única pista fiable que tenían por el momento.

Aquel caso cada vez era más complicado y la falta de sueño y de pistas que seguir no parecía un buen comienzo.

Capítulo 6. Los dibujos

A las seis menos cuarto la psicóloga infantil llegó a la casa de acogida. Apareció con una carpeta enorme llena de láminas dibujadas y otra con láminas en blanco. En una bolsa traía pinturas, rotuladores, lápices... Deseaba probar ese método con Hugo, parecía que era el candidato perfecto, según le había dicho Clara. Enseguida lo comprobaría. Con Roberto tenía sus reservas, aún no sabían qué tal se le daba dibujar. Antes de entrar a ver a los niños, Clara la llevó a una salita donde Julián tenía su ordenador y le enseñó los dibujos escaneados del niño. Bea, tras ver todos varias veces, no pudo esconder su satisfacción:

–¡Joder, tía! ¡Qué pasada! Son buenísimos. Con estos dibujos seguro que le saco algo pronto. Dime qué quieres saber y así voy a tiro fijo. Primero voy a intentar enterarme de dónde están sus viejos, por si lo saben y se lo están callando. Después ya decido con quién me pongo primero a currar.

–De acuerdo. ¿Y las niñas?

–Creo que hoy solo trabajaré con los chicos. Un rato con cada uno y por separado. Mañana las vendré a ver. No creo que sean aún muy conscientes de lo que ha pasado –le explicó Bea–. Bueno, a no ser que la señorita mande otra cosa –añadió con retintín.

–No, no, a mí me parece bien –contestó Clara intentando obviar el tono de la psicóloga–. No estés a la defensiva, que yo sé cómo trabajas con los niños. Lo siento si te ha sentado mal lo que te dije por la mañana, creo que tenía que hacerlo.

–Ya. Pero jode, ¿sabes?

–Mejor yo que mi jefe o el tuyo, ¿no te parece?

–Sí –convino la psicóloga mientras exhalaba un sonoro suspiro. Le fastidiaba reconocerlo, pero Clara había actuado con sensatez y con respeto.

–Hacia las siete y media va a venir la policía a hablar con nosotras, a ver si hemos averiguado algo –le advirtió Clara.

–Qué poco tiempo... –concluyó ella mientras se levantaba para enfrentarse a los niños.

Bea se llevó a Hugo a un cuarto que usaban para las visitas. El niño se puso en guardia de inmediato y se abrazó a su bloc de dibujo, protegiéndolo con su cuerpo. Clara le había explicado que el niño se cerraba en banda a la hora de hablar de lo ocurrido aquel día. Tampoco decía ni una palabra sobre su padre. Para eso estaba ella allí, para conseguir que el niño exteriorizara todo lo que ocultaba.

–Hola, Hugo. Me llamo Bea y soy psicóloga infantil.
–Hola –respondió el niño con cierta hostilidad en su voz.
–Me ha dicho Clara que dibujas genial. ¿Me quieres enseñar tus dibujos? –preguntó Bea aun sabiendo la respuesta.
De la boca de Hugo, silencio.
–Mira, yo te he traído los míos. Éste lo dibujé hace dos años, cuando estuve visitando una ciudad muy chula que se llama Venecia. ¿La conoces? Está construida en el mar. En lugar de calles, tiene canales, por donde circula el agua, así que no usan coches, sino barcas. Tienen unas muy originales que se llaman góndolas. ¿Las has visto alguna vez?
Hugo negó con la cabeza; no se movió para ver el dibujo. Mantenía la vista fija en el flequillo morado de la mujer. Ella dejó en la mesa el dibujo, cerca del niño, como si le diese igual que lo viese o no. Hugo se obligó a no mirar.
–Lo peor es que a veces huele que apesta, supongo que eso de estar metida en el mar todo el rato no será nada bueno. Eso sí, los helados están coj… buenísimos –dijo intentando no hablar demasiado mal delante del pequeño.
No le pasó inadvertido el gesto de Hugo, quien la miraba de arriba abajo con disimulo.
–Este otro lo dibujé hace seis meses en el parque de atracciones –siguió contándole al niño mientras le ofrecía otra lámina–. Fuimos un día Clara, Laura y yo con los niños que había en la casa. Mira, Clara me salió fatal. Por más que intenté dibujarle el pelo, parecía una escoba vieja. Así que se lo puse recogido, que mola más, ¿ves?
Bea le enseñó al niño el dibujo, él ni siquiera lo miró. Estaba decidido a permanecer callado en su presencia.
–Después se puso a llover y tuvimos que volver a toda prisa. ¡Huy! Ahora que me fijo, se me debió mojar un poco con la lluvia, en esta esquina está un poco arrugado el papel.
Bea notó cómo Hugo miraba de reojo el dibujo, tampoco entonces pronunció una palabra. Durante un buen rato siguió enseñándole un montón de dibujos más. Hugo siguió sin hablar, pero al menos ya no quitaba la cara cuando se los enseñaba. Le dio unas hojas en blanco, para que dibujase lo que quisiera y salió a ver a Clara, a la que no le quedaba una uña sin morder.
–Bah, tía, ese crío desconfía absolutamente de todo. Creo que voy a necesitar venir todos los días hasta que me vea como a una colega –le confió Bea a Clara.
–¿Y los dibujos del bloc? ¿Te ha dicho algo? –preguntó Clara esperanzada.
–No, qué va, no se los he pedido. Créeme, aún no está preparado para afrontar esos dibujos en mi presencia, ni en la de nadie. Tendréis

que tener paciencia.

–Vale, tranquila. Sí, la verdad es que siendo el primer día no esperaba más, era por si acaso…

–Normalmente habría empezado por hacerles “el test de la familia”. Es lo primero que se hace para saber la situación del niño dentro de su propio entorno. Según dibuje a cada miembro de la familia, el orden en que los dibuja, los detalles que ponga y el lugar que ocupa cada uno en la hoja, me da una idea de cómo vive el niño en la familia y de cómo se siente con ellos –le explicó Bea detalladamente–. En este caso creo que es mejor que él me empiece a ver como a alguien de confianza antes de darle la brasa sobre su familia. Recuerda que me contaste cómo se cerró en banda en cuanto le preguntaste sobre su madre. A veces hay que retroceder un par de pasos para avanzar diez.

–Tienes razón. Habrá que ir con calma entonces.

Bea volvió con el niño, que se encontraba muy afanado dibujando un parque infantil. Lo que pudo ver al pasar la impresionó. Al mirar al pequeño le parecía un niño normal de siete años, cuando dibujaba parecía convertirse en algo más. Sus dibujos no se correspondían con su edad. En el que se hallaba enfrascado no faltaba detalle: columpios, toboganes… y mucha gente. Hugo estaba tan concentrado que no se dio cuenta de que se acercaba Bea, en cuanto la vio a su lado, dejó las pinturas sobre la mesa.

–¿Puedo irme ya? –preguntó.

–Claro, colega, mañana vengo otra vez, así que...

–Como quieras –respondió Hugo con indiferencia mientras se levantaba y salía a toda prisa de la habitación. Era evidente que se sentía incómodo en la presencia de cualquier adulto. Hacía lo que le decían porque no quería problemas, nada más.

Bea guardó el dibujo de Hugo y colocó otra vez los suyos. Fue a buscar a Roberto, quien le pidió llorando que también estuviese Clara. Bea le dijo que sí, por ser la primera vez y que a la próxima tendría que venir solo. El niño asintió mientras se sorbía sonoramente los mocos y se secaba las lágrimas con las mangas antes de que a Clara le diera tiempo a sacar un pañuelo del bolsillo.

Probó a enseñarle a Roberto sus dibujos. Le dio unos lápices y un papel para dibujar. Sus trazos eran más propios de un niño de siete años que los de Hugo, pero lo suficientemente detallados para darle vida a un dibujo. Puso mucho más interés que Hugo en los dibujos que le enseñaba Bea. Al principio se mostró tímido, retraído. En cuanto cogió un poco de confianza…

–Bea, ¿qué es esto? ¿También es Venecia? –peguntó Roberto con curiosidad.

–No, es un lago en el que pescaba con mi... padre –le respondió Bea intentando no perderse ni un detalle de su reacción. Miró a Clara un

segundo. Estaba tan a la expectativa como ella.

–¿Pescabais en esa barca de ahí? –le preguntó Roberto.

–Sí, ésa fue nuestra primera barca. Después, cuando estaba ya muy vieja, compramos otra más grande. Pero ésa siempre fue mi favorita –le confesó Bea–, molaba mogollón.

–A mí también me gusta. Yo... yo no sé pescar – le confesó él con tristeza.

–Bueno, colega, tienes tiempo de aprender –le contestó Bea.

–Sí, tiempo sí, pero no tengo con quién ir –dijo Roberto mientras le caía una lágrima.

"Nos acercamos, por fin –pensó Bea–. Ahora, tranquila, no le metas prisa, cuidado con lo que le preguntas, no vayas a meter la pata". Clara aguantaba la respiración mientras se mordía la lengua para no intervenir. Sabía que era un momento crucial, así que se obligó a esperar.

–Jo, tío, qué mala suerte, lo siento. ¿Es que tampoco tienes padre? –siguió Bea haciéndose la tonta.

–No, no tengo papá ni mamá –dijo mientras cogía la mano de Clara–. Mi mamá se murió el domingo. Mi papá le pegó un montón de veces. Nunca le había pegado tanto. Y luego mi papá se fue para morirse también.

Clara y Bea se miraron sin saber cómo seguir, era el momento. Si paraban ahora no sabían cuándo tendrían a Roberto tan receptivo… Justo en aquel momento unos inoportunos golpes sonaron en la puerta dando paso a Laura:

–Ismael y Andrés están aquí, ¿les digo que pasen o preferís que os esperen en el salón?

–Ya voy yo, Laura, gracias –dijo Clara mientras daba un ligero apretón en el brazo de Bea al pasar.

Los dos inspectores aguardaban en el rellano a una Clara que bajaba nerviosa la escalera...

–Hola, chicos, no hay tiempo de explicaros mucho. Roberto está a punto de contarnos algo importante. Estoy segura de que, si entráis ahí, no nos contará nada más –les dijo Clara directamente- Ya sé que lo que os pido es demasiado, los policías sois vosotros...

–¿Quieres decir que le vais a interrogar Bea y tú? –preguntó Andrés arqueando las cejas y volviendo la cabeza directamente a su compañero.

–Hombre… interrogar… A ver, el niño está intentando contarnos algo que puede ser importante, y ya os dije que es muy introvertido…

–La verdad, Clara, no me parece buena idea. Como tú has dicho, los policías somos nosotros, y además sabemos cosas que aún no hemos podido contarte y otras que no debemos contar a nadie. Nosotros sabemos qué preguntas hay que hacer. No te enfades, ¿vale? –le rogó

Ismael–. Sabes que siempre cuento contigo, en este caso debemos hacerlo nosotros.

–Ya, pues, adelante, creo que entonces no le sacaremos mucho más. Además Hugo ya ha estado con Bea y no ha dicho nada de nada.

–Ismael –comenzó Andrés–, podíamos hacer una excepción esta vez, ¿no crees?

–A ver, a mí no me importa hacer una excepción, eres tú el que no estaba muy de acuerdo con que dejase a Clara trabajar con los niños sola, sin que estuviéramos delante… –explicó Ismael un tanto contrariado mientras cogía un lápiz y un papel de un bloc que sacaba del bolsillo de su cazadora.

–Tienes razón, es que no la conocía. Después de ver cómo habla con los niños… en fin… –respondió Andrés a la defensiva mientras evitaba mirar a Clara.

–De acuerdo. A ver, Clara, los puntos más importantes son éstos: primero, necesitamos encontrar a los padres de los niños; segundo, también sería conveniente saber si Roberto vio cómo su padre mató a su madre, y tercero, si el padre le dijo algo antes de irse. ¿Podrás hacerlo?

–Creo que sí, a ver qué se me ocurre, gracias –musitó mirando a Andrés, pero enseguida bajó la mirada. No recordaba que le pareciese tan guapo el día anterior.

Subió a toda prisa las escaleras y volvió a la salita. Cuando Bea la vio aparecer le dijo:

–Hola, Clara. Mira, estábamos viendo este dibujo que ha hecho Roberto. ¿Lo ves? Son él y su hermana en una sala de juegos durante un cumple. Mira, aquí hay una piscina de bolas, aquí unos toboganes, aquí una cama elástica… ¡Qué guay, es la leche!

–Sí, estuvimos Belén y yo en el cumpleaños de un compañero de mi clase. Se llama Álvaro –explicó el niño.

–Es muy chulo, Roberto–dijo alegremente Clara mientras pensaba cómo volver al tema que dejaron cuando tuvo que salir de la habitación–. Oye, antes de salir estábamos hablando de…

–Sí, pero es que luego hemos hablado de mogollón de cosas –cortó tajantemente Bea– y Roberto me contaba ahora cómo son sus compañeros del colegio.

–Ah… qué bien –contestó Clara dudosa–. Es que lo que iba a contarnos Roberto…

–Roberto ha estado hablando de muchas cosas y ahora nos está enseñando este dibujo –respondió Bea mirando a Clara desafiante.

Era evidente que Clara se había perdido algo importante. Miró interrogante a Bea, necesitaba saber si Roberto le había contado algo mientras ella no estaba, pese a que la actitud de la psicóloga le indicaba que ya no debía volver al tema. Confiaba lo suficientemente

en ella para seguirle el juego… o no. Se mordió la lengua y se dispuso a disimular frente al niño, mientras la curiosidad hacía estragos en el interior de su mente.

–Bueno, va siendo hora de ir al baño, jovencito –consiguió recuperarse Clara mientras ofrecía a Roberto una gran sonrisa–. Laura está preparando la cena. Enseguida os lleno la bañera y os llevo los pijamas, ¿de acuerdo? Venga, ve a buscar a tu hermana, que ha estado toda la tarde en el jardín y necesita que la metan en remojo con urgencia –añadió sonriendo ampliamente.

–¿Te vas a quedar a cenar? –preguntó esperanzado Roberto.

–Creo que sí, antes tengo que hablar con los policías, ¿vale?

–Vale, no pasa nada, no me importa que estén –dijo Roberto decidido.

En cuanto Roberto salió de la habitación, Clara interrogó a Bea con la mirada.

–Cuando has salido he seguido por ese camino. Me ha parecido que estábamos a punto de conseguir algo importante. Por si me olvidaba de algo de lo que me dijera el crío, lo he grabado.

–¿Que lo has grabado? ¿Tienes una grabadora? –preguntó Clara gratamente sorprendida.

–Sí, ¿qué pasa? ¿No puedo? La uso en algunas sesiones, me resulta muy útil. Ya sé que se puede grabar también desde el móvil, pero me gusta llevarla. ¿Quieres oír la conversación?

–¡Por supuesto! Espera, antes voy a avisar a los inspectores para que la oigan también, si no te parece mal –le pidió Clara.

–Joder, tía, claro, para eso es. ¿O para qué te crees que lo grabo? –replicó ella.

Clara decidió no hacer caso al comentario de la psicóloga. Estaba a la defensiva en todo momento. Cuando volvió con los dos policías y, tras las presentaciones pertinentes, se dispusieron a escuchar la grabación:

–Roberto, decías que tu padre también iba a morirse. ¿Te dijo algo antes de salir de casa?

–Sí –decía la vocecita tímida de Roberto–, *nos dio un beso a Belén y a mí antes de irse y nos dijo que se tenía que ir, que mamá estaba dormida y que a lo mejor dormía mucho tiempo.*

–¿Y después se marchó? –preguntaba Bea.

–Sí, nos contó que tenía que irse a hacer una cosa importante. Yo le pregunté qué tenía que hacer y si iba a volver, y él nos dijo que no. Le iba a preguntar otra vez, pero a papá no le gusta que le digamos las cosas más de una vez. Después lo llamaron por teléfono y se fue.

–¿Y no sabes adónde iba? –continuaba Bea.

–No nos lo dijo. Antes de irse se acercó a mamá, que estaba en el suelo, y se agachó para contarle un secreto. No le pregunté nada más por si se

enfadaba y me pegaba.

–¿Es que te pegaba cuando se enfadaba?

–Claro. Pero solo se enfadaba cuando nos portábamos mal. Si nos portábamos bien y le obedecíamos, nos quería mucho –le aseguraba inocentemente Roberto.

Después, la conversación entre Roberto y Bea pasó a ser más trivial, así que apagaron la grabadora.

–Menudo cabrón –dijo Clara–, así que solo les pegaba si se portaban mal, ¿no?

–Es muy interesante –murmuró Andrés.

–¡¿Qué?! ¿Interesante dices? ¿Se puede saber qué es lo que te parece interesante? ¿Que les pegara o que lo hiciera cuando se portaban mal? –gritó Clara visiblemente excitada.

–Perdona, Clara, no he querido ofenderte. En realidad, estaba pensando en voz alta –se disculpó Andrés perplejo al ver la reacción de la joven–. No, no me parece interesante que les pegara, me parece un cerdo, igual que a ti. Solo digo que hay un detalle interesante en la conversación. Es el que recibiera una llamada telefónica. En el dibujo que me mandaste, que además creo recordar que es del otro crío, el padre aparece hablando por teléfono cuando la madre yace muerta en el suelo. Podría ser una pista importante.

–¡Es cierto! –exclamó Ismael mientras buscaba en su móvil una copia de los dibujos que Clara les había mandado unas horas antes.

–Lo… siento. Tienes razón –se ruborizó ella–. Estaba tan enfadada por la idea de que les pegase que no presté atención a nada más. Perdona, Andrés, he sido un poco borde.

–Tranquila. Creo que este caso nos está alterando mucho a todos. Esos niños no merecen lo que les ha pasado.

“Además de guapa, tiene carácter –pensó Andrés–, y es lista, ¡vaya si lo es! Tiene instinto. Es una pena que no sea policía. Y con los niños tiene buena mano, no cabe duda”.

–Andrés, ¿me estás escuchando? –le recriminó su compañero sacándolo de sus ensoñaciones.

–Perdona, me temo que otra vez estaba perdido en mis pensamientos.

–Creo que lo vamos a dejar por hoy –decidió Ismael–, estamos todos un poco cansados. Llevamos muchas horas sin dormir y mañana nos espera un día muy duro.

Nadie puso ninguna objeción, así que se dispusieron a marcharse cada uno a su casa. Los niños estaban terminando de cenar, así que Clara decidió que se marcharía cuando estuvieran acostados. Lorena le preguntó si iba a tener unos papás pronto. Lo sabía perfectamente, pero cada vez que veía a Clara se lo preguntaba; estaba deseando oírlo.

–Sí, preciosa. Hemos quedado con ellos dentro de unos días. Cuando te vayas a la cama te marcaré el día en el calendario de tu habitación para que sepas cuánto queda, ¿vale?

La sonrisa de la niña inundó de alegría el corazón de Clara. Un pequeño granito de arena en el cruel desierto. A Clara aquellos detalles le daban fuerzas para seguir adelante.

Los policías la esperaron para llevarla a casa. Al entrar al coche, Clara no pudo disimular una sonrisa cuando vio que Andrés se metía en el sitio del conductor. En un solo día: impresionante. La dejaron en la puerta de su casa y se fueron a la comisaría. Tenían que concluir el informe preparado, porque al día siguiente sería lo primero que miraría el comisario, y no era conveniente enfadar al jefe.

Clara los vio alejarse en la noche y, de pronto, supo que alguien la estaba observando. Notaba unos ojos clavados en cada poro de su piel, y un escalofrío recorrió su espalda. Se apresuró a entrar en su casa y cerró rápidamente ventanas y persianas. A través de una rendija de la ventana del salón, miró hacia la calle; no vio nada. Un gato jugaba con la basura del vecino, las luces de las casas permanecían encendidas y las farolas funcionaban. Pero en las sombras… estaba segura de que algo acechaba. Tras media hora sin perder de vista la calle, desistió. Pensó que el cansancio y la imaginación le estaban jugando una mala pasada. Y decidió hacer de adulta y prepararse la cena. Unos minutos después, las sombras que tanto miedo le habían dado antes se movieron. Para entonces ella se encontraba ante la tele comiendo una ensalada, intentando olvidar aquella sensación y pensando cada vez más en aquellos ojos verdes de los que parecía incapaz de despegarse.

Capítulo 7. Una nueva pista

Esa noche, los sueños de Clara se atropellaban unos a otros. Lo acontecido aquellos días se le presentaba en secuencias mezcladas entre la realidad y la ficción. Durmió ocho horas sin descansar ninguna de ellas. Cuando llegó a la casa de acogida estaba más cansada que cuando se había marchado. Laura le preparó un café bien cargado y un trozo de bizcocho casero que, por un momento, hicieron olvidarse de todo a la joven. Cuando estuvo más despierta, preguntó a su amiga por la noche anterior.

–Regular, la verdad. Hugo comenzó a chillar hacia las tres de la madrugada llamando a su padre –le explicó Laura.

–¿Estás segura? ¿No llamaría a su madre? –preguntó extrañada Clara.

–No, no, a su padre. Decía: *Papá, papá, ¿dónde estás? ¿Por qué te has ido? ¡Mamá está muerta! ¿Dónde estás?* Me costó un buen rato tranquilizarlo y que se diera cuenta de dónde estaba y por qué. Despertó a todos los niños, salvo a Ruth, que ya sabes que es igual que una marmota. Nos dieron las cuatro y media intentando que todos volvieran a dormirse. Y hoy para ir al cole ha habido protesta general, claro.

–Vaya, cuánto lo siento. Esta noche me quedaré aquí y te echaré una mano. Así, si se despierta, me encargaré yo –le prometió Clara.

–Pues no te diré que no, porque la verdad es que cualquier ayuda nos vendrá bien.

¡Pobre Laura! Se la veía tan cansada como a ella misma. ¡Cómo la admiraba! ¡Con todo lo que había sufrido al saber que no podía ser madre! Llevar aquella casa parecía resarcirla de aquello, debía de ser muy duro de todos modos. Además, ninguno de esos niños se quedaba con ella para siempre. A sus treinta y ocho años, había dado por perdida su oportunidad de tener hijos. Su casa era un preparativo para vivir con otros padres. Julián y ella eran unos simples mediadores. Menos mal que había gente como ellos. Los niños los necesitaban.

–Clara, este caso es especial, ¿verdad? –le preguntó algo preocupada.

–¿A qué te refieres? –interrogó Clara–. Es un caso complicado, sí, todos lo son.

–Aquí los niños vienen cuando no pueden tener una familia. Cuando los maltratan, o los abandonan, o simplemente no cubren sus necesidades básicas –explicó Laura rápidamente–. Pero esto... dos casos de maltrato que acaban con la vida de la madre... Son

demasiado similares para no tener relación, lo que a mi modesto entender significa que hay un asesino suelto.

–Sí, ya entiendo lo que quieres decir, no puedo contarte nada, Laura, es cierto que tiene mala pinta.

–Nunca te pediría que me contaras nada que no pudieras, ya lo sabes, es que estoy asustada por los niños. ¿Y si viene a por ellos? ¿Y si es un asesino en serie? ¿No sería mejor que estuviesen en dos casas de acogida distintas? Al menos eso se lo pondría un poco más difícil, ¿no?

–Para el carro, Laura, tranquilízate. ¿Un asesino en serie? –se defendió Clara–. Por ahora ni siquiera saben si hay más de un asesino. En principio, son dos asesinatos con varias cosas en común.

–Algo más que varias cosas, diría yo –añadió Laura–. A ver: niño de siete años, niña de dos y las dos mujeres muertas de forma similar, ¿no?

Clara no se atrevió a contestar. Si Laura no sabía prácticamente nada del caso y ya se había dado cuenta de que tenía demasiadas cosas en común… Y eso que no sabía que los muebles habían sido colocados igual en las dos viviendas. Y tampoco sabía la forma de morir de las madres, ni que los padres permanecieran en paradero desconocido.

–Bueno lo que te digo, Andrés e Ismael no han hablado de un asesino en serie.

–Vaya, así que ya son Andrés e Ismael, ¿eh? Ya no son Ismael y Andrés.

–No sé de qué me hablas –contestó Clara con la cara como un tomate.

–Ya. Por eso ahora mismo se podría freír un huevo en tu cara –rió Laura–. Confiesa que te gusta. A mí no me engañas, que está buenísimo. ¡Menudos ojos tiene!

–¡Eh! ¡Que estás casada, guapa!

–Sí, estoy casada, pero no ciega –contestó Laura rápidamente–. No es que Julián no esté mal, pero a sus cuarenta y tres años la tableta de chocolate empieza a derretirse y ha perdido más pelo del que le queda. Y qué decir de esos kilitos que ha ido acumulando en la tripa…

–Oye, que eso es culpa tuya. Si no lo atiborraras a bizcochos y postres caseros…

–Tienes razón, pero no te desvíes del tema. Andrés te gusta, y mucho.

–Bah, es mono –contestó indiferente Clara.

–¡Ahí está! Prueba número dos. Intentar parecer indiferente al hablar del hombre que te quita el sueño –siguió su amiga.

–¡Para ya! Sí, lo confieso, me gusta un poco. Es una tontería, no sé nada de él, a lo mejor está casado o tiene novia o... ¡qué sé yo! –

confesó visiblemente molesta.

–Eso tiene fácil solución. Se lo preguntas y punto. Si no lo haces tú, lo haré yo –le prometió Laura.

–De acuerdo, bruja. Que sepas que a estos niños los tienes engañados, pero a mí no. Sé la maldad que se esconde debajo de esa cara tan dulce que muestras.

El sonido del móvil de Clara interrumpió la conversación de las dos amigas. Era bueno poder hablar de otra cosa cuando tenían un caso complicado. Era como hacer un alto en el camino para coger fuerzas. En el móvil aparecía un número que no conocía. Ella contestó con desconfianza.

–¿Quién es? –preguntó Clara–. Ah... hola… Andrés. ¿Quién te ha dado mi número? Ya, qué pregunta más tonta, Ismael, claro. Dime... ¿pasa algo?

Su amiga había dejado lo que tenía entre manos para seguir detalladamente la conversación telefónica y hacerle burla. Hacía como que se besaba con alguien, ponía caras raras... A Clara le costaba concentrarse. De pronto, Laura cesó con las bromas. Por la cara de su amiga era evidente que algo muy grave pasaba. Clara se había quedado pálida.

–Sí, estoy en la casa de acogida… ¿En diez minutos? Claro. No hay problema… Hasta luego –colgó y se volvió hacia su amiga.

–Clara, ¿qué ocurre? Estás blanca. No me digas que han encontrado a más niños – dijo aterrorizada–. No puede ser...

–No, no, más niños no, me tengo que ir. Parece ser que han encontrado a los padres de los niños.

–¿Los padres? ¡Uf! No parece que sean las personas más adecuadas para ocuparse de estos pequeños, me gustaría poder alegrame. Bueno, eso te lo dejo a ti, claro. Yo lo digo por lo que me has dicho y por la actitud de los niños…

–Están muertos los dos –contestó Clara mientras Laura subía las manos a la boca ahogando un gemido–. Ya los han identificado. Se va a pasar Andrés a por mí, mientras Ismael espera en el escenario y recoge algunos datos. Dos días, cuatro cadáveres. Madre mía, hay veces en que este trabajo es deprimente.

–Ya... Clara...no entiendo una cosa, ¿por qué tienes que ir tú? ¿Es que te necesitan para identificarlos? ¿No tienen una foto o algo así?

–No me necesitan para identificarlos, ya los han identificado y están en el depósito. La policía quiere que me pase por la comisaría para estudiar la manera de decirles a los niños que sus padres han muerto –le explicó Clara.

–No... no tendrás que verlos, ¿no?

–Espero que no, la verdad.

–Yo también –coincidió Laura–. ¿Y cómo han muerto? Quiero decir,

que la verdad es que estoy sorprendida, pensé que uno de ellos sería el asesino de esas dos mujeres.

–No tengo ni idea, Laura, no tengo ni idea…

Clara comió distraída las migas del bizcocho que le quedaban en el plato. Realmente esperaba no tener que ver más cadáveres, aún tenía grabadas en sus retinas las imágenes de las madres de los niños y era más que suficiente.

Rápidamente su cabeza se puso en funcionamiento para encontrar la manera de explicarles a los niños la muerte de sus padres. Aunque, si tenía que ser sincera, pensaba que era lo mejor que les podía pasar a esos chicos. Además, ni siquiera estaba segura de la reacción que conseguiría en los niños. ¿Alivio? ¿Dolor?

Por otro lado, Laura tenía razón, seguramente por eso se le veía tan preocupado a Andrés al hablar con él. Si estaban los dos muertos, significaba que había otra persona implicada en el caso. A no ser que fuera un suicidio. De nada servía pensar en ello sin tener más información, así que apuró su café y se dispuso a esperar a que el policía viniera a buscarla.

Diez minutos más tarde, Andrés llamaba a la puerta. De camino a la comisaría le explicó a la asistente social que el asesino había dejado los cadáveres muy a la vista para que los encontraran pronto. Había sido una ejecución en toda regla. Bueno, dos ejecuciones.

–De verdad te digo que este caso me tiene totalmente perdido –le confesó Andrés–. Cuanto más fácil parece, más difícil resulta. No podemos descartar nada, puede que ellos mataran a sus mujeres y puede que no.

–Tanto si lo hicieron como si no, están muertos –zanjó Clara–. Por ahora los niños no han dicho que entrase en su casa nadie más.

–Seguiremos pensando que fueron ellos, pese a que hay demasiados caminos para elegir. Si cada uno mató a su respectiva mujer tuvieron que ponerse de acuerdo para hacerlo de la misma manera. Y la verdad es que no encuentro la conexión que puede haber entre esos dos hombres –añadió el policía.

–Es muy raro que, además, vivan en zonas tan diferentes. Seguro que no tienen nada en común.

–No tengo ni idea de cómo dos personas tan distintas pueden ponerse de acuerdo para algo así. Parecen dos familias totalmente diferentes. En fin, no sé. Llevo aquí cuatro días, ya sé que eso no es excusa... Los asesinatos y el resto de los crímenes son iguales en todas partes –se disculpaba Andrés; se le veía cansado.

–Será diferente la manera de investigarlos, ¿no? –preguntó Clara con interés–. Al menos, por lo que dices, se puede descartar el suicidio.

–¿Suicidio? No recuerdo haber barajado esa posibilidad…

–No, no lo has hecho, ni Ismael tampoco, es que al decirme que habían hallado los dos cadáveres, y al no saber nada más, me he forjado yo varias hipótesis, perdona.

–No, no, me parece bien. Claro, sin saber cómo estaban los cadáveres es fácil pensar que pudiera haber pasado cualquier cosa; créeme, lo del suicidio es imposible.

–De acuerdo. ¿Ves? Al menos habéis podido descartar algo. Una vez que habéis encontrado a esos dos hombres muertos, ya habéis empezado a tener más datos, aunque no sepáis por dónde empezar.

–Sí, puede que tengas razón. Lo que pasa es que encontrar un hilo del que tirar es extremadamente difícil, aunque tengo que reconocer que tener a Ismael ayuda bastante, tiene buen carácter y te deja muy libre para investigar.

–Sí, es una buena persona. No sé cómo será trabajar con él. Puedo hacerme una idea por cómo hablaba de él su anterior compañero –explicó ella.

–No es excesivamente maniático ni demasiado exigente –prosiguió Andrés–. He tenido compañeros de todo tipo. Con algunos se tenían que hacer las cosas exactamente como a ellos les gustaba. Si no, encontraban siempre algún pero que poner a lo que hubieras investigado, aunque fueran las pistas más fiables que hubiera en cada caso. Ismael no. Confía en su gente y eso para mí, es imprescindible.

–Sí, es un encanto –le dijo Clara–, además de un gran policía.

–Sí, lo es –coincidió Andrés.

–Lo que no sabía es que fuera tu jefe –comentó ella de pronto.

–Bueno, mi jefe exactamente, no. Los dos somos inspectores, pero él está al cargo de esta investigación, ¿sabes?

–Ya entiendo –respondió Clara.

Por dentro, Andrés se estaba comiendo hasta las uñas de los pies. ¿Podía alguien de alguna vez decirle si Clara e Ismael estaban juntos o no? Porque a estas alturas su imaginación estaba cobrando una velocidad de vértigo. Más valía ir frenando.

–Este caso es de los más enrevesados que he tenido en mi carrera –prosiguió Andrés– y, créeme, he tenido muchos.

–Sí, es como si tuviéramos un rompecabezas de esos de cubos, ya sabes, de niños pequeños, y eligiésemos mal la cara que colocamos en cada ocasión.

–Eso no sería tan malo, habría que dar la vuelta a las piezas y ya está. Lo único que necesitaríamos averiguar es en qué dirección girarlas. Bueno, ya hemos llegado –dijo Andrés mientras accionaba el freno de mano en el coche.

–¿Está Ismael en la oficina o ha ido al depósito? –preguntó Clara.

–Está aquí, en la comisaría. El doctor Suárez le ha dicho que le mandaría por fax un informe preliminar con lo que encuentre a simple

vista. El informe oficial tardará más, mañana seguramente tendremos algo.

Cuando llegaron al despacho de Ismael, vieron que estaba recogiendo el fax que les había mandado el doctor Suárez.

–Hola, chicos. Mirad, me acaba de mandar el informe preliminar el forense. A ver qué dice, porque hoy no tenía el día. Se le acumula el trabajo, ya sabéis –se atrevió a bromear Ismael pese a cómo se estaban poniendo las cosas–. Veamos:

Víctima número 1: *Alberto Jiménez, 38 años.*

Probable causa de la muerte: *Impacto de bala en hueso frontal.*

Lleva muerto al menos 48 horas. Junto al cuerpo se encuentra un casquillo de 9 mm compatible con agujero de bala en el cráneo de la víctima.

Víctima número 2: *Román Megías, 40 años.*

Probable causa de la muerte: *Impacto de bala en hueso frontal.*

Lleva muerto al menos 48 horas. El agujero de bala es compatible con el casquillo encontrado junto al cuerpo de la víctima número 1.

Ambos cuerpos se encontraban en el mismo lugar. La falta de sangre en el escenario del crimen indica que las víctimas fueron trasladadas post mortem al lugar del hallazgo. Ninguna de las víctimas presenta agujero de salida, por lo que se procederá a sacar los proyectiles del interior del cráneo.

Tras realizar las pruebas pertinentes in situ, se trasladan los cuerpos para proceder a su autopsia.

–Entonces esto significa… –susurró Clara.

–Que el asesino está suelto –concluyó Ismael.

–Eso ya lo sabíamos, Clara, lo veníamos comentando en el coche –le recriminó Andrés.

–Sí, bueno, es que también había pensado que podían haberse matado el uno al otro…

–Ya –respondió Andrés, aunque él no había contemplado esa posibilidad–, yo no lo creo, la verdad.

–Algo se nos escapa –añadió Ismael–. En ningún momento habíamos pensado que hubiera alguien más. Al encontrar los dos cadáveres nos hemos quedado sin teorías de nuevo.

–Yo no estaba seguro de si actuaban juntos o por separado, o de si no tenían nada que ver el uno con el otro… –confesó Andrés.

–¿Y quién podrá ser? No tenemos ni una sola pista de la existencia de nadie más.

–¿Y por qué los dos matrimonios? –preguntó Andrés a la vez que sacaba un caramelo de menta del bolsillo se lo metía en la boca y cogía las fotos de los cadáveres de los hombres–. Esto no hay por

dónde pillarlo.

Tras decir aquellas palabras, tiró descuidadamente las fotos encima de la mesa. Clara cogió una de ellas y la miró atentamente sin poder reprimir una mueca de asco.

–No hace falta que veas esto, Clara –dijo rápidamente Ismael–. Trae, las guardaré en la carpeta.

–No, no, da igual, puedo soportarlo. Me gustaría ver las fotos a ver si puedo encontrar algo que sirva de ayuda.

–No tienes por qué hacerlo –le dijo el policía–. Lo sabes, ¿no?

–Ya lo sé, es que... creo que me vendrá bien saber exactamente lo que ha pasado, para luego decidir cómo actuar con los niños. Si no os importa, claro.

Tras unos minutos en los que ella buscó sin saber qué, Ismael le preguntó:

–¿Qué pasa? ¿Hay algo que te llame la atención?

–No lo sé. Está claro que el asesino está dejando un mensaje, ¿no tenéis esa sensación?

–Toma, aquí hay varias cosas que deberías saber –le dijo tendiéndole unas carpetas–. Son importantes. En esta hoja, Andrés y yo hemos hecho un resumen del caso, a ver si tú encuentras alguna pista.

Ver la mesa de Ismael llena de papeles le recordó a Clara su propia mesa. ¿Cuándo tendría tiempo de revisar sus cosas y ponerse al día? Se prometió a sí misma que esa misma noche iría adelantando trabajo.

–Es evidente que el que los vistió después tenía algo de prisa –dijo Andrés cogiendo una de las fotos de los dos hombres.

–¿Por qué lo dices? –le preguntó su compañero.

–Porque les han intercambiado los calcetines. Quiero decir que cada uno lleva un calcetín del otro. Uno es azul marino y el otro marrón –explicó.

–¿A ver? –dijo Ismael pidiéndole la foto– Es verdad, no lo había visto. Sí, es probable que tuviera prisa, o también que el sitio estuviera muy oscuro, son dos colores que sin luz podrían ser difíciles de diferenciar. Yo mismo me he puesto calcetines distintos cuando me he vestido a oscuras –rió–. ¡Y menudas risas se echaron a mi costa en la comisaría!

–No sé si te acuerdas, pero también te pusiste una vez un zapato de cada clase –le recordó Clara–. ¡Y todo por no encender la luz!

–Es verdad, qué desastre.

“Ahí está –pensó Andrés– la prueba de que están juntos. *Por no encender la luz.* Seguro que era para no despertarla a ella. ¡Mierda! Tengo que enterarme bien de todo, si no me va a dar un infarto. Aunque, a lo mejor, eso ya es agua pasada, en ningún momento han hablado de que tengan pareja. Ni el uno ni el otro”. Clara dijo algo

que sacó a Andrés de su ensoñamiento.

–También podría ser daltónico.

–¿Cómo dices? –le dijo Ismael mirándola fijamente.

–Digo que el asesino podría ser daltónico –repitió Clara.

–¿Qué te hace pensar eso? ¿Lo de los calcetines? –preguntó interesado Ismael.

–Bueno, por lo de los calcetines y porque, evidentemente, tienen cambiados también los jerséis y las camisas. Mira, la camisa que lleva el padre de Roberto combina con el jersey que lleva el padre de Hugo, y viceversa.

–Déjame ver –le pidió Andrés quitándole las fotos de golpe–. Es cierto, creo que tienes razón. Llamaré a los del laboratorio para que comprueben qué prenda corresponde a cada uno, aunque supongo que el doctor Suárez se habrá percatado de ese detalle.

–¿Tan importante es? –preguntó la chica.

–No tengo ni idea, la verdad, por ahora es una posible pista. Si el asesino es daltónico reduciría un poco la búsqueda. Si estamos en lo cierto, claro, porque por ahora no es más que una suposición.

–Aunque fuera daltónico, no sé en qué puede ayudaros eso –añadió Clara–. No es algo que se ponga en un historial médico como una alergia o una enfermedad. Tampoco se pone en un currículum, ni en una ficha policial, ¿no? Además, hay un alto porcentaje de daltónicos.

–Ya, no podremos investigar por ese camino, pero a lo mejor en algún momento de la investigación es importante –respondió agradecido Andrés–. ¿Quién sabe? No estamos ahora para decidir lo que nos hará falta y lo que no.

–No hacemos más que recopilar pruebas y seguimos sin tener nada. Esto es deprimente –dijo Ismael sin poder disimular el desasosiego que sentía.

–Bueno, algo es algo. ¿Has leído el dossier, Clara? –le preguntó Andrés.

–Por encima, nada más. Supongo que no me lo podré llevar para mirarlo con calma, ¿no?

–Las fotos es probable que no. Voy a pedirle permiso al comisario para que te lleves una copia del expediente, a ver si dos ojos más descubren la pieza clave del puzle –comentó Ismael mientras cogía toda la documentación para ir a hablar con el comisario.

Clara se quedó a solas con Andrés. Se acordó de lo que le había dicho Laura: … *o se lo preguntas tú, o lo hago yo*… bueno, mejor que lo hiciese su amiga, porque ella se moría de vergüenza solo de pensarlo. Miró de reojo a Andrés, la observaba con interés. ¡Uf! Aquel día llevaba una camisa blanca que le quedaba de cine. Sintió cómo el rubor inundaba sus mejillas, y cogió las fotos para disimular.

–Pobres niños –comentó Andrés–, no sé cómo puedes trabajar en

esto. Debes encontrar casos horribles. Bueno, supongo que no tanto como éstos, pero horribles, al fin y al cabo.

–Siempre lo son. En el momento en que un niño sufre por culpa de sus padres, hay que protegerlo. Quien dice de sus padres, dice de sus compañeros o de su entorno. No siempre son los padres los que maltratan a los niños –le explicó Clara–, a veces los padres simplemente no los pueden cuidar. Yo pienso que tu trabajo es mucho más duro que el mío. Si tuviera que estar todo el día viendo cadáveres…

–Gracias a Dios no en todos los casos hay cadáveres, aunque creo que te acabas haciendo a todo –respondió él.

–¿Eso me lo dices para convencerme a mí o a ti? –ironizó Clara.

–No hay quien te engañe, ¿eh?

En ese momento entró Ismael e interrumpió la conversación. A Clara le molestó, se sentía muy a gusto charlando con Andrés, enseguida se lo recriminó a sí misma y puso cara de atención a lo que Ismael le estaba diciendo.

–Toma, Clara, te he hecho fotocopias de todo. El comisario me ha dado permiso para que te copie también las fotos. Cualquier duda que tengas o cualquier cosa que creas que deberíamos saber, no dudes en decírnoslo. Llámanos sea la hora que sea, ¿de acuerdo?

Ella asintió guardando la carpeta en su mochila. Le emocionaba la idea de ayudar a la policía con la investigación, esperaba no defraudarlos, aunque estaba segura de que no le iba a gustar nada lo que iba a leer en esos informes. Y las fotos… tendría que hacer de tripas corazón para poder estudiarlas con calma. Sentía un cosquilleo en el estómago ante la sola idea de poder echar una mano en un caso tan importante como aquél.

Salió de la comisaría con el único propósito de encontrar algo que les diera una pista fiable.

Capítulo 8. Acoso

Llegó a la casa de acogida a tiempo para comer. A Roberto se le iluminaron los ojos cuando la vio entrar. Hugo también sonrió y disimuló rápidamente. ¡Qué diferentes eran! Roberto demandaba cariño en cuanto tenía ocasión; Hugo lo rechazaba. Roberto era sensible; Hugo, duro como una roca. Clara miró a las niñas. Prácticamente no había estado con ellas desde que llegaron. Parecían estar bien, y eso era lo más importante por ahora. Laura le había contado que Belén se hacía sus necesidades encima pese a que, según su hermano, hacía meses que no llevaba pañal. Por su parte, María se había dedicado a arrancar el pelo y las cabezas de todas las muñecas que había podido encontrar por la casa.

Aun así, le preocupaban mucho más los niños, tenían una edad difícil. Acababan de dejar de ser pequeños, podían entender problemas mucho más complicados, pero aún no eran lo suficientemente mayores para resolverlos. Estaban en un momento crucial de su vida, de su entorno dependía que salieran adelante o que se hundieran definitivamente.

–¿Qué tal esta mañana, Roberto? ¿Has hecho algo interesante? –preguntó Clara.

–Sí, bueno… vino Lola y dimos clase de mates. Hicimos multiplicaciones, de las difíciles, ¿eh?

–Vaya rollo –protestó Clara–, yo odiaba hacer multiplicaciones.

–¿Sí? A mí me encanta. Lo que no me gustan son los dictados, hoy hicimos uno cortito nada más. Lola es muy graciosa. Se pone un lápiz en el pelo para recogérselo cuando nos da clase. ¡Y luego no lo encuentra para corregir los ejercicios! Me gusta más que mi profesora del cole –contó Roberto entusiasmado. Se le iluminaba la cara cuando estaba Clara allí.

–¡Qué bien! ¿A ti también te gustan las mates, Hugo? –preguntó intentando entablar conversación con el niño, que cada vez estaba más metido en sí mismo.

–No, las odio –contestó de mala gana.

–¿Y qué es lo que más te gusta hacer del cole? –siguió intentándolo.

–Nada, odio el cole –contestó–. ¿Puedo irme ya, Laura? He terminado el postre.

–Sí, claro. Recoge tu plato y tu vaso y te puedes levantar –respondió ella sin inmutarse.

Cuando se levantaron todos los niños de la mesa y la recogieron, Clara se disculpó con su amiga.

–Lo siento, Laura, intentaba acercarme a él, cada vez está más hermético.

–Sí, no sé cómo podríamos ayudarle. A ver qué consigue la psicóloga esta tarde –le comentó esperanzada Laura–. Esta mañana vino a ver a las niñas. Estuvo un rato jugando con ellas y luego trabajó primero con Belén y luego con María. Me ha dicho que luego te llamaría y que no te preocupases, que grabaría todas las conversaciones que tuviera con los niños.

–¿Y no te ha contado a ti nada de Belén y María? –preguntó extrañada Clara.

–No, bueno, a mí no tiene que decirme nada, que luego hablaría contigo, nada más. Además, ya sabes que no nos llevamos muy bien.

–No es mala psicóloga, solo es un poco especial, nada más.

–Lo que tú digas. A mí no me gusta, lo siento.

–Ya, pero, por favor, intenta ser amable con ella.

–Es mutuo, Clara. Ella tampoco me traga. No te preocupes, que yo me mantendré al margen.

–No me cabe la menor duda. Laura… al final los he visto… en foto.

–¿A qué te refieres?

–A los cadáveres de los padres; ha sido horrible –le confesó a su amiga–. Pensé que al ser en una fotografía sería más fácil y no es así.

–Lo siento.

–No pasa nada, Laura, era inevitable.

–Ahora estos niños están solos –contestó su amiga.

–¿Acaso no lo estaban ya? –preguntó extrañada Clara.

–Sí, claro, pero eso ellos no lo sabían –le explicó Laura–. Aunque los maltratara su padre, ellos seguían pensando en él. No lo odiaban. Lo aceptaban así porque así les decía que tenía que ser.

–Es horrible, después de lo que les han hecho.

–Lo sabes tú mejor que yo. Los niños que son maltratados piensan que es porque lo merecen y besan la mano que les pega. ¿Cómo puede ser alguien tan cerdo de pegar a un niño?

Para eso Clara no tenía respuesta. Tampoco Laura la esperaba.

Después de acompañar a su amiga en la comida, se fue a casa a revisar el material que le habían dado los policías. Guardó sus propios papeles y extendió los que traía en la mochila. Estaba deseando trabajar en todo aquello. Empezó leyendo el resumen que Ismael y Andrés hicieron cuando la cosa empezó a complicarse; era como trabajar para ellos. Leyó con interés los resultados preliminares de las autopsias de las dos mujeres. Pronto tendría que añadir las de los hombres.

Las mujeres se llamaban Paz y Ángela. Ahora que tenían nombres era mucho más difícil. Cuando eran mujeres anónimas era más fácil pensar en ellas con objetividad; tendría que doblar sus fuerzas.

Cuando leyó lo del corte en la nuca, pensó que se había quedado dormida y estaba soñando. Se levantó, se preparó un sándwich y se sentó otra vez a leer; aquellas palabras seguían allí escritas. Era real, les habían seccionado la médula, menudos sádicos. No era suficiente con pegarles hasta que cayeron inconscientes, no, había que ejecutarlas. Ejecutarlas… Esa palabra bailó por la cabeza de Clara. Eran ejecuciones. Se enfrentaban a alguien muy peligroso y con mucha sangre fría. También leyó un tanto extrañada que la primera víctima que habían encontrado, la madre de Roberto, había muerto después que la de Hugo, con pocas horas de diferencia.

Su móvil comenzó a sonar, era Andrés. Su mano se tornó sudorosa mientras sujetaba el móvil y sus palabras se atropellaban al salir, haciéndola tartamudear. ¡Clara, no seas niña –se obligó a pensar–, *tienes que ser más profesional!* Aquel pensamiento sirvió para ponerla todavía más nerviosa.

–Hola… Andrés… ¿Pasa… algo? –intentó preguntar Clara.

–Sí… Oye… ¿estás bien?

–Sí, sí, es que… me he quedado dormida y… no sabía quién me llamaba… estaba un poco descolocada, no es nada –mintió Clara.

–Vaya, lo siento. Te llamo más tarde entonces.

–No, no, tranquilo. Si no me debería haber dormido. Debe ser el cansancio de estos días –se excusó como pudo–. ¿Qué pasa?

–Verás, hemos localizado a la familia de los niños. De… –hizo una pausa para leer los nombres– Hugo y María.

–¿Tienen familia? ¡Genial! –exclamó Clara.

–Sí, hemos encontrado a los padres de Ángela Gómez, la madre. Clara… ¿me oyes? ¿Estás ahí?

–Sí, estoy aquí. ¿Qué pensáis hacer? –dijo muy preocupada.

–Pensé que era una buena noticia, no parece alegrarte mucho.

–No es que no me alegre, es que creo que primero tenemos que averiguar si los niños están preparados para irse con ellos.

–¿Preparados para irse con ellos? ¿Cómo no van a estar preparados para irse a vivir con sus abuelos? No te entiendo.

–En la casa no encontrasteis nada sobre sus abuelos: no hay fotos, cartas, postales… ni siquiera hemos visto el teléfono anotado en ningún sitio. Es como si no existieran. Seguramente los niños llevan años sin verlos. Necesito una visita con los abuelos antes de saber qué es lo mejor para ellos.

–Creía que en estos casos la custodia corresponde al familiar vivo más próximo o, en caso de que haya varios, lo que determine un juez.

–Y así es, solo que cuando los niños llevan tiempo sin relacionarse con esos familiares el asistente social tiene que concertar primero unas visitas para preparar tanto a los niños como a la familia que los acoge.

–¿Aunque sean familia directa? No lo entiendo, la verdad.

–Andrés, ten en cuenta que, al ser desconocidos para los niños, necesitan la misma preparación que cualquier familia adoptiva. La única diferencia es que no hay que buscarles a los niños una familia, porque ya la tienen.

–Ya entiendo. Ahora que lo pienso, me parece bastante lógico –coincidió él.

–Créeme, no solo es lógico, es necesario –concluyó la asistente social.

–No lo dudo. Espero que alguien se lo haya explicado así a los abuelos.

–¿Sabes cuándo vendrán o dónde viven? –preguntó Clara.

–No sé dónde viven, sé que mañana por la mañana ha quedado el comisario con ellos aquí, en la comisaría. ¿Quieres que le diga que hable contigo primero?

–No, mejor voy yo a hablar con él, aunque está acostumbrado a estos casos. Si es el comisario quien les ha dado la noticia, estoy segura de que les habrá explicado cómo hay que hacer las cosas. ¿Está ahora en la comisaría?

–Sí, está en su despacho y aún tardará en marcharse.

–Voy para allá –se apresuró Clara.

–¿Quieres que vaya a buscarte? –preguntó Andrés rápidamente.

–¡No! ¡Qué va! Si tardo veinte minutos andando. Me vendrá bien que me dé el aire. Muchas gracias de todos modos –contestó ella con una gran sonrisa en los labios–. Ahora nos vemos.

–De acuerdo, hasta luego –contestó Andrés con una sonrisa mayor que la de la joven, mientras daba al botón de apagado en su móvil.

Tras colgar el teléfono, Clara se miró al espejo. El pelo no estaba mal, un cepillado y listo. Se dio una ducha y decidió usar la crema hidratante nueva que le había regalado su madre hacía un par de meses, la usaba para ocasiones especiales. Tenía un ligero perfume a canela que le encantaba. Hoy iba a ser una de esas ocasiones especiales.

Después llegó la elección de ropa. Tras dejar la cama repleta de camisas, camisetas, faldas y pantalones, se puso unos vaqueros gastados con los que se encontraba comodísima y una camisa blanca que resaltaba su tono de piel y enseñaba buena parte del escote. El espejo le devolvió el resultado. No estaba mal. Lo de tener las caderas anchas no se podía disimular con aquellos vaqueros, pero el pecho abundante ayudaba mucho a desviar la vista hacia allí. El pelo era su arma más poderosa. Hiciera lo que hiciera, lo tenía suave y sedoso y rizado en las puntas. Aunque a ella le gustaba más el rizo apretado de Laura y, cómo no, a Laura le gustaba el suyo. Suspiró mientras pensaba en ello. "Parece que siempre deseamos lo que no tenemos". Terminó el agotador trabajo de vestirse calzándose unas botas altas,

todavía el tiempo no era demasiado caluroso para estrenar las sandalias que le había regalado su hermana por su cumpleaños. Cogió su cazadora y su mochila y se encaminó a la comisaría.

Pocos minutos después tuvo la sensación de que alguien la perseguía. Un hormigueo recorrió su espalda y sus sentidos se alertaron. Paró, miró hacia atrás, a los lados, a los coches que había por allí, nada parecía estar fuera de lugar. Siguió caminando, pero la sensación caminaba a su lado al mismo ritmo. Se paró a mirar un escaparate, no le interesaba ni siquiera de qué era la tienda, quería mirar el reflejo en el cristal. Intentó procesar cada movimiento que vio a su espalda con la esperanza de que, fuera lo que fuera, su cerebro lo registrara. Vio pasar a varias personas, ninguna le pareció lo suficientemente sospechosa. ¿Qué pinta tendría un asesino? Si alguien supiera la respuesta, los asesinatos se evitarían en su mayor parte. Pensó que tenía que haber aceptado el ofrecimiento de Andrés cuando quiso pasar a recogerla y se regañó de inmediato. No, no tenía que ser tan aprensiva. Se obligó a ponerse en marcha de nuevo. Cuando estaba a punto de cruzar, un coche paró a su lado, y por un momento, Clara se sintió aterrorizada, su corazón se aceleró de tal manera que pensó que no aguantaría dentro del pecho. Una descarga de adrenalina la atravesó haciendo que se preparara para salir corriendo cuando una voz familiar sonó a través de la ventanilla abierta.

—¡Ernesto! Me has dado un susto de muerte —exclamó Clara muy nerviosa.

—Bueno, no te pases que no soy tan feo —bromeó él ante la cara de terror de Clara—, ¿te llevo a algún sitio?

Ella miró hacia delante, se encontraba a cinco minutos de la comisaría, pero abrió la puerta del copiloto y le dijo que sí. Aquella desagradable sensación permanecía en su sitio, inalterable, intacta, y Clara hacía mucho tiempo que había decidido confiar en su instinto. Mientras se abrochaba el cinturón y cerraba la puerta, no reparó en un hombre muy bien vestido que miraba cómo Clara se subía al coche. Al girar por la primera calle, la sensación de estar vigilada se esfumó. Miró hacia atrás nerviosa y después reparó en Ernesto.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Clara al verle una fea herida que le cruzaba gran parte de la mejilla derecha. Le llegaba casi hasta la escasa perilla que lucía desde que lo conocía, hacía ya varios años.

—Un pequeño accidente. Estoy preparando en el jardín trasero un pequeño parque infantil —le explicó con orgullo mal disimulado—. Al hacer unos agujeros, se desprendió una pieza del columpio y salió disparada hacia mi cara. Si no me hubiera girado, me habría dado de lleno en el ojo y ahora estarías hablando con un pirata tuerto.

—¡Uf, Vaya suerte has tenido! Y la idea del parque… me parece

genial. ¿Cómo se te ha ocurrido? –preguntó interesada Clara.
–Es que como el parque más cercano está a quince minutos de allí y terreno tienen de sobra y niños para jugar nunca faltan… pensé que no sería mala idea poner un par de columpios, un tobogán, una casita y alguna cosilla más –le explicó Ernesto–. Así tienen de todo, no hace falta que se desplacen para jugar.
–Tú siempre maquinando, Ernesto. No sé de dónde sacas tiempo.
–Bueno, mis hijos se van haciendo mayores y ya no me necesitan tanto –le confesó.
–¿Y tu mujer? –le interrogó Clara– ¿No le importa que estés tantas horas fuera de casa?
–¿Bromeas? Mi mujer es la que me hizo el proyecto del parque, es mucho peor que yo –exclamó Ernesto divertido–. Entre nosotros: creo que lo que no quiere es tenerme por allí enredando y me busca ocupaciones.
–Eso lo dudo mucho –rió Clara–. Bueno, ya he llegado. Gracias por traerme, te debo una. Dales un beso a tus hijos de mi parte.
–Lo haré. Por cierto, para mi próximo proyecto necesitaré ayuda, ¿cuento contigo?
–Depende. Decirte a ti que sí, sin saber a qué, es demasiado peligroso –respondió Clara.
–Tranquila, nena, que no es nada ilegal –le dijo él poniendo voz de mafioso.
–¡Ja, ja, ja! –rió Clara con ganas–. Eres el mejor. Con razón los críos lo pasan tan bien contigo, eres igual que ellos pero en tamaño grande –le dijo con cariño.
–Ya en serio –siguió su amigo–. Estoy pensando en plantar un huerto en la parte de atrás de la casa. Ya sabes, en el trozo de terreno ése en el que hay una caseta para los utensilios del jardín. La caseta la puedo poner perfectamente al lado de los rosales. Y así tendríamos ese trozo libre para plantar tomates, calabacines, calabazas, ¿Qué me dices?
–¡Me parece estupendo! ¿Y lo piensas hacer con nosotros o piensas que los niños podrán ayudar?
–Para trasladar la caseta y preparar la tierra, preferiría que no hubiera ningún niño, porque se necesitan herramientas que les pueden hacer daño. Para plantar pensaba hacer uso de mano de obra infantil –dijo volviendo a poner esa voz.
–Al final te van a detener, Ernesto –bromeó ella–. Mira que hacer de Al Capone al lado de una comisaría… En serio, cuenta conmigo para lo que quieras.
–Gracias, Clara, nos vemos en la casa.
–De acuerdo, hasta luego.
Clara entró en la comisaría pensando en Ernesto. Llevaba años

trabajando en la casa de acogida y era infatigable. A sus cincuenta y cinco años, era delgado y de corta estatura, fibroso y lleno de energía. Lo de la edad era una apreciación suya, porque era una de esas personas que pase el tiempo que pase aparentan siempre lo mismo. Nunca lo veían descansar. Siempre estaba arreglando algo o cambiando cualquier cosa de lugar. Clara entró en el despacho de Andrés pensando en cómo quedaría el parque, él no estaba allí. Cuando salió a preguntar a uno de sus compañeros, casi choca con él, que venía con dos cafés en la mano.

–Toma, he pensado que querrías un café cuando llegaras –le ofreció Andrés.

–Gracias, casi te lo tiro encima. ¿Cómo sabías lo que iba a tardar?

–Eh…bueno… es que casualmente estaba mirando por la ventana cuando te he visto llegar –explicó Andrés poniéndose visiblemente nervioso.

"¿Que casualmente estaba mirando por la ventana? –pensó Clara–. ¡Ja! ¡Le pillé! No es usted de piedra, inspector Molina".

–Ya… muchas gracias –le dijo mientras asomaba a su cara una sonrisa maliciosa.

–Al final has venido en coche, ¿no? –preguntó él.

–Bueno, es que me encontré a un amigo e insistió en traerme –dijo Clara dubitativa. Había pensado en contarle la sensación de que alguien la perseguía, no quería que el inspector pensara que tenía miedo o algo así.

–Te podía haber recogido yo, ya lo sabes.

–No te preocupes, es que él insistió y además quería hablarme de un proyecto en el que necesita mi ayuda.

–Ya entiendo –respondió él sin atreverse a preguntar más.

–¿Sabes si el comisario está disponible? –preguntó ella, empezaba a sentirse incómoda con aquella conversación.

–¡Ah, sí, perdona! Además te está esperando. Ha dicho que en cuanto llegaras le avisáramos –le dijo el policía sin levantar la cabeza y apurando el último sorbo de café–. Vamos para allá.

–Oye, ¿dónde está Ismael? –preguntó Clara un tanto confundida–. Pensé que también estaría aquí.

–Está en el depósito de cadáveres, les están haciendo la autopsia a los padres de los niños –explicó él simulando coger unos papeles.

–¿Y tú? ¿No quieres saber lo que le dice el forense?

–No, esta vez no, he preferido quedarme haciendo el papeleo. Total, me lo contará después.

–¿Y eso…? –preguntó Clara poniendo cara de no me lo creo–. ¿El papeleo? ¡Claro! ¡Qué emocionante! ¿Quién quiere ver una aburrida autopsia teniendo un montón de divertidos papeles que rellenar?

Andrés miró a la joven unos segundos intentando no inmutarse por

su comentario. Después una sonrisa afloró a su rostro y se vio obligado a contarle a Clara su secreto.

–Está bien, lo confieso, odio los depósitos de cadáveres, ¡me dan grima! –exclamó haciendo un elocuente gesto de asco que hizo reír a la joven–. No me mires así, ya sé que no es muy normal en un inspector, lo cierto es que no los soporto.

–Pero... es como si un bombero tuviera vértigo o un médico miedo a la sangre, ¿no? –dijo Clara sin pensar, arrepintiéndose en ese mismo instante–. Lo siento. No quería ofenderte, no sé por qué he dicho eso.

–No te preocupes, me gusta que seas sincera conmigo. No me pasa nada por ir al depósito de cadáveres, no me da ningún ataque, ni me mareo, ni nada por el estilo. Simplemente, no me gusta.

Clara lo observó entre incrédula y divertida. No se podía imaginar a Andrés fuera de sus casillas y de su control por estar en un depósito de cadáveres; aquello era de lo más pintoresco.

–De todos modos, te guardaré el secreto. Imagínate que ahí fuera lo supieran –bromeó señalando a los policías que estaban aquel día en la comisaría.

–De acuerdo, sabandija. Tienes mi vida en tus manos –contestó él mucho más relajado.

Andrés la miró un segundo y después se dio la vuelta para recoger un par de cosas antes de acompañar a la asistente social al despacho del comisario. Se había percatado de que Clara le había pillado in fraganti. ¡Serás tonto! –pensó–. *¿Solo se te ocurre eso?: "Es que casualmente estaba mirando por la ventana…". ¡Pareces un aficionado! ¿Se habrá dado cuenta de que la estaba esperando?* ¡Pues claro que se había dado cuenta! Era demasiado lista. Aunque… no parecía haberle importado. Es más, parecía que le había hecho ilusión que la esperase mirando por la ventana. Y qué guapa estaba con esa blusa blanca. Guapa no, imponente. Le hacía mirar directamente al escote. Habría que tentar a la suerte. No, no, debía pensar en Ismael, su compañero. Si Clara y él estaban juntos, lo que había que hacer era saber retirarse a tiempo. ¿ Y realmente lo estaban? ¡Qué lío!

El comisario esperaba a Clara mientras repasaba el expediente sobre el caso. A Clara le recordaba un poco a su padre. Alto, con el escaso pelo castaño peinado con la raya a un lado. Los años de despacho le habían regalado unos cuantos kilos y habían acelerado el uso de gafas para vista cansada. Era un hombre correcto que siempre tenía una palabra amable cuando hablaba con ella. No era muy amigo de bromas, claro que, ocupando un cargo así, era comprensible. Debía dar una imagen que sirviera de ejemplo a todos los componentes de la comisaría. Lo que más le gustaba a Clara era su increible facilidad para aprenderse los nombres y apellidos de todos. Era un don al que no todo el mundo tenía acceso. Andrés llamó a la puerta y le avisó de

que la asistente social había llegado:

–Ah, gracias, Molina, dígale que pase. Hola, Clara, ¿cómo estás? Hacía mucho que no te veía por aquí –le dijo cordialmente el comisario–. Me alegro de verte, aunque sea para esto.

–Sí, menudo caso. Siento venir así, tan de repente, pero me ha dicho Andrés… digo, el inspector Molina, que han encontrado a los abuelos de dos de los niños.

–Sí, nos ha costado dos días. Parece ser que hacía años que no se veían –le explicó el comisario–. He quedado mañana por la mañana con ellos aquí, a las diez y media, ¿podrías acompañarnos en la reunión?

–Sí, por supuesto. ¿Les ha explicado usted que la custodia no les corresponde a ellos hasta que yo haya hecho un informe favorable y haya dado el visto bueno un juez?

–Tranquila, Clara, que ya he pasado por esto más veces… por desgracia –dijo el comisario en tono tranquilizador y poniendo las manos con las palmas hacia delante para que Clara se diera cuenta de que no había hecho nada que se saltara el procedimiento–. Sé lo que hago.

–Lo siento –se avergonzó Clara–, no lo ponía en duda, de verdad, es que…

–Sí, ya lo sé. Es que en cuanto ves que cualquier elemento extraño acecha a uno de tus niños…

–Gracias, comisario Gálvez, creo que me conoce usted mejor que yo misma.

–Bueno, dejemos esto por ahora. Mañana necesito que me traigas unas fotos de los niños para que sus abuelos vean cómo están ahora. Si lo crees conveniente, mandaré a un agente a por fotos al domicilio.

–No, no es necesario, les hacemos nosotras fotos allí, en la casa de acogida.

–Perfecto. También necesito que me traigas un breve informe del estado psicológico de los niños, sea el que sea. Ya sé que aún no habéis podido trabajar a fondo con ellos –añadió de inmediato el comisario al ver que Clara iba a protestar–. Supongo que la psicóloga infantil ni siquiera habrá podido realizar los tests necesarios, así que con unas breves reseñas y observaciones de cómo están servirá por ahora. Más adelante se completarán. Yo prepararé una serie de preguntas para los abuelos y necesito que las revises tú antes. ¿Qué psicólogo se encarga de ellos?

–Pues… Beatriz Mesa –dijo ella intentando permanecer impasible, pero la cara de preocupación del comisario la animó a hablar con franqueza–. Cuando me enteré de que le tocaba a ella, yo también me preocupé, si le puedo hablar con sinceridad, por ahora me está sorprendiendo.

–Ya, pero ¿no es ésa la chica que lleva un piercing en la nariz y los pelos cada día de un color…?

–No la juzgue por su aspecto, comisario, creo que ha conectado bien con los niños.

–En realidad, no es su aspecto lo que no me termina de convencer, sino su actitud.

–¿A qué se refiere? –le animó a hablar Clara.

–No lo digo por nada en concreto, no me gusta su manera de trabajar. Es insubordinada, a menudo no respeta las reglas ni los horarios. Y tampoco me parece que trabaje bien en equipo.

–Ya lo sé, yo también pienso eso. Lo cierto es que por ahora se está esforzando –le explicó ella–. Tuve mis reservas cuando mi jefe me comunicó que sería ella quien trataría a los niños, parece que se lo está tomando muy en serio.

El comisario se quedó pensativo unos segundos en los que Clara estuvo tentada de pedirle que consiguieran que relevaran a Bea de ese caso, le pareció tan mezquino… La psicóloga se había tomado muy a pecho su labor y parecía que la reprimenda de Clara le había tocado lo suficientemente hondo, habría que esperar a ver resultados.

–De acuerdo, si tú crees que puede hacerlo bien confiaré en tu criterio, pero a la mínima habrá que cambiar de profesional. Este caso es muy delicado, Lo entiendes, ¿verdad?

–Claro, comisario, esperemos que esté a la altura. Si en cualquier momento veo que los niños no están como deben, se lo diré.

–Perfecto.

–¿Necesitará que la psicóloga infantil esté aquí también? –preguntó Clara.

–No creo que sea necesario, tampoco que sea muy conveniente, la verdad. Los abuelos me parecen gente adinerada, con unos modales impecables, y no sé cómo responderían ante una joven tan peculiar como Beatriz. Eso sí, el informe sí lo tiene que hacer ella. ¿Se lo pides tú o prefieres que la llame? – le dijo el comisario.

–No se preocupe, esta tarde va a ir a trabajar con los niños, ya se lo digo yo. Y si quiere que ella también repase las preguntas, dígale a Andrés o a Ismael que me las manden por e-mail… perdón, al inspector Molina y al...

–Tranquila, Clara, Andrés e Ismael está bien –le dijo el comisario en tono paternal.

–Muy bien, hasta mañana entonces. Si le parece bien, vendré hacia las nueve y media por si hay que hacer algún cambio –dijo la joven mientras se levantaba y se acercaba a la puerta.

–Me parece perfecto. Y, por cierto… yo traigo los churros –dijo el atento comisario guiñándole un ojo.

Clara salió de allí sonriendo. Fue a despedirse de Andrés, lo

encontró al teléfono. Le hizo una seña a Clara para que esperase a que acabara. Tapando el auricular le dijo: “Es Ismael”. Ella se sentó mirando fijamente al inspector.

–O sea, que estábamos en lo cierto con lo de la ropa. La tienen toda cambiada. No sabemos si a propósito o no, pero está mezclada… ¿En el pecho dices? Ya, qué raro… ¿Clara? Sí, he hablado con ella, de hecho está aquí…. ¿Qué por qué está aquí? Por lo de los abuelos de los críos… ya sabes… el comisario quería hablar con ella. No te preocupes, que le cuento lo de la ropa y lo de las marcas, tranquilo… De acuerdo, hasta ahora.

Clara puso cara de sentirse confusa y arqueando las cejas preguntó:

–¿Qué pasa ahora, Andrés? ¿Más sorpresas? No sé si soportaré más confusión.

–Al quitarles la ropa a las dos víctimas, el doctor Suárez ha descubierto que les habían grabado en el pecho unas marcas. El padre de Hugo tenía grabadas dos muescas, y el de Roberto, tres. Se las habían hecho con un objeto punzante.

–¿Dos muescas, dices? ¿Es que está numerando a sus víctimas? –preguntó horrorizada.

–Puede ser, solo a los hombres, eso sí. Aunque en las mujeres es difícil de determinar puesto que tienen varias heridas por todo el cuerpo –confesó Andrés.

–Entonces, si los está numerando, son la víctima número dos y la número tres –explicó Clara con la mirada perdida–. ¡Dios mío, Andrés! Eso significa…

–Sí, que hay otro caso antes que éstos del que no sabemos nada. Entre lo de las muescas y los muebles cambiados en los dos domicilios…

–Eso es un poco difícil, ¿no? Quiero decir que, si hubiese otro caso como éstos, lo sabríamos, es algo demasiado espectacular para pasar desapercibido. Yo, al menos, no tengo noticia de que haya otros dos niños en una situación similar –le explicó ella con cara de preocupación–. Me habría enterado.

–No, si se ha cometido en otro sitio.

–Claro. Qué tonta.

–Ahora tenemos que pensar en el primer asesinato. Normalmente es el que da más pistas –explicó el inspector–. Suele desencadenarse por algo que le ocurre al sujeto, y en el primer escenario siempre hay más pistas o más objetos que nos hablan de la personalidad del asesino. Después se va perfeccionando, va teniendo más cuidado.

–¿Qué vas a hacer?

–Bueno, por lo pronto esperaré a que venga Ismael, por si él tiene otra idea, creo que tendremos que ponernos en contacto con la central de la policía para que revisen si ha llegado algún crimen similar de

cualquier lugar de España.

–¿Y si lo que pasa es que aún no los hemos encontrado? –preguntó Clara aterrorizada de pensar en otros dos niños sufriendo.

–Lo dudo mucho, son demasiados días. Habría saltado la voz de alarma, ¿no crees? –preguntó él con la esperanza de que así fuera.

–Espero que estés en lo cierto. Han pasado ya varios días desde que encontramos a las otras víctimas. No puedo ni imaginarme a otros niños tres o cuatro días con el cadáver de su madre al lado.

–Clara, si hubiera otros dos niños en la misma situación, lo sabríamos. Además, hemos encontrado dos cadáveres con muescas grabadas en el pecho. Si hubiera otro cadáver en las mismas condiciones, lo habríamos hallado en la base de datos –explicó Andrés.

–Es cierto, seguro que tienes razón –concluyó Clara preocupada, pero en su cabeza la idea de que hubiera otros dos niños pasando por el mismo sufrimiento se le hacía impensable.

Había veces en que el temor que provocaba la incertidumbre era mayor que el que proporcionaba la realidad, por muy cruel que se presentase.

Capítulo 9. La mochila

Ya era de noche cuando Clara se encaminó hacia la casa de acogida. Hacía tiempo que la psicóloga infantil se había marchado, antes la llamó para decirle que le mandaría esa misma noche, al correo electrónico, una copia de la cinta en la que había grabado las sesiones con los niños, tanto por la mañana como por la tarde, y una copia de los dibujos que habían hecho con ella. Los informes le llevarían algo más de tiempo, así que (le prometió) se los enviaría por la mañana temprano, para que los pudiera repasar antes de ir a la comisaría. Desde luego, lo que estaba claro era que la conversación que habían mantenido hacía unos días sobre la actitud de la psicóloga había surtido el efecto deseado. Clara esperaba que no fuese un espejismo y de verdad se estuviera tomando su profesión tan a pecho como parecía.

Subió a ver a los niños. Se habían dormido todos, salvo Roberto, quien ni siquiera se había querido tumbar. La esperaba en el borde de la cama intentando mantener el equilibrio con poco éxito. Ella se sintió de pronto culpable por haber llegado tan tarde y que la estuviera esperando; se le veía completamente agotado. Al verla, una sonrisa agradecida iluminó el rostro del niño, y Clara se apresuró a sentarse a su lado.

–¿Aún estás despierto? Es muy tarde – le riñó con dulzura.

–Ya lo sé, no me podía dormir. Echo de menos a mamá.

–Ya lo sé, Roberto, pero tienes que dormir.

Y, por fin, tras días intentando no hacerlo, rompió a llorar. Clara sabía por experiencia que los niños que consiguen llorar y exteriorizar su pena se reponían antes. Rápidamente, le abrazó y le acarició el pelo.

–Sabes que mamá ya no está y no va a estar. Tienes que ser fuerte para ayudar a Belén, ¿sabes? Ella es muy pequeña y solo le quedas tú.

–Sí, es que… ¡no la voy a ver nunca más! –dijo sin parar de llorar–. ¡Nunca!

Clara ya no sabía qué decirle. El niño tenía razón. No quería hacerle sufrir, tampoco le quería mentir. Demasiadas mentiras hasta ahora. Los sollozos de Roberto provocaban en ella una mezcla de rabia y ternura. Ningún niño debería sufrir nunca la pérdida de sus padres a tan corta edad y menos así, de forma tan brutal y siendo testigos directos de su asesinato. Tenerle en sus brazos mientras lloraba, sabiendo que se había convertido en algo tan especial para él, le permitía compartir con el niño un cariño del que nunca había sido

consciente. Unos minutos después, la respiración del niño se hizo más rítmica; se había dormido. Clara no quería soltarlo. Si no lo soltaba nunca, no sufriría nunca, ¿no? ¿Y no consistía su trabajo en que los niños no sufrieran?

Cuando por fin lo acostó y bajó a la cocina, sus amigos la esperaban cenando. Cogió un plato para unirse a ellos y se sirvió un poco de crema de calabaza a la vez que se sentaba a charlar. Se le escapó una sonrisa cuando pensó en la crema de calabaza que haría Laura con las que cogieran del huerto que pensaba cavar Ernesto. ¿Se lo habría dicho ya a ellos? ¿O sería una de sus “locuras”? Clara esperaba que sí, puesto que Julián y Laura eran los dueños de la casa. Al mirar las caras de cansancio de sus amigos, el huerto dejó de tener importancia.

–Lo siento, chicos, no he podido venir en toda la tarde, las cosas se están complicando cada vez más –se excusó.

–No te preocupes, si ya lo sabemos –dijo su amiga.

–Ya, lo que no hace que estéis menos cansados.

–Tú tampoco parece que hayas dormido mucho últimamente.

–No, pero podría “no dormir” aquí en lugar de en mi casa.

–¡Ja, ja, ja! Mira, en eso te doy la razón –respondió Laura divertida.

–Por cierto, tengo noticias.

–¡Uf! No sé si preguntarte –dijo Laura mientras exhalaba un sonoro suspiro.

–La policía ha encontrado a los abuelos maternos de Hugo y María.

–¡Por fin una buena noticia! Ya iba haciendo falta, menos mal –se relajó un poco Laura; llevaba varios días sintiendo que las fuerzas del universo se habían puesto en contra de aquellos niños.

– ¿Y los padres de los críos? Quiero decir que si está la policía segura de que ellos han asesinado a sus mujeres o qué.

–Ya… –musitó Clara mientras miraba a su amiga; era evidente que no le había contado nada.

–¿Qué pasa? –preguntó él extrañado.

–Verás, Julián. Esta mañana han encontrado asesinados a los padres de los niños –le explicó Clara intentando no contar nada que fuera inconveniente.

–¿Asesinados? ¡Joder! Entonces hay un asesino suelto –exclamó él.

–Bueno, es muy probable, de eso se ocupa la policía. Lo importante es que han encontrado a los abuelos de Hugo y María.

–Al menos a ellos no les hará falta que les busques una familia –dijo Laura mientras se preparaba una infusión.

–Yo no estaría tan segura de eso –contestó la asistente social.

–¿Por qué? Siempre estarán mejor con su familia que con unos desconocidos, ¿no? Al menos no necesitarán el período de adaptación –protestó Julián.

–Ya, me preocupa un poco saber que hace años que no se ven. No

tienen ningún tipo de relación. Aún no sé por qué.

–No seas pesimista, Clara –le dijo su amiga–, seguro que son buena gente.

–Mañana voy a verlos en la comisaría, ya os diré qué impresión me causan.

–¿A qué hora tienes que ir?

–Sobre las nueve y media.

–Verás cómo son buenas personas. Que no se vean desde hace tiempo no quiere decir nada, y menos con familias así –intentó animarla Laura.

–Eso espero, la verdad es que sería una gran noticia que al menos ellos tuvieran esa suerte. Ya han sufrido bastante. ¿Qué tal han estado hoy?

–Bueno… no te voy a mentir. Roberto, como siempre. Se aferra mucho a ti y lo pasa mal cuando no estás, pese a que sabe que tiene que ser así. De todos modos, me ha dicho que te esperaba despierto –le dijo Laura.

–Ya, ya lo sé. Estaba sentado en la cama cuando subí, por fin se ha dormido. El pobre se puso a llorar. Me contó que echaba de menos a su madre.

–Ojalá Hugo llorase también. Le hace incluso más falta que a Roberto –comentó Julián.

–Yo también lo creo. ¿Y las niñas? –añadió Clara.

–Las niñas bien. Es como si tuviésemos gemelas de dos años. Lo que no se le ocurre a una se le ocurre a la otra. Juegan mucho juntas.

–¡Qué bien! Porque, siendo tan pequeñas y de la misma edad, si no se aceptasen iba a ser una tortura.

–Yo tenía mis reservas con esas dos y por ahora reconozco que ha sido un acierto que trajeses a los cuatro niños aquí –le explicó su amiga.

–La verdad es que no lo pensé –confesó Clara–. No me di cuenta de la cantidad de trabajo que os supondría, pensé que éste era el mejor sitio para ellos.

–Creo que este caso nos ha sobrepasado a todos, sin excepción, sobre todo al principio –confesó Laura.

–¿A qué te refieres? –preguntó ella.

–A todo… Por ejemplo, a nosotros nos ha supuesto multiplicar las tareas: baños, comidas, compras, limpieza… A ti… el papeleo, las reuniones, idas y venidas aquí, trabajar codo con codo con la psicóloga y la policía…

–Ya… es verdad.

–Y a la policía… bueno, no creo que ningún policía quiera tener en un par de días cuatro asesinatos que investigar y de ese calibre.

Clara no quiso añadir nada. No podía contarles a sus amigos lo que

acababan de descubrir: que era muy probable que hubiera dos asesinatos más, puesto que los padres de los niños parecían estar numerados con el dos y el tres. Así que volvió a su crema de calabaza sin decir una palabra.

–Por cierto –interrumpió Laura sus pensamientos–, necesito pañales para las dos. A ver si pronto empieza la normalidad y vuelven a ser un poco más autónomas.

–Sí –prosiguió Julián mientras sacaba el postre para los tres–, Belén parece un poco más sensible. A veces pregunta por su madre, Roberto está pendiente de ella y desvía su atención como puede. María es más alegre y juguetona, que yo sepa no ha preguntado ni una sola vez por sus padres. ¡Vaya, ya me he manchado! –dijo enfadado mientras intentaba quitarse la mancha que la última cucharada de helado había dejado en su camiseta.

–Tranquilo, cariño –dijo Laura con tono burlón–. Vas muy bien, hoy has esperado a la cena para mancharte. Otros días te tienes que cambiar de camisa antes de salir de casa por la mañana.

–¡Qué graciosa! ¿Seguro que eres tú la mujer de la que me enamoré hace un millón de años? ¿O eres una impostora? ¡Confiesa! –ser reía Julián intentando hacer reír a su mujer.

–¿Me estás llamando vieja? ¡Cómo te atreves! –replicó ella en falso tono de enfado.

–Bueno, chicos –cortó Clara de pronto–. Veo que la cosa se está poniendo un poco complicada, así que voy a ir a casa a por mis cosas y el portátil y me quedaré aquí a dormir si no os parece mal. Así podré encargarme de los niños si se despiertan y vosotros podréis descansar un poco, que ya va siendo hora. Volveré en una hora más o menos, así que si tenéis algo que hacer…

–No, de ninguna manera, Clara –respondió tajante Julián–. Tú ya tienes lo tuyo. Nosotros podemos perfectamente con esta pandilla.

–Lo siento, quedé con Laura en pasar aquí la noche y ayudar. Hoy me encargo yo. Así que, cuando vuelva, cerráis la puerta de vuestra habitación y os olvidáis de todo.

–No me parece bien, Clara. Tú estás igual de cansada que nosotros y necesitas dormir también –replicó.

–¿Y quién te ha dicho a ti que no voy a dormir? Tengo un plan –les dijo divertida.

–¡Ilusa! Con la cantidad de niños que hay aquí… Apuesto a que te levantas mínimo cuatro veces esta noche –se burló Laura.

–Yo digo que cinco o seis –aumentó la apuesta Julián.

–Eso qué es, ¿para animar? Bueno, me marcho, que cuanto antes me vaya antes estaré de vuelta.

–Como quieras, insisto en que no es necesario –insistió Julián.

–Hasta dentro de un rato –se despidió ella.

De camino a casa pensaba en Andrés. Se regañaba a sí misma por pensar en él, teniendo entre manos un caso tan difícil e importante como ése, no podía evitarlo. Empezaba a pensar que le gustaba: la estaba esperando en la ventana. Y se había puesto nervioso y algo ruborizado cuando se supo pillado in fraganti. Puede que hubiese una posibilidad.

Ya en su casa metió el portátil, los papeles que le había fotocopiado Ismael y un poco de ropa en una mochila. Al salir el aire frío despejó su mente, ya le iba haciendo falta. Comenzó a caminar distraída, con la mente ocupada en buscar una pista que les ayudase en todo ese caos. Dos calles después, notó otra vez la desagradable sensación de que algo la acechaba. Miro hacia atrás: la oscuridad y el silencio no ayudaban a que se relajara. Unos metros más adelante creyó oír unos pasos muy cerca de ella, que se paraban cuando los suyos y continuaban cuando ella se ponía en marcha; no podía ser casualidad.

Comenzó a ir cada vez más deprisa hasta que, de pronto, empezó a correr con todas sus ganas para despistar a la sombra misteriosa que la perseguía. El corazón se le salía del pecho por el miedo y el esfuerzo. Pasó a toda velocidad por varias calles y comprobó con horror que no había nadie a quien pedir ayuda. De repente, la sombra le dio alcance. Clara gritó y golpeó al desconocido con la mochila. Le dio con todas sus ganas. El desconocido se quejó del trato recibido. Ella esperaba no haber roto el portátil, le había costado una pasta, aun así lo estrelló una vez más contra el desconocido, quien cayó al suelo gimiendo de dolor. Entonces, Clara subió el brazo haciendo ademán de volver a golpear, algo la frenó. Una mano le sujetaba el brazo con fuerza, la otra agarraba la mochila y tiraba de ella. Ninguno de los dos cedía. Así que eran dos los atacantes, no se había dado cuenta hasta ese mismo momento. ¿De dónde habría salido aquél? Miró a la cara al que la estaba agarrando, el otro permanecía en el suelo con las manos en la cabeza y gimiendo de dolor, la luz de una farola la cegaba. No era capaz de verle con claridad. Entonces notó una especie de zumbido cerca del oído derecho, después un golpe y de repente el suelo se abalanzó sobre ella. No pudo ver cómo un hombre armado irrumpía en la escena gritando: "¡Quietos! ¡Policía!". Antes de dejarse llevar por la oscuridad, a Clara le pareció distinguir la voz de Andrés, pero tan lejos…

Clara corría por un prado lleno de flores. Sentía el aire fresco que inundaba su rostro, libre, limpio. Las flores parecían mimosas, eran sus favoritas. Clara paró y se acercó a olerlas. Al acercárselas a la cara descubrió extrañada que se trataba de lilas. ¡Qué raro! Hubiera jurado que se trataba de mimosas amarillas y radiantes. Después, cuando cogió una lila entre sus manos, descubrió que habían pasado a ser flores de calabacín. Miró a su alrededor… ¿Dónde había ido el prado? Clara se

hallaba ante el huerto que había plantado Ernesto. Allí estaban las calabazas, los calabacines, los tomates, los guisantes…

Un rítmico chirrido le hizo levantar la cabeza. María se balanceaba en un columpio empujada por su hermano. Hugo cada vez empujaba más y más fuerte. La niña lloraba aterrorizada, lo que hacía que Hugo doblara sus fuerzas:

–Tranquila, María, te haré volar muy alto, así irás con mamá.

Clara no lo podía permitir. ¡No, Hugo! Su voz permaneció atrapada en su garganta sin poder salir. Clara lo volvió a intentar: nada, de su boca no salía sonido alguno. Entonces decidió correr a por María, pararía a Hugo, no podía permitir que le hiciera daño a su hermana. Cuando intentó correr, tampoco pudo, miro hacia abajo y comprobó con horror que sus pies estaban clavados al suelo. Mejor dicho: "plantados" en el suelo. Julián y Laura echaban más y más tierra sobre sus piernas, que cada vez quedaban más enterradas en el huerto. Reían maliciosamente mientras lo hacían. Ernesto permanecía sentado en un banco comprobando la escena y sonreía. Por un segundo, Clara se cruzó con su mirada y él se limitó a sonreír y saludarla. María, desde el columpio, la llamaba totalmente aterrorizada: "¡Clara…! ¡CLARA!".

Poco a poco la luz envolvió el jardín de Laura y Julián, dando paso a un escenario bien distinto. La cara de un Andrés preocupado fue apareciendo delante de ella. Encima de una mesilla blanca había un jarrón con un ramo de lilas y mimosas. Estaba en un hospital, no recordaba el porqué.

–¿Qué… ha pasado? –preguntó como pudo.

–Te intentaron robar la mochila, ¿no te acuerdas? –le dijo Andrés sin parar de mirarla.

–No… no demasiado bien. ¿Lo consiguieron?

–No, les cogí, bueno, a uno de ellos. No pude evitar que te golpearan, lo siento –se disculpó Andrés mientras bajaba la mirada un tanto avergonzado.

–¿Qué pasó?

–No estoy seguro, dos hombres te atacaron para llevarse tu mochila. Uno de ellos te golpeó bastante fuerte y caíste al suelo, inconsciente. Lo siento mucho, no pude hacer más.

–Tranquilo. Al menos estabas allí.

–Sí, pero si hubiera corrido un poco más… –se lamentó él.

–Ahora que lo pienso… ¿Qué hacías allí? –preguntó mientras se sentaba de golpe en la cama, lo que le provocó un mareo que la obligó a volverse a tumbar.

–¿Estás bien? ¿Quieres que llame a un médico o algo? Estás muy pálida –dijo Andrés poniéndose nervioso de repente.

–No, tranquilo, es solo un mareo, se me pasará. Tengo que acordarme de levantarme despacio.

–No sé, puedo llamar a los médicos…

–No te preocupes, no es nada. Contéstame: ¿qué hacías allí?

–Fui… fui a llevarte el cuestionario que preparó el comisario para los padres de Ángela Gómez. Me lo dio el comisario a última hora para que te lo enviara. Así que, en lugar de mandártelos por e-mail, pensé en llevártelos yo mismo. Como no estabas en casa, supuse que estarías en la casa de acogida y me encaminé hacia allí. De pronto, te vi corriendo y a un chico detrás de ti, persiguiéndote.

–Espera... ¿no eran dos? –preguntó ella extrañada.

–Sí, sí, justo entonces vi al otro que cruzaba la calle en vuestra dirección a toda velocidad. Así que corrí yo también. Entonces tú torciste la esquina y te perdí de vista. Cuando llegué dabas mochilazos a todo el que se acercaba lo suficiente para recibirlos. No me percaté de que aquel cerdo te iba a pegar hasta que te vi cayendo al suelo –le explicó Andrés–. Lo siento mucho.

–Gracias, si no es por ti… ¿Los conseguisteis detener?

–Al que te pegó, el otro huyó. Lo está interrogando Ismael en la comisaría, yo me he quedado para asegurarme de que estás bien.

Fue entonces cuando Clara se dio cuenta de que Andrés le tenía cogida la mano. Él se debió de dar cuenta al mismo tiempo, porque enseguida la soltó y se levantó.

–Bueno, ya que veo que no desvarías y no te crees Juana de Arco o algo así, me voy a echar una mano a Ismael –se excusó.

–Ya, bueno, creo que Ismael podrá con un raterillo de poca monta, ¿no? Si quieres, puedes quedarte un poco.

Clara vio una sombra de duda en sus ojos y antes, cuando le soltó la mano, se había ruborizado. Estaba segura, esta vez no habían sido imaginaciones suyas.

–Lo siento, creo que debería ir a la comisaría, de veras –se disculpó Andrés.

–En ese caso, voy contigo –dijo muy decidida Clara mientras se levantaba, muy despacio esta vez, para no volver a marearse.

–¿Dónde crees que vas? El médico ha dicho que tienes que estar en observación veinticuatro horas. De hecho, voy a avisarle ahora mismo de que estás consciente y le pienso decir que te has despertado totalmente desorientada, así no te dejará moverte de la cama en unas cuantas horas.

–De eso nada. No lo harás –le desafió.

–¿Estás segura?

–¡No serás capaz! Pásame la ropa –dijo Clara comenzando a enfadarse.

–Ni lo sueñes –respondió Andrés mirándola fijamente a los ojos mientras apretaba el timbre de su cama ante la atónita mirada de Clara; no se podía creer que no la dejara ir con él.

Un instante después llegó un enfermero, quien, al comprobar que estaba despierta, fue a avisar al médico de guardia. Resultó ser un hombre con cara de malas pulgas y unas ojeras profundas que destacaban claramente bajo sus ojos. Clara esperaba que el carácter no fuera un fiel reflejo de su imagen.

–Te has llevado un buen golpe. ¿Cómo te encuentras? –le dijo secamente.

–Muy bien; de hecho, pensaba irme en cuanto pudiera –contestó desafiante Clara.

El médico arqueó las cejas y le dijo:

–Me parece muy bien, te irás en cuanto puedas… mañana. Primero te examinaré. ¿Le importaría esperar un momento fuera? –dijo dirigiéndose a Andrés.

–Por supuesto. Yo me marcho ya. Clara, te llamo luego, ahora intenta descansar. Y no te preocupes por Laura y Julián, que ya he hablado yo con ellos.

Y, dicho aquello, se marchó hacia la comisaría. Al menos, antes de salir, tuvo el detalle de dejarle la mochila encima de la silla junto al lado de la cama, mientras le guiñaba un ojo. Clara ni se inmutó y tampoco se molestó en contestarle, estaba demasiado enfadada.

Entonces pensó en sus amigos, estarían muy preocupados. Ella había quedado en ir por la noche a ayudar con los niños y no había aparecido. Aunque Andrés decía que los había avisado, cuando fuera una hora decente los llamaría.

En cuanto el médico acabó de comprobar que estaba bien y salió de la habitación, cogió su mochila y encendió el portátil. Menos mal que, antes de salir de casa, comprobó el correo electrónico y guardó en un archivo lo que le había mandado la psicóloga, porque, por supuesto, allí no podía conectarse a internet. Primero leyó el cuestionario que Andrés, muy amablemente, había guardado con el resto de los papeles del caso. Hizo unas cuantas correcciones que le parecieron oportunas y se dispuso a estudiar el archivo de los niños.

Bea le había mandado los dibujos de los niños de esos dos días. Hugo había pintado un parque con unos árboles verdes y frondosos. Era increíble que un niño tan pequeño fuera capaz de dar tanta vida a un dibujo con unas simples pinturas de cera. En el dibujo se veía también un banco y unos niños jugando en el tobogán. En otra escena, un aula con varios niños y un profesor que les daba la lección en la pizarra. A Clara no se le pasó por alto el detalle de que el profesor aparecía vestido con traje y corbata. Demasiado elegante para dar clase a niños de siete años.

Roberto dibujó un sitio donde se celebraban cumpleaños. Su hermana, dentro del dibujo, jugaba en una piscina de bolas mientras él saltaba en una cama elástica. En otra lámina dibujó un aula, como

Hugo. En ella se podía ver a varios niños afanados en sus tareas. Se veía a una profesora con gafas y moño dando la lección. La había dibujado alta y delgada. Seguro que Bea les había dicho que le describieran un día de clase en un dibujo; por eso los dos habían hecho lo mismo.

Entonces abrió los informes, en cuatro carpetas diferentes. ¡Vaya! Clara se sorprendió. Solo necesitaba los de Hugo y María. ¡Pues sí que se lo estaba tomando en serio la psicóloga! Cogió una libreta de la mochila y se dispuso a tomar notas según leía.

Roberto Jiménez:

Información general Primer hijo de una familia compuesta por padre de 38 años, madre de 28 y hermana de 2. Cursa 2.º de Primaria, aún sin comprobar su expediente. El nivel socio– económico de los padres es bajo.

Exposición del caso: Ha visto morir a su madre supuestamente a manos de su padre. Presenta crisis de ansiedad ante la presencia de hombres, aún está por determinar si tiene miedo al padre o a los hombres en general. Sufre pesadillas, es tímido, sensible y responsable. Está siempre pendiente de su hermana de 2 años, Belén. No permite que sufra, aunque le suponga sufrir a él mucho más. La protege de todo lo que cree que pueda hacerle daño. En los dibujos se rodea de cosas divertidas. Realiza trazos regulares y bien dimensionados. Busca la figura de su madre en cualquier mujer de edad parecida que le trate con cariño.

Historia evolutiva: Aún sin comprobar.

Planteamiento de la evaluación: Se propone comenzar a trabajar con el niño mediante dibujos guiados y el test de la familia. Se pospone la realización del test de WISC-R hasta haber comprobado su expediente escolar y haber hablado con sus profesores.

Belén Jiménez:

Información general: Hermana pequeña de Roberto Jiménez, de 2 años y 6 meses. No asiste a ningún centro escolar todavía. Una vecina se encarga de ella cuando la madre trabaja. Dicha vecina es una mujer mayor sin estudios, aparentemente cariñosa con la niña.

Exposición del caso: Estaba presente cuando falleció su madre, su hermano le explica que está dormida. Niña alegre, obediente, bastante autónoma, que piensa en su hermano como toda referencia adulta. (El hermano solo tiene 7 años). Cuando dibuja, hace trazos de colores, intenta coger las pinturas correctamente, aunque no siempre se acuerda, y distingue perfectamente los colores y las formas.

Historia evolutiva: Sin determinar. Hay que tener en cuenta que la niña vuelve a hacerse sus necesidades encima pese a llevar tiempo sin necesitar pañal. Posible regresión provocada por el estrés.

Planteamiento de la evaluación: Se propone comenzar la evaluación

utilizando ítems de figuras y el test del árbol.

Hugo Megías:

Información general: Primer hijo de una familia compuesta por padre de 35 años, madre de 32 y hermana de 2. Cursa 2.º de Primaria en un colegio privado. Su expediente está aún por comprobar. Posee un don para el dibujo. Sus trazos son propios de una persona de más edad. Es evidente que sus padres lo sabían y ha acudido a clases de dibujo o pintura, porque sabe utilizar el material de dibujo perfectamente y comienza a practicar técnicas avanzadas como sombreados, profundidad, movimiento…

Exposición del caso: Ha visto morir a su madre supuestamente a manos de su padre. Niño retraído, responsable, autónomo y poco afectivo, Se esconde tras una máscara de dureza. Se muestra poco comunicativo, sobre todo en lo que se refiere a su entorno. Se muestra más receptivo al hablar de su hermana, a la que trata como a una hija.

No consiente muestras de afecto, sobre todo de mujeres, creo que porque le recuerdan a la figura de la madre, a la que ahora mismo odia por haberles abandonado. En sus dibujos prefiere no dibujarla. Tiene una marcada educación que no le permite exteriorizar sus emociones.

Historia evolutiva: Aún sin determinar.

Planteamiento de la evaluación: Se propone comenzar a trabajar con el niño mediante dibujos guiados y el test de la familia. Se pospone la realización del test de WISC-R hasta haber comprobado su expediente escolar y haber hablado con sus profesores.

María Megías:

Información general: Hermana pequeña de Hugo Megías, de 2 años y 8 meses. Asiste a la guardería del mismo centro escolar privado al que acude su hermano.

Exposición del caso: Estaba presente cuando falleció su madre, pero su hermano le explica que está dormida.

Al llegar aquí, Clara hizo una pausa. Las dos niñas habían vivido la situación de manera similar. Los dos hermanos las habían protegido para que pensaran que su madre estaba dormida. Eso tenía que significar algo. Lo apuntó en una libreta.

Dibuja con trazos regulares, quizá demasiado para su edad. Pinta por dentro de las figuras cogiendo perfectamente las pinturas. Alguien le ha enseñado a cogerlas, es evidente. Se corrige a sí misma cuando las coge mal o pinta demasiado fuera. Siente adoración por su hermano, al que acude siempre que sufre algún contratiempo.

Historia evolutiva: Sin determinar.

Planteamiento de la evaluación: Se propone comenzar la evaluación utilizando ítems de figuras y el test del árbol.

Apuntó en su libreta todo lo que le pareció importante y repasó el expediente. Miró el reloj: las siete de la mañana. Cuando entró el enfermero la regañó por estar con el ordenador.

–No deberías hacer eso, necesitas descansar.

–Voy a mirar una cosa y lo apago, te lo prometo –contestó Clara.

El enfermero dudó un instante y decidió hacer la vista gorda esa vez.

Repasó el informe apuntando en su libreta todo lo que pareció que podía tener importancia en la investigación. Cuando terminó eran las ocho más o menos. Se encontraba bien, no entendía por qué tenía que quedarse allí. Bueno… en realidad, le dolía la cabeza y estaba un poco mareada, pero no le parecía razón suficiente para hacerle perder el tiempo en aquella cama, así que tomó una decisión. Se levantó despacio comprobando si el mareo seguía ahí parecía controlable. Fue al servicio a mirarse al espejo y descubrió, con horror, que tenía una pinta horrible. Sacó de su mochila un cepillo y se peinó. Se recogió el pelo con una coleta y se duchó. Mucho mejor. Lo peor era el moratón bajo del ojo derecho, que no desaparecería ni con una máscara. Intentó disimularlo sin mucho éxito.

Después cogió sus cosas y salió de la habitación. No le había dado tiempo a dar ni un paso cuando una enfermera del turno de mañana, al verla salir, se puso delante de ella.

–¿Se puede saber adónde vas?

–Ya estoy bien, me marcho de aquí – contestó Clara muy decidida.

–De eso nada. Merche, llama al doctor Sánchez y dile que la del box 2 se quiere ir –dijo mirando a una chica de uniforme.

Cuando la chica aún no había terminado de llamar, apareció el tal doctor Sánchez.

–¿Qué pasa aquí? –dijo el médico un poco enfadado.

–Pues ésta, que se quiere ir –contestó la enfermera de mala gana.

–Clara, no te puedes ir aún, debes hacer reposo unas horas más – le dijo el médico con un tono seco y mirándola con dureza.

–Mire, le agradezco sus cuidados, de verdad, pero me tengo que marchar, tengo cosas muy importantes que hacer. ¿Tengo que firmar el alta voluntaria o algo así?

–Te acabas de llevar un golpe bastante fuerte en la cabeza. Te ha dejado inconsciente varias horas. Deberías pasar al menos 24 horas aquí en observación.

–Estoy perfectamente, de verdad –imploró Clara poniendo cara de no haber roto un plato en su vida.

–No te voy a convencer, ¿no? –preguntó sabiendo la respuesta.

Clara negó con la cabeza.

–Está bien, al menos deja que te vuelva a examinar, ¿de acuerdo?

Bueno, parecía razonable que el médico volviera a comprobar que

estaba todo en orden, así que Clara volvió a entrar en la habitación y dejó que el médico mirase sus pupilas, comprobase su tensión y demás. Mientras la examinaba le dijo:

–Ya me advirtió tu novio de que eras más terca que una mula y de que intentarías fugarte en cuanto tuvieras ocasión, por eso te hemos pillado tan rápido.

“¿Mi novio? –pensó Clara–. ¡Qué gracia! Piensa que Andrés es mi novio. Claro… me tenía cogida la mano. Estaba a mi lado mientras estuve inconsciente. En fin…”. El médico habló interrumpiendo lo que estaba pensando Clara.

–¿Tienes náuseas, mareos, dolor de cabeza, ves doble…? –preguntó él.

–No, nada de eso –respondió ella intentando que el médico no notara cuánto disimulaba.

–Vale, no me lo creo, pero parece estar todo más o menos bien –la cortó el médico de pronto.

–De verdad que…

–Déjalo, puedes irte... si me prometes que ante cualquier síntoma vendrás inmediatamente para acá, ¿de acuerdo?

–Se lo prometo –contestó Clara complaciente–. Gracias, doctor.

–Muy bien, si te mareas, o comienzas a ver doble, o sangras o cualquier cosa que no sea normal, por favor, acude de inmediato. Y también si los dolores de cabeza van a más.

–Tranquilo, lo haré.

Quince minutos después desayunaba con el comisario Gálvez unos churros mojados en un delicioso chocolate caliente que había comprado de camino.

Capítulo 10. Los abuelos

El comisario repasó las correcciones realizadas por Clara en el cuestionario que le había hecho llegar: eran bastante razonables. Por supuesto, de lo primero que tenían que enterarse era de por qué habían dejado de tener relación los abuelos de Hugo con su hija y su familia. También si tenían algún tipo de noticia de ellos, aunque fuera esporádica, y descubrir si eran personas capaces de hacerse cargo de dos niños pequeños y sobre todo en aquellas circunstancias.

Clara se sentía dolorida. Se arrepentía de no haberse llevado un analgésico a la reunión, las sienes le latían con fuerza y el dolor de cabeza comenzaba a ser más fuerte. El comisario se mostró enfadado porque hubiera ido después de lo que le había ocurrido esa noche. En secreto se lo agradecía infinitamente, puesto que tenía una amplia experiencia en entrevistas como aquélla. Los inspectores, tras acercarse a preguntar por el estado de salud de Clara, volvieron a la sala de interrogatorios a ver qué conseguían sacarle al atracador. Aún no habían sido capaces de averiguar nada. Antes de salir del despacho del comisario, Andrés le había lanzado a Clara una mirada muy elocuente sobre lo que pensaba de su "fuga" del hospital. Ella ni siquiera tuvo fuerzas para sostenerle la mirada.

A las diez y media en punto, un policía vestido de uniforme golpeó la puerta del comisario:

–Señor, la visita que esperaba está aquí.

–Hágales pasar, agente Crespo.

El policía dejó paso a los abuelos de Hugo. Se trataba de una pareja de unos setenta años, de aspecto cuidadoso y mejores modales; parecían gente importante. Llevaban ropa de firma, el pelo y las uñas pulcramente arreglados, y el perfume que destilaban era caro, muy caro. El hombre tenía el pelo abundante y totalmente blanco. Lo llevaba peinado a un lado con un corte muy elegante. Sus ojos azules rezumaban tristeza. Las bolsas que los sostenían parecían enormes, como si retuvieran las lágrimas que aún no había permitido que salieran. Su piel blanca parecía casi transparente. Pero era un hombre fuerte. Probablemente había sido un hombre muy guapo de joven, y aún le quedaba parte de esa belleza, transformada por el paso de los años.

La mujer, por su parte, parecía sacada de una revista de la alta sociedad. El vestido le quedaba perfecto y las joyas habían sido elegidas con precisión. Ni un pelo se atrevía a rebelarse fuera de su sitio y el maquillaje tapaba gran parte de la tristeza que albergaban

sus ojos. Aun así, no se permitía compartir ese sentimiento con nadie. Daba la impresión de ser una mujer fría, educada para esconder hasta el más profundo de sus sentimientos.

–Buenos días, señor Gómez, señora Barboso... –dijo el comisario dándoles la mano educadamente–. Les presento a Clara, es la asistente social que se encarga de sus nietos.

–Encantado –respondió el abuelo saludando a los dos. La mujer estrechó sin ganas las manos que le tendían, miró fijamente a Clara; no dijo nada.

Era como darle la mano a una barra de hielo. A Clara le pareció que la mujer la miraba con antipatía, no entendía el porqué. Sería por el hecho de que era la asistente social que se encargaba de los niños.

–Siento conocerles en estas circunstancias, lamentamos mucho la pérdida de su hija, comprenderán que es importante que hablemos cuanto antes de lo que ha pasado y de los niños. Como les dije por teléfono, están en una casa de acogida de manera temporal –tomó la batuta el comisario.

–¿Cuando nos dejarán verlos? –interrumpió la abuela utilizando un tono tan frío como su aspecto. Derrochaba antipatía, aunque a Clara, por el momento, le producía pena. La pena de una madre que acaba de perder a su hija de la peor manera posible.

–Lo siento, por ahora no podrá ser. Antes hay que trabajar con ellos, tienen que recuperarse del trauma sufrido. En estos casos más vale no precipitarnos –les explicó Clara.

–Créame, señorita, lo entendemos perfectamente. No queremos meterle prisa a nadie, ni haremos nada que pueda perjudicar a los niños. Es que tenemos tantas ganas de verlos... –se apresuró a decir el hombre, para que la joven no viera hostilidad en sus comentarios.

–¿Cuánto hace que no los ven? –aprovechó para preguntar el comisario.

–Demasiado –contestó el abuelo–. Verán, nuestra hija es una chica maravillosa, algo alocada, muy buena persona.

Un leve apretón de manos de su esposa le hizo darse cuenta de lo que acababa de decir.

–Disculpen, quería decir que era una chica maravillosa. Aún no soy capaz de…

–No se preocupe, siga –le animó el comisario mientras le tendía distraídamente un pañuelo de papel que él rechazó sacando de su chaqueta un pañuelo de tela con unas iniciales bordadas.

–Siempre se preocupaba de los demás. Era un ángel. Se encandiló de ese cabrón... perdonen la expresión, es que, cada vez que pienso en lo que ha sufrido... –se excusó mientras su esposa sacaba a su vez un pañuelo y se secaba la comisura de los ojos.

–Por nosotros no se preocupe, entendemos perfectamente que se

sientan así.

Clara los miró con pena. Al cruzar su mirada con la de la mujer, casi sintió un escalofrío. No le quitaba ojo, la miraba con antipatía y ella comenzaba a sentirse incómoda en su presencia.

–Bien, se enamoró de ese mal nacido que le hizo la vida imposible. Pero no antes de casarse, claro. Bueno, debería decir que el muy cerdo nos enamoró a todos. Era el yerno perfecto: nunca olvidaba una fecha; me recordaba mi aniversario de boda para que mi mujer no se enfadara, incluso me daba consejos sobre los regalos que más le gustarían a ella alegando que se lo había dicho en secreto.

–A mí me hacía lo mismo –musitó la mujer de repente haciendo que el hombre esbozara una sonrisa forzada.

–A mi Ángela la trataba de maravilla –siguió hablando él–. Le compraba flores, iban adónde ella quería, le dejó organizar la boda sin poner ni una sola pega. Y eso que Ángela le hizo cambiar de modelo de traje cuatro veces, que a veces era un poco indecisa.

–Disculpe que le interrumpa –dijo Clara–, pero ¿durante cuánto tiempo fueron novios?

–Pues si no recuerdo mal… cuatro años, hasta que mi hija acabó la carrera –contestó la mujer–. Estudió Historia del Arte. Le encantaba viajar y conocer lo que veía en sus libros.

–Por supuesto –la interrumpió el marido–, trabajó exactamente hasta que se quedó embarazada de Hugo. Después, nunca la dejó volver a trabajar.

–Decía que el niño la necesitaba, que ella no necesitaba trabajar –les explicó la mujer–, que él ganaba lo suficiente y que para qué iba a dejar al niño en manos de algún extraño teniendo madre. Después las excusas fueron peores, para entonces nuestra hija dejó de contárnoslas.

–Al principio nos veíamos mucho –aseguró el abuelo de los niños–, después mi hija empezó a darnos excusas para que no viniéramos. Un día nos presentamos por sorpresa y ella no quería abrirnos la puerta.

–Mi marido la amenazó con tirar la puerta abajo –interrumpió la mujer– porque pensábamos que pasaba algo. Ya hacía tiempo que no nos creíamos lo que nos contaba. Cuando por fin abrió, vimos que tenía un lado de la cara hinchado, con un moratón enorme. También varios puntos sobre una ceja.

–Como comprenderán, yo me puse furioso – continuó el hombre–, ella lo defendió, dijo que no era lo que pensábamos, que la habían agredido en la calle y había puesto una denuncia y todo. Que no nos abría la puerta porque le daba vergüenza que la viéramos así.

–Con el tiempo nos hemos arrepentido tanto de no haber puesto aquella denuncia… –comentó la mujer con la mirada perdida.

–Nos empeñamos en quedarnos hasta que llegó su marido. El muy

cerdo disimuló dándonos la misma versión que ella. No nos la creímos del todo puesto que ya empezábamos a dudar, al final tuvimos que aceptar lo que nos decían. ¡Qué imbéciles fuimos! Si nos hubiéramos empeñado…

–No se torture –intervino el comisario–, en estos casos, si la víctima no quiere que nadie la ayude, es casi imposible.

–El caso es que cada vez que intentábamos decirle algo sobre nuestras sospechas –siguió la abuela– él le pegaba. Así que un día mi niña se presentó en nuestra casa y nos dijo que no quería volvernos a ver. Que Román, su marido, solo le pegaba cuando tenía relación con nosotros y que, por el bien de su hijo, prefería no volver a vernos. Por supuesto, estuvimos a punto de denunciarlo nosotros, pero ella nos lo pidió con tanta convicción… Cada tres meses nos mandaba una carta recordándonos que no quería saber nada de nosotros, con una foto del niño. Después, cuando nació María, también nos mandó fotos de ella. Así que a nuestra nieta no la conocemos más que de fotos.

Y, por fin, se derrumbó. La mujer que parecía de piedra no pudo más, y las lágrimas, que llevaban demasiado tiempo retenidas, salieron sin control estropeando el perfecto maquillaje que cubría su rostro. Su marido le cogió la mano con cariño.

–Tienen que atrapar a ese cerdo –dijo el hombre–. Cojan al que ha hecho esto a mi niña.

–Me temo que no es tan fácil –explicó el comisario–. Verán, les explicaré todo lo que puedan saber que no entorpezca la investigación, porque no podremos frenar por más tiempo a los periodistas, pero, por el momento, es todo lo que puedo hacer.

–¿Investigación? ¿Periodistas? No lo entiendo, esto es un caso claro de violencia doméstica, ¿no? ¿No es suficiente para detenerlo? –dijo con cara de asombro la mujer.

–No exactamente. Cuando nos avisaron de que su hija estaba muerta, lo habríamos tratado como usted dice, como un caso de violencia doméstica sin dudarlo. Además, sus nietos estaban presentes cuando ocurrió. Hugo vio con todo detalle cómo mataban a su madre y, aunque aún no está preparado para contarlo, nos lo dibujó. Pero dos detalles claros nos hacen pensar en un asesinato –les comentó muy serio el comisario.

–¡Dios mío! ¡Asesinato! Claro que es un asesinato, por supuesto. ¿Acaso no lo es morir a manos de un marido maltratador? –preguntó atónito el abuelo.

–Desde luego que lo es, pero a efectos legales no todos los maltratadores son tratados de asesinos –prosiguió el comisario.

–¡Pero es que lo es! ¡Román es un asesino! ¡No pueden decirnos que no lo van a coger! ¡Mi niña merece que ese hijo de puta vaya a la cárcel y que se pudra en ella!

–Tranquilícese, señor Gómez, por favor. En ningún momento le he dicho que no mereciera ser juzgado como asesino. Déjeme acabar, por favor. Es mucho más complicado que todo eso.

El hombre del pelo blanco apretó las mandíbulas, que le temblaban visiblemente debido a la rabia que luchaba por salir. Con un leve gesto, invitó al comisario a que terminara de hablar.

–Tenemos razones para pensar que a su hija la dejó con vida su marido aquel día. Aún está por determinar si hubiera muerto igual, pero a su hija la asesinaron mientras estaba en el suelo inconsciente, muy probablemente Román, aún no lo podemos demostrar. Además, a Ángela la encontraron el lunes por la noche y hubo otro caso exactamente igual el lunes por la tarde. Y cuando digo igual, es igual. Había un niño de siete años y una niña de dos, las dos mujeres fueron asesinadas tras caer inconscientes por una paliza del marido. Es demasiada coincidencia.

–No puede ser. ¡No puede ser! ¡Ese maldito cabrón va a salir impune! Lo siento, comisario, pero eso no lo puedo consentir –dijo el marido visiblemente excitado.

–Voy a hacer como que no he oído la última frase, pero para su tranquilidad le diré que su yerno apareció muerto ayer, junto al marido de la otra víctima. Ellos también han sido asesinados.

Como si les hubieran arrojado un balde de agua fría, los abuelos de Hugo se quedaron sin palabras. El hombre no estaba muy seguro de entender lo que estaba ocurriendo. Su hija y otra mujer asesinadas a golpes por sus maridos, o, al menos, golpeadas hasta caer inconscientes, y después los dos hombres hallados muertos. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Entonces alguien que no era su yerno había asesinado a su hija después de que su marido la moliera a palos? Era incapaz de comprender nada de aquello, así que decidió dejar hablar al comisario.

–Bien –consiguió volver a hablar el hombre–, eso está mucho mejor. Al menos ese cerdo está donde merece estar.

–Entonces hay un asesino suelto, ¿no? –preguntó ella.

–Sí, no le voy a engañar, todo apunta a que así es; le cogeremos. Como ven, es absolutamente necesario que sigamos trabajando con los niños, puesto que son los principales testigos que tenemos. Además, como supongo que se imaginarán, no pueden hablar de nada de esto con nadie. Nada sería peor ahora mismo que darle publicidad al asunto.

–Tranquilo, comisario, nos hacemos cargo –contestó la mujer buscando la mano de su marido en un claro gesto de apoyo.

El comisario tomó nota mental de que el padre de Ángela Gómez tendría que ser interrogado en algún momento de la investigación. Odiaba lo suficiente a su yerno como para acabar con él. Así que ahí

estaba el móvil. No sabía muy bien la relación que podía tener con las otras víctimas, si había alguna, la averiguaría. Realmente no pensaba que fuese él, pero no se le podía descartar como sospechoso por tener la sensación de que no lo era.

Clara se había mantenido al margen en todo momento. La conversación había sido tensa en su mayoría y ella tenía un sabor amargo en la boca. Además, el constante dolor de cabeza no ayudaba mucho; era su turno.

–Bueno, ahora lo importante es dejar que la policía trabaje y buscar la mejor opción para los niños –comenzó a decir mientras sacaba de una carpeta varios papeles–. Les he traído una foto de cada uno. Se las hizo ayer la mujer que lleva la casa de acogida. Tomen, se las pueden quedar.

– ¡Dios mío! ¡Están preciosos! Muchas gracias… María es toda una mujercita ya, y Hugo es tan guapo… –comentó con cariño la abuela–. ¡Cómo se parece a su madre! ¿Están bien? Quiero decir, ustedes han dicho que presenciaron lo de su madre...

–Bueno, María tiene suerte de tener un hermano así. Él consiguió que pensara que Ángela dormía; de hecho, lo sigue pensando. Hugo es más complicado, está en una edad más difícil, la psicóloga infantil que trabaja con él es optimista al respecto. Habrá que tenerle muy vigilado, sobre todo ahora al principio.

–Éstos son los informes que me ha traído Clara esta mañana sobre el estado psicológico de sus nietos. Les he hecho una copia –interrumpió el comisario–. Como ven, aún pasará un tiempo antes de que puedan verlos, no están preparados.

–Les prometo que intentaremos que sea el menor tiempo posible –añadió Clara a los abuelos, a los que se les había vuelto a oscurecer la sonrisa.

–Bueno –prosiguió el abuelo–, ya sé que es adelantar acontecimientos, pero ¿la custodia?

–Eso depende –respondió Clara de inmediato–. Yo tendré que realizar un informe y el juez de menores será quien le otorgue la custodia a quien le corresponda.

–Pero… usted acaba de decir que su padre también está muerto y mis nietos no tienen más familia que nosotros. Nosotros no teníamos más hijos –repuso el hombre un tanto disgustado.

–Verán –siguió hablando la asistente social–, mi trabajo consiste en comprobar que el ambiente en el que van a estar sus nietos va a ser el adecuado, estoy hablando del caso en el que se fueran finalmente a vivir con ustedes. Eso incluye saber si ustedes son capaces de ocuparse de los niños, si su casa y su entorno reúnen los requisitos necesarios, y si la salud de ellos, ya sea mental o física, no peligra por vivir con ustedes. Por supuesto, si todos estos puntos se cumplen, no se tendrá

en cuenta otra posibilidad. Ustedes tendrán la custodia. Habría que comprobar que los niños no tienen a nadie más que se ocupe de ellos. En caso de que tuviesen más familiares directos, se valoraría la estabilidad de los niños en cada probable hogar.

–Les hemos traído un cuestionario que han de rellenar lo más sinceramente posible. Ahora entran ustedes en un huracán de papeleos, tienen que estar preparados –les explicó el comisario.

De pronto, unos golpes sonaron en la puerta y apareció la cara de Ismael.

–Perdonen la interrupción, necesito que Clara venga un momento. Estamos interrogando a su agresor de anoche y nos preocupa un poco lo que nos acaba de decir, podría ser importante –añadió mirando de manera elocuente al comisario, quien le hizo un gesto casi imperceptible para que supiera que le había entendido.

–Ve, Clara, aquí casi hemos acabado. Ya les explico yo a los señores Gómez el resto del procedimiento, si no te parece mal. Después pásate por aquí y nos ponemos al día –dijo comprensivo el comisario.

–Perdone, yo... lo siento... –empezó a decir la mujer levantándose a la vez que Clara, quien se dirigía a la puerta. Ella la miró extrañada–. La verdad, pensé que el golpe que tenía en la cara se lo había hecho también su pareja. Estaba a punto de decirle al comisario que cómo era posible que nos ayudara en este proceso una mujer que deja que su pareja le haga lo mismo. Yo… bueno… la juzgué mal.

Clara se llevó la mano instintivamente a la zona donde tenía el golpe, estaba hinchado y le dolía horrores. Al tocar con los dedos sintió como si miles de diminutas agujas perforaran su piel. No quería ni pensar en el aspecto que tendría en ese instante.

–Si no lo dice, yo no me habría dado cuenta. Tenía que haberlo explicado al principio. Discúlpenme. Si le sirve de algo, ni siquiera tengo pareja –dijo dejando los papeles encima de la mesa, cerca del comisario.

–Clara... –susurró el abuelo–, ¿les hablará a los niños de nosotros?

–Sí, sí que lo haré –afirmó Clara con decisión mientras cerraba la puerta al salir.

Los abuelos se quedaron conversando con el comisario mientras Ismael acompañaba a Clara a una habitación pequeña, oscura. Había un aparato eléctrico y un enorme cristal desde el que podían ver lo que pasaba al otro lado. Ismael le explicó que desde la sala de interrogatorios no se podía ver ni oír nada de lo que ocurría donde se encontraban ellos, pero a Clara un escalofrío le erizó la piel de la nuca. A través del aquel oscuro cristal, vio cómo Andrés preguntaba cosas sin cesar al chico que la había agredido la noche anterior. El pobre no debía de tener más de veinte años y la vida no parecía haberle tratado demasiado bien. Su excesiva delgadez y una piel ajada

por el tiempo pasado en la calle, expuesta al frío y al sol, producían en el joven la apariencia de la vejez prematura, aquella que solo se da entre los sintecho. En una de las veces que había abierto la boca para hablar, Clara comprobó que le faltaban varios dientes. Su pelo y su barba aparecían grasientos, sucios y enredados. La ropa pedía a gritos un lavado casi tanto como él mismo. Clara pensó en cuántos niños habría podido sacar de esa situación a tiempo. De repente, el miedo se convirtió en pena.

–Clara, llevamos ya un par de horas con él, más lo que estuve anoche, y no quiere hablar. Hace un rato ha tenido un momento de debilidad y ha dicho exactamente: *Joder, por quinientos euros de mierda.* Después se ha dado cuenta de su error y ha querido rectificar, nosotros hemos seguido por ahí. Conseguimos enterarnos de que alguien le había prometido quinientos euros si te robaban su colega y él la mochila. ¿Qué tenías de importante en la mochila?

–¿Que qué tenía de importante? ¿Estás de broma? ¡Todo! –contestó.

–¿A qué te refieres con todo? ¿Llevabas algo sobre el caso de los niños?

–¡Claro! Llevaba algo de ropa, porque iba a pasar la noche en casa de Laura, y todo, absolutamente todo, sobre el caso que llevamos el ordenador portátil y el expediente del caso que me fotocopiasteis ayer.

–Joder –añadió Ismael.

–En el portátil –prosiguió Clara– tengo además una carpeta con las transcripciones de las cintas que grabó la psicóloga ayer con los niños, copias de los dibujos y los informes sobre su estado mental. No lo entiendo. ¿Crees que el que le dio el dinero al chico quería todo eso?

Por la cara que puso Ismael, debía ser bastante importante lo que Clara acababa de decirle.

–No te muevas de aquí y, veas lo que veas y oigas lo que oigas, no nos interrumpas. Vuelvo enseguida.

Salió a toda velocidad y visiblemente acalorado, dejando a la joven con la pregunta en el aire. Clara observó cómo Ismael entraba en la sala de interrogatorios, interrumpiendo a Andrés, quien se quedaba un poco cortado sin atreverse a decir nada. Entonces Ismael cogió al chico por la camiseta y lo empujó contra la pared con fuerza. Su compañero lo miró con reproche, aunque no se atrevió a intervenir. No sabía a qué se debía esa actitud de Ismael. Por lo poco que lo conocía, algo había ocurrido que le obligaba a actuar así.

–Eh, esto es brutalidad policial, te voy a poner una denuncia que te vas a cagar –gritó el chico, asustado.

–Sí, pónmela, así cuando me cague me limpiaré el culo con tu denuncia. Además, yo no he hecho nada, ¿verdad, Andrés? –preguntó a su compañero sin dejar de mirar al chico.

–No, yo no sé de qué me hablas –aunque seguía sin saber de qué iba

el asunto.
–Mira, ayer intentasteis robarle la mochila a una buena amiga mía, pero no la elegisteis al azar, fue porque alguien os pagó para que lo hicierais, ¿voy bien? –preguntó sin soltarle.
–De cine, tío, vas de cine –contestó con sorna el chico.
–Quiero que me describas al tío que os pagó, hasta el último lunar que le viste, o, si no, me encargo yo de que esos ojitos no puedan volver a verlo más.
El chico estaba tan alucinado como Clara, Andrés ya empezaba a ver claramente lo que estaba ocurriendo. La agresión no había sido fortuita, iban a por ella.
–¿Qué pasa, tío? ¿Por qué quieres saber tanto? –interrogó el chico.
–Porque ese cabrón que te pagó para que atracaras a mi amiga es un asesino, y si no me dices nada de él, te denunciaremos por ser su cómplice.
–Eh, eh, para el carro, tío, que yo no sé nada. Te lo juro por mi madre –confesó el chico muy asustado–, yo no sé nada de ningún asesinato. Ese tío estaba muy bien vestido, tenía pasta. Y nos dijo al Ricar y a mí que si le quitábamos a esa zorra la mochila…
En ese momento, Ismael le apretó un poco la garganta.
–¡Vale, vale! –rectificó el chico–, que si le quitábamos a esa *señorita* la mochila nos pagaría quinientos pavos. Nos dio cien de anticipo.
–Tú no llevabas nada en los bolsillos. ¿Dónde está el dinero? –preguntó "sutilmente" Ismael.
–Lo tiene el Ricar. Joder, ya no le quedará ni un chavo.
–¿Y para qué quería la mochila ese hombre? –interrogó Andrés.
–¡Yo qué sé! –gritó el chico–. Yo no pregunto al que me da pasta, ¿sabes? Y menos si son quinientos euros. Aunque…
–Aunque… ¿Qué? –dijo Ismael apretando un poco el cuello.
–Tío, suéltame, que te lo voy a contar, te lo juro.
Ismael le dejó volver a sentarse en la silla y después de fingir que estaba más ahogado de lo que en realidad estaba, hacer miles de aspavientos y beber agua, habló:
–Mira, estábamos yo y el Ricar en el parque *sentaos* en el suelo con unas birras. Llegó ese tío muy *trajeao*. Al principio creí que se había *equivocao* al preguntarnos a nosotros. Luego vi que no, que nos lo repetía. Me dio un mal rollo… pero ¡joder! Eran quinientos euros. El Ricar y yo ni nos miramos, dijimos que sí en el momento. El tío dijo que lo que le pasara a la zorr… perdón, a la señorita le importaba una puta mierda, que lo que le interesaba era la mochila.
–¿Y para qué quería la mochila?
–¡Que no lo sé! ¡Te lo juro, tío!
–¿O sea, que un tío te dice que quiere que sigáis a una chica y que le robéis la mochila y vosotros accedéis sin preguntar?

–¿Por quinientos pavos? Joder, tío, claro. Estás de coña, ¿no? –preguntó el joven mirando a Ismael como si estuviera loco.

Ismael miró con asco al chico y después con preocupación a su compañero. Desvió la mirada hacia el cristal sabiendo que Clara estaba allí presenciándolo todo y el corazón le dio un vuelco. No podía dejar que le ocurriera nada.

Avisó a un agente para que se hiciera cargo del joven, cogió unos papeles de encima de la mesa y volvió al cuarto donde Clara permanecía esperando, seguido de Andrés. Cuando llegaron a su encuentro, la joven temblaba de pies a cabeza. Un agente había acompañado al ladrón ante el dibujante de la policía para conseguir un retrato robot.

–¿Cómo estás, Clara? –preguntó Andrés muy preocupado–. ¿Te traigo un vaso de agua o un café?

–Sí, por favor…agua y un analgésico. Me duele mucho la cabeza –contestó ella muy afectada.

–Ya voy yo –les dijo Ismael–, quédate con ella.

En cuanto el inspector salió de allí, Clara no pudo más. Las lágrimas salían de sus ojos con furia. No había forma de pararlas, pero tampoco quería. Quería llorar y llorar y esconderse hasta que todo acabara. Notó el brazo de Andrés rodeando su espalda y se dejó caer. Estaba tan cansada… Un minuto después Ismael apareció allí con el comisario. Le había explicado lo que había confesado el agresor y el comisario Gálvez estaba bastante preocupado. Clara no se movió de los brazos de Andrés cuando entraron en la sala los dos policías. Andrés al principio soltó un poco su brazo, al notar que Clara no se apartaba lo volvió a poner.

–Clara, te pondremos protección las veinticuatro horas, ¿de acuerdo? –le ofreció el comisario–. No dejaremos que te ocurra nada. Estarás acompañada en todo momento. Siento mucho que te hayas visto involucrada en esto.

Clara solo pudo asentir. Poco a poco se liberó del abrazo de Andrés para coger el vaso con agua y el analgésico. Se los tomó rápidamente y volvió a colocarse como estaba. Nadie la iba a quitar de los brazos de Andrés, eso lo tenía muy claro. A Ismael se le escapó una sonrisa que disimuló enseguida. El comisario se dirigió a él.

–Voy a mi despacho a intentar comunicarme con la Europol. Si el hombre que pagó a esos rateros para que le quitaran la mochila a Clara es nuestro asesino, creo que lo primero que tenemos que hacer es averiguar si ha habido casos similares a los de Paz Robles y Ángela Gómez.

–¿En la Europol? –preguntó Andrés–. ¿Cree usted que el asesino ha podido actuar en otros lugares de Europa?

–La verdad, no tengo ni idea –le explicó el comisario–. Hay razones

para pensar que el asesino ha intentado copiar exactamente el escenario de algún crimen anterior, no sé si aquí o en otro lugar. Pero al encontrar las muescas grabadas en las víctimas tenemos pruebas suficientes para una investigación de más envergadura.

–Está bien, cuanta más gente haya buscando, mucho mejor –coincidió el joven inspector.

–Sí –añadió Ismael–, además no podemos descartar nada. Puede estar copiando otro escenario de un crimen que ya haya cometido o puede estar imitando a algún otro asesino.

–Exacto. En fin, si damos con ese otro crimen, creo que tendremos muchas posibilidades de resolver esto. Zapico, encárgate de prepararle la protección adecuada a Clara.

–Lo siento, comisario, no quiero darles más trabajo... –comenzó a decir Clara.

–Tú no tienes la culpa, y el que lo siente soy yo. Te hemos puesto en peligro al involucrarte tanto en el caso. Protegerte es lo menos que podemos hacer. Doy gracias porque el agente Molina fuera tan "gentil" de llevarte en mano lo que le di para mandarte por e-mail –dijo el comisario sonriendo maliciosamente.

Andrés carraspeó y soltó a Clara. Ella notó su cara color carmesí. Como ya la tenía de haber llorado rezó para que no se notara la diferencia.

–¿De... verdad cree que... ese hombre es el que mató a los padres de los niños? –preguntó Clara conmocionada.

–Estoy casi seguro, al menos, de que tiene participación directa en el caso. No podemos descartar que los padres de los niños cometieran el asesinato de sus mujeres, pero al menos, si no es el asesino, nos conducirá hasta él. Nadie paga quinientos euros por una documentación de asesinato si no le hace falta –le contestó sinceramente el comisario.

–¿Y un periodista? –preguntó Andrés.

–¡Joder, Andrés! ¿Tú cuánto crees que cobra un periodista? Como para andar soltando quinientos euros cada vez que necesite información y, encima, de un caso sin cerrar. Qué va –le contestó inmediatamente Ismael.

–Bueno, ya sé que un periodista no cobra como para pagar ese dinero cada vez que quiere un artículo, pensaba en que tuviera respaldo.

–En eso tienes razón, puede haber alguien con más poder que esté interesado en este caso, aunque no sé... la verdad es que no ha tenido mucha repercusión por ahora, no creo que sea ése el camino.

–Estaré en mi despacho si me necesitáis. En cuanto tenga algo de la Europol os aviso –dijo el comisario mientras cerraba la puerta al salir.

–Bien –dijo Ismael volviéndose hacia Clara–, a ver qué hacemos

contigo, creo que deberías volver al hospital.

–¡Ni hablar! –respondió ella muy enfadada–. Necesito descansar un poco, nada más.

Ismael la miró, iba a replicar, pero la conocía lo suficiente para saber que jamás la convencería, así que debía ocuparse de que estuviera lo mejor posible. Clara, por su parte, quería cerrar los ojos y descansar. Sentía la cabeza a punto de estallar y no era capaz de pensar con claridad. Así que dejó que los policías hicieran su trabajo sin rechistar lo más mínimo.

Unos minutos después Ismael salía del despacho a ver cómo iba lo del retrato robot y, tras ordenar que devolvieran al chico al calabozo, volvió a entrar bastante enfadado.

–¿Qué pasa? –preguntó su compañero.

–Nada, una mierda. Que ese capullo no quiere colaborar. Ha cambiado ya ocho veces de color de pelo, le ha puesto bigote, se lo ha cambiado por una barba poblada, luego ha dicho que iba perfectamente afeitado. ¡Bah! Se está riendo de nosotros descaradamente.

–¿Y le vais a soltar? –preguntó tímidamente Clara.

–Le acabo de detener por obstrucción a la justicia en un caso de asesinato. A ver si así se lo piensa un poco. Supongo que saldrá en un par de días.

–No sé, me parece que es una rata de comisaría, se las sabe todas.

–Sí, yo también. Aun así le retendremos un poco. Mañana le volveré a interrogar, a ver si le saco algo –añadió Ismael–. Si el hombre que les dio el dinero es el asesino, es el único que le ha visto la cara.

Clara intentó que aquella información no le afectara pero, con su cabeza a punto de estallar, solo era capaz de notar la sangre bombeando cerca de su oído derecho.

Capítulo 11. Protección policial

Clara despertó sin tener la más remota idea de dónde estaba. Miró a su alrededor y lo que vio le resultó familiar, sin duda, pero ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta allí. Poco a poco tomó nota mental de la habitación en la que se encontraba. Permanecía en una cama grande. El edredón era mullido, de un suave color verde, o eso le parecía a ella ya que estaba muy oscuro. En la mesilla había un vaso de agua, un despertador y un libro con un marcapáginas en su interior. El que lo estaba leyendo llevaba más de la mitad. Llevaba puesto un pijama suyo, lo cual, no sabía por qué, la reconfortó.

Ya volvían los recuerdos; era la casa de Ismael. El día antes, sus amigos decidieron que donde más segura estaría si alguien quería atacarla otra vez sería con ellos. ¿O hacía dos días? No, no podía llevar allí dos noches, se acordaría. La habían llevado allí tras el interrogatorio al chico que la había agredido y la entrevista con los abuelos de los niños en la comisaría. Pasaron primero por su casa, a por algo de ropa y un par de cosas. Clara recordaba cómo en el coche Ismael y Andrés discutían sobre dónde debería pasar la noche. Por supuesto, los dos pensaban que su casa era la mejor opción. A Clara le daba igual, al menos en aquel momento. Su cabeza giraba como una peonza y el dolor no remitía, así que prefirió embutirse bien en el asiento de atrás y dejar que se pelearan ellos solitos. Al oírlos, le vino a la mente una pelea de gallos y no pudo reprimir una sonrisa. Al final ganó Ismael, porque Andrés se había dejado la chaqueta en la comisaría y tenía las llaves de su casa en uno de los bolsillos. Instalaron a Clara en la habitación de Ismael y él se preparó el sofá cama en el salón.

Había dormido a trompicones, retazos de sus sueños en los que aparecían los niños sin cesar, se mezclaban con pequeños despertares en los que, desorientada, se sentaba en la cama y, tras comprobar que no eran reales, se volvía a dormir. El agotamiento se había apoderado de ella sin remedio. Estaba preocupada por los niños, por eso soñaba con ellos. En sus sueños, escenas de los niños jugando daban paso a otras macabras y más propias de películas de terror. Recordaba claramente uno de los sueños, en el que aparecía el padre de Roberto tomando un bocadillo y una cerveza, sentado en un sillón frente a la tele. En su cabeza había un gran agujero de bala, no parecía importarle en absoluto. Él seguía comiendo su bocadillo, sentado en el sucio sillón, con unos calzoncillos mugrientos y una camiseta raída como únicas vestimentas, mientras la sangre resbalaba por su cara.

Despertó sudorosa. Le costó volver a conciliar el sueño.

Ahora estaba algo más despejada. El dolor de cabeza había pasado a ser un zumbido constante en el oído derecho. Tendría que preguntarle al médico si eso era normal y, si lo era, cuanto le duraría, porque era bastante molesto. Pero de ninguna manera se lo diría a los dos inspectores porque la obligarían a volver al hospital.

Tomó otro analgésico mientras se encaminaba al cuarto de baño a darse una buena ducha. Se sobresaltó al mirarse al espejo. Casi no se reconocía a sí misma. El golpe recibido estaba tomando un feo color púrpura. Tenía la cara y el párpado hinchados, tanto que casi no podía abrir el ojo derecho. Sin querer pensó en las madres de los niños. Ella estaba hecha polvo por un solo golpe, solo uno. ¡Cuánto habrían sufrido ellas, que habían sido golpeadas en tantas ocasiones! Menudos cerdos. No pudo evitar pensar que merecían lo que les había pasado. Enseguida se arrepintió. Nadie merece que acaben con su vida, ni siquiera ellos.

De pronto tomó conciencia de por qué estaba allí, en casa de Ismael, y un temblor recorrió su cuerpo; le entró el pánico. Tras unos minutos temblando y sentada en cuclillas en una esquina del baño, consiguió relajarse un poco y se metió en la ducha. Se obligó a pensar en los niños y en Andrés. ¡Andrés! Era tan guapo... La barba de dos días le sentaba tan bien… Le daba un aire intelectual y a la vez desenfadado. Bueno, en realidad, recién afeitado tampoco estaba mal. ¡Uf! Ya veía a Laura diciéndole que Andrés le parecería guapo aunque llevase un traje de astronauta que no le dejase ver ni un pelo. ¡Qué bien la conocía! Recordaba la cara de decepción que puso el día antes, cuando se quedó en casa de Ismael.

Una vez limpia y vestida, sintió hambre, buena señal, no recordaba haber comido nada desde el chocolate con churros que tomó con el comisario la mañana anterior. Salió de la habitación muy despacio y sin hacer ruido para no despertar a Ismael. Descubrió que no hacía falta: El sofá cama estaba cerrado y el salón recogido. ¿Tan tarde sería? Buscaba el móvil para llamarle cuando vio la nota:

Hola, Clara, por si te despiertas antes de que vuelva yo: He salido a correr un rato. En la cocina tienes un poco de todo. Si tienes hambre, no me esperes, llegaré sobre las siete y cuarto. Ismael.

Miró la hora, eran las siete menos diez. Pensó en esperar a que volviera, un rugido que procedía de su estómago la avisó de que no aguantaría hasta entonces, así que se dispuso a hacer el café. Preparó unas tostadas y se sentó a desayunar.

“Pues sí que tenía hambre” –pensó mientras se terminaba la tercera tostada y el segundo café.

A las siete y veinte llegó Ismael, Clara ya había desayunado, recogido y fregado todo lo que había usado.

–Buenos días, dormilona, me alegro de verte levantada. Ni la bella durmiente durmió tanto. Llevas desde ayer por la mañana –dijo un sudoroso Ismael mientras se encaminaba a la ducha.

–¿Tanto? ¡Dios mío! ¡Tengo un montón de trabajo pendiente! –se alarmó Clara.

–Sí, preciosa, pero el jueves ha desaparecido de tu vida. Lo has pasado durmiendo –contestó medio divertido Ismael–. ¿Al menos has podido descansar?

–Bah, a ratos. He tenido un montón de pesadillas –le confesó Clara.

–Sí, lo sé. Gritaste varias veces en sueños.

–Vaya, lo siento, no quería molestar.

–No molestas, en absoluto. Estás aquí para descansar y para que te tengamos vigilada. Así que no te preocupes –dijo rápidamente Ismael–. ¿Ya has desayunado?

–Sí, me levanté hace más de media hora y tenía tanta hambre…

–Ésa es buena señal –sonrió él–. Dame cinco minutos para ducharme y me cuentas. ¡Humm! ¡Has hecho café! Genial, lo voy necesitando. Por cierto, no tienes mala cara... si te miro desde este lado, porque si giro un poco para acá...

–Qué simpático –contestó ella con ironía, aunque tenía que reconocer que prefería que se rieran un poco de su aspecto a que estuvieran todo el día contemplándola.

Todo el día durmiendo ¡Con la de cosas que tenía que hacer! Tenía que ponerse al día ya. Admiró el cuerpo de su amigo mientras se iba a la ducha. Tampoco estaba nada mal. Si le fallaba lo de Andrés… Movió la cabeza a los lados pensando que estaba desvariando. Ismael y ella eran amigos desde hacía años. Lo pasó muy mal cuando se divorció y parecía no tenerlo del todo superado. Había que reconocer que estaba bastante bien.

A las ocho y cuarto el inspector la dejó en la casa de acogida. Había un coche apostado en la puerta con dos policías vestidos de paisano. Ismael le había explicado que fuera a donde fuera siempre tendría a un par de policías cerca para protegerla. La idea no le hacía a Clara ni pizca de gracia. Tener todo el día dos personas pegadas al culo controlando cada uno de sus movimientos era bastante agobiante. Pero era aún peor pensar que el asesino podía ordenar que volvieran a atacarla y que no hubiera nadie cerca para ayudarla, o mucho peor: que estuviera cerca de los niños o de sus amigos y sufrieran algún daño por su culpa. Hacia las dos de la tarde, les relevarían otros dos. Laura abrazó a su amiga con fuerza. No había hablado con ella desde hacía dos noches, cuando salió de allí para ir a su casa a por el portátil y la mochila. Desde entonces, todo lo que sabía de ella era gracias a

Andrés.

–Cuánto me alegro de que estés bien. Nos has dado un buen susto.

–Siento no haber venido antes, Laura, se ve que ayer pasé el día entero durmiendo, yo no me acuerdo.

– No te preocupes, eso es que lo necesitabas. ¡Uf! Vaya ojo. Estás horrible. Pasa, anda, a ver qué podemos hacer.

–Gracias, Laura, me encanta tu sinceridad –respondió Clara bromeando–. ¿Qué tal los niños?

–Tranquila, sobreviven sin ti; están desayunando. Cuando acaben, Julián los llevará al cole. Y hoy van a ir todos. Hugo, Roberto y las niñas también van –le contó Laura–. Les va a hacer mucha ilusión verte, sobre todo a uno que yo me sé.

–¿Y Roberto ya deja que Julián se le acerque? –preguntó extrañada.

–Bueno, más bien lo soporta, es un comienzo.

–Puede que sí… –dijo Clara mientras entraba al bullicio de la cocina en la que varios niños hablaban a la vez. No entendía cómo sus amigos no se habían vuelto locos–. Hola, chicos...

Roberto salió disparado al oír la voz de Clara para darle un abrazo, cuando llegó a su lado dio un paso hacia atrás. Su cara amoratada le hizo frenar en seco. Hugo, por su parte, no le quitaba ojo y no decía ni una palabra.

–Hola, qué pasa, ¿que nadie me va a dar un beso? –intentó quitarle importancia Clara.

Todos los niños se acercaron a verla: Ruth, Susana, Lorena, María, Belén… Hugo y Roberto, no. Clara no estaba segura de qué hacer. Así que decidió contar la verdad… incorporándole un poco de acción.

–No os vais a creer lo que me pasó el miércoles. Venía con mi mochila preparada para dormir aquí, cuando de pronto… un ladrón enmascarado, que se movía igual que un ninja, se abalanzó sobre mí. Cuando me di cuenta estaba intentado robarme la mochila, así que me lié a darle mochilazos así y así – explicó Clara interpretando su papel–. De repente, apareció otro ninja, así que tuve que usar mi patada giratoria especial con él, pero me descuidé y el primer ninja me dio en este ojo.

Todos permanecían alucinados escuchando la emocionante historia de lo que le había “ocurrido” a Clara. Por supuesto, todos menos Roberto y Hugo, que la miraban con desconfianza.

–Cuando pensé que no tenía escapatoria, porque eran muy rápidos –prosiguió con la historia Clara–, apareció un guerrero blanco y dijo: “Alto, policía”, y los dos ninjas cobardes huyeron.

–¡Qué guay! –dijo Lorena–. Cuéntalo otra vez, Clara.

–Esta noche, cariño, que vais a llegar tarde al cole –le dijo Clara mientras le daba un beso.

–Adiós, Clara –le dijo rápidamente al pasar Roberto.

–Espera un momento, Roberto –le paró Clara–. Mira, ya sé que piensas que me ha pasado otra cosa y no es así. Te prometo que me atacó un ladrón y al no dejarle que me quitara la mochila, me pegó un puñetazo. Mírame a los ojos. Yo no te mentiría, ¿vale? Bueno, la verdad es que sí que mentí en una cosa: no eran ninjas, eran simples ladrones –le susurró al oído–, guárdame el secreto, ¿vale?

Por un momento, Roberto dudó, después se abrazó a ella con fuerza. Fuera o no fuera verdad, prefería creerla. Después le dijo:

–Te echaba de menos.

–Yo también, canijo –dijo Clara mientras le devolvía el abrazo.

–¡Chicos, vamos, que no llegamos! –dijo Julián desde la puerta con tono impaciente.

–Estaré aquí cuando vuelvas del colegio, ¿de acuerdo? –le prometió con cariño.

–Vale, será genial –contestó el niño muy contento.

Clara se giró hacia Hugo, que había presenciado toda la escena. Quiso darle a él también una explicación y un fuerte abrazo, él salió de allí deprisa y no se paró a recibir el beso que le ofrecía. En los ojos del niño, había percibido alivio cuando decidió creerse lo que había pasado con los ladrones. Pero al pasar por su lado su mirada irradiaba odio, incluso asco. Clara sintió un escalofrío cuando oyó a Hugo que le decía a Roberto en un tono más alto de lo que pretendía: "¿Es que no te das cuenta de que nos abandonará, como todas las madres?" Sintió una pena infinita y la necesidad de hablar con Hugo se volvió más acuciante, lo dejaría para cuando volvieran del colegio.

Cuando los niños se marcharon, Clara sacó el portátil y se puso a revisar las transcripciones que le había enviado Bea y que aún no había podido mirar. Escuchó primero las sesiones que tuvo con las niñas, no encontró nada de interés. Después revisó las de Roberto y Hugo. Estaban separadas en dos archivos cada uno.

Comenzó con los dibujos de Roberto. El primero, de una piscina, simulaba un cursillo de natación. La monitora llevaba una camiseta blanca y un pantalón azul. En el pelo, le había dibujado un gran lazo también azul y su cara maquillada, como siempre. Un tobogán desembocaba en la piscina, varios aros estaban dispuestos para jugar dentro del agua con ellos y desde un trampolín se tiraba un niño. El otro dibujo simulaba un aula de música durante una clase. Roberto se había dibujado a sí mismo tocando una guitarra. La profesora, por supuesto, maquillada y sonriente. Clara leyó una nota de la psicóloga en un archivo adjunto:

Roberto tiende a dibujar las figuras empequeñecidas, salvo la de la profesora (madre), y los brazos y extremidades cortas en relación con el resto del cuerpo. Son indicios de inseguridad, indefensión, temor, timidez,

depresión y ansiedad. Se dibuja a sí mismo con pecas en su cara, lo que puede significar un vínculo especial con la madre, a la cual refleja en todas las mujeres que dibuja y que además son de tamaño mayor que el resto de las figuras y siempre sonrientes.

El dibujo de Hugo sobre el cursillo de natación era impresionante. Bea les pedía que dibujaran los dos sobre lo mismo. Formaba parte de su estrategia. Hugo añadió corcheras a la piscina, una piscina grande y una infantil y varios monitores. Todos llevaban una especie de uniforme y un silbato. En un lateral se podían ver unas ventanas desde las que la gente esperaba a que los niños salieran. Una figura destacaba en un lado: un hombre con traje. A Clara se le aceleró el corazón. Rápidamente miró el otro dibujo. En la clase de música, Hugo se había dibujado tocando el piano, y su profesor de música, también llevaba traje y corbata.

Clara comenzó a preocuparse. Sacó rápidamente en el ordenador todos los dibujos que tenía hasta el momento de Hugo y los comparó. Uno lo había sacado del bloc, se trataba del dibujo en el que aparecían su padre y otro hombre vestido con traje y corbata hablando por teléfono. Siguió buscando. En los otros dibujos del bloc, nada, en los que había hecho con Bea… En el del aula, el profesor tenía llevaba puesto también traje y corbata. A Clara le pareció al verlo que no pegaba nada un profesor así, en su momento no le dio mayor importancia. Y en el del parque… ¡allí estaba! Hugo dibujó al misterioso hombre al lado de un árbol mirando cómo se columpiaban dos niños. Aquello tenía que significar algo. Muy nerviosa, y sin dejar de mirar los dibujos, cogió el móvil y marcó el número de Andrés. Mientras esperaba a que contestara, se dio cuenta de que lo había marcado de memoria. ¿Cuándo se lo había aprendido?

–Hola, Clara, ¿pasa algo? Pensaba ir después a ver cómo estabas –le dijo él atropelladamente.

–Hola, Andrés, perdona que te moleste, es que estoy repasando los dibujos de los niños y deberíais venir Ismael o tú a verlos, porque creo que hay una pista –le explicó Clara sin rodeos–, te los enviaría por el móvil, pero ya sabes que no me funciona la cámara.

–¿Puedes adelantarnos algo?

–Bueno, es que creo que es mejor que lo veáis vosotros, no estoy muy segura. Si lo prefieres me acerco yo a la comisaría…

–No, no, tranquila, no estamos en la comisaría. De hecho, tengo que colgar, que voy conduciendo.

–De acuerdo, entonces os veo luego –se despidió.

–¿Estás bien? –preguntó él de pronto.

–Eh… sí, sí, tranquilo –respondió ella mientras cogía un mechón de pelo y jugueteaba con él.

–Me alegro. Si necesitas que te llevemos algo, avísanos. Hasta luego, Clara.

–Hasta ahora.

Entonces leyó la nota de la psicóloga sobre los dibujos de Hugo:

Hugo dibuja con un realismo y una precisión impropios de su edad. Tiende a alargar los brazos y piernas en las figuras humanas, lo que indica agresividad, desobediencia. También dibuja el cabello a todas las figuras con gran realismo, lo que indica una tendencia a cuidar los detalles que culmina en el perfeccionismo, rasgo bastante extraño en un niño tan pequeño.

Se observa la reiterada aparición de una figura masculina vestida con traje y corbata. Es de tamaño ligeramente mayor que el resto de los personajes de sus dibujos, lo que indica que es alguien de mayor importancia para Hugo. Probablemente, su padre. También he podido observar que tanto en uno como en otro dibujo la figura masculina destacada tiene los rasgos de la cara poco definidos, a excepción de los dientes. Es un indicio claro de agresividad.

Una vez vistos los dibujos, Clara pasó a las conversaciones. Resultaron ser de lo más interesantes. En una parte de la conversación entre Bea y Hugo, a Clara le llamó la atención un cambio brusco en la actitud del niño. Volvió a poner esa parte para escucharla con atención.

–Hugo, tú siempre te ocupas de María, ¿verdad? –preguntaba Bea.

–Sí –contestaba Hugo bruscamente.

–¿Es que tú madre no tenía tiempo?

–No, es que mi mamá no podía –contestaba él de mala gana.

–¿No podía? ¿Es que tenía demasiadas cosas que hacer? –seguía intentándolo Bea.

–No, es que no se podía levantar –respondía el niño enfadado.

–¿Por qué no se podía levantar, Hugo? ¿Es que estaba enferma?

–¡No! ¡Deja de preguntar tonterías! ¡Mi madre no podía levantarse porque dejaba a mi padre que le pegara! –soltó de golpe Hugo–. *Era una estúpida. Nunca le hacía caso. Si mi padre decía que a las ocho teníamos que estar María y yo bañados, cenados y en la cama, siempre nos acostaba a las ocho y diez. Si papá decía que tenía que ponerse la camisa azul, que le quedaba tan bien, ella nunca la tenía preparada, siempre estaba sin lavar o sin planchar. ¡Cómo no se iba a enfadar papá! ¡Siempre le desobedecía!*

Era evidente que Hugo tenía metida en la cabeza la idea de que su madre tenía la culpa de que le pegaran. Eso era muy peligroso. Al menos habían dado un gran paso, que era conseguir que el niño dijera lo que pensara. Habría sido todavía más peligroso no saber que

pensaba así.

–Hugo, cuando un hombre pega a una mujer, nunca es culpa de la mujer. La culpa siempre es del que agrede. ¿Papá te pegaba a ti o a María? –preguntaba directamente Bea.

Como otras veces, Hugo había decidido no contestar. Hasta ahora esa táctica había funcionado. Esa vez iba a ser distinta.

–Hugo –volvía a intentarlo ella–, *ya sé que estás enfadado con tu madre, algún día dejarás de estarlo. Lo que pasa es que si no contestas a mis preguntas, no podré ayudarte.*

Nada. Silencio.

–Sé que te va a doler lo que te voy a decir y no te pienso mentir, no eres ningún crío pequeño –le decía Bea tratándolo como a un adulto–. *Si yo no creo que estés preparado para irte con una familia, no te irás, pero sí lo hará tu hermana, y estaré obligada a separaros.*

–No lo harás –la desafiaba el niño.

–Sí, sí que lo haré. Sé que tú no quieres separarte de María, yo tampoco quiero que vayáis con dos familias distintas, no puedo pensar en lo que sería bueno para ti nada más. Tengo que pensar también en el bienestar de María, y si sigues así, creo que no estará bien mientras esté contigo.

–¿Qué… quieres… decir? ¿Tendremos padres distintos? ¿Ya no será mi hermana pequeña? No puede… no puede irse con otros papás sin mí. Yo… es mi hermana.

De pronto, se oía un grito seguido de unos violentos sollozos. Un llanto inconsolable se había apoderado de Hugo. Clara no estaba muy segura de lo que había hecho Bea, esta vez se había pasado, esto no iba a quedar así. ¡Hugo tenía siete años, por favor!

–Venga, colega, es bueno llorar. No te preocupes por tu hermana. Seguro que podrá seguir viviendo contigo vayáis a donde vayáis, solo tienes que colaborar un poco, ¿de acuerdo? María es y seguirá siendo tu hermana siempre, eso no puede cambiar. Tú tienes que ayudarla a que no sufra, ¿lo harás?

–Sí –susurraba débilmente Hugo.

–Bueno, chico, creo que por hoy ya hemos tenido bastante. Volveré mañana, y si quieres, dejaré que Clara esté presente. Piensa en tu hermana, te necesita mucho.

–Siempre lo hago –contestaba Hugo–, *siempre lo hago.*

Clara no podía contener las lágrimas. Lloraba por Hugo, por Roberto, por las niñas, por sus madres…Y lloraba por ella, por el miedo, por el cansancio, por la crueldad que veía a diario. Fue a la cocina a por un café. No se sentía con fuerzas de escuchar la conversación de Bea con Roberto hasta haber descansado un momento. Cuando se sintió más capaz, volvió para enfrentarse con la siguiente grabación. La conversación de Roberto y la psicóloga era poco interesante, hasta que una parte llamó su atención lo suficiente

como para volverla a poner:

–Ya sabes que en esta casa no estaréis siempre, solo hasta que Clara os encuentre una familia –le decía Bea.

–¿Y Clara?

–¿Qué pasa con Clara? –preguntaba ella con interés.

–Que también podríamos vivir con ella. Es muy buena, y Belén la quiere mucho…

–Sabes que no. Clara tiene que seguir ayudando a otros niños que tienen problemas como todos vosotros… –intentaba explicarle la psicóloga.

–Es que ninguno la quiere tanto como yo… –comenzaba a decir el niño.

–Da igual, colega, con Clara no puedes vivir. No te preocupes, que de eso ya hablará ella contigo, ¿vale? Además ella os encontrará la mejor familia que haya. Eso fijo.

–Si no me voy con Clara, no me voy con nadie –zanjaba Roberto.

Llegado a este punto, la conversación se tornó más anodina y Clara dejó de escuchar. ¡Era horrible! Cuánto habrían tenido que sufrir esos niños. Aún tendrían que trabajar mucho con ellos. A Hugo las circunstancias le habían convertido en un maltratador en potencia. Y Roberto pasaría su vida entera intentando sustituir a su madre muerta. Prefería pensar que aún estaba a tiempo de "arreglar" lo que habían intentado destruir los padres de esos niños.

Ahora necesitaba enfocar la forma de explicarle a la psicóloga lo poco que le gustaba la forma en que se dirigía a los niños. Se había pasado, Hugo solo tenía siete años. Estaba de acuerdo en que a los niños había que hablarles con franqueza y no mentirles nunca. Ella lo hacía. Pero la solución no era tratarles como a adultos, no lo eran. Aquellos niños se habían visto obligados a madurar demasiado deprisa, ya tendrían tiempo de ser adultos cuando les tocase. Esta vez se había pasado y tendría que volver a hablar con ella. Sabía que la respuesta de la psicóloga iba a ser negativa, desde que había hablado con ella se sentía vigilada y puesta a prueba, no por eso Clara iba a permitir que hiciera daño a los niños, por mucho que ella pensara que lo hacía por su bien.

Capítulo 12. Soledad

Una hora después, Clara se extrañó de que los policías no hubieran ido todavía a ver los dibujos. ¿Se habría dado cuenta Andrés de que era importante? "Les habrá surgido algún contratiempo –pensó–, dentro de un rato los llamaré a ver qué ocurre".

Mientras tanto, los dos policías entraban en el depósito de cadáveres. Cuando Andrés le contó a Ismael lo de la llamada de Clara y lo que urgía ver los dibujos de aquel niño, él le contestó que pasarían por el depósito de cadáveres de camino a la casa de acogida. Entonces Andrés le preguntó si es que el doctor Suárez había encontrado algo importante, y su compañero le contestó que no tenía ni idea, simplemente estaba de camino y así se interesaban por la evolución de las autopsias. Andrés no se lo podía creer… ¿iban a ir al depósito de cadáveres porque sí? ¿Sin que nadie los avisara de algo importante? No entendía en qué podía ayudar esa visita en el caso. Claro que, negarse a ir sería como confesarle a su compañero la fobia que sentía por aquellos lugares, así que simplemente tragó saliva y asintió. Al entrar, un familiar escalofrío le recorrió la espalda.

–Mierda –se revolvía incómodo Andrés–. Oye, que nos cuente rápido lo que sea y salimos, que tenemos que ir a ver lo que nos ha dicho Clara.

–¿Qué es lo que te corre más prisa, ver a Clara o salir de aquí? –preguntó Ismael con malicia.

–No sé de qué me hablas –contestó Andrés mientras frenaba en seco y le miraba fijamente a los ojos.

–Ya veo… Anda, vamos, que si la cosa se alarga te vas tú a hablar con Clara y ya iré yo después –dijo Ismael intentando mostrarse comprensivo–. ¡Hey!, ¿qué es eso de ahí? –preguntó Ismael al mismo tiempo que señalaba detrás de Andrés y ponía cara de pánico.

Andrés se dio la vuelta, tan deprisa, que casi se cae. Por supuesto, no había nada. Entonces se dio cuenta: había caído en la trampa. Miró a su compañero, a quien una malévola sonrisa acababa de adornarle la cara.

–Vale, lo admito. Odio los depósitos de cadáveres, ¿contento? –confesó Andrés–. Clara no te lo debería haber dicho.

–¿Clara? ¿Qué se lo habías contado a Clara y a mí no, que soy tu compañero? Muy bonito –dijo Ismael fingiendo estar muy molesto.

Andrés se quedó mirándolo a los ojos sin saber qué decir, y entonces Ismael rompió a reír. Andrés no pudo por menos que reír también.

–Anda, relájate, aprovecha que éste es un sitio tranquilo, silencioso,

en el que nadie se queja –decía Ismael guiñándole un ojo–. Tienes que disfrutar de las ventajas.

–Lo que tú quieras, pero salimos cuanto antes de aquí, ¿de acuerdo?

–Prometido –zanjó Ismael.

Atravesaron las puertas abatibles que daban a la sala de autopsias. Andrés comenzó a sentir un sudor frío que no pudo disimular.

–Hola, doctot Suárez, ¿alguna novedad?

–Alguna, sí –contestó el forense–. Madre mía, Molina, qué mal color tienes. He hecho autopsias a cadáveres con mejor pinta que tú.

–Muy gracioso, de verdad, muy gracioso –contestó Andrés mientras se secaba el sudor con un pañuelo de papel.

–Bueno, a ver, iré al grano. Las dos víctimas mostraban altos niveles de alcohol.

–Disculpe, doctor, ¿hablamos de los dos hombres o de sus mujeres? –interrumpió Andrés.

–No, no, de los hombres. De las mujeres ya os he enviado el informe completo. Lo tenéis en la comisaría.

–Ah, lo siento, es que no hemos pasado por allí todavía –se disculpó Ismael.

–Bien, como os estaba diciendo, los dos hombres tenían niveles elevados de alcohol. También una cantidad considerable de tranquilizantes –les dijo el doctor Suárez.

–Entonces... ¿la causa de la muerte no es...?

–La causa de la muerte es el impacto de bala en las dos víctimas. Encontré un proyectil en cada cráneo. Cualquiera de los dos es compatible con el casquillo encontrado cerca del cuerpo de Román Megías. Los técnicos están buscando en la base de datos a ver si encuentran la pistola desde la que se realizaron los disparos.

–Si no se ha usado para otro delito, no la encontrarán –dijo Andrés comiéndose una uña.

–Es cierto –añadió Ismael–, pero si, como pensamos, hay un asesinato anterior, con un poco de suerte la pistola habrá sido utilizada al menos en una ocasión.

–En eso tienes razón, esperemos que haya una coincidencia –dijo su compañero.

–Antes de que me olvide –les interrumpió el forense–, están comprobando el ADN en la ropa de las víctimas. Aún no tengo los resultados aunque creo saber de quién es cada cosa. Hay ropa de marca y ropa de mercadillo. Creo que con eso os digo todo; habéis sido muy observadores, os felicito.

–Me temo que el mérito no es nuestro –le explicó Andrés– sino de Clara, la asistente social. Se dio cuenta nada más ver las fotos.

–Pues tenéis suerte de contar con ella entonces –dijo el forense.

Andrés no podía estar más de acuerdo. Empezaba a caerle bien ese

larguirucho doctor huraño con cara de malas pulgas.

–Doctor –comenzó Andrés–, Clara piensa que el asesino es daltónico. Nosotros también barajamos la posibilidad de que vistiera mal a las víctimas porque tuviera prisa.

–Bueno, si he de ser sincero, no creo que fueran las prisas, ya que las víctimas estaban cuidadosamente vestidas. Tenían abrochados todos los botones, incluidos los de los puños, también los cinturones, y metidas las camisas por dentro de los pantalones. No, no creo en absoluto que el asesino tuviera prisa. Tal vez lo hiciera adrede para dejaros algún mensaje, pero los vistieron con calma, eso seguro. Lo del daltonismo… bueno, no es descartable, aunque no es algo que se pueda comprobar en un historial o en una base de datos.

–Ya lo sabemos, muchas gracias. Si encuentra cualquier otra cosa, avísenos –dijo Ismael–. Mientras, nosotros preguntaremos por el arma a los técnicos. Al menos para saber el modelo.

–Claro, claro –dijo volviéndose a sus cadáveres.

–Bien, nos vamos, cualquier cosa que pueda ser relevante…

–Lo que sí os puedo decir –le interrumpió el forense cuando estaban llegando a la puerta abatible– es que no tenían señales de haberse resistido. O bien les mataron primero y luego les cambiaron de ropa, o les convencieron de que se quitaran la ropa antes de dispararlos.

–¿Cómo se convence a alguien de que se quite la ropa para que lo maten? –preguntó con ironía mal disimulada Andrés.

–Eso os corresponde a vosotros averiguarlo, no a mí –respondió el doctor Suárez sin dar el menor signo de molestia ante el comentario del inspector–. Lo que me parece un dato muy significativo y que creo que os puede ayudar en la investigación es la gran cantidad de polvo que hemos encontrado en las dos víctimas. Creo que los tenía escondidos en algún sitio abandonado o algo similar, porque sobre todo el polvo lo hemos encontrado en el pelo y la piel, la ropa ha sido cepillada con posterioridad.

–Qué raro –dijo Ismael más para sí que para su compañero–. Cada vez entiendo menos la manera de pensar de este individuo.

–Gracias, doctor –se despidió Andrés mientras abandonaba por fin la sala de autopsias. Empezaba a ser urgente salir a la calle en busca de aire fresco.

Mientras se dirigían al coche, los dos inspectores se hacían preguntas sobre la importancia que podía tener lo del pelo lleno de polvo y que el asesino se tomase la molestia de cepillar la ropa de las víctimas, entonces recibieron una llamada urgente de los agentes que vigilaban la casa de Clara. Al comisario Gálvez le había parecido conveniente que alguien se apostara en su casa por si el que había pagado para robarle la mochila decidía buscar algo allí.

–¿Qué ocurre? –contestó rápidamente Ismael ante la atenta mirada

de su compañero.

–Inspector Zapico, una mujer de mediana edad intenta entrar en casa de la asistente social. Ha dado una vuelta completa mirando por las ventanas y ahora está hurgando en la cerradura –le explicó el policía.

–Detenedla de inmediato, vamos para allá –contestó Ismael mientras Andrés arrancaba el coche y salía disparado dejando la mitad de los neumáticos en el asfalto.

Tardaron menos de cinco minutos en llegar. Casi no le había dado tiempo a Andrés a aparcar cuando Ismael saltó del coche para ir a por la mujer; los dos agentes estaban con ella. En sus muñecas tenía puestas unas esposas, y en su cara, una mueca de asombro.

–Inspector Zapico, de Homicidios –dijo Ismael mientras le enseñaba la placa a la señora.

–Yo no he hecho nada, ¿qué pasa? ¿Por qué me detienen? ¡¿Ha dicho Homicidios?! ¿Le ha ocurrido algo a Clara? ¡Clara!

–No, tranquila, señora. Díganos quién es usted y exactamente qué está haciendo aquí –dijo Andrés mientras se unía al grupo.

–¿Yo? Me llamo Soledad Montero y venía a visitar a Clara –decía la mujer algo asustada.

–Ya, eso ya me lo han contado los agentes. Lo que queremos saber es por qué ha dado la vuelta entera a la casa fisgando y luego se ha puesto a hurgar en la cerradura –explicó Ismael.

–¿Qué por qué he hecho…? ¡No me lo puedo creer! ¡Pues muy fácil! Porque mi hija no me abría la puerta y he pensado que estaría trabajando, así que he sacado mi llave y me disponía a esperar dentro a que llegara –contestó la mujer con naturalidad.

–¿Su… hija? –dijo Andrés algo avergonzado–. ¿Es usted… la madre de Clara?

–Sí, lo soy. ¿Le ha pasado algo a mi niña? ¿Qué es todo esto?

–Disculpe, señora, ha sido una gran equivocación, lo sentimos mucho. Quítale las esposas, Agustín, por favor –dijo rápidamente Ismael a uno de los agentes que estaban allí–. No sabe cuánto lo lamentamos.

–No se preocupe por Clara, está bien, ahora mismo está en casa de una amiga. Si quiere la acompañamos para que la vea –intentó ser amable Andrés.

–¿Está en casa de Laura? –preguntó la mujer.

–Eh… sí, exacto –contestó Ismael–. ¿Cómo lo sabe?

–¿Cómo no lo voy a saber? Es mi hija, y sé en qué círculos se mueve. Seguro que tú eres Ismael –le dijo sacándole una sonrisa–, y tú el nuevo, ¿no? Aún no sé tu nombre.

–Andrés, señora, encantado de conocerla y disculpe el alboroto de antes.

–A mí podéis llamarme Sole, es como me llama todo el mundo.

–De verdad que lo siento, Sole.

–Nada, nada, tranquilos, ha sido muy emocionante. Cuando se lo cuente a Clara va a alucinar. Dice que tengo un don para meterme en líos, y al final va a tener razón.

A Andrés le cayó bien enseguida. Era una mujer muy agradable, simpática y alegre. Físicamente Clara no se le parecía mucho, la mujer tenía el pelo y la piel bastante claros. Sus ojos eran azules, pequeños y vivarachos, y al sonreír ningún hoyito adornaba sus mejillas. Su cuerpo era robusto y sus caderas anchas y generosas. Nada que ver con la piel bronceada y los ojos color miel de Clara. Sus gestos y sus expresiones sí le recordaban a ella. Se iban a llevar muy bien, seguro.

Acompañaron a la madre de Clara a casa de su amiga, era lo menos que podían hacer después de la confusión. Por el camino, Ismael llamó a la asistente social para contarle más o menos lo que había ocurrido. La joven salió a recibirlos en cuanto sintió el coche en la entrada. Se reía tanto que no podía andar totalmente derecha.

–Ven aquí, delincuente peligrosa –se burló–. ¿De qué lío hay que sacarte hoy? A ver, pagaré tu fianza.

La madre de Clara también reía hasta que reparó en el golpe que tenía su hija en la cara.

–¡Dios mío, hija! ¿Qué te ha pasado ahí? Y no digas que no es nada, que soy tu madre.

–¿Le habéis contado algo? –preguntó a los dos policías.

–No, pensábamos que preferirías contárselo tú –contestó diplomáticamente Andrés.

–Pasa, mamá, vamos a tomar un café y te cuento. ¿Vais a entrar vosotros o tenéis algo que hacer? –preguntó Clara dirigiéndose a los dos policías.

–Entramos. En realidad, veníamos hacia aquí cuando nos han llamado diciendo que una mujer de pinta "sospechosa" intentaba entrar por la fuerza en tu casa –le contó Andrés guiñándole el ojo al pasar a la madre de Clara.

A Sole se le escapó una risita, le caía bien ese chico. ¡Y qué ojos!

Los dos inspectores se quedaron en el estudio mirando los dibujos de los niños y escuchando las conversaciones que había grabado la psicóloga infantil. Mientras, Clara le contaba a su madre lo que podía: que estaban llevando una investigación en la que había implicados varios niños; que ella llevaba en su mochila toda la información para revisarla, y que se la habían intentado robar, así que la policía le había puesto protección y habían decidido vigilar su casa por si acaso.

–Ay, hija, ¿cómo no me has llamado? Yo habría venido enseguida y me habría quedado contigo en el hospital. Además, puedo quedarme una temporada en tu casa si así estás más tranquila.

–Mamá, no hace falta, de verdad. Anoche dormí en casa de Ismael. Esta noche supongo que también, no lo sé –dijo con un suspiro–. ¿Lo ves? Estoy bien protegida.

–Ya veo… eso sí que es un trato personalizado –ironizó su madre–. ¿No estoy yo también en peligro? Soy la madre de la agredida, ¿no? Seguro que también necesito protección. El padre de Ismael no será también policía por un casual, ¿no?

–¡Mamá! No seas mal pensada. Entre Ismael y yo no hay nada. Tenía que elegir entre ir a casa de uno u otro, y como yo no estaba en condiciones de decidir, eligieron ellos –contestó indignada–. A mí en realidad me gusta más…

–¡Ja! ¡Lo sabía! A ti te gusta el otro, el nuevo. Pero, hija, si a mí no hay quien me engañe –dijo divertida la madre de Clara–. Cuéntamelo todo.

–No hay nada que contar, así que no seas chismosa –la regañó ella–, como digas algo de esto te enteras, ¿de acuerdo?

–¿Algo de qué?–preguntó Andrés mientras entraba por la puerta–. ¿De qué estabais hablando?

–De nada en absoluto, ¿verdad, mamá? –dijo Clara roja como un tomate mirando a su madre a los ojos con furia.

–Nada, Andrés, cosas de madres e hijas –contestó Sole con una sonrisa; era evidente que aquella situación le agradaba bastante.

–Clara, cuando puedas necesito que vengas, hemos revisado el material y hay que contrastar opiniones. A ver si tú has llegado a las mismas conclusiones que nosotros.

–Vamos entonces. Mamá, Laura está arriba adecentando un poco las leoneras de los niños. Sube a echarle una mano, que yo iré cuando pueda.

–Por supuesto, ya subo. No sé cómo tiene tanta energía. Esta chica está hecha de otra pasta –añadió mientras salía a ayudar a Laura, pero fijó los ojos en los de su hija al pasar–. Tenemos una conversación pendiente, que no se te olvide.

Clara apretó los dientes para no contestar a su madre y esperó que Andrés no le preguntara de qué iba esa conversación que supuestamente había quedado aplazada. Era bastante mala actriz cuando mentía y no quería que se diera cuenta de lo turbada que estaba. Así que se apresuró a entrar en el estudio seguida de Andrés. Ismael seguía dando vueltas y vueltas a las grabaciones.

–¿Qué es lo que habéis encontrado? –preguntó mientras cogía una silla y se sentaba a un lado.

–Supongo que lo mismo que tú. Las grabaciones son bastante deprimentes. Las de los dos niños.

–Sí, desde luego –coincidió ella–. Yo tuve que hacer una pausa entre las dos conversaciones.

–¿Tú que piensas de la actitud de los niños en estas grabaciones? Porque da la sensación de que Hugo lleva una trayectoria peligrosa. Parece un maltratador en potencia, pero, claro, nosotros no sabemos de esto, solo da esa sensación. Y el otro niño parece estar sufriendo mucho, aunque aparentemente está mejor que su amigo –explicaba Ismael.

–Bien, no andas desencaminado –explicó ella acomodándose en la silla–. Hugo ha sufrido malos tratos, ha visto cómo maltrataban a su madre y a su hermana y ha asumido el papel de padre protector. Contaba con su madre para que le protegiera a él y le ha decepcionado. Se ha muerto y a él le toca asumir también su papel. Está furioso con ella, incluso más que con su padre. La labor de la psicóloga ahora mismo no solo es importante, es imprescindible para que Hugo no se convierta en un maltratador el día de mañana.

–¡Joder! –exclamó Andrés–. ¿Cómo puede pensar que su madre le ha abandonado?

–Andrés –intentó explicarle ella–, no puedes ver este caso desde tu experiencia de policía ni desde tu edad adulta. Intenta pensar como un niño de siete años. Lo único que protegía a Hugo de las palizas de su padre y de la vida en general era su madre. Y él cree que cuando su padre le pegaba tenía razón y la odiaba por permitirlo. Con su muerte todo es igual: en su mente su madre dejó que la mataran.

–Seguro que tienes razón, me cuesta mucho entenderlo.

–Es igual, Andrés. El caso es que ese niño necesita que alguien le haga comprender lo que sufrió su madre y lo que hizo por él y por su hermana. Aquí entra la labor de la psicóloga infantil.

–¿Lo conseguirá? Quiero decir, que si hay posibilidades de que ese niño vuelva a ser un niño normal de siete años –preguntó esperanzado Andrés.

–Bueno, tenemos que tener esperanza en que así sea. Cuanto más pequeños son los niños, más posibilidades hay de que lleven una vida normal el día de mañana. También depende mucho del carácter del niño. Yo diría que Hugo lo conseguirá. Ha logrado sacar la furia que lleva dentro y exteriorizar sus sentimientos relativamente pronto, y es una buena señal. Aún hay que trabajar mucho con él y, sobre todo, tener paciencia.

–Ya, pero me preocupa una cosa, Clara. La hermana está muy unida a él. No creo que sea conveniente separarlos. Como la psicóloga ha dicho… –empezó a decir Andrés.

–No, tranquilo –le cortó Clara–. No creo que Bea tenga ahora mismo ninguna intención de separar a los dos hermanos y yo tampoco. Me parece que era una manera de obligarle a reaccionar y, como veis, ha funcionado. A veces es necesario separar a los hermanos, siempre en casos muy concretos; lo normal es dejarlos juntos.

–Madre mía, era una jugada un tanto arriesgada –dijo Ismael.

–Sí, reconozco que yo misma aún no estoy muy segura de que haya actuado correctamente. Tengo que hablar con ella. La forma que ha tenido de obligar a Hugo a exteriorizar su pena para mí no ha sido la correcta. Es cierto que Hugo ha reaccionado llorando, le hacía mucha falta, aun así, me parece excesivo.

–Sí, a mí también me parece que debía haber esperado un poco a que el crío lo exteriorizara poco a poco. Le ha forzado quizá demasiado pronto –expuso Ismael.

–También es cierto que ha visto peligrar el vínculo que tiene con su hermana y eso le ha aterrorizado lo suficiente como para que reaccione. No sé… habrá que ver cómo está el niño ahora, que tampoco he tenido ocasión de comprobarlo.

–Espero que no la haya cagado con esto. Tendríamos que volver a empezar. ¿Y qué me dices del otro niño?

–¿De Roberto? Pues, lo creáis o no, eso va a ser un poco más complicado. Ahora me ha tocado a mí el papel de madre y le estoy decepcionando, igual que la suya. Además, es un niño extremadamente sensible e inseguro. No tiene para eso ninguna coraza que le proteja.

–Joder, a ver si hay suerte –pensó en voz alta Andrés.

–Por cierto, los dibujos del otro crío son increíbles. Ya hemos visto lo del hombre del traje. Tiene que ser el asesino, tenemos que tener los ojos bien abiertos –le pidió Ismael–. Hablaré ahora con el agente que se encarga de los retratos robot, a ver si puede conseguir algo.

–La psicóloga dice en su informe que podría ser el padre del niño, yo no lo creo. Puede que no haya visto el dibujo del padre con un hombre de traje en el salón de su casa, porque en ese dibujo se ve claramente que son dos hombres distintos –dijo Andrés.

–Sí –coincidió Clara–, creo que la psicóloga hizo el informe ayer basándose en los dibujos que ha hecho con ellos aquí y sin revisar el bloc. Tengo que comentárselo para que lo anote.

–Eso queda en tus manos –añadió Ismael.

–Hablaré con Bea a ver si en las próximas sesiones le puede sacar algo a Hugo sobre ese hombre misterioso –les dijo ella–. Ya lo habéis leído. Lo pinta de manera destacada entre el resto y le resalta los dientes. Para él es el más importante, y además le da miedo. Me parece muy significativo, quiere decir que lo conoce. No que tenga relación con él, pero sí que es habitual que forme parte de su vida.

–Lo vamos a pillar, ¿vale? Algún día todas estas piezas encajarán y estaremos nosotros ahí, poniendo la última, te lo prometo –le dijo Andrés para animarla.

Clara sonrió a Andrés, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos. Empezaba a dudar. Tenían al asesino en los dibujos de Hugo, en ellos

era absolutamente real. Allí tenían su descripción, su forma de vestir… En la realidad parecía no existir, no dejaba huellas y nadie lo veía. Mientras sus pensamientos se perdían pensando en aquel hombre, se oyeron unos golpes en la puerta.

–Clara, ¿puedo pasar? –preguntó su madre.

–Ya voy yo, mamá –contestó ella.

–Nosotros nos vamos a la comisaría, a ver si adelantamos un poco de papeleo. Tenemos que revisar las autopsias –le dijo Andrés–. Por cierto, envíame al correo electrónico esos últimos dibujos a ver si alguno de los investigadores saca algo más de ellos.

–Luego nos vemos –se despidió Ismael.

–Hasta luego –contestó mientras subía a echar una mano a su madre y a Laura.

Tras despedirse, el único pensamiento de Clara fue dónde dormiría esa noche.

Capítulo 13. Algo inesperado

El lunes por la tarde, tras un fin de semana laborioso, Andrés e Ismael realizaban un informe con lo que habían averiguado hasta el momento. Ismael se encargaba de exponer todo lo que tuviera que ver con los cadáveres, Andrés de los niños. Era una labor tediosa en la que llevaban al menos dos horas, y aún les quedaba una eternidad.

–¡Uf! –se quejó Andrés–, necesito un café. ¿Quieres uno?

–Creo que sí, se me han cerrado los ojos tres veces. Y estaba empezando a poner tonterías en el informe –le respondió su compañero.

–Voy a por uno, ¿cómo lo quieres?

–Con leche y sin azúcar –respondió Ismael.

–¿Sin azúcar? –preguntó Andrés con una mueca de asco–. Yo sería incapaz de tomármelo así.

–No soy muy goloso –le explicó Ismael a su compañero–. Tú… bueno, con tus caramelos de menta, ya me imagino que un poco más que yo…

–¿Mis caramelos? –se asombró llevándose la mano al bolsillo de manera inconsciente–. ¡Ja, ja, ja! Me has pillado, me los como de manera inconsciente, es una manía. Bueno, con leche y sin azúcar, voy.

Cuando Andrés iba a salir del despacho, entró el comisario Gálvez sin llamar. Era evidente que algo grave había ocurrido, si no, se habría limitado a llamarles para que fueran a su despacho, que para eso era el jefe.

–Zapico, Molina, a mi despacho, es urgente, ha vuelto a ocurrir.

–¿El qué? –preguntó Ismael mientras sentía cómo se le erizaba el pelo de la nuca.

–Hemos recibido una llamada de un hombre que decía que sus nietos estaban solos y llorando en su casa y que él no podía entrar. Hemos mandado para allá un efectivo y al entrar se han encontrado a una mujer muerta en el suelo y a un niño de unos siete años abrazando a una niña pequeña. ¿Os suena?

–¡Mierda! ¡No es posible! –exclamó consternado Ismael.

–Joder… ¿lo sabe Clara? –preguntó de pronto su compañero.

–No, no quiero que le digáis nada hasta que vayáis vosotros y los del laboratorio –les ordenó–, después mandaré un coche a buscarla para que la lleve hacia el escenario del crimen.

–No me lo puedo creer –dijo Andrés como única respuesta.

–¿Malos tratos? –preguntó Ismael.

–Aún no sabemos la identidad de la víctima. Cuando la comprobemos, sabremos al menos si el marido había sido denunciado anteriormente por malos tratos –les explicó el comisario–. Por ahora lo más urgente es que vayáis y recopiléis cualquier dato que nos pueda servir. No podemos dejar que esto vuelva a ocurrir, hay que ponerse

las pilas.

–Vamos para allá, jefe. ¿La Científica ya está allí? –preguntó Ismael a la vez que cogía su chaqueta.

–No lo sé, están avisados, pero estaban ocupados y puede que lleguen más tarde que vosotros, así que ya sabéis, no toquéis nada.

–No, claro que no –respondió Andrés un tanto contrariado; le parecía poco apropiado que el comisario les dijera algo tan obvio como aquello.

–Quería decir que intentéis que los agentes que están allí, los niños y el abuelo no toquen nada. Que os ocupéis de ello, vaya –dijo entonces el comisario, quien había observado la cara de los dos inspectores ante la orden anterior–. Si necesitáis ayuda para la investigación, os proporcionaré a alguien más. No estamos sobrados de personal precisamente, pero este caso tiene que ser prioritario.

–En cuanto sepamos algo le llamamos –dijo Andrés a modo de despedida mientras se dirigía tras su compañero a la salida.

Le gustaba aquel muchacho, tenía posibilidades. El último compañero de Ismael no aguantó la presión de pertenecer a Homicidios. Acabó dejando la policía tras varios periodos de baja por depresión. Ahora trabajaba como guardia de seguridad de una empresa privada. Mientras, cursaba estudios de Derecho. Era evidente que lo de ser policía de Homicidios no era lo suyo. Había que estar hecho de una pasta especial para soportar la maldad del ser humano en su estado puro.

Con Ismael, sin embargo, tenía mucha suerte. Una de sus mejores cualidades era el instinto; otra, la paciencia. Las cualidades de Andrés aún estaban por determinar. Parecía que aquella pareja de inspectores iba a funcionar. Bueno, por muy cruel que pareciera pensarlo, este caso serviría para ponerles a prueba como compañeros.

Por su parte, Ismael y Andrés se preparaban mentalmente para lo que iban a ver, al llegar allí no les sirvió de nada. Era la tercera escena similar que presenciaban en pocos días y, por muy parecidas que fueran, siempre eran distintas. Eran dos niños más que sufrían y otra pobre mujer golpeada y asesinada. Una desgracia similar en un escenario diferente.

El espectáculo era dantesco, como si de una broma de mal gusto se tratase. Exactamente igual que los anteriores. Se encontraban en una casa adosada en las afueras, en una urbanización de lujo. La casa era grande, muy cuidada, totalmente llena de detalles. El pequeño jardín delantero lo decoraban un columpio y un tobogán. Dos bicicletas permanecían apoyadas contra la verja. Las flores de la entrada se empezaban a marchitar, pero aparecían cuidadas y regadas.

Dentro, una nueva pesadilla. Los dos niños permanecían abrazados a su abuelo, en un sofá delante de la televisión. El abuelo, en un

intento de que se tranquilizaran, puso en la tele unos dibujos animados que hablaban y saltaban sin que ningún público les hiciera caso. El niño permanecía con la mirada perdida y la niña se abrazaba fuerte a él. En el centro del salón, una mujer joven descansaba en la misma postura extraña y que tan bien conocían. Su cabeza reposaba sobre un gran charco de sangre. Al igual que las otras dos mujeres, mostraba golpes y cortes por todas partes. Había recibido una paliza brutal. Ismael comprobó que los técnicos ya trabajaban en el escenario, lo cual era una ayuda, porque así podía despreocuparse de andar pendiente de que los demás no tocasen nada. Indicó a uno de los técnicos que girase un poco el cadáver para ver el cuello y enseguida comprobó que el corte en la zona era exactamente igual que el de las otras dos mujeres y que de ahí había manado aquella sangre. ¡Menudo hijo de puta! Había que cogerle ya. Mientras tanto, su compañero se encaminó al sofá para hablar con los niños y el anciano que permanecía a su lado.

–Hola, ¿cómo te llamas? –preguntó Andrés al niño echando de menos a Clara de inmediato–. Yo me llamo Andrés.

–No sé si conseguirá sacarle algo, yo aún no he logrado que diga nada – le dijo el abuelo muy consternado–. Le hablo y ni siquiera parece oírme.

–Ya, bueno, esperaremos a la asistente social que se encarga de estas cosas. Soy el inspector Molina –dijo dirigiéndose al abuelo–. Mi compañero es el inspector Ismael Zapico, estamos a cargo de la investigación. ¿Es usted el padre de la víctima?

–No. Se llama Elsa. Perdón… se llamaba –dijo el hombre echándose a llorar.

Al ver llorar a su abuelo, los niños se alarmaron. El niño puso cara de pánico y la niña se abrazó a él más fuerte y comenzó a llorar casi de inmediato. El abuelo, entonces, intentó respirar hondo y mantenerse en calma, por los niños. Cuando lo consiguió, más o menos, los niños comenzaron a relajarse un poco. El pobre hombre parecía a punto de desmayarse, su cara llena de arrugas aparecía descompuesta y una capa de sudor le cubría la frente. Tragaba ruidosamente con bastante frecuencia.

–Disculpe, es que… bueno, no me hago a la idea – dijo el abuelo.

–Me hago cargo, tranquilo –contestó comprensivamente Andrés.

–Es… perdón… era mi nuera, Elsa. Tenía treinta y dos años. Mi hijo no me coge el teléfono. No sé dónde está. ¿Cómo le avisaré de lo que ha pasado? Es horrible, no sé cómo explicárselo.

En aquel momento, Ismael se acercó a ellos. Ya había recogido la información que necesitaba. Había hecho un par de fotos del salón, de los niños y de la herida en la nuca y la postura de la mujer. Se la veía tan joven... al contrario que a Ismael, quien parecía haber envejecido

diez años en los últimos días.

–Voy a llamar al comisario para que mande un coche a buscar a Clara –dijo Ismael dirigiéndose a Andrés–. Así, de paso, le explico lo que hay.

–Sí, va a hacer falta que venga enseguida –contestó él señalando al niño–. Ismael, éste es el abuelo de los niños por parte de padre.

–Ya –dijo Ismael lanzándole una elocuente mirada a su compañero–. Le acompaño en el sentimiento, señor…

–Me llamo Emilio –contestó el abuelo.

–Disculpe que le haga unas preguntas, Emilio, ya sé que en estos momentos lo último que le apetece es hablar con nosotros, pero es importante –le pidió Ismael lo más amablemente que pudo.

–Dígame –respondió él.

–En primer lugar… ¿sabe si han movido los muebles del salón?

–Sí, sí, no entiendo el porqué. Alguien se cuela aquí y mata a mi nuera y encima se entretiene en cambiar la decoración. No entiendo nada… ¿es importante?

–Podría serlo. Otra cosa, ¿sabe si su nuera tenía algún enemigo?

–¿Elsa? No, qué va. Es imposible.

–Por último… –decidió Ismael al ver al hombre sudoroso y agitado, parecía no estar muy bien–. ¿Sabe si falta algo?

–¿Se refiere a si han robado algo? No he mirado nada, no tengo ni idea, solo aquel cuadro de allí –dijo el hombre señalando a la pared del fondo– vale varios miles de euros.

–Ya entiendo –respondió Ismael.

–Esto es horrible –se quejó de repente el anciano–. No me atrevo a llamar a mi mujer. El padre de Elsa vive a doscientos kilómetros de aquí, en una residencia de ancianos. Tiene alzhéimer, así que no sé si ni siquiera entenderá lo que ha pasado. Mi mujer y yo vivimos muy cerca, en esta misma urbanización. Todos los días recojo a los niños del colegio y los traigo a su casa a comer. Hoy, cuando llegué a recoger a Nico y a Carolina, me dijeron en el colegio que no habían ido, que estarían enfermos. Me pareció rarísimo que mi nuera no nos llamara para decírnoslo y vine inmediatamente para acá. Cuando llamé al timbre, esperé y nadie me abrió. Entonces los oí llorar y supe que algo pasaba.

–¿Llamó a la policía en cuanto entró y vio a su nuera…?

–No, primero fui a casa a por las llaves, normalmente las llevo, hoy no. Corrí para cogerlas a la vez que llamaba a la policía. Volví en menos de cinco minutos, ellos llegaron justo después. Y… me encontré con esto. Mis niños lloraban, Elsa estaba muerta, era evidente, y yo solo quería abrazarlos y salir de aquí, un agente me explicó que sería mejor que nos quedáramos aquí para la investigación posterior. Yo… yo… –comenzó a decir mientras las lágrimas volvían a sus ojos, se

recompuso de inmediato para que los niños no se dieran cuenta.

–Bien, voy a llamar al comisario. Andrés, mira a ver qué necesitan –dijo Ismael señalando a los niños y al abuelo–. Espero que Clara venga cuanto antes.

–Está usted muy pálido, señor, ¿quiere que le traiga un poco de agua? No tiene muy buena cara.

–Es que padezco del corazón. Esto ha sido una impresión muy fuerte –explicó el hombre–, no se preocupe, estoy bien.

–De todos modos, están aquí los del 112, voy a preguntarle al médico si le puede echar un vistazo –concluyó el inspector.

–No se preocupe, de verdad, estoy bien, ha sido la impresión.

–Aun así, preferiría que le viera un médico –zanjó Andrés, solo faltaba que aquel hombre sufriera un ataque allí mismo.

El abuelo de los niños seguía sudoroso y demasiado pálido. No podía dejar que le pasara nada. Ahora mismo los niños lo necesitaban, y mucho. Además aún le faltaba recibir la peor noticia, porque a Andrés no le cabía la menor duda de que el hijo de aquel anciano aparecería muerto poco después. Así que fue en busca del médico y le explicó lo que ocurría. Inmediatamente se acercó a examinar al hombre.

–Es un infarto. Póngase esta pastilla debajo de la lengua y deje que se disuelva. ¡Fran! Trae el oxígeno y prepara la camilla, lo llevamos al hospital. Cógele una vía –exclamó el médico dirigiéndose a otro sanitario que había venido con él.

–No, no puedo ir. Mis nietos. No puedo dejarlos aquí, ¿no lo entiende?

–No se preocupe, señor. Dígame en qué casa viven usted y su mujer e iré a buscarla. Intentaré contarle todo como pueda. Usted necesita cuidados inmediatos –le dijo Andrés con decisión–. No querrá dejar a sus nietos sin madre y sin abuelo el mismo día, ¿no?

–No, claro que no. Es usted de lo más convincente. Es que… mis niños…

–Estarán bien. Una asistente social viene para acá…

–¡¿Asistente social?! No, no, de eso nada. Mis nietos tienen con quién quedarse. No les hace falta ningún asistente social, ¿sabe?

–Tranquilo, señor, que no se los va a quitar nadie. Viene para echarles una mano –explicó Andrés rápidamente–. Está acostumbrada a tratar con niños que han pasado por trances similares. No se preocupe y no la considere una amenaza, que no lo es. Ya lo verá.

Ya más tranquilo, el abuelo le dio la dirección en la que podía encontrar a su esposa. Andrés se quedó con los niños mientras llevaban a su abuelo al hospital. Ismael fue quien se encargó de hablar con la mujer, mientras Andrés esperaba a Clara. Los pequeños no entendían por qué su abuelo iba en una camilla y un tubo le colgaba

de un brazo mientras una mascarilla ocultaba su cara. La niña comenzó a gritar y el pequeño la abrazó. Andrés intentó calmarlos mientras se maldecía por no haber pasado a por Clara antes de acercarse al escenario. Él no estaba acostumbrado a tratar con niños. Poco a poco los pequeños se fueron calmando. El niño no paraba de acariciar el pelo de su hermana.

–Andrés, intenta que no vayan a la zona donde está la madre –le dijo Ismael–. Aún no me los puedo llevar. Los técnicos tienen que sacar huellas y prefiero que sea Clara quien se ocupe de ellos mientras informo a la abuela de lo ocurrido.

–No te preocupes. Intentaré entenderme con ellos –contestó Andrés.

Ismael lo miró un segundo. Parecía que el llanto había remitido y los pequeños se entretenían otra vez mirando a la tele, así que se dio media vuelta y se marchó.

Veinte minutos después, un coche patrulla aparcaba delante de la casa. De él se apeó una apesadumbrada Clara. Al verla, Andrés supo que el comisario le había explicado todo. Al menos lo imprescindible para que supiera a lo que venía. Cuando se acercó a él, Andrés pudo ver en su rostro el leve rastro de unas lágrimas. Sintió la imperiosa necesidad de estrecharla entre sus brazos, pero sacó fuerzas de donde pudo y se contuvo. Clara, por su parte, hubiera preferido que la abrazara, aunque nunca lo admitiría.

–Dios mío, Andrés, seis niños. Esto es demasiado. Ningún niño merece ver morir a su madre, y menos así. La habrá golpeado el padre, ¿no? Y habrá que seguir buscando al del traje. ¿No te da la sensación de que se nos escapa de las manos? –preguntó con la voz quebrada.

–Constantemente, Clara. En mi trabajo, como supongo que en el tuyo, vemos esta clase de horror a todas horas. Padres que matan a sus hijos, hijos que matan a sus padres, hermanos que se matan entre sí… No podemos evitar todos los crímenes, me gustaría pensar que, si no es por nosotros, se cometerían muchísimos más, y que encerrar a los asesinos salva muchas vidas. Si no tengo esperanza en eso, más vale que deje esta profesión y me haga… no sé, ¿jardinero?

–Vale, me has convencido, somos útiles. Voy a hablar con los niños –le dijo Clara intentando esbozar una sonrisa.

–De acuerdo. Yo estaré allí… cuidando los geranios –contestó guiñándole un ojo.

Clara se acercó a los niños. El niño parecía perdido en su propio mundo. Ni siquiera la miró. Tenía el pelo alborotado y la cara llena de manchas, al igual que su camiseta, que había sufrido daños irreversibles. Sus ojos marrones, grandes, con el rastro sin borrar de varias lágrimas vertidas en esos días. Las manos descansaban a los lados de su cuerpo y tan sucias como el resto. El contraste con aquella

casa impoluta era chocante. Ni siquiera se inmutó cuando Clara se sentó a su lado. Posiblemente se encontraba en shock. Un médico debería haberlo examinado. La niña lloraba y se sorbía los mocos o se los limpiaba en la manga. Era una fotocopia de su hermano, con el pelo más largo. Menuda y frágil como un pequeño gorrión.

–Hola, chicos, me llamo Clara. ¿Y vosotros?

No contestaron. La niña miró a su hermano para ver si había que hablar o no, como él no dijo nada, ella tampoco.

–¿Sabes lo que ha pasado aquí? –preguntó al niño poniéndose en la dirección de su mirada para que la tuviera que ver a la fuerza–. ¿Puedes mirarme y decirme si sabes qué es lo que ha pasado?

El niño cerró los ojos para no enfrentarse a la mirada de Clara y siguió sin decir una palabra. Si cerraba los ojos para no mirarla, se podía descartar que estuviera en shock, lo cual era un gran alivio. Debía encontrar la manera de que el niño hablara con ella.

–Andrés –llamó Clara–, creo que este niño necesita ayuda.

–¿Qué le pasa? –dijo Andrés acercándose de inmediato–. ¿Está enfermo?

–Sí –contestó dándose la vuelta para quitarse de la vista del niño–, creo que tiene que ir al hospital, es muy urgente además.

–¿Llamo a otra ambulancia? ¿Está herido? Los del 112 se han llevado al abuelo, si hay que avisar de que envíen otra…

–No, no está herido, creo que está en shock –dijo Clara mientras le hacía una seña para que le siguiera el juego–. Creo que tendrán que ingresarle y ponerle unos tubos para darle los medicamentos y la comida. Una sonda de esas que te meten por la nariz y te duele un montón cuando te la ponen, ya sabes.

–Ah, ya sé cuáles dices –continuó Andrés, aunque no sabía adónde quería llegar la asistente social–. De esas que van directamente al estómago. Pero... tendrán que pincharle varias veces también, ¿no? Pobrecillo, qué mal lo va a pasar.

–Ya, es que es necesario. ¿No ves que está enfermo y por eso no es capaz de oír, ni de pensar, ni de hablar? –explicó ella mirando al niño por el rabillo del ojo.

–¡No estoy enfermo! –exclamó el niño muy enfadado–. No te contestaba porque él me dijo que no hablara con nadie.

"¡Ha funcionado! –pensó Clara–. A ver si consigo algo más".

–¿Quién te dijo que no hablaras conmigo? Aquí no hay nadie. ¿Te lo dijo papá? –se arriesgó.

–No –contestó el niño–, papá lo que me dijo es que mamá estaba dormida y que iba a estar así mucho tiempo. Pero es mentira. Cuando duermes no te sale sangre. Y cuando es de día te despiertas. Yo le he puesto el despertador y nada. Así que no creo que esté dormida.

Y acercándose al oído de Clara añadió:

–Está muerta, no se lo digas a Cárol que, si no, le va a dar miedo. Es muy miedica.

–¿Y tú cómo te llamas? –preguntó Clara.

–Me llamo Nico, tengo siete años y mi madre está muerta.

Clara notó cómo la sangre abandonaba su cabeza y se sintió mareada, así que se sentó rápidamente en el suelo. Andrés se colocó a su lado, asustado. Había presenciado la escena. Era demasiado. No podía ser casualidad que los niños pronunciaran exactamente las mismas palabras; las apuntó mentalmente. En ese momento sonó su móvil, era Ismael.

–Hola, voy para la casa. La abuela está aquí, bastante afectada e insiste en que le llevemos a los niños. ¿Ha llegado Clara?

–Sí, está aquí, hablando con ellos.

–Genial, ¿ha conseguido algo importante? –preguntó interesado Ismael.

–Sí, la verdad. Mejor te lo cuento cuando vengas.

–Vale. Oye, dile a Clara que coja un par de cosas de los niños. Sus tíos van a venir a buscarlos. La abuela va a ir al hospital a ver cómo está su marido.

–De acuerdo, hasta ahora –terminó diciendo Andrés.

–¿Qué te ha dicho? –preguntó Clara mirándole a los ojos–. ¿Sabes si hay alguien que pueda hacerse cargo de ellos?

–Sí, sí, los niños tienen familia. Sus abuelos viven unas casas más allá. El abuelo es quien ha dado la voz de alarma y cuando hemos llegado nosotros, le han tenido que atender. El pobre ha sufrido un infarto, ya está en el hospital. Ismael ha ido a hablar con la abuela para explicarle lo que ha ocurrido y, aunque se va a ir al hospital a ver cómo está su marido, los tíos de los niños vienen para acá y se encargarán de ellos.

–Menos mal –suspiró Clara–. Al menos estos niños tienen familia. No lo digo solo por ellos, la verdad, no creo que Laura y Julián pudieran atender a dos niños más.

–Lo entiendo, hay otras casas de acogida en las que seguro que los atenderían igual de bien, Clara, aunque sean tus amigos…

–Sí, por supuesto, pero si tengo que ir encima de una casa a otra….

–Claro, no me daba cuenta de eso. Bueno, me ha dicho Ismael que les prepares unas mochilas a los niños para que estén listos cuando los recojan sus tíos –zanjó Andrés.

–Ah bien. Si no te importa avisa a los de la Científica para que examinen a los niños cuanto antes y así poder llevármelos de aquí –le pidió Clara.

–Voy –respondió él dándose la vuelta para dirigirse a uno de los técnicos que hacían fotos a unos muebles que aparecían volcados.

Un par de minutos después un hombre de mediana edad, de cara

amable y ojos alegres, se acercaba a los niños para tomar todas las fotos y muestras necesarias.

–¿Es usted la asistente social? –preguntó.

–Sí –respondió Clara.

–Necesito la ropa de los niños y hacerles algunas fotos más. ¿Podemos ir a otro sitio para que les podamos poner otra ropa?

–Claro, a ver, Nico, ¿me enseñas dónde está tu habitación?

–¿Para qué lo quieres saber? –preguntó desconfiado el niño.

–Vamos a preparar una mochila con vuestras cosas. Vais a pasar unos días en casa de vuestros tíos –les explicó Clara.

–¡Genial! ¡Tienen piscina! –contestó el niño sonriendo–. ¿Y este señor para qué viene?

–Os vamos a sacar unas fotos –respondió el hombre intentando sonreír al pequeño.

–¿Y para qué quieres más fotos? Me has hecho un montón ahora mismo.

–Bueno, te las tengo que hacer sin ropa –respondió él–. Me lo manda mi jefe –dijo en un susurro mientras señalaba a otro policía que daba instrucciones a los demás.

–Ah –respondió Nico con cara de complicidad–. Y si no nos las haces te regaña, ¿no?

–Más o menos –respondió el hombre dedicándole una caricia al pequeño. Clara sonrió pese a la crueldad del momento.

La joven cogió a los niños de la mano y dejó que Nico los llevase hacia su habitación. El pequeño, por un momento, había olvidado por qué iba a ir a casa de sus tíos. Al pasar hacia la escalera recordó que su madre estaba allí.

–No podemos irnos, no podemos dejar ahí a mamá. ¿Y si se despierta y no nos ve? ¿Y si no está muerta, Clara? A lo mejor no ha oído bien el despertador –dijo el niño muy deprisa.

–Nico, mírame, sabes lo que ha pasado: mamá no va a despertar. Tenéis que iros unos días con tus tíos. Después, cuando tu abuelito esté mejor, te irás con él.

–Sí, porque papá no volverá, me lo dijo antes de marcharse. No te preocupes, Carolina, yo cuidaré de ti –dijo girándose hacia su hermana–. Papá me dijo que se tenía que ir para siempre, y que yo era el hombre de la casa y que lo iba a hacer muy bien. Estaba llorando, me dijo que le picaban los ojos, nada más.

El técnico y Clara se miraron un momento. El hombre negó con la cabeza a la vez que tensaba su mandíbula. Ella no pudo más que respirar hondo para coger aire, parecía que le costaba llenar sus pulmones. Subió detrás de Nico y entró en su habitación.

Después de que el policía les hiciera varias fotos, en las que Clara pudo constatar, con alivio, que aquellos niños no habían sufrido malos

tratos, se dispuso a recoger cuanto podían necesitar. Nico metió en su mochila un cuaderno empezado. Decía que le gustaba mucho escribir, y que, como no se le daba muy bien, tenía que entrenar. Carolina metió un conejito de peluche que usaba para dormir e insistió en llevarse un cochecito con un Nenuco dentro y varios vestiditos. Clara no tuvo nada que objetar. Si a sus tíos no les parecía bien, que se lo dijeran ellos. Al bajar la escalera se toparon con Ismael, al que ya había puesto Andrés al día; parecía preocupado.

–Hola, niños, os vamos a acercar a casa de vuestros abuelos. Vuestros tíos os recogerán allí –les explicó Ismael–. ¿Alguien quiere ir en el coche patrulla con la luz puesta?

–¡Yo, yo! –dijeron los dos al unísono.

–Pues, venga, vamos rápido, que si no los agentes se tienen que marchar –les apremió Andrés.

–¿Cómo estás, Clara? –preguntó preocupado Ismael–. Ya me ha contado Andrés, las mismas palabras, ¿qué significará eso?

–No lo sé. El padre se despidió de él antes de marcharse y, según el niño, estaba llorando. También me ha dicho que un hombre le hizo prometer que no hablaría con nadie, así que habrá que enterarse de si es el del traje o no. Esto nos puede dar una pista fiable de si el hombre del traje ha estado en las tres casas o, por el contrario, son los padres los que han matado a sus mujeres.

–Puede que tengas razón. Si es así, comienza a haber alguna grieta en el proceder del asesino. Ahora hay que doblar nuestras fuerzas.

–Esta vez creo que es diferente –musitó Clara.

–¿A qué te refieres? –preguntó el policía arqueando las cejas–. A ver, niño de siete; niña de dos; madre muerta en la misma postura; no me he fijado aún, pero apostaría a que cambió los muebles de sitio…

–Sí, sí, todo eso es igual, pero hay algo diferente –asintió ella.

–Bueno, el niño al menos ha dicho que habló con otro hombre.

–Además, el niño es muy comunicativo –añadió Clara.

–Parece mentira por cómo estaba cuando llegamos.

–Bueno, sí –coincidió Clara–, era su manera de no hablar con nosotros, se lo había pedido él. Lo que me parece diferente es que yo creo que el padre de estos niños es una víctima más.

–Aún tenemos que comprobar sus historiales médicos y delictivos.

–Ya lo sé, Andrés, solo digo que me da la sensación de que estos niños no han recibido malos tratos jamás. No tienen moratones, hablan de su padre como cualquier niño normal, es su ídolo.

–No sé, puede que tengas razón. Me cuesta creerlo al mirar a la mujer. De todos modos, deberías hablar con la psicóloga, creo que es prioritario que hable con estos niños, incluso si tiene que dejar de hablar con los otros. Creo que este último caso nos ayudará a avanzar mucho más.

–Estoy de acuerdo. No te preocupes, hablaré con ellos cuanto antes –concluyó Clara.

Para sus adentros pensó si no sería demasiado para Bea tener que hablar con dos niños más. A lo mejor tenían que pedir algo de ayuda. Primero se lo preguntaría a ella, aunque, conociéndola, sabía perfectamente la respuesta.

Capítulo 14. El test de la familia

En la casa de acogida, Sole esperaba a su hija e intentaba que Laura le contara de qué iba el caso que estaban llevando. Laura ni siquiera le filtraba a Julián nada sin haberlo consultado antes con su amiga, así que ya podía seguir "torturándola", que no le sacaría nada.

–Laura, por favor, comprende que estoy preocupada por Clara. La han atacado para conseguir pruebas del caso. Da que pensar, ¿eh? Necesito saber algo.

–Pregúntale a ella, que lo que quiera que sepas lo sabrás –contestaba Laura.

–No es justo, yo soy su madre –decía indignada Sole.

–Pobre madre abnegada, que no consigue enterarse de un caso policial del que su hija no está autorizada a hablar –bromeó Laura–. ¡Pobrecilla! ¡Cría cuervos…!

–No te burles de mí, no quiero ser cotilla ni nada de eso, de verdad que solo quiero ser una buena madre –prometió Sole.

–Habla con ella, que ella decida lo que tienes que saber y lo que no –dijo dando por zanjada la conversación.

A la hora de comer apareció Clara pálida y de muy mal humor, así que Laura decidió retirarse silenciosamente. La asistente social pidió a su madre que se fuera a su casa para poder seguir con su trabajo tranquila, aunque sabía que eso acarrearía problemas. Cuando tenía un caso así prefería no tener a nadie al lado a quien dar explicaciones, ni siquiera a su madre, a la que adoraba y menos de algo de lo que no podía hablar.

–Hija, no lo dirás en serio... no te creerás que, después de lo que te ha pasado me voy a ir a casa y te voy a dejar así, ¿no? Ni en broma.

–Pues, sí, mamá. Este caso es muy complicado y prefiero estar sola. No te preocupes, que entre Ismael y Andrés me tendrán bien protegida.

–De eso no me cabe la menor duda. De todos modos yo estaría más tranquila si me dejaras quedarme contigo un par de días.

–Mamá, de verdad, no te lo tomes a mal, es que prefiero dedicarme al caso, no es otra cosa.

–Entonces, ¿es un caso muy difícil…?

–¡Mamá, no empieces! Sabes que no lo soporto. No te voy a decir nada de nada, así que, por favor, no me preguntes.

–Vale, hija, no te pongas así, intentaba ayudarte –contestó ella un poco indignada–. Hay que ver, qué mal genio tienes a veces.

–Ya sé que te preocupas por mí, de verdad que estaré bien. Vete

tranquila.

–De acuerdo. Prométeme que si necesitas algo me llamarás enseguida –le pidió su madre.

–Claro que sí, mamá, te lo prometo –terminó diciendo Clara.

Sole se marchó refunfuñando y, aunque le decía a su hija que no pasaba nada, su cara decía todo lo contrario: estaba furiosa. En cuanto se marchó, Clara se dispuso a ordenar un poco los archivos de su ordenador para enviárselos a Bea, quien no le cogía el teléfono. Esperaba que al menos leyera el correo. Aquello empezaba a írsele de las manos. Laura llamó a la puerta y entró; llevaba en la mano una bandeja pequeña con un café y unas galletas.

–Al menos come algo, este caso está acabando contigo.

–Laura…

–Dime –contestó su amiga mirándola a los ojos. Sabía que tenía que haber ocurrido algo grave para que Clara saliera por la mañana de esa forma y un coche patrulla la recogiera tan deprisa, jamás le preguntaría.

–Nada…

–Sabes que no tienes que contarme nada si no puedes.

–La verdad –comenzó a hablar Clara–, no sé si puedo. Supongo que sí, es que no sé si querrás saberlo… Han encontrado a otros dos niños.

–¡Dios mío! –exclamó Laura–. ¿Igual que los otros?

–Sí –dijo Clara como única respuesta.

Entonces Laura reaccionó, y su cara de pena se tornó en incomprensión.

–Y ¿dónde están? Quiero decir que… ¿no los habrás llevado a otro sitio? No te preocupes por nosotros, que podemos con ello…

–No, no, tranquila –respondió la asistente social–, estos niños tienen la suerte de contar con su familia.

–¡Uf! –suspiró Laura–. Menos mal.

–Sus abuelos viven a un par de calles de su casa –prosiguió Clara–. De hecho, parece que se encargan a diario de ellos, al menos un rato.

–Qué alivio, por lo menos tienen a alguien en quien confiar…

Clara decidió no decirle que al abuelo le había dado un infarto y le habían tenido que ingresar. Bastantes desgracias había saboreado ya. Tras hablar con su amiga unos minutos, volvió al ordenador y comprobó su teléfono: Bea seguía sin dar señales de vida. La indignación comenzaba a apoderarse de ella. Le tendría que dejar muy claro que este caso era lo suficientemente importante como para estar un poco más localizable. No miró quién llamaba cuando su móvil comenzó a sonar.

–¿Quién es? –preguntó Clara más concentrada en el correo que estaba mandando que en la conversación telefónica.

–Hola, Clara. Soy yo, Andrés.

De repente, se puso muy nerviosa, tanto que tendría que revisar después el e-mail antes de mandarlo porque había dejado pulsada la tecla “p”.

–Ho… hola, ¿qué tal? ¿Ha pasado algo?

–No, no, tranquila. Quería preguntarte si habías avisado a la psicóloga infantil de que necesitamos que examine a otros dos niños –preguntó Andrés, pero sonó a excusa.

–Ahora mismo le estaba mandando un e-mail, seguro que entre hoy y mañana por la mañana encuentra un hueco – le aseguró pese al sabor amargo que le dejaban aquellas palabras dichas sin convicción.

–Perfecto. Me parece que ese niño sabe bastante más y que alguien le ha dicho lo que debe decir y lo que no. ¿No crees? Sería conveniente que hablase con él cuanto antes.

–Sí, yo también lo creo.La mente a los siete años es muy distinta de la nuestra. No sé, en realidad, qué hace obligado por alguien o qué porque él se lo imagine.

–Ya, entiendo. Oye, ¿te viene bien que nos pasemos por ahí esta noche? Ahora vamos a ver al forense a ver si puede arrojar alguna luz sobre el caso y así luego nos ponemos al día contigo.

–¿Al depósito de cadáveres? ¡Hum! Suena genial. Te lo vas a pasar en grande. ¿No encontrarás alguna que otra tarea que no pueda esperar ni un minuto a la hora de ir al depósito? –bromeó imaginando la cara que estaría poniendo el policía.

–¡Qué graciosa! Tranquila, lo soportaré –dijo Andrés fingiendo estar muy ofendido, aunque en realidad se sentía encantado.

–Bueno, nos vemos después entonces.

Mientras colgaba el teléfono, una sonrisa boba se instaló en la cara de la joven, intentando imaginarse a Andrés cuando viniese a la casa de acogida por la noche. “¡Clara, un poquito de profesionalidad, que estás colaborando nada menos que en una investigación de asesinato múltiple!” –se regañó mentalmente. Se obligó a volver al email que estaba redactando cuando la había interrumpido la llamada. Al ver todo el e-mail lleno con la letra “p”, no tuvo más remedio que sonreír y, por supuesto, reescribirlo.

Un rato más tarde llegaron los niños del colegio. Al ver a Clara se mostraron todos muy contentos. Todos, excepto Roberto, que pasó por su lado casi sin mirarla. El niño parecía, si cabe, más triste que nunca y caminaba encogido como si pretendiera no ocupar espacio al pasar. Sin embargo, Hugo la saludó efusivamente. Clara pensó que, si de verdad ese gesto significaba una mejoría, al menos habían acertado en algo. Cuando Bea por fin llegó a la casa de acogida, Clara estaba esperándola.

–¿Has visto mi e-mail? – preguntó preocupada.

–Sí, y, por lo que veo, tú no has visto el mío, porque te contesté –

respondió ella sonriendo.

–Lo siento, no he vuelto a encender el ordenador –se disculpó Clara.

–Tía, ¿por qué no pones los avisos en el móvil?

–Bueno, mi móvil no es tan moderno como el tuyo…

–Que te he contestado y ya está –respondió Bea visiblemente molesta.

–También yo te he llamado al móvil varias veces y no has contestado a mis llamadas, y que yo sepa si para algo sirve un móvil es para eso –respondió Clara enfadada y obligándose a sostener la mirada de la psicóloga.

–Joder, tía, que era broma. He estado mirando con calma todo lo que tengo hasta ahora y creo que debemos intentar forzar un poco a Róber, con el otro crío funcionó. Es como si nos hubieran dado el cambiazo, parece otro. Ya sé que éste es más sensible, por probar…

–Tú mandas. Pero si nos equivocamos… – empezó a decir Clara.

–Joder, tía, pues volvemos a empezar. Si el niño sabe quién es el puto tío del traje, se lo tenemos que sacar como sea. Hoy estarás tú presente.

–Mañana a primera hora tenemos que ir a ver a los niños de esta mañana. El niño es bastante comunicativo, creo que será más fácil que con Roberto y Hugo.

–¿Y por qué no hemos ido hoy?

–Porque no te he localizado –respondió Clara haciendo un elocuente gesto de fastidio–. Entonces he llamado a la abuela y me ha dicho que casi mejor, porque los niños estaban bastante aturdidos.

–Joder, tía, entonces no sé de qué te quejas. Vamos mañana y ya está. Y con Roberto voy a intentar que hable. Tampoco son de cristal, ¿sabes?

–Ya, Bea, es que con los niños no se puede trabajar como con los adultos. Yo tengo que asegurarme de que van a sufrir lo menos posible.

–Mira, tía, los niños son la única pista fiable que tenemos. Si la dejamos escapar… a tomar por el culo el asesino. Tú misma.

–De acuerdo –contestó Clara intentando parecer decidida, aunque no lo estaba en absoluto–. Eso sí: cada cosa que vayas a hacer que se salga de lo normal, estaré yo presente o lo tendrás que hablar conmigo primero. Si no, no hay trato.

–Que sí, coño, que sí. Por cierto –se acordó de pronto–, he hablado con los colegios de los niños. El director del colegio de Hugo me ha dado cita para mañana y me ha prometido que tendrá su expediente y el de la hermana preparados junto a un informe de sus tutores. La directora del colegio de Róber estaba de viaje, pero la secretaria me ha prometido que antes de mañana se pondría en contacto conmigo.

–¡Ah! Muy bien, perfecto, la policía ya ha conseguido hablar

también con la mayor parte de los vecinos y ha elaborado un informe al respecto. Les falta ultimar el informe de Nico y Carolina –añadió Clara con la sensación de que daban un pequeño paso hacia delante, aunque era consciente de que les quedaban kilómetros por recorrer aún.

–¿Quién coño son Nico y Carolina? –preguntó de pronto Bea–. ¡Ah! Sí, joder, los nuevos.

Clara la miró de pronto con cara de pocos amigos, y ella se defendió.

–Tía, no me mires así. Yo no tengo la facilidad que tienes tú para aprenderte los nombres de todo el planeta.

–Espero que al menos a ellos sí les llames por su nombre.

–Mira, tía, estoy harta. Si quieres quitarme del caso habla con tu jefe de una puta vez y si no, déjame currar. ¿Qué te crees? ¿Que no sé cómo tengo que tratar a estos críos? Lo sé perfectamente, no tiene que venir una niñata a decirme cómo lo tengo que hacer. Pregúntales a ellos por mí, a ver qué coño te dicen. No creo que sean capaces de abrirse tanto en tan poco tiempo con cualquier otro psicólogo. Que te quede claro.

–Vale, perdona. Siento haber cuestionado tu forma de proceder, no volverá a ocurrir.

–Por supuesto que no, la próxima vez la que pedirá no currar contigo seré yo. Y entonces me echarás de menos, créeme.

–De acuerdo, lo siento.

–¡Uf! Con lo fácil que son todos estos trámites en las películas y la cantidad de tiempo que lleva en la vida real –dijo Bea mientras suspiraba y guardaba todos los papeles en su enorme carpeta y a la vez intentaba quitar un poco de presión.

–Sí, la pena es que estas cosas ocurran también en la vida real –coincidió Clara mientras el cansancio y la pena parecían coger sitio a su lado, como dos compañeros más.

Ese día, Bea decidió hacer a los niños el test de la familia, con cierta libertad. Les mandó dibujar a su familia durante un día que lo hubieran pasado realmente bien. Era un tema peliagudo, porque si alguno de los niños no estaba aún preparado para hablar de ello, se replegaría en sí mismo y tendrían que volver a empezar. No había tiempo, no podían dejar que volviera a ocurrir.

Hugo dibujó un día en el parque de atracciones. Se pintó subido a la montaña rusa con su padre, mientras su hermana y su madre les esperaban abajo tomando un algodón de azúcar. A Bea no se le escapó el detalle de que la madre y la hermana de Hugo parecían del mismo tamaño, pese a que aquel niño sabía plasmar perfectamente las dimensiones en sus dibujos. También se percató del orden en que pintó a los integrantes de su familia. Primero, en un extremo del

dibujo, pero perfectamente visible, el hombre del traje; después, el padre, seguido por él mismo. La cuarta fue María, y por último, la madre. Los detalles del dibujo eran extraordinarios. Además de los rasgos y los detalles de cada persona, pintó a un lado una noria y abajo un puesto de venta de algodón de azúcar.

Roberto, por su parte, dibujó un viaje en tren. En el papel aparecían Belén y él de la mano de su madre. Su padre permanecía junto a ellos y las maletas le separaban del resto de la familia. Era la figura más destacada del dibujo y tenía el pelo pintado con trazos fuertes, semejaba un puercoespín. A la madre la había dibujado entre Belén y él, muy delgada y con el pelo perfectamente ordenado. La pintó maquillada, aunque era casi del mismo tamaño que él. El orden que siguió Roberto difería un poco del de Hugo. Primero su madre, después su hermana, el tercero él y el cuarto su padre. Al mirar bien, en el dibujo se percibía al padre más o menos del doble de tamaño que la madre, con brazos y piernas largos y con los dedos de las manos perfectamente definidos. En la cara, los dientes sobresalían en la boca del padre, incluso parecía que eran afilados. La madre y los dos niños no tenían definidos los rasgos de la cara. Estaban dibujados como con prisas, y a Bea le llamó mucho la atención el que ninguno de los tres tuviera dibujadas las manos ni los dedos. Sin saber nada de Roberto, solo con lo que llevaba del dibujo, Bea ya habría sido capaz de diagnosticar a Roberto de inseguro, tímido, emocionalmente débil y con un miedo exacerbado a la figura del padre, posiblemente por maltrato físico y psicológico. Como ya contaba con esos datos, el dibujo no sirvió más que para corroborar su teoría. La psicóloga llevó a un lado a Clara mientras los niños se afanaban en sus dibujos.

–Clara, tienes que hacerle entender a Roberto que no vas a ser tú su nueva madre. Si no lo haces, se llevará dos decepciones en muy poco tiempo. Es un niño demasiado sensible para que eso le ocurra. Se hundirá, no lo soportará.

–Ya lo sé, no quiero mentirle, es un niño muy especial –se sinceró Clara–. Me da mucha pena que haya tenido que madurar tan deprisa. Hugo está hecho de otro material. Hay que reconducirle, lo sé, pero ha sido capaz de fabricarse una coraza. Roberto, sin embargo, lucha a pecho descubierto y sufre mucho. Es tan vulnerable…

–Deberías ser más objetiva. Tienes que prepararle para tener otra familia. A veces, por protegerlos, les acabamos haciendo más daño, y eso es todavía peor. No le mientas, tía.

–No lo hago, pero tampoco le torturo recordándole todo el día que no se quedará conmigo –explicó ella mientras le caía una lágrima–. Sé que no debería implicarme tanto…

–Mira, en este trabajo es muy difícil poner los límites. Debes implicarte lo que tu sentido común te diga, ni más ni menos. Tienes

que poner el baremo a la altura de los niños en lugar de a tu altura y ya lo tienes. Ése es el límite, y es diferente para cada crío. Y no siempre se acierta, eso lo tienes que asumir.

–Gracias –dijo Clara intentando esbozar una sonrisa–, parece que hoy has ejercido de algo más que de psicóloga infantil.

Después, Bea había intentado hablar con los dos niños. Hugo se mostró colaborador y comunicativo. Roberto, triste y distante.

–Hugo, ¿me puedes decir quién es ese hombre de traje y corbata que has dibujado ahí?

–No sé –contestó prácticamente sin mirar.

–Mira, éste de aquí, ¿lo ves? – probó de nuevo.

–No sé, un hombre, nada más –contestó el niño con indiferencia.

–Ya, es un poco raro. Lo has dibujado todos los días desde que estás aquí –se arriesgó Bea.

–Sí, es muy raro –coincidió Hugo sin levantar siquiera la vista del papel. Estaba claro que no le iba a decir nada más.

La psicóloga pensó que sería mejor parar en ese momento y continuar al día siguiente. Si lo forzaban de más, corrían el riesgo de volver a la etapa anterior. Además, había ido anotando en su libreta lo que había visto en el dibujo, para poder elaborar un informe en condiciones que pasarle al comisario Gálvez. Con eso tenía suficiente por el momento. Le tocó el turno a Roberto. Tras examinar su dibujo, Bea le enseñó el que había hecho Hugo.

–Mira, Róber, Hugo dibuja genial, ¿verdad?

–Sí, a mi hermana le encantan sus dibujos de princesas –contestó Roberto admirando el trabajo de Hugo–. A mí ayer me dibujó un oso panda, es mi animal favorito.

–Jo, colega, qué suerte. Mira, lo que no entiendo es quién será éste de aquí –dijo ella enseñándole al hombre del traje y corbata–. ¿Lo ves?

Roberto cogió el dibujo para mirarlo de cerca. De pronto, sus ojos se pusieron como platos, su respiración se aceleró y empezó a temblar. No era capaz de pronunciar una palabra, ni de escuchar lo que le decía la psicóloga.

–¡Roberto! –gritó Clara–. ¿Qué te pasa?

De pronto, comprobó que el pequeño se había hecho pis encima y que temblaba de pies a cabeza. Estaba blanco como la leche y respiraba agitadamente.

–¡Mierda! –exclamó la psicóloga–. Parece una crisis de ansiedad.

–Ven aquí, Roberto –dijo entonces Clara. El pequeño no se movía, así que se acercó a él y lo abrazó.

Hugo seguía todos los movimientos sin perder detalle. Miró a Roberto, después al charco del suelo. Subió la mirada hasta los ojos de Clara y, tras apretar los dientes en un gesto de rabia, volvió a su dibujo como si nada ocurriese.

–Tía, creo que hay que avisar a un médico, este crío está en shock –le pidió la psicóloga.

Clara miró al niño y decidió que Bea tenía razón. Bajó la escalera casi de un salto, mientras marcaba el número de emergencias. Pocos minutos después, que a las dos amigas se les antojaron horas, un médico examinaba al niño.

–Es una crisis de ansiedad –diagnosticó–. ¿Está viviendo alguna situación de estrés? ¿Le había pasado más veces?

–Sí –le explicó Clara–, al menos le ha ocurrido dos veces más, que yo sepa, en la última semana. Acaba de perder a sus padres, y además de una manera bastante traumática. Es que nos hemos asustado al ver que no reaccionaba y que se había hecho pis encima….

–Ya entiendo. Le he administrado un tranquilizante. Déjenle dormir. Le vendrá bien. Al menos durante un par de horas estará tranquilo. Si ven que le vuelve a ocurrir o que le pasa alguna otra cosa, avísenme, ¿de acuerdo?

–Claro. Gracias, doctor.

Tras despedirse del médico y acostar a Roberto, Clara volvió con Bea, que estaba un poco pálida.

–¿Estás bien? –le preguntó.

–Lo siento, Clara, no sabía que reaccionaría así –se disculpó Bea–. Joder, si yo hubiera sabido esto…

–Tú no tienes la culpa. La tiene el tío del traje –le dijo Clara–, hay que pillarle. No puede ser más listo que nosotros. Vete a casa, luego te llamo para concretar lo de mañana. Es conveniente hablar con el otro niño, con Nico. ¿A qué hora podrías? Yo le he dicho a la abuela que iríamos por la mañana, aunque no a qué hora.

–Vale. Creo que por la mañana no tengo ninguna cita, lo miro primero.

Clara observó a la psicóloga mientras bajaba la calle. Iba cabizbaja y con las manos en los bolsillos, parecía temblorosa. La siguió con la vista hasta que dobló una esquina. Después corrió las cortinas y se enfrentó a los baños, las cenas y la hora de irse a acostar a los pequeños. No vio cómo Bea sacaba el móvil y llamaba a un amigo que cinco minutos más tarde pararía a su lado para llevarla “de compras”.

Bea, mientras tanto, sudaba nerviosa por la situación que había vivido y contaba los segundos que le faltaban para poderse tomar una de aquellas pastillas azules que tan bien le sentaban. Su acompañante del coche le ofreció mientras tanto un porro, que ella se apresuró a terminar. Ahora estaba un poco más tranquila, no era suficiente.

Aprovechando que Clara estaba allí, Carmen se había tomado la tarde libre. Mientras la asistente social los bañaba a todos y por turnos, Laura se ocupaba de ponerles los pijamas y su marido de preparar la cena y la mesa. “Intentaré venir más a menudo a esta

hora. No sé cómo se pueden arreglar cuando están solos ellos dos. Y Carmen tampoco puede estar aquí a todas horas, ella también tiene una familia" –pensó mientras se le escapaba un sonoro suspiro.

A la hora de cenar todos estaban emocionados de tenerla allí. Se interrumpían constantemente para contarle todo lo que habían hecho durante el día y lo que pensaban hacer al día siguiente…

Y, por supuesto, para dormir tuvo que ir a darles un beso a todos, uno por uno. Lorena le preguntó por enésima vez el día que iban a ver a sus padres adoptivos, y Clara, por enésima vez, se lo dijo. Tomó nota mental de repasar también todo lo que tenía que ver con la adopción de Lorena: empezaba a ser urgente.

Cuando le tocó el turno a Hugo, la estaba esperando para decirle que al día siguiente, en el cole, iban a crear un telescopio para un trabajo de ciencias. El niño se mostraba entusiasmado.

–Ya verás, Clara, seguro que podemos ver las estrellas y todo.

–Claro que sí, fíjate bien cómo se hace y mañana me lo cuentas todo, ¿eh? Así lo podemos repetir aquí –dijo Clara.

–¡Genial! Buenas noches, Clara –dijo dándole un beso y metiéndose en la cama al lado de María, que se había quedado dormida de inmediato.

Clara se quedó atónita. Era la primera vez que Hugo le daba un beso. En verdad lo de este niño era un verdadero milagro. Cuando iba a salir de la habitación, Hugo la llamó.

–Clara, ¿sabes? Bea me dijo que iba a mandar a María con otra familia distinta de la mía, porque yo no me estaba portando como…

–Tranquilo –le paró de inmediato–. Creo que lo estás haciendo genial. Tienes que confiar en Bea, ella puede ayudarte a que estés mejor y a que tu hermana siempre esté contigo. Tienes que hacerle caso, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –contestó él mientras se tumbaba en la cama y daba un beso a su hermana, quien se acurrucó contra él y abrazó con fuerza el osito de peluche que tenía en sus brazos.

Ella salió de la habitación con una sensación de alivio que tenía olvidada en lo más profundo de su memoria desde que había empezado aquel maldito caso.

Le tocó el turno a Roberto. Le había dejado para el final a propósito. Cuando se sentó en su cama, el niño fingió estar dormido. Ni siquiera lo hacía bien, porque quería que Clara se diera cuenta de que estaba molesto con ella.

–Roberto, qué pena que te hayas dormido ya. Tenía tantas ganas de darte un beso… Ya sé que has estado hablando con Bea de mí. Sabes que no puedo ser tu nueva mamá. Entonces, ¿qué haríamos con los demás niños? No habría nadie que les buscase unos papás y un lugar chulo donde vivir. Además, ¿qué pasaría con Belén? ¿Querrías que

ella se fuese con otros papás diferentes? Me parece que eso no haría feliz a tu hermana.

–Yo no quiero otros papás –dijo Roberto sin poder aguantar más. Se sentó de inmediato en la cama y se enfrentó a su mirada–. Yo quiero que seas tú mi mamá y la de Belén.

–No puede ser cariño, ya lo sabes. Lo que no sabes es que conozco a un par de parejas que os podrían adoptar y viven cerca de aquí, así que podríamos seguir viéndonos, me podrías llamar cuando quisieras…

–¿Y a Belén? ¿También la querrán a ella? –preguntó esperanzado el niño.

–¡Por supuesto! Yo jamás dejaría que os separasen. No te preocupes, que yo me encargaré de encontraros a los mejores padres del mundo entero –le prometió.

La cara del niño se transformó. Incluso los ojos parecían estar brillantes.

–Gracias, Clara. Te quiero mucho – se sinceró Roberto mientras se abrazaba a ella. A la joven le sorprendió lo delgado que estaba.

–Yo a ti también, canijo, tienes que tener claro lo que te he explicado.

–Vale, vale –dijo el niño abriendo la boca–. Hasta mañana.

–Hasta mañana –se despidió ella apagando la luz al salir.

Bajó a ayudar a sus amigos a recoger un poco la cocina y el salón. Hablaron de los niños, de cómo habían evolucionado en el poco tiempo que llevaban en la casa. De Hugo y el cambio que había experimentado desde el día anterior, cuando había hablado con la psicóloga infantil. Clara les comentó lo que se había enfadado al oír la entrevista que le había hecho Bea y que tenía que reconocer que, por el momento, había sido un gran acierto.

Media hora después, el coche con los dos inspectores aparcaba en la puerta de la casa de acogida. Clara quería contarles todo tan deprisa que dejaba a medias las frases. Así que intentó tranquilizarse e ir un poco más despacio. Primero les explicó la reacción de Roberto al ver los dibujos de Hugo y fijarse por primera vez en el hombre del traje.

–Menudo susto nos ha dado –les explicó–, incluso se ha hecho pis encima. Hemos tenido que avisar al médico.

–O sea, que el tío del traje tiene que ser el asesino –concluyó Ismael.

–Bueno, al menos es un elemento en común entre los dos niños. Uno le tiene pánico, el otro se niega a hablar de él –siguió Andrés.

–No habla de él con palabras, pero nos lo está contando a gritos con sus dibujos –añadió Clara–. Además Bea está preparando un informe con lo que ha podido averiguar al hacerles el test de la familia.

–¿Qué es el test de la familia? –preguntó Andrés de pronto.

–Es el primer paso que hay que dar para hacer un diagnóstico

psicológico de un niño con problemas –le explicó ella como pudo–. Creo que el niño tiene que dibujar a su familia y eso da información al psicólogo de cómo se siente ese niño con ellos; qué lugar ocupa; qué siente por los miembros de su familia y qué importancia tienen para él; si les tiene miedo; si hay posibles maltratos; si no les respeta; si hay sentimientos de odio, celos o admiración… Aunque no estoy segura, yo no soy ninguna experta...

–Vaya, pues menos mal que no eras ninguna experta –bromeó mientras sacaba un caramelo de menta y se lo introducía en la boca sin pensar–. La verdad es que he tenido que llevar muy pocos casos en los que hubiera implicados niños. Bueno, ahora que lo pienso… pocos no, éste es el primero.

–A mí, por desgracia, sí que me ha tocado ver estos tests varias veces –comentó su compañero intentando arrancarse un trozo de uña que se le había roto–, por eso me resultan más familiares y, como dice Clara, son un medio de lo más revelador.

–Bueno, habrá que esperar al informe. ¿Ha ido la psicóloga a ver a los niños que encontramos ayer? Sería interesante ver lo que dice ese niño del tío del traje –preguntó Andrés esperanzado.

–Vamos mañana por la mañana. En cuanto hablemos con ellos, os avisaré. No os hagáis ilusiones por si acaso.

–¿Por qué no habéis ido por la tarde? Creí que era mejor hablar con ellos cuanto antes.

–Bueno –comenzó ella esperando que no se notase su turbación–, es que la abuela de los niños me dijo que lo dejáramos para mañana, que estaba intentando que descansaran un poco.

–Ya, supongo que es comprensible –contestó Ismael pensativo–. ¿No se te habrá ocurrido preguntarle por el marido?

–No, lo siento, es que con todo lo de los niños se me pasó por completo.

–Normal, son demasiadas cosas –respondió el inspector.

–Oye, Clara, ¿dónde piensas dormir hoy? –se atrevió a preguntar Andrés.

–Pues dónde va a ser. Tiene en mi casa todas sus cosas, no va a estar yendo y viniendo de un lado a otro, ¿no? –cortó rápidamente Ismael.

Clara no dijo nada. Aunque se moría de ganas de ir a casa de Andrés, en casa de Ismael adelantaría más trabajo, porque en casa del otro policía le iba a ser bastante más difícil concentrarse. Así que dejó que las cosas se quedasen como estaban y cogió los dibujos de los niños para mirarlos otra vez. Andrés tampoco dijo nada, por el rabillo del ojo Clara vio la cara de decepción que ponía. Por dentro, sintió una agradable sensación de satisfacción.

Le encantaba mirar los dibujos de los niños; los de Hugo eran maravillosos, esas manos tenían algo de magia. Si explotaba esa faceta

suya, podría llegar a ser realmente bueno. Los de Roberto tampoco estaban mal. Sin llegar a tener la calidad de Hugo, poseía la cualidad de transmitir en sus dibujos la sensibilidad que le caracterizaba. Miró con calma el dibujo de Roberto. Tenía algo que llamaba la atención, no estaba segura de qué era. Algún pequeño detalle, sin duda, que a veces eso era lo más importante. No por el título, que era lo primero que llegaba a los ojos al mirar el dibujo. Con letras imprecisas y de trazos irregulares se podía leer: *BIAJE EN TREN*. Le encantaba cuando los niños empezaban a escribir y ponían esas faltas de ortografía. Eran como un reflejo de la inocencia que todavía les quedaba. Abajo había puesto: *Mamá, Belén, papá y yo biajando en tren. Verano 2014*, pero, al fijarse bien, comprobó que no ponía exactamente eso. Algo llamó su atención, y no era por una falta de ortografía: *S014*. El niño les contó que estaba dibujando un viaje en unas vacaciones, en el 2014. Clara miró con atención el dibujo y buscó entre los papeles algo que pudiera haber estado escrito por el niño, no encontró nada. Los policías la miraron con curiosidad mientras revolvía aquí y allá. Mientras tanto, ella seguía perdida en sus pensamientos. ¿Podría ser? ¿Era posible que Roberto fuera disléxico? Seguramente no sería importante, por si acaso quería estar segura, nunca se sabía. Cogió el teléfono y marcó rápidamente un número. Los dos policías se quedaron mirándola y estudiaron cada uno de sus movimientos y cada una de sus expresiones.

–Hola, Lola… Sí, soy yo. Oye, estoy mirando los dibujos de Roberto y he visto en el rótulo… ¿Ah, sí?... ¿A ti también te lo parece? …Sí, sí, estoy de acuerdo…. Vale, mañana lo vemos, muchas gracias.

Cuando colgó el teléfono, se giró hacia los dos policías, que la miraban fijamente esperando una explicación.

–Ah, perdón. Estaba hablando con Lola, es la pedagoga que trabaja aquí en la casa de acogida –se disculpó Clara.

–¿Y? ¿Es que has encontrado algo? –preguntó impaciente Ismael.

Entonces, Clara se dio cuenta de que había llamado a Lola sin contarles antes a ellos lo que había encontrado, y los dos policías se preguntaban qué podía ser.

–Vaya, lo siento. Pensé que estaba hablando en voz alta –dijo avergonzada–. Mirad, seguramente no tenga ninguna importancia, pero es que he descubierto que Roberto ha puesto esto en su dibujo: *biaje y S014*.

–¿Y qué importancia puede tener que un niño de siete años cometa faltas de ortografía? No te lo tomes a mal, Clara, es que esta vez no te sigo –le dijo Andrés.

–No, no digo que tenga faltas de ortografía, digo que creo que Roberto es disléxico –les explicó–. ¿Lo veis? Aparte de cambiar la b por la v, que es algo muy habitual en algunos grados de dislexia, ha

dado la vuelta al dos. Lo ha puesto en espejo, mirad…

–Ya veo. Bueno, puede que no sea nada, lo añadiremos a nuestras anotaciones para preguntar a sus profesores. Cualquier cosa puede ser importante. No estamos sobrados de pistas como para desechar nada.

–Vaya, ahora me parece de lo más ridículo haberle dado importancia a esto, incluso creo que es una tontería– confesó ella algo turbada.

–Clara, tienes que hacer caso a tu instinto. Si a ti te ha parecido importante, lo es, aunque no ayude en la investigación, ¿de acuerdo? –intentó animarla Andrés.

Mientras, girándose un poco para que no se dieran cuenta, Ismael sonrió. Se estaba divirtiendo de lo lindo esperando a que uno de esos dos se decidiera a dar el primer paso. Clara, por su parte, miraba fijamente el dibujo como si fuera la clave misma de aquella horrible investigación.

Capítulo 15. El coche rojo

Clara despertó con la sensación de haber descansado muchas horas, incluso de haber dormido de más. Al mirar por la ventana se sorprendió al ver que la noche aún pesaba sobre la ciudad. Se levantó a por un vaso de agua intentando no hacer mucho ruido para no despertar a Ismael, que dormía plácidamente en el sofá cama. Clara se sentó al lado de la ventana a mirar las estrellas. La noche era clara y la luna, casi llena, parecía un farol suspendido en el cielo.

Le encantaban esas noches despejadas en las que casi se podía respirar la tranquilidad. Allí, en la oscuridad y el silencio, podría pensarse que los horribles acontecimientos de aquellos días eran parte de un mal sueño del que por fin había despertado. Poco a poco fue recordando todo lo referente al caso. A veces, en momentos tranquilos como aquél, se podía reparar en algún detalle del que antes no se había percatado.

De repente, al otro lado de la acera, un pequeño movimiento captó su atención. Su sexto sentido se puso en marcha con rapidez. Entre las sombras había algo que se movía y ella miró con atención esperando la aparición de algún perro callejero que buscara entre la basura algo que llevarse al hocico. Por un segundo las luces de un taxista trasnochador iluminaron el rincón donde Clara había percibido el movimiento; se quedó paralizada. Sintió cómo la adrenalina invadía sus venas, para desbocar su corazón hasta un ritmo imposible. Un repentino mareo inundó de puntos negros su cabeza. La joven se aferró al borde de la ventana y se obligó a respirar, su cuerpo parecía haberse olvidado de hacerlo. En cuanto pudo articular palabra gritó con todas sus fuerzas:

–¡Ismael! –llamó a su amigo–. ¡Ismael!

El inspector se levantó de un solo salto con el arma en la mano, miraba hacia Clara con los músculos agarrotados por la impresión.

–¿Qué pasa? –dijo con voz pastosa y los ojos aún a medio abrir.

–¡Allí, en esa esquina! ¡Es el hombre del traje! ¡Está mirando hacia aquí! –gritaba Clara visiblemente aterrorizada.

–¡¿Qué?!–dijo precipitándose hacia la ventana.

Al ver la figura del hombre del traje en la calle, corrió escaleras abajo sin pensar. No se había parado a calzarse y su único atuendo era el pantalón del pijama, ni siquiera se percató de ello. Bajó los tres pisos que le separaban de la calle a toda velocidad; no fue suficiente. Llegó a tiempo de oír el motor de un coche que se alejaba de allí a toda prisa, acababa de doblar la esquina. Corrió en dirección al ruido;

no vio nada. Echó mano al bolsillo del pantalón para llamar por el móvil a la comisaría y pedir una patrulla que acudiera de inmediato, entonces se dio cuenta de que no solo no llevaba el móvil, sino que ni siquiera tenía bolsillos, era el pantalón del pijama. Cuando por fin aceptó la idea de que el asesino, del que tan cerca estuvo, había conseguido huir, pensó en Clara, la había dejado sola en el apartamento, así que, frustrado, se apresuró a volver.

Hasta que estuvo en el ascensor no se dio cuenta de que, además de medio desnudo, estaba descalzo. Antes de notar el frío en el pecho, vio que uno de sus pies sangraba; entonces comenzó el dolor. Quizá comenzase antes, aunque no lo sintió hasta ese instante. Tenía un cristal incrustado en la planta del pie izquierdo. "Mierda –pensó–, encima tendré que ponerme la antitetánica". Entró cojeando en el apartamento, donde Clara le esperaba muy nerviosa. Cuando vio la sangre, se asustó aún más.

–¡Ismael! ¡Estás sangrando! ¿Qué ha pasado?

–No es nada – la tranquilizó–, me he clavado un cristal.

–Ven, hay que lavar esa herida – le pidió ella intentando dejar de temblar–. ¿Conseguiste ver la matrícula del coche?

–No, ni siquiera pude ver el coche –contestó el policía con un suspiro–. ¡Joder! Le teníamos tan cerca…

–Seguro que le cogemos, Ismael, no te preocupes –intentó animarle Clara–, se está arriesgando más. Cometerá un error, ya lo verás.

–¿Cuándo? ¿Cuando vuelva a dejar huérfanos a otros dos niños? ¡Clara, despierta! Ese hijo de perra nos lleva ventaja, se ríe de nosotros, nos intimida. Tendríamos que ir más deprisa, es... no sé... como si nos hubiera echado el freno de mano –soltó derrotado–. ¡Ay! Joder, ten cuidado, que duele.

–Estate quieto. Intento sacarte el cristal. Si no, se te infectará –le explicó mientras hurgaba la herida del pie con unas pinzas–. Ya está. Mañana tendrás que ponerte la antitetánica.

–Lo que yo pensaba.

–Lo único que pude ver fue que el coche al que se subió era rojo – susurró Clara.

–¿Qué? ¿Que viste el coche? ¡Genial! –exclamó entusiasmado–. ¿Por qué no lo has dicho antes?

–No te alteres, que no pude ver ni qué tipo de coche era, ni el modelo, ni la matrícula. Vi que era rojo y pequeño, y creo que tenía tres puertas.

–Algo es algo, Clara, algo es algo. Quizá los técnicos puedan saber algo al tomar huellas de las rodadas que ha quedado en el asfalto al arrancar, se ha dejado la mitad de las ruedas al acelerar. Por el ruido creo que era diésel.

–Sí, quizá –contestó con poco convencimiento Clara–. Por cierto,

¿todos los policías dormís con el arma bajo la almohada o solo los que ven demasiadas películas?

–No, listilla, duermo con el arma debajo de la almohada porque tengo en mi casa a una “okupa” a la que tengo que proteger –se defendió Ismael.

–Estabas bastante gracioso con el pelo alborotado, el pantalón del pijama puesto y la pistola en la mano –le explicó Clara–. Me habría reído si no hubiera estado aterrorizada.

–Espero que no me hicieras una foto –respondió Ismael–. Anda, voy a llamar a comisaría.

Ismael se levantó y se dirigió al salón para llamar por teléfono. Nada más poner el pie herido en el suelo, emitió un quejido e intentó apoyar el peso en el otro pie. Clara lo miró con preocupación. Aquello no era nada, una pequeña herida que se podía haber hecho en cualquier otro sitio, pero sintió miedo. Estaba en peligro y lo sabía. Aquella era una sensación que no le gustaba lo más mínimo. Pensaba que, seguramente, en cuanto el caso acabara, podría volver a su vida normal. Algo le decía que no iba a ser tan sencillo.

Poco después los técnicos recopilaban toda la información que les podía servir. Sacaron muestras de las rodadas del coche y recogieron un poco de aceite de motor, con la esperanza de que fuera del coche que buscaban. También etiquetaron varias colillas recientes y hasta un chicle pegado que había en la zona donde Clara había visto al sospechoso. Consiguieron sacar una huella parcial de una pisada. Era casi imposible saber si alguno de aquellos restos era de la misma persona a la que estaban buscando, pero, por si acaso, había que etiquetar y fotografiar todo lo que consideraran importante.

Ismael y Clara habían prestado declaración a la policía, aunque no tenían demasiado que contar. Cualquier cosa podía ser relevante para el caso, así que intentaron recordar cada detalle. A Ismael cada vez le dolía más la herida del pie, no quería ir a urgencias a un hospital, así que, intentó aguantar hasta la mañana, así también evitaría dejar sola a su amiga. En cuanto fue una hora prudencial, llamó a su compañero para que le relevara.

Algo más tarde, y tras una visita al servicio de urgencias del ambulatorio, Ismael llegó al despacho cojeando y maldiciendo. Los técnicos recopilaban pruebas desde las cinco de la madrugada. Tanto él como Clara se sentían extenuados. En su despacho, el comisario Gálvez trabajaba en los informes que los inspectores que iban redactando. Poco después, Ismael se acercó al despacho de su jefe y, tras llamar a la puerta, la abrió y se asomó pidiendo permiso para entrar.

–Zapico, entra, por favor –le dijo amablemente–. ¿Y Molina?

–Se ha quedado con Clara mientras yo iba a ponerme la

antitetánica.

–Ya, siento lo de su pie. ¿Alguna pista de anoche? –preguntó interesado.

–Hay un cajero en mi calle que captó una foto del coche mientras pasaba. Están comprobando el modelo. Parece un Peugeot pequeño de tres puertas. No se ve la matrícula.

–¿Y alguna foto del sospechoso o alguna pista?

–Sale en varias fotos y en ninguna se le ve la cara–explicó Ismael–, es muy listo. Debía saber que estaba esa cámara allí. Hemos conseguido huellas de pisadas del lugar desde el que estuvo vigilando mi casa. Me han dicho los técnicos que pertenecen a zapatos con suela de cuero de un cuarenta y tres, nada más. Huellas dactilares, ninguna, debía llevar guantes. De todos modos Salva, el técnico, ha ido a por las grabaciones de seguridad al banco que hay cerca de mi casa. Ha pedido las grabaciones de varios días, exactamente desde que encontramos a la primera víctima, por si acaso no es la primera vez que viene a vigilarme.

–Muy bien. Tampoco estaría de más que revisase si hay alguna cámara cerca del domicilio de Clara y de la casa de acogida –propuso el comisario.

–No se preocupe, comisario, ya están en ello. Es a Clara a quien persigue, así que lo más conveniente es vigilar los sitios que frecuenta ella. Lo de mi casa, en realidad, creo que es simplemente porque ella estaba allí. Aún así lo comprobaremos. No podemos dejar nada sin verificar.

–Perfecto, avísenme de cualquier novedad. Me han respondido de la Europol. No encuentran ningún caso similar. Aún les quedan archivos por revisar, pero en la base de datos no aparece nada –le comentó el comisario–. Si en un par de días no tenemos ninguna pista, pediré que se amplíe la búsqueda a la Interpol.

–Tiene que haber un caso anterior, algo se nos pasa por alto. El asesino está copiando paso por paso algo que ya había hecho antes, y no hay que olvidar que los cadáveres de los padres llevan dos y tres muescas.

–Sí, pero no son muescas. Son números romanos –dijo el comisario.

–¿Perdón? –preguntó Ismael extrañado por el comentario.

–Hemos encontrado al marido de Elsa, la víctima de ayer, en una explanada cerca del Palacio de los Deportes –le dijo a Ismael–. Lleva grabado en el pecho el número IV. Es decir, que nos falta el número I.

–Menudo hijo de puta. No sé si el corazón del abuelo aguantará saber que su hijo está muerto.

–Entonces será mejor que lo sepa mientras está en el hospital –atajó el comisario–. Llame a Molina y vayan al escenario del crimen, el doctor Suárez los está esperando.

–Voy para allá –respondió Ismael intentando disimular un bostezo, lo que más le apetecía era irse directo a la cama.

–Zapico, si considera que debemos aumentar la vigilancia sobre Clara, avíseme. No es que andemos muy sobrados de efectivos, pero algo se podrá hacer.

–Gracias, comisario. Esperemos que no haga falta.

Media hora después, los inspectores aparcaban cerca del cordón policial. Desde allí no se podía ver el cadáver. La gente se agolpaba alrededor, todos querían saber lo que sucedía allí. El doctor Suárez había hecho instalar una especie de biombo para separar su zona de trabajo de los curiosos. Ahí se colocaban un poco aislados, lo suficiente para trabajar sin interrupciones. El cadáver del hombre se veía perfectamente vestido. Un agujero de bala, realizado desde muy cerca, resaltaba en su frente, como en las víctimas anteriores. A su lado, un casquillo de bala de una 9 mm.

–Hola, chicos. Mirad –dijo el forense abriendo la camisa de la víctima–, el número IV. Es nuestro hombre. Hasta ahora no me había dado cuenta de que eran números romanos. Además he encontrado el DNI en su cartera, además de noventa euros. Se llamaba Ángel Ledesma y tenía 35 años.

–No hay duda, es el marido de la mujer que encontramos ayer –confirmó Ismael.

–¿Qué te pasa en el pie? –preguntó el forense.

–Una larga historia. Un minuto antes y estaríamos interrogando al asesino en lugar de contemplar una de sus obras.

–Ya –dijo comprensivamente el doctor– lo siento.

–¿Algo nuevo? –preguntó Andrés.

–No. Murió hace unas treinta y seis horas. La víctima de ayer, Elsa, llevaba muerta más de veinticuatro horas cuando la encontramos –les explicó el forense.

–O sea, que prácticamente no hay diferencia entre la muerte de las mujeres y la de sus maridos.

–Sí –puntualizó el forense–. Ellas mueren unas pocas horas antes, no muchas. Intentaré ser más preciso, ya sabéis que hay un margen de doce horas que puede variar. No puedo determinarlo con una exactitud matemática.

–¿Qué hace con ellos ese tiempo? No les tortura ni nada por el estilo –pensó en voz alta Andrés.

–No, se los lleva de copas –dijo el forense sin pensar.

–¿Cómo dice?

–Era una broma… o no tanto. Las otras dos víctimas masculinas presentaban niveles elevados de alcohol. Y éste apostaría algo a que también. Después veremos si también encontramos tranquilizantes, es bastante probable.

–Puede que sea importante. Es posible que sea una especie de amigo o confesor y que los mate después de que hayan confiado en él al bajar la guardia por el alcohol.

–Eso no explica que los asesinatos sean tan premeditados. Quiero decir, que la fase previa está también planeada a la perfección. Las palizas a las mujeres, la colocación de los muebles del salón, la elección de las familias, que se ajustan a un patrón determinado… –siguió Andrés.

–Hay que encontrar el nexo entre las tres familias. Tienen un punto en común que nos dará la solución –concluyó Ismael–. Aunque no sé por dónde empezar, son tan diferentes...

–O entre las cuatro. Ten en cuenta que todo indica que nos falta por descubrir un crimen. El primero, nada menos –le recordó su compañero.

–Es una pena – dijo el doctor Suárez–, porque seguro que es la clave de la investigación.

Los dos policías no tuvieron nada que añadir al comentario del forense. Cualquier cosa que hubieran dicho habría estado de más. Era la conclusión más acertada a la que habían llegado desde que empezó esa maldita investigación. Decidieron volver a la comisaría y repasar todo por enésima vez. Había que encontrar la relación entre las víctimas. Aún no habían investigado el entorno profesional. Era posible que ahí encontraran algo. Ismael sacó el teléfono para llamar a Clara mientras Andrés conducía camino de la comisaría.

–Clara, ¿qué tal?

–Bien, estoy esperando a Bea, vamos a casa de los niños que encontramos ayer.

–Yo te llamo porque hemos encontrado el cadáver del padre de los críos nuevos. Venimos de examinar el escenario.

–Mierda –respondió ella–. Justo ahora que voy para allá. ¿Con un tiro en la cabeza?

–Sí, igual que los otros, un tiro en la cabeza, y tiene tatuado el número IV en el pecho.

–¿Cómo que el número cuatro? ¿Así que son números romanos? –preguntó ella.

–Sí, parece que los va numerando… –respondió él mientras se llevaba la mano al pie y lo masajeaba un poco–. ¿Entonces has quedado con la psicóloga?

–Sí, de hecho ya tendría que estar aquí. Ahora la llamo, lo mismo ha perdido el autobús.

–Vale, intentad sacarle algo a los pequeños, el niño parece muy avispado –le pidió él, aunque estaba seguro de que harían todo lo posible–. Gracias, Clara, después iremos nosotros para allá. Tenemos que hablar con la familia.

–No te preocupes, que no digo nada. Lo que no sé es cómo mirar a esas personas a la cara sabiendo que han encontrado a su hijo muerto.

–Iremos en cuanto podamos, te lo prometo. Hasta luego.

–Hasta luego, Ismael –respondió ella justo antes de colgar.

Dos horas después, Clara esperaba a que apareciera la psicóloga, y la impaciencia y la preocupación comenzaban a dar paso a la ira. La había llamado al menos tres veces y el móvil de la psicóloga aparecía, como tantas veces, fuera de cobertura. Cuando estaba a punto de marcharse sin ella, su teléfono vibró.

–Tía, perdona, me he dormido. Joder... Lo siento. Voy para allá –se disculpaba Bea de manera atropellada.

–Habíamos quedado hace casi una hora, ¿sabes?

–Lo sé... Joder, es que me quedé sin batería en el móvil y no me sonó la alarma. Estoy saliendo de casa, llego en nada.

Clara sopesaba la posibilidad de decirle que no, que estaba muy harta de esas situaciones, pero le había prometido que le iba a dar una oportunidad. Y que una persona se duerma tampoco es para echarse las manos a la cabeza, le podía pasar a cualquiera, aunque le molestaba bastante el tener que esperar tanto tiempo. Por otro lado, tenía la sensación de que no se había dormido por estar más cansada de la cuenta.

–Venga, date prisa –acabó diciéndole aun sabiendo que era más que probable que se arrepintiera.

En cuanto vio el aspecto de Bea, lo lamentó. Aparte de que no se presentaba muy aseada, saltaba a la vista que venía de una fiesta o algo peor, olía a alcohol, tabaco, sudor y a una serie de cosas que era preferible no investigar.

–¿Qué pasa? –preguntó la psicóloga a la defensiva.

–¿Que qué pasa? ¿Pero tú te has mirado al espejo? Joder, Bea, si pareces una yonki.

–No te pases. Que tenga ojeras y que no me haya dado tiempo a darme una ducha no te da derecho a decir que parezco una yonqui.

–No es solo eso. Toma –dijo sacando un pequeño espejo del bolso–, mírate.

Bea acercó el espejo a su cara y abrió los ojos sorprendida. Desde luego, no era la imagen que debería dar una psicóloga infantil. Tenía una marca morada en el cuello bastante llamativa. Los ojos enrojecidos, las pupilas dilatadas, el maquillaje como una máscara macabra, el pelo totalmente fuera de su sitio y la nariz, incluso, con restos de sangre seca en el borde.

–Ya –musitó la psicóloga sin atreverse a mirar a los ojos de su compañera–. ¿Podrías llamar a casa de los niños para aplazar un poco la visita?

Clara arqueó un poco las cejas a modo de respuesta.

–Me lo imaginaba. Entonces, esto es el final, ¿no? Me vas a delatar.

–Primero te voy a dar la oportunidad de que vayas tú a explicarle a tu jefe el problema que tienes. Es...una oportunidad. Si no se lo dices tú, lo haré yo.

–Mira, guapa, en el mundo fantástico del que tú procedes, quizá esté muy mal visto que alguien se ponga un poco para sobrevivir, en el mío esto es lo normal.

–Pues en tu mundo, como tú dices, ésto será todo lo normal que tú quieras, pero yo soy la responsable de que esos niños salgan adelante, soy responsable de que se les dé la mejor atención posible, y considero que en esas condiciones no puedes hacerlo. Lo siento, Bea, ya te he cubierto varias veces y te avisé. No puedes drogarte, y menos trabajando con menores; no lo puedo consentir.

–Serás hija de puta...

–Algún día lo verás de otra forma.

–Seguro –contestó la psicóloga mientras se marchaba de allí, maldiciendo y dando patadas a todo lo que se encontraba por la calle.

Clara no sabía qué hacer. Al final optó por llamar a su jefe, de no hacerlo, la que se jugaba el puesto era ella. Le explicó lo que había pasado. Le pidió que no le dijera nada al supervisor de Bea por el momento para darle a ella la opción de hacerlo y le pidió que le asignara el caso a alguien de inmediato.

–Clara, ve a hablar tú con esos niños sola mientras te consigo a alguien. No podemos esperar mucho. Te prometo que para esta tarde habrá otro psicólogo revisando el caso.

–Uf, eso espero. Es absolutamente imprescindible que alguien trabaje de inmediato con el niño nuevo. Estoy segura de que podremos avanzar mucho en el caso si hablamos con él.

–Tranquila, que me encargo yo personalmente de que esta tarde tengamos un sustituto. Entiendo perfectamente la importancia de este caso. Aunque tenga que llevarlo yo mismo.

–Muchas gracias –respondió ella, y de inmediato colgó y se dispuso a coger el autobús para encaminarse a ver a los niños sola.

La asistente social sabía perfectamente lo que se iba a encontrar y esto iba a obligarles a retroceder un poco. Esperaba que solo tuviera esa repercusión. Aparte de que los niños precisaban atención inmediata, no podrían descubrir mucho sobre el hombre del traje si no sabían hacer las preguntas adecuadas en el momento adecuado. Le había tocado hacer de psicóloga esa mañana y era demasiada responsabilidad.

Media hora después entraba en casa de los abuelos de Nico. Lo primero que pudo comprobar era que el nivel adquisitivo de aquella familia era muy superior al de los otros niños, sobre todo al de los padres de Roberto, porque a los de Hugo tampoco les iba mal. Le

abrió la puerta la tía de los niños, quien la saludó con un gesto de cansancio que Clara no pudo ignorar. La acompañó a una salita donde los niños veían la televisión. Observó a los pequeños antes de entrar a hablar con ellos. Carolina era una niña asustadiza, nerviosa y muy menuda. Tenía dos años y medio, parecía más pequeña. Miraba a su alrededor cada pocos segundos y buscaba todo el rato a su hermano. El niño, sin embargo, permanecía tranquilo, quizá demasiado tranquilo después de lo presenciado el día anterior. Si algo había aprendido Clara en sus años trabajando con niños, era que cada uno exteriorizaba sus miedos y sus penas de una manera distinta. Se acercó a ellos y se sentó.

–Hola, Nico, ¿cómo estás?

–Bien –respondió el niño.

–¿No iba a venir también una psicóloga? –preguntó la tía de los pequeños.

–Sí, esta mañana se levantó indispuesta –contestó en tono poco convincente.

–¿Qué es una psicóloga? –preguntó Nico con interés.

–Es una persona que intenta ayudar a otras a volver a ser felices después de que les haya pasado algo muy doloroso –le intentó explicar la asistente social.

–Entonces, la psicóloga iba a venir por lo que le ha pasado a mi mamá –afirmó el niño.

–Sí. ¿Tú sabes lo que le ha pasado a tu mamá?

–Claro, mi madre está muerta. Le dejé en casa el despertador por si no estaba muerta del todo. Me parece que no se ha despertado.

–No, cariño –contestó Clara–, no se ha despertado. Tú ya lo sabías.

–Ya, pero por si acaso –dijo abatido.

La tía del niño se cubrió la boca con una mano intentando ahogar un gemido. Oír al pequeño hablando así sobre la muerte de su madre le parecía de lo más grotesco. Clara la miró con comprensión, y después volvió al pequeño.

–¿Te gusta dibujar? –preguntó Clara mientras sacaba un bloc y unas pinturas que había comprado de camino.

–No mucho –respondió Nico de mala gana–. ¿Es obligatorio?

–No, no es obligatorio, es que a mí me encantaría que me dibujases algo –intentó convencerlo.

–Bueno, vale –cedió el niño–. Dame esas pinturas, las ceras. ¿Qué quieres que te dibuje?

–Por ser el primer día, lo que tú quieras. Algo que te guste de verdad. Por ejemplo, podías dibujarme a tu familia, para que vea yo cómo sois, ¿qué te parece?

–Vale, genial. ¿Dibujo también a mamá, aunque esté muerta? –preguntó inocentemente el niño.

–Claro, a tu mamá le encantaría que la dibujases si te lo pudiese decir –contestó ella intentando mantener el tipo; lanzó una mirada elocuente a la tía del niño.

Mientras el niño dibujaba, Clara se fue a un lado a hablar con la mujer. Ismael le había mandado un mensaje para decirle que iban para allá Andrés y él a darles la noticia de la muerte del padre. Ella no les diría nada hasta que ellos llegasen. Ella se sentía incómoda y nerviosa al conocer una noticia como ésa y tener que mirar a aquella mujer como si no supiera nada.

–Hola. Ana, ¿verdad? Antes casi no me presenté. Soy Clara, la asistente social que se encarga del caso. Con sus sobrinos no va a haber problema, puesto que tienen familia directa con la que mantienen buena relación. Aun así, yo tengo que ocuparme de que se integren bien en su nueva vida.

–Claro, ya me imagino. Nosotros vinimos en cuanto nos llamó mi suegra. Es… es increíble.

–Sí que lo es. La psicóloga infantil que se encarga del caso se ha visto obligada a darse de baja por enfermedad, así que, si no pudiera encargarse del caso, asignarán a otro compañero, creo que mañana mismo podré venir con él, siento mucho el contratiempo. ¿Qué tal han estado los niños?

–Bueno, no se puede decir que hayamos dormido mucho –contestó la mujer–. Nico se despertó varias veces llamando a su madre. Carolina estuvo llorando, como mínimo, dos horas. Al final se durmió de puro agotamiento.

–¿Y su suegro? ¿Sabe qué tal está?

–Está mejor. Mi marido se fue hace un rato para allá. Mi suegra vendrá a dormir un poco, la pobre ha pasado la noche allí. ¿Cree que se recuperarán? Los niños, me refiero.

–Aún es pronto para decirle nada, es probable que sí. Son pequeños y, cuanto más pequeños, más posibilidades hay. Con la niña prácticamente no he hablado, Nico parece bastante maduro y responsable.

–Sí, es un encanto de niño. Ojalá tengas razón, su madre muerta y su padre desaparecido… pobrecillos –dijo la chica –, no es justo que dos niños tan pequeños tengan que pasar por algo así.

Clara no añadió nada. Se vio forzada a apartar la mirada para que la mujer no se diera cuenta de que sabía algo más. No era su cometido decirle nada y, si era sincera consigo misma, se alegraba muchísimo de no tener qué hacerlo. Cuando los inspectores llegaran, ya les dirían lo del padre. Iba a ser un duro golpe; otro más. Clara esperaba que no tardasen mucho; para ella no decir nada era igual que mentir y no podría aguantar mucho más. Diez minutos más tarde, aparecían los dos policías a dar la noticia.

–Buenos días, señora, soy el inspector Zapico. Él es mi compañero, el inspector Molina –dijo muy serio Ismael mientras saludaba a Clara con un golpecito en la espalda.

–Hola, me llamo Ana, soy la tía de Carolina y Nicolás. Pasen, por favor –dijo con el cansancio reflejado en su rostro–. Mi marido, Tomás, ha ido al hospital a relevar a su madre. La pobre ha pasado allí la noche.

–¿Qué tal está su suegro? —preguntó amablemente Andrés.

–Parece que mejor, nos enteraremos mejor cuando llegue ella –les dijo Ana–, ya no creo que tarde mucho. ¿Quieren un café?

–Sí, gracias. Nosotros tampoco hemos dormido demasiado, la verdad –respondió Ismael.

En ese momento, una llave hizo girar la cerradura y apareció la abuela de los niños, quienes se abalanzaron sobre ella provocando en su cara una leve sonrisa.

Nico se apresuró a enseñarle el dibujo que realizaba de toda su familia. Carolina se subió a su regazo y cerró los ojos mientras metía un pulgar en la boca. Al ver a los dos policías allí y a la asistente social que había acompañado a sus nietos el día antes, la mujer se puso en guardia, la niña ni se inmutó. Ellos se levantaron educadamente.

–Buenos días, señora. Disculpe que tengamos que volver a molestarla. Mire, le presento a mi compañero, el inspector Molina, ayer no tuve ocasión –dijo Ismael a la vez que le estrechaba la mano a la mujer que acababa de entrar.

–Hola, encantada. Soy Berta Gámez –contestó con gesto cansado la abuela.

–Buenos días, señora, ¿qué tal su marido? –intentó ser amable Andrés.

–Bien, gracias, mejorando. ¿Han descubierto algo más? –dijo mientras pensaba cuál podría ser el motivo de su visita.

–Bueno…traemos noticias sobre su hijo Ángel –dijo Ismael.

–¿De Ángel? ¿Por fin han podido hablar con él? Menos mal, nos tenía tan preocupados… Carolina, cariño, ve a ver los dibujos con Nico –pidió la abuela a la niña haciendo un leve gesto a los agentes para que esperaran.

–Ya me la llevo yo –dijo Clara intentando acercarse a la niña, quien cerró los ojos para expresar su disconformidad.

–Cárol –volvió a intentarlo la abuela–, necesito que vigiles a Nico, ya sabes que cuando no le miramos coge chocolate de nuestro escondite.

Aquello funcionó. La niña volvió la cabeza hacia su abuela y sonrió. Se bajó de su regazo y se acercó a la salita donde Nico seguía viendo los dibujos.

–Disculpen, los niños, ya saben. ¿Y dicen que han encontrado a Ángel? ¿Dónde está? ¿Podemos verle?

Los inspectores se intercambiaron una mirada de apoyo. Clara miró hacia la mujer, aún no entendía lo que estaba pasando.

–¡Dios mío! ¡Le ha pasado algo! ¡Estoy segura! Claro, qué estúpida, ¡qué estúpida! ¿Para qué iban a estar ustedes aquí si no? ¿Dónde está? ¿Necesita ayuda?

–Lo siento, señora, pero su hijo… bueno… ha fallecido. Lo hemos encontrado esta mañana. Lo siento, de veras –dijo Andrés como pudo.

La mujer miró hacia el vacío. Su hijo, muerto. ¡Su hijo y su nuera! Tenía que ser un mal sueño, seguro que lo era. Mañana estarían otra vez allí.

–¿Qué… le ha pasado? –preguntó la cuñada con un hilo de voz.

–Bueno, es… complicado. Ya sé que es muy difícil de asimilar, es un caso de asesinato –respondió Ismael.

–¡¿Asesinato?! ¿Quiere decir que han matado a mi cuñada y luego a él? –exclamó Ana.

–Me temo que es algo más complicado que todo eso –comenzó Andrés–, el asesinato de sus cuñados forma parte de una cadena de asesinatos.

–¿Perdón? ¿Cómo dice? ¿Que los ha matado un asesino en serie? No lo puedo creer. Eso solo ocurre en las películas. ¡Es imposible! –dijo Ana.

–A veces la realidad supera a la ficción. Por desgracia, nosotros estamos hartos de verlo. Es muy importante que les contemos lo que ha pasado y que colaboren con nosotros. No pueden decírselo a nadie. Si la prensa se entera de ciertas cosas, no daremos con el asesino jamás.

–No lo entiendo, ¿por qué la prensa no debe saberlo? –dijo Berta llorando con rabia–. ¡La gente tiene derecho a saber que anda un asesino en serie suelto por ahí! Quizá si nosotros lo hubiéramos sabido, mi hijo y mi nuera todavía seguirían con vida.

–Disculpe mis palabras, señora, pero eso lo dudo mucho. Además, no le estoy diciendo que la gente no merezca saber lo que pasa, ni que la prensa no deba divulgarlo –explicó Andrés–. Lo que les quiero decir es que hay detalles de la investigación que es mejor que no trasciendan. Podrían ser la clave para pillar al asesino.

–Lo… siento… –murmuró la abuela mientras dos grandes lágrimas le caían por sus mejillas–. Yo no quería ofenderles, ni que pensasen que no confío en la policía. Es que… estoy un poco abrumada por todo esto y a veces no controlo lo que digo. Mi hijo…

–No se preocupe, señora, que entendemos perfectamente el trance por el que está pasando –explicó comprensivamente Ismael.

–En primer lugar, decirles que siento mucho su pérdida y que espero

que su marido pueda reponerse pronto –comenzó Andrés.

–A ver por dónde empiezo… Bueno, ha habido dos casos de asesinato muy similares a éste –prosiguió Ismael–. Primero, la mujer, asesinada tras una paliza brutal propinada por el marido. Después, veinticuatro o cuarenta y ocho horas más tarde, aparece el marido muerto de un disparo en la cabeza.

Al oír esto, la abuela pegó un pequeño grito y volvió a llorar con furia. Negaba con la cabeza de manera reiterada, casi con violencia. Su nuera la abrazó y le cogió la mano.

–Sé que es muy doloroso para ustedes escuchar esto, pero, créanme, es necesario que sepan lo ocurrido. Sería peor leerlo en los periódicos sin que nosotros se lo hubiéramos dicho antes –se disculpó el inspector.

–Es que es imposible, mi hijo jamás habría pegado a su mujer. ¡Nunca! Él la adoraba, era dulce y cariñoso. Estoy segura de que él no le pegó jamás –decía la abuela mientras se balanceaba abrazándose a sí misma.

–Bien, eso es algo que aún debemos comprobar, no tenemos por qué dudar de su palabra. En los otros casos ha sido así. Manejamos varias pistas, nada sólido. Lo que sí que está claro es que tenemos que trabajar muy a fondo con los niños. Todos han presenciado los asesinatos y no hablan de ello.

–¡Dios mío! –dijo Ana–. ¿Es que hay más niños?

–Sí –contestó Andrés–, en todos los casos hay una pareja de niños como sus nietos.

–O sea, que hay seis niños, ¿no? Usted dijo que había dos casos más como el de mis sobrinos –dijo Ana–. Pobrecillos. ¿Quién puede hacerles esto a unos pobres niños? ¿En qué mundo vivimos?

–Clara es la asistente social que se encargará de sus nietos… –comenzó Andrés.

–¡No, rotundamente, no! ¡Mis niños tienen donde quedarse! Ellos no necesitan a otra familia –exclamó la abuela muy alterada.

–Claro que no, tranquila –habló Clara, que hasta entonces había estado en la retaguardia–. Me encargaré junto a un psicólogo infantil de que superen esta situación cuanto antes.

Al decir esto, clavo los ojos en los dos inspectores, que la miraban interrogantes, prosiguió como si nada. Ya tendría tiempo de explicarles lo que había pasado con Bea más tarde.

–Sus tutores legales serán su marido y usted, en principio –siguió hablando–. De todos modos, entiendan que tengo que buscar a la familia de Elsa. Por ahora, ustedes son sus ascendientes directos más cercanos y llevan una vida que yo considero normal y apta para ellos, así que no se preocupe.

–Disculpe. Es que de pensar que también podría perder a mis

nietos… –dijo la abuela mientras se secaba las lágrimas, que no paraban de brotar.

–Puede estar tranquila. Ellos están bien donde están.

–De todos modos, para facilitarles un poco la tarea, les diré que Elsa era hija única y que su único familiar vivo que nosotros conozcamos es su padre –les explicó Ana.

–Que está en una residencia de ancianos a doscientos kilómetros de aquí y tiene alzheimer. Nos lo dijo su suegro antes de que lo llevaran al hospital –continuó Andrés–. Ya lo hemos comprobado. También hay que buscar por si hay alguien más de quien ustedes no tengan constancia. Es mejor enterarse ahora que no una vez que la custodia esté entregada y comiencen a tener problemas.

–Claro –contestó la abuela con la mirada fija en una arruga de su falda y la mano firmemente agarrada a su nuera.

La mujer miró hacia la salita donde los niños continuaban atentos a la televisión. No tenía ni idea de cómo conseguiría que en los ojos de sus nietos volviera a dibujarse una sonrisa, acababa de convertirse en su único objetivo.

Capítulo 16. Un punto en común

Después de comer, Andrés volvió a la montaña de papeles del despacho. Ismael se marchó a comer a casa y a tumbarse un rato. Le dolía el pie y la noche anterior le pasaba factura. Prometió estar de vuelta a las cuatro y media. Le pidieron a un agente que les trajera la información laboral de las seis víctimas. Necesitaban encontrar algo que las relacionase de alguna manera.

Decidió ir en el orden establecido por el mismo asesino. Primero la pareja número II. Leyó los informes con atención e hizo unas anotaciones en una libreta. Cuando iba a pasar a la pareja número III, apareció Ismael.

–¡Por fin! Esto es horrible. No hay por donde empezar. Tendremos que conseguir una mesa más grande –bromeó Andrés.

–Tranquilo, no hay nada como una siesta para ver las cosas de otra manera. Esta mesa solo está "casi" llena. Mira, aquí, entre la impresora y estas… –siguió la broma Ismael mientras contaba– ocho carpetas, cabe un folio.

–Anda, toma, que te llevo ventaja –se rindió su compañero–. Estoy con la tercera pareja, te toca la número IV. Ya he revisado la número II.

–Así que me llevas ventaja, ¿eh? Pues que sepas que antes de salir de casa he llamado a Juanjo para que me consiga los historiales médicos de las seis víctimas y de los niños –se burló el inspector–. ¿Quién lleva ventaja ahora?

–Tú ganas. Deja de escaquearte y a los papeles –le riñó amistosamente.

Ismael cogió la carpeta que le tendía Andrés. Uf, no era de extrañar que se quejase, allí había muchísima información, y además tenían que revisarla lo más rápido posible si querían avanzar.

–¿Has hablado con Clara? –preguntó Andrés mientras se metía un caramelo de menta en la boca.

–No, ¿qué pasa? –preguntó Ismael preocupado sacando el móvil del bolsillo para comprobar sus mensajes y llamadas; no había nada de la asistente social.

–Me llamó cuando salió de la casa de los abuelos de Nico para contarme lo que había ocurrido con la psicóloga. Se fue casi a la una y media. Parece ser que la chica llegó a la cita un tanto… "perjudicada".

–¿Qué quieres decir?

–Según Clara, apareció una hora tarde, sin asearse ni peinarse, con resaca y con claros indicios de haber consumido alguna droga la

noche anterior –le explicó Andrés.

–¡Joder! ¿Y qué le dijo? –le interrogó Ismael.

–Le dijo que, por supuesto, no podía dejar que se encargara de los niños y que iba a pedir que la relevaran de aquel trabajo.

–Claro… ¿Y lo aceptó sin más? No me lo puedo creer. No me parece a mí que esa chica sea de las que se dejan pisar el terreno –respondió un escéptico Ismael.

–No, qué va. Clara me explicó que se había enfadado mucho, que incluso la había insultado. Le dio la oportunidad de contarle a su jefe lo que ocurría antes de que lo hiciera ella misma –dijo Andrés.

–Clara a veces es un poco inocente, me parece a mí. Si se cree que la otra va a ir a su jefe a decirle: "Hola, jefe, ¿qué tal? Mira, no puedo hacerme caso de todos esos críos porque me gusta darle a la coca y a Clara no le hace gracia, ¿tú te crees?".

–¡Ja, ja, ja! –se rió Andrés–. Tío, tampoco te pases.

–No me paso, es que no me creo que vaya a decírselo –respondió Ismael indignado.

–Bueno, eso es ya cosa de Clara. Supongo que sabe lo que hace –contestó Andrés mientras volvía a los papeles.

–Sí, tienes razón… ¿y tenemos ya otro psicólogo? Porque es urgente.

–Me dijo que había hablado con su jefe y que esta misma tarde, como mucho, asignarían a alguien –le explicó Andrés-. De hecho me ha contado que su jefe se ha ofrecido a llevar el caso si no encuentran a nadie.

–Menos mal –musitó como única respuesta mientras cogía otro montón de papeles de su mesa.

Era indudable que el tema del psicólogo les retrasaría todavía más y no podían hacer mucho al respecto. Era una pena que aquella chica llevase una vida tan desordenada, porque iba a ser difícil encontrar a un psicólogo infantil tan cualificado y que se pusiera al día en tan poco tiempo. Y aún no había nadie asignado al caso que supieran, al menos Clara no les había llamado para decirles nada más y había quedado en hacerlo en cuanto tuviera noticias de su jefe.

–¿Comprobamos lo que hay? – preguntó Andrés cuando hubo terminado de leer todo.

–Sí, empieza tú –le pidió Ismael.

–Bien, Román Megías. Era jefe de recursos humanos de una empresa de telecomunicaciones, ganaba un pastón. Su mujer, Ángela, trabajaba en una oficina de turismo hasta hace ocho años. A ver, éstos son… la segunda pareja de víctimas, ¿no? Los padres del crío que dibuja tan bien –preguntó Andrés mientras colgaba en un panel la foto del hombre junto a la de su mujer y la de sus hijos.

–Sí, ésos. Bueno… lo que has encontrado coincide con la versión que

dieron los padres de ella de que el marido la obligó a dejar de trabajar cuando se quedó embarazada de su primer hijo –explicó Ismael mientras se levantaba a completar el panel con su compañero.

–Sí… también hemos comprobado que él pertenecía a un club de golf y tenía un carné de socio de un gimnasio cerca del trabajo. Iba a la hora de comer a hacer pesas. Sería para estar en forma cuando pegase a su mujer, ¿no? Será hijo de puta…

–Vamos a poner con rojo las profesiones de cada uno y con azul las aficiones –dijo Ismael–, si no, nos volveremos locos.

–Si quieres voy a por otro panel, a lo mejor lo necesitamos –se ofreció Andrés.

–Bueno, vamos a ver primero si podemos agrupar todo aquí, por el momento yo creo que nos llega. ¿Algo más sobre Román? ¿Y ella? –preguntó Ismael.

–Ella nada, tarjetas de supermercados y de un videoclub, nada más, no parece que tuviera mucha vida social.

–Bueno, es difícil tener una vida social cuando te pasas el día lleno de moratones que intentas esconder. ¡Qué cabrón! De todos modos, tenemos que preguntarles a los padres de la mujer por los amigos de Ángela o por amigos comunes de la pareja –anotó Ismael en una libreta.

–Es probable que haga tiempo que no salieran con amigos –dijo contrariado Andrés–. Y me apuesto algo a que ella cortó todo tipo de relación con cualquier amiga que pudiera tener, con amigos, ya por descontado.

–Estoy totalmente de acuerdo; aun así hay que preguntar. Bien, pasemos a Alberto y Paz –propuso Ismael–, los padres del primer crío.

–Veamos… Alberto Jiménez. Trabajaba en la construcción, sin estudios, ni siquiera sacó el graduado escolar. Le echaron de varias obras por acudir borracho. Una vez incluso se cayó de un andamio a unos cinco metros del suelo y se rompió el hombro y varias costillas. El jefe de la obra declaró que no llevaba puesto el arnés de seguridad pese a que él obligaba a todos los trabajadores a ponérselo. Dos o tres obreros lo corroboraron –leyó en sus notas Andrés.

–Vale, así que a éste le gustaba empinar el codo. Se dan muchos casos de maltrato cuando hay alcohol de por medio –comentó el inspector.

–Su mujer trabajaba como empleada de hogar –comentó Andrés–. A veces para una empresa de limpieza, otras por libre. No siempre tenía contrato, lo sé por sus vecinos. Todos la describen como una mujer muy trabajadora y una madre ejemplar y a él como un cabrón intratable.

–¿Con quién hablaste, aparte de con la vecina de al lado?

–Con el dueño de la tienda que hay justo debajo de su casa y con un

par de vecinos más. Su vecina nos cuenta que la mujer tenía un grupo de amigas entre las madres que llevaban a los niños al colegio y que poco a poco dejó de verlas, ella sospechaba que por vergüenza. Alberto protagonizó un par de peleas con el marido de una de sus amigas; no se cursó denuncia alguna –leyó Andrés–. Tengo pendiente hablar con ellas.

–Bueno, creo que a eso podemos mandar a un agente, es algo rutinario –continuó Ismael–. Sigamos. El padre de Roberto tenía como único hobby, aparte del alcohol, el fútbol –continuó Ismael–. Era socio del Atlético de Madrid. A juzgar por el estado impecable de su carné, dudo que lo usara mucho, seguramente lo veía en la tele. Por eso está más gastado el suelo donde supuestamente estaba el sillón, debía de ser su sitio. Ella… bueno… nada que hayamos podido encontrar –añadió mientras echaba un nuevo vistazo a los papeles en busca de algo que se le hubiera podido pasar.

–No sé, Ismael, esto no nos está llevando a ningún sitio –soltó Andrés algo deprimido–. Coincidimos en que las mujeres de estos dos individuos van dejando de tener vida propia. No salen con nadie, no tienen aficiones, desaparecen de la vida social.

–Es bastante frecuente entre las víctimas de violencia de género –explicó Ismael con rabia.

–A ver si las nuevas víctimas aportan algo nuevo –añadió Andrés mientras cogía el expediente de los dos nuevos cadáveres que acababan de encontrar.

–No creas; a ver, Ángel Ledesma estudió empresariales –leyó Ismael con interés–. Era dueño de una empresa de catering junto a su mujer, al cincuenta por ciento. Ella era cocinera. La empresa la gestionaba el marido y les iba muy bien. Ella hacía las recetas y preparaba los caterings para cualquier tipo de celebración que les hubieran encargado. Daba el visto bueno, vamos. Dos cocineros trabajaban para ellos, tenían también a cuatro ayudantes de cocina y a dos repartidores. Hay dos furgonetas con el logo de la empresa a su nombre, una al de cada uno.

–Tiene pinta de familia modelo, ¿no? –recalcó su compañero.

–Sí, desde luego. Todo a medias, trabajo y ganancias –concluyó Ismael–. Les iba muy bien, a juzgar por la zona en la que vivían y la casa que tenían. Parece ser que les gustaba mucho viajar y siempre que podían se llevaban a sus hijos. El niño estudia en un colegio privado que también tiene escuela infantil, adonde llevaban a la niña. A los padres les gustaba ir al teatro y al cine. Los niños, mientras, se quedaban con sus abuelos, ya sabes, a un par de calles de distancia.

–¡Joder! Esto no nos lleva a nada. ¡Esta gente no tiene nada en común! –exclamó Andrés muy enfadado–. Y además creo que Clara tiene razón.

–¿A qué te refieres? –preguntó Ismael mirando a su compañero con extrañeza.

–A lo que dijo al llegar al último escenario y hablar con los niños –respondió Andrés haciendo con los hombros un gesto que daba a entender que Ismael tenía que saber de lo que hablaba.

–Cuando Clara llegó al escenario, yo estaba en casa de los abuelos del crío dándole la noticia a la abuela –le recordó él.

–¡Es verdad! Joder, perdona –se disculpó Andrés–. Cuando Clara vio a los niños me dijo que ese caso era distinto, que estaba casi totalmente segura de que el padre no los maltrataba, que los niños lo adoraban.

–Ya… bueno, eso aún está por comprobar… ¡Oye! –dijo de pronto Ismael como si hubiera tenido una revelación–. ¿Y la religión? ¿Sabemos si pertenecían a alguna congregación religiosa? ¿Y la música? Hay que comprobar si iban a alguna escuela de música o de dibujo o de algo.

–Sí, tienes razón. En cuanto al trabajo, la zona en la que vivían y la vida social de las tres parejas, no hay ningún nexo en común. Hay que ir descartando. Vamos a ver si encontramos algo. Lo de la religión podría ser un buen comienzo –coincidió Andrés abriendo en el ordenador una búsqueda sobre las parroquias de cada zona.

Andrés completó el panel con lo que tenían. Encima de las fotos de cada familia puso la zona en la que vivían. Debajo de la foto de cada progenitor, la profesión y las ocupaciones de cada uno, y debajo de los dibujos de los niños, las posibles pistas que les habían concedido hasta el momento. Se echó hacia atrás para mirar el esquema desde lejos y hacerse una composición de lugar y de posibles caminos a seguir. De pronto, Ismael cogió el rotulador rojo y se dirigió al panel donde colocó tres flechas que salían de cada familia hacia arriba y escribió tres palabras en mayúsculas: HOMBRE DEL TRAJE. Andrés no podía estar más de acuerdo.

Tras unas llamadas, descubrieron que los padres de Nico eran católicos y practicantes, iban a misa cada domingo. Donaban todo lo que sobraba de los eventos al comedor benéfico y, una vez al trimestre, daban una fiesta para recaudar fondos para una ONG. Los padres de Roberto no eran muy religiosos. Incluso, Alberto había sido protagonista de algún altercado en el que, borracho como una cuba, gritaba a los cuatro vientos lo poco que creía en Dios.

En cuanto a los padres de Hugo, descubrieron, gracias a las pruebas recopiladas en el domicilio y el testimonio de algunos vecinos y de los padres de ella, que Ángela era creyente, aunque no muy integrada en los asuntos de la Iglesia. Y Román, su marido, era prácticamente un fanático de los temas de religión. Tenía una Biblia en la mesilla de noche gastada de tanto usarla y varias más por toda la casa, con

pasajes subrayados y anotaciones en su interior. Iba a misa a diario y su casa se regía por las normas que, según él, había dictado Dios.

–Bien, otra vez como al principio –se desanimaba Andrés–. La religión tampoco nos aporta nada.

–No, Andrés, como al principio, no. Ahora hemos descartado un montón de cosas. Acertado, no hemos acertado con nada aún, pero hemos desechado muchas pistas falsas que podían ralentizar aún más la investigación. Tienes que ser un poco más positivo –le animó.

Unos golpes en la puerta vinieron a interrumpir la autocompasión que sentían en aquel momento los dos policías.

–Os traigo los historiales médicos de las víctimas. ¿Dónde los dejo? –preguntó una agente vestida de uniforme mirando perpleja la mesa, donde no cabía nada más.

–Ah, genial. Ya te hago sitio yo aquí –dijo Ismael mientras con un brazo empujaba un montón de carpetas al suelo que cayeron con gran estrépito–. Muchas gracias.

La agente, con cara de póquer, dejó las nuevas carpetas dónde le había dicho Ismael procurando no mirar hacia el suelo, donde todo se había esparcido sin control. Salió pensando que esos dos inspectores necesitaban unas buenas vacaciones.

–Madre mía, no acabaremos nunca. ¿Qué hacemos? ¿Tú las mujeres y yo los hombres? –preguntó Andrés con tono de cansancio.

–Claro, claro. ¿Tú qué te crees? ¿Que me chupo el dedo? –ironizó Ismael–. Tenemos tres asesinatos de mujeres maltratadas y te quieres quedar tú los historiales médicos de sus maridos… ¡Lo llevas claro, colega!

–A ti no hay quien te engañe, ¿eh? Ahora entiendo por qué conseguiste ser inspector tan joven –bromeó Andrés.

–Y ahora entiendo yo por qué lo conseguiste tú –se burló Ismael.

Los dos policías se miraron a los ojos y estallaron en una sonora carcajada. Tras un par de minutos riéndose, se sintieron como si salieran de una buena sesión de masaje. Fuera, algunos agentes contemplaban perplejos el despacho y cuchicheaban entre ellos a la vez que negaban con la cabeza.

–Anda, vamos a tomar un café y llamamos a Clara para que venga a echarnos una mano. Seguro que no le importa, y total, se lo íbamos a contar después… –explicó Ismael.

–Sí, pero me temo que ella no va a ser tan “sutil” como yo.

–No, desde luego que no –dijo Ismael sonriendo.

Tres horas y dos cafés más tarde, Clara y los dos inspectores terminaban de revisar todos los historiales de las víctimas. Unas manos invisibles mantenían la montaña de carpetas y papeles en precario equilibrio sobre una esquina de la mesa. Parecía que un simple suspiro podría llevarlas al más absoluto desastre.

–Menos mal que has venido, Clara, sin ti no llevaríamos ni la mitad –le agradeció Andrés.

–Deja ya de hacerme la pelota, me debéis una cena cuando acabe todo esto. Y tengo muy buena memoria –le amenazó ella.

–Bueno, chicos –interrumpió Ismael mientras colocaba un segundo panel al lado del primero. Se había rendido ante la evidencia de que no cabía nada más–, en el historial de Ángel Ledesma, poca cosa. Algún catarro, una intoxicación alimenticia y un par de esguinces. El de Elsa, su mujer, también es bastante normalito. Gripe, los dos embarazos y partos. Parece que le subió el azúcar durante el segundo embarazo porque hay analíticas y controles más exhaustivos. Después he encontrado un parte de alta del endocrino diciendo que sus niveles de azúcar en sangre son normales. Lo más significativo es un corte profundo en la mano, que precisó varios puntos de sutura y la presencia del cirujano plástico, porque se cortó un tendón.

–Ya, pero siendo cocinera de profesión, no es muy raro que se cortara alguna vez, ¿no? –preguntó Clara.

–No, no lo es. También hay una quemadura de segundo grado en una mano, producida por agua hirviendo. Es decir, cocinando –concluyó Ismael–. Los niños, nada que pueda ser compatible con malos tratos: gastroenteritis, bronquitis…

–Eso corrobora lo que pensábamos, que no había malos tratos en esa familia, ¿no? –preguntó Clara.

–No nos adelantemos, falta el informe del forense sobre la mujer. Aunque me atrevería a apostar ahora mismo a que jamás le pegó –afirmó Andrés.

–Sí, yo también –coincidió su compañero–. ¿Tú que tienes, Andrés?

–A ver… para empezar tengo la sensación de que al final te ha tocado a ti lo más fácil –dijo mirando a Ismael mientras en su cara aparecía una sonrisa maliciosa–. Y en los historiales… a ver, empezaré por el marido: Alberto Jiménez acudió un varias ocasiones al servicio de urgencias por lesiones producidas en peleas. En casi todas se nombra la presencia de elevados niveles de alcohol, también un accidente laboral. Bueno, esto ya lo sabíamos del otro historial. Se precipitó al vacío desde unos cinco metros. Se rompió la cabeza del húmero y cuatro costillas. También he leído que dos veces tuvo que ir la policía, porque protagonizó dos altercados en la sala de espera de urgencias. Una vez contra una de las personas que esperaban allí y la otra contra el personal sanitario. Una joyita, vamos.

–Siempre el alcohol –dijo Clara.

–Sí, es cierto. La mujer, Paz, ingresó en varias ocasiones con lesiones de diverso tipo. Los dos primeros partes hablan de lesiones en la cara: nariz rota, malar, esguince cervical, fractura de órbita. En ambos casos declaró que le habían pegado en la calle para robarle el

bolso.

–¡Será capullo! No puedo con esos mierdas. Encima la obligaba a mentir –exclamó Ismael intentando por todos los medios no alterarse demasiado, aunque era evidente que le costaba lo suyo.

Clara sintió un nudo en el estómago. Por eso Roberto se había mostrado tan reticente con ella cuando llegó con el golpe en la cara. Estaba harto de que su madre le dijese lo mismo. Debía tener cuidado con lo que le decía, era imprescindible no mentirle ni una sola vez.

–Los siguientes partes de urgencias –prosiguió Andrés– están enfocados a los malos tratos. Hablan de una "fractura espiroidea" de cúbito y radio compatibles con un retorcimiento del brazo derecho. Ahí se dieron cuenta de que algo ocurría. Hay muchísimos partes de ese tipo y ni una sola denuncia de Paz a su agresor. Hay partes de tres hospitales diferentes y de, al menos, seis centros de salud. Parece ser que cambiaban de servicio de urgencias para no levantar sospechas. Una vez se pasó de la cuenta y le reventó un riñón de una patada. Paz tuvo que ser intervenida de urgencias, pasó tres semanas en el hospital. Y… ¿se marchó de alta voluntaria? Supongo que no podría soportar pensar lo que les podía estar pasando a sus hijos.

–Joder. No sé si voy a poder seguir escuchando –dijo Ismael apretando los dientes.

–Hay más: tuvo dos abortos tras dos palizas. Los partes médicos se remontan a hace… ¡nueve años!

–Nueve años… ¿Y los niños? –preguntó Clara.

–Los niños, bueno, alguna que otra "caída", en ningún momento se habla de malos tratos. Belén se rompió un brazo cuando tenía un añito. Roberto tuvo dislocado el codo tres veces cuando tenía cuatro años. ¡En seis meses! No lo entiendo. ¿Un niño de cuatro años acude tres veces en seis meses con el codo dislocado y no sospechan que pueda estar pasando algo raro?

–No es tan fácil, Andrés –replicó Clara–. No estoy segura, pero creo que cuando a un niño se le sale el codo una vez, es posible que se le vuelva a salir más veces. Les queda la articulación… cómo te diría yo… más "holgada", ¿sabes?

–Ah, vaya, no tenía ni idea. En fin, de todos modos, teniendo un padre con esos "entretenimientos", podrían haber sospechado algo…

–En eso tienes razón –tuvo que admitir la asistente social.

–Siento deciros que lo que he encontrado yo no es mucho mejor –les explicó Clara–. A ver, he empezado por el padre de Hugo, Román Megías. En principio, poca cosa. Estuvo una semana ingresado por una neumonía que se complicó. Lo único que me ha llamado un poco la atención de su historial ha sido que fue tratado por un psiquiatra durante una buena temporada, no pone el motivo.

–Eso es porque los historiales de psiquiatría se guardan aparte de los

historiales médicos y están protegidos. Hace falta un permiso especial para solicitarlos –les comentó Andrés–. Ya me ha ocurrido en algún que otro caso.

–Se lo diré al comisario para que nos los consiga –dijo Ismael mientras lo anotaba en su cuaderno–. Puede que tarde unos días y me parece que nos va a venir de perlas.

–Mételе prisa –le apremió la asistente social–; sinceramente, creo que es una pista, porque al comprobar el historial clínico de la mujer, he visto que durante el tiempo que Román estuvo en tratamiento psiquiátrico no hubo ningún parte de accidente de Ángela y, sin embargo, sí los hubo el resto del tiempo.

–¿Ah, sí? Eso es importante. Vamos a terminar de revisar lo que hayas encontrado y se lo pido –concluyó el inspector.

–Ángela estuvo yendo y viniendo a hospitales y centros de salud, al igual que Paz, desde hace siete años. La primera vez que acudió por un "accidente" estaba embarazada de siete meses y casi pierde al bebé. Hay un parte de accidente cada cuatro meses. Como mucho, la frecuencia se reduce a seis meses, pero hay un año entero en el que Ángela no sufre ningún maltrato, o al menos ninguno que precise intervención médica, y coincide con el tratamiento psiquiátrico de Román. No sé a vosotros, a mí me resulta de lo más llamativo.

–Y lo es, ya lo creo que sí. Hay que encontrar a su psiquiatra y hablar con él – dijo Ismael mientras llamaba al comisario, que hacía horas que se había marchado a casa.

–¿Qué hora es? –preguntó Clara.

–Pues… las diez y veinte.

–¿Tan tarde? Madre mía, ya no puedo acostar a los niños. Tenía que haber ido a echar una mano en la casa. Es una tarea agotadora.

–Me lo imagino, piensa que aquí estabas haciendo algo por ellos también –intentó animarla Andrés.

–En eso tienes razón, aun así, tengo que intentar echar una mano allí con más frecuencia. Ayer me di cuenta de lo que supone tener a tantos niños en una sola casa –confesó Clara.

–Oye, ¿y qué hay del psicólogo infantil? Quiero decir… Andrés me ha explicado lo que ha pasado con Bea y ya no va a estar en el caso, desde luego. Es una pena que haya fastidiado todo, porque lo tenía muy bien encaminado –comenzó a decir Ismael.

–Sí, pero parece que no era la persona adecuada, no podemos arriesgarnos a que meta la pata –añadió Andrés cuando colgó el teléfono.

–¡Uf, chicos! Si la llegáis a ver esta mañana… Así no podíamos ir a ver a los niños, se habrían puesto a chillar y tened por seguro que la familia habría pedido que nos relevaran del caso –les contó Clara–. Tuve que contenerme bastante, porque me cabreé muchísimo. Me

dieron ganas de darle un buen bofetón y a mí otro por dejar que llevara este caso.

–Ya, a ti nunca te ha caído demasiado bien, me parece –replicó Ismael.

Clara miró al inspector y se mordió el labio inferior. No estaba muy segura de si debía decirles que no era la primera vez que la había visto de esa guisa. Ya en dos ocasiones, Bea había llegado a una cita después de haber consumido alcohol o drogas o las dos cosas. No servía de nada echar más leña al fuego. Con que supieran lo de esa mañana, que era el caso que les tenía ocupados en aquellos momentos, era suficiente. Ya tenía bastante con el cargo de conciencia que le producía haber tenido que hablar con su jefe de la situación. No era muy agradable.

–Mira, puedes creer lo que quieras, yo pienso en los niños y creo que Bea ahora mismo no puede ocuparse de ellos como necesitan –dijo ella a la defensiva.

–No te enfades, que creo que tienes razón, me parece que a ti ya no te hacía ni pizca de gracia su forma de proceder. Y no creo que tenga nada que ver con su forma de vestir o de hablar, más bien porque tienes bastante instinto y sabías que esto ocurriría tarde o temprano –intentó disculparse Ismael–. ¿Sabemos ya quién es el nuevo?

–Sé que se llama Paco, pero ni le conozco, ni sé nada de él. He quedado con él mañana por la mañana. Mi jefe me ha hablado muy bien de él, dice que tenemos suerte de que pueda ponerse con esto de inmediato. De hecho, ha traspasado varios casos en los que estaba trabajando para poder ocuparse de los nuestros.

–Uf, ver si es verdad, porque, desde luego, lo necesitamos ya.

Se quedaron mirándose sin saber qué decir. Clara pensó que podía ser un buen momento para lanzarse un poco y pensó en invitarle a cenar. Andrés, por su parte, estaba pensando en decirle que esa noche durmiera en su casa, le parecía que no iba a ser el momento. Y así estaban los dos, dilucidando quién rompería el hielo primero, cuando dijo de pronto Ismael:

–Qué, Clara, ¿quieres gastar tu *vale por una cena* que has ganado hoy trabajando para nosotros?

Clara miró a Andrés un segundo esperando que él tuviera otro plan, al ver que no se decidía…

–Sí, sí, mejor hoy, que si no mañana podéis sufrir un lapsus de memoria –bromeó a la vez que se levantaba y cogía sus cosas para que ni siquiera tuvieran tiempo de pensárselo.

Cenaron en un restaurante italiano. La decoración cuidaba cada detalle con exquisitez. Al bajar las escaleras hacia el comedor, a Clara le había parecido que se sumergían en los oscuros canales de Venecia, para renacer en una de sus más estrechas callejuelas. Las mesas se

disponían con suficiente espacio entre unas y otras, aprovechando las redondas columnas del salón. Las lámparas semejaban cristal de Murano y proyectaban sombras en la pared provocando un ambiente misterioso y clandestino. Las sillas,de madera oscura, con los ornamentos típicos de las góndolas más elegantes que se paseaban por los canales venecianos. Por supuesto, la dulce música acariciaba los oídos de los comensales invitándoles a regar, con un buen vino de la Toscana, las pizzas o los tortellini de la extensa carta.

Cuando el camarero se acercó a tomarles nota, Clara echó de menos que hubiera llevado un sombrero de paja y una camiseta de rayas azul marino y blanca. La habrían transportado, directamente, al Ponte Vecchio o a la plaza de San Marcos. La magia se rompió cuando el atento camarero les habló en castellano. Ella estaba esperando a que dijera cualquier cosa en italiano. Para algo se había molestado en hacer a su imaginación volar hasta allí. Clara no podía dejar de pensar en la magia de aquel lugar y en lo que le hubiera gustado disfrutarla sola con Andrés. Él parecía también algo decepcionado, o al menos eso era lo que ella quería interpretar de su cara. Ismael, por su parte, disfrutaba de lo lindo. Hablaba sin parar, comía como si fuera la primera vez desde hacía años e incluso se atrevió con una segunda copa de Lambrusco. La lasaña de Clara estaba verdaderamente deliciosa, ella se dedicó a marearla. Imaginaba que cuando fuese a ese sitio sola con Andrés pediría un buen chianti, que les terminaría de trasladar a los dos hacia aquella romántica ciudad.

–¿No te vas a comer eso, Clara? –dijo Ismael mirando con gula su plato.

–Pues no, es que yo no soy de cenar mucho, la verdad.

–¿Te importa que pruebe…? –comenzó Ismael.

–No, tómatela tú, yo no tengo mucha hambre –le dijo Clara mientras le pasaba el plato.

Ismael miró fijamente a Andrés, que tapó su plato con las manos en un rápido gesto para protegerlo.

–El mío ni lo toques, caníbal –bromeó.

El móvil de Ismael comenzó a sonar, lo buscó en los bolsillos de su chaqueta y, cuando por fin consiguió sacarlo, miró detenidamente el número; no lo reconocía.

–¿Diga? –preguntó a la vez que fruncía el ceño en un gesto muy suyo–. Sí, soy yo… ¿Clara?… Sí está aquí… ¡Ah! Lola, ¿qué tal? Sí, tranquila, ya sé quién eres…

Clara se preguntó por qué Lola, la pedagoga de la casa de acogida, llamaba a Ismael en lugar de llamarla a ella. Inmediatamente cogió su móvil para recordar que hacía horas que la batería se había agotado y que en cuanto llegara a la comisaría lo iba a poner a cargar.

–Sí, la tengo aquí mismo. Te paso con ella –se despidió Ismael.

–Lo siento, Lola, se me acabó la batería. Perdona… estamos cenando… ¿Pasa algo?

De pronto, la cara de Clara se puso blanca. Abrió mucho los ojos y se puso de pie. Los dos inspectores la miraban perplejos.

–¿Estás completamente segura, Lola?... ¡Genial! Gracias. Eres la mejor... Mañana te llamo…Un beso, hasta mañana.

Cuando colgó el teléfono se enfrentó a las miradas de sus amigos sabiendo que lo que les iba a decir iba a ser la mayor pista fiable desde que todo aquello había comenzado.

–Clara, o hablas ya o vas a ser la siguiente víctima–amenazó Ismael.

–Por fin una coincidencia, chicos: Hugo también es disléxico.

Los policías la miraron perplejos, no entendían el entusiasmo de la joven ni por qué su cara brillaba al darles aquella noticia. Entonces Ismael tuvo una idea y se encontró cara a cara con los pensamientos de Clara.

–Si son disléxicos, alguien estará trabajando con ellos. ¿Es eso lo que quieres decir?

–Exacto –respondió ella mientras daba un largo trago al vino y se sentía, por primera vez desde que había empezado aquel caso, segura de que habían encontrado una conexión.

Capítulo 17. Bea

Bea caminaba tan deprisa que casi volaba calle abajo deseando llegar a su destino. Había encontrado un nexo entre los tres niños. Si la imbécil de Clara no quería ver lo buena que era en su trabajo, se lo tendría que demostrar. ¡Menuda gilipollas!… ¿Tan malo era que se metiera una raya de vez en cuando? Esa niñata no tenía ni idea de lo que era la vida. Aún le quedaban un par de calles para llegar. Ella lo arreglaría todo y así recuperaría su puesto de trabajo.

Cuando por la mañana discutió con la asistente social, se había ido de inmediato a ducharse y a asearse un poco. Se había quitado hasta el más mínimo resto de maquillaje y, tras intentar ponerse una mascarilla para refrescar su rostro, había añadido un colirio a los ojos para que no fuera tan evidente que la noche anterior había sido movidita.

Una maliciosa sonrisa se dibujó en su cara cuando se acordó del tío al que había conocido en aquel antro y del polvo que habían echado en el aparcamiento. "Joder –pensó–, estaba buenísimo, y qué manera de follar".

Se miró al espejo e intentó apartar aquellos pensamientos; ahora tocaba humillarse ante su jefe, y pensar en sexo no le ayudaba en absoluto. Se maquilló con esmero, intentando tapar algunas marcas, sobre todo la del cuello, era demasiado oscura y no pudo con ella, así que colocó un pañuelo. Añadió un poco de sombra de ojos intentando no cubrir sus párpados como siempre, pequeños matices para parecer arreglada, nada más.

–Así le pareceré una niña buena –le dijo al espejo con sarcasmo–. Menuda panda de hipócritas, seguro que ellos van a fiestas más fuertes que las mías.

Entonces entró en la habitación y se colocó la falda más discreta que tenía, una negra hasta los pies. Se transparentaba un poco, qué le iba a hacer. No iba a ir a comprarse algo más adecuado, tendría que valer. Eso sí, se colocó debajo unas bragas negras, no uno de sus tangas de colores. Después añadió un par de camisetas superpuestas. Eligió las que tenían un mensaje menos agresivo y, tras calzarse, se fue a hablar con su jefe.

Cuando entró en el despacho, le pareció que él la esperaba, aunque su rostro no dejaba traslucir ninguna emoción. Eso la desconcertó: esperaba que la zorra de Clara se hubiera chivado, no parecía ser así.

–Tú dirás, Bea –la animó él dejando el ordenador y observando a la joven con detenimiento.

–Eh… ¿Ha hablado usted con Clara?

–¿Con la asistente social? No, ¿qué ocurre? – preguntó él a la vez que se quitaba las gafas y la miraba a los ojos.

–Pues… la verdad… no sé cómo empezar…

Él arqueó las cejas en un gesto de incomprensión.

–Bea, ve al grano, por favor, tengo mucho trabajo.

–Ya… de acuerdo. Esta mañana he llegado tarde a una cita con Clara y ha pedido a su jefe que me aparte del caso que llevamos, el de los críos que estamos llevando.

–¿Por llegar tarde? –preguntó escéptico–. Perdona, me cuesta un poco creerlo.

–Bueno, por llegar tarde y porque llegaba un poco… bueno… anoche fui a una fiesta y… en fin… se desmadró un poco –consiguió decir la psicóloga evitando la mirada del hombre que tenía delante, que poco a poco comenzaba a quemarle la piel.

Su jefe, un hombre tranquilo, con un enorme bigote que escondía parte de su cara, se recostó en su sillón de despacho y mordió con aire ausente una de las patillas de las gafas. Debía de ser un gesto habitual en él dado el estado de las patillas. Tras un par de minutos, que a Bea se le antojaron horas, se echó hacia delante en su silla y habló:

–La verdad, Clara no ha hablado conmigo, ni tampoco nadie de su despacho; su jefe no me ha llamado. Yo creo que sé lo que ha pasado, llevo tiempo dándole vueltas. Voy a contártelo yo, porque creo que te resultará más sencillo. Si me equivoco en algo, me das el alto, ¿de acuerdo?

–Sí –murmuró Bea agachando la cabeza.

–Esta mañana has llegado tarde a una cita con la asistente social que lleva el caso de varios niños que acaban de sufrir una pérdida terrible y encima han sido obligados a presenciarlo. Si no me equivoco, hoy tenías que haber hecho una primera valoración de los dos niños que encontraron ayer, a los que aún no conocías. Y te has presentado en una situación lamentable. ¿Voy bien?

–Sí –musitó en un leve susurro; ni siquiera se atrevía a alzar la voz.

–Bien, el que estés aquí diciéndome esto, quiere decir que Clara te ha dado la oportunidad de que seas tú quien me lo cuente en lugar de delatarte ella misma, lo cual es muy loable por su parte. Y tengo que reconocer que el que tú hayas venido a hablar conmigo, también tiene mucho valor.

–Gracias…

–Pero –siguió hablando su jefe mientras levantaba una mano para que ella se callase–, he de decirte que no es la primera vez que ocurre, en varias ocasiones has llegado así, y es mi responsabilidad que esto no vuelva a suceder.

–Se lo había dicho, ¿no? Qué hija de puta –dijo la joven con rabia.

–¿A qué te refieres?

–A Clara, menuda mosquita muerta. Me dijo que no había dicho nada a nadie de aquellas dos veces, qué zorra...

Su jefe volvió a recostarse y cruzó los dedos mientras jugueteaba con ellos y miraba a Bea fijamente. Se mantuvo así varios segundos respirando ruidosamente y sin decir una sola palabra. Después, exhalando un sonoro suspiro, volvió a echarse hacia delante sin dejar de mirar a la joven a los ojos.

–Bea… Clara no me había dicho nada, no era ella quien se había quejado de ti. Habían sido otros, ahora me temo que tendré que hablar con esa joven también.

La psicóloga se quedó muda. Así que ella no la había delatado. Clara no le caía nada bien, le parecía una niñata con pretensiones, acababa de comprobar que era una mujer leal y eso le fastidiaba todavía más: quería odiarla.

–¿Qué… qué me va a pasar? –se atrevió a preguntar ella.

–Por lo pronto, quedas suspendida de empleo y sueldo durante tres meses.

–¡¿Qué?! No, no, ni de coña, yo no puedo estar tres meses sin cobrar. Joder…

–Mira, Bea, me parece que no te das cuenta de la situación. Lo que ha pasado esta vez y las anteriores era para haberte expedientado y quitarte el puesto. Da gracias a que no voy a investigar todas las veces que has venido así, porque te quedarías sin trabajo para siempre.

–No puedo vivir del aire, ¿sabe?

–Lo siento, Bea, es lo que hay. El alcohol y las drogas no son compatibles con este trabajo, no puedo mirar a otro lado como si no hubiera pasado nada.

–Hijos de puta –protestó Bea mientras abandonaba el despacho dando un tremendo portazo.

Tras salir de allí, pasó el día entero pensado en qué hacer. Quería hablar con Clara y decirle que le había jodido la vida, lo que no serviría de nada. Además, por lo que acababa de comprobar, aquella pija estúpida se había portado con ella mejor que otros que le habían parecido más legales.

También pensó en llamar a su colega y pillar un par de pastillas y no era muy buena idea, se acababa de quedar sin trabajo y ponerse no le iba a ayudar en absoluto, y encima necesitaba ahorrar pasta más que nunca. Tendría que pedirles lo que le debían a sus dos amigas de la universidad. Les había prestado trescientos euros hacía ya dos meses. Y era hora de ir recuperándolo.

Nada le hacía sentirse mejor. Se sentó en un parque y dejó que el sol le diera en la cara. Las lágrimas amenazaban con abandonar sus ojos; no lo permitiría. Pensó en alguna solución, no podía estar tres meses

sin cobrar. Lo único que podría ayudar sería encontrar algo de lo que currar durante ese tiempo o recuperar su trabajo. Aquella idea bailó en su cabeza tomando forma cada vez más… Recuperar el puesto, ¿cómo podría hacerlo? Entonces, se le ocurrió. Tenía en casa los expedientes de los críos y copia de todos los dibujos, las grabaciones.... Sí, eso iba a hacer, trabajaría en el caso y encontraría algo. Entonces se lo daría a Clara para que intercediera por ella. Era una gilipollas, pero al menos había demostrado que se podía contar con ella.

Veinte minutos más tarde tenía el material del caso aparecía esparcido por el suelo y unos auriculares en sus oídos para escuchar con detalle todas las grabaciones hechas aquellos días. Poco a poco fue colocando cada papel en su sitio, cada dibujo. Hacía anotaciones que se le antojaban estúpidas, las tiraba a la basura, después las volvía a recuperar. Había mucha más información en aquellos dibujos y aquellos expedientes de lo que parecía a primera vista. Y ella estaba a punto de dar con la solución. Casi podía saborearla… Tres horas después se puso en marcha no sin antes guardar los papeles en el bolso de bandolera que solía utilizar. Cogió el móvil, las llaves y salió de su casa a toda prisa, cuanto antes consiguiera algo sólido, antes recuperaría su puesto.

Tras media hora caminando deprisa, por fin llegaba a su destino. Aquel portal era el nexo entre los niños. Pensó en llamar a un piso al azar, pero… ¿qué diría? En aquel momento, la puerta se abrió. Un hombre joven la miró y le sonrió.

–¿Vas a entrar? –preguntó.

–Sí, gracias –respondió ella.

El hombre sujetó la puerta mientras ella entraba. Subió al piso que buscaba y llamó. Si había alguien dentro, le contaría alguna excusa y se marcharía. Quería comprobar algo, nada más. Después llamaría a Clara y le explicaría su descubrimiento.

Nadie contestó ni a la primera llamada ni a la segunda, así que sacó de su bolso un pequeño utensilio que utilizaba para abrir su casa cuando perdía las llaves, que era bastante a menudo.

Lo metió en la cerradura y empezó a hurgar. Tras unos minutos, decidió que había un cierre de seguridad echado y que jamás abriría la puerta, así que lo dejó. Volvería al día siguiente y entraría por las buenas.

Salió a la calle y paseó hacia su casa. Se dio cuenta de que ni siquiera había hecho compra, así que no tenía nada que cenar. Su estómago protestó de repente, entonces recordó que tampoco había comido. Se encontraba tan absorta comprobando aquella información que lo había olvidado. Decidió que iría al bar de la esquina de su casa, compraría un bocadillo y lo comería en el sofá mientras tomaba una

cerveza.

Se dispuso a atravesar un parque mientras su cabeza daba vueltas a toda la información que acababa de ser capaz de colocar. Pensó en llamar a Clara y decírselo, incluso sacó el móvil y marcó el teléfono de la asistente social: se hallaba fuera de cobertura. Casi se alegró, pensó que sería mejor al día siguiente, cuando tuviera una pista fiable, así la dejaría con la boca abierta.

No se percató de un hombre que la observaba bajo la oscuridad. Un hombre ataviado con un traje y una corbata y que se escondía al amparo de un árbol esperando su oportunidad. Cuando Bea pasó cerca de él, aprovechó para ponerse detrás. A la joven le dio tiempo a girarse y ver sus ojos antes de que la oscuridad se apoderase de ella.

Capítulo 18. El logopeda

Ismael y Andrés no se mostraban tan entusiasmados como Clara con el descubrimiento. Sí, era la primera coincidencia que encontraban, eso no quería decir que significara algo. El instinto de Clara sí parecía estar satisfecho aunque ni siquiera del todo. Lo primero que haría por la mañana sería hablar con Nico. Había quedado con el psicólogo nuevo para ir a su casa. Si resultaba que ese niño también era disléxico, sería ése el camino a seguir; si no, habría que seguir buscando.

Esa noche, Clara luchaba contra el sueño. Dormía con la sensación de no descansar nunca, siempre en guardia. Echaba de menos dormir en su casa, en su cama. Esperaba que pronto pudiera retornar a la normalidad. Se calentó un vaso de leche con miel y se volvió a la cama. Antes, miró con cautela por la ventana, solo pudo ver el coche de policía que Ismael había solicitado para que vigilaran la casa y la solitaria farola de la esquina, que rara vez funcionaba. De las sombras surgió una pequeña figura. Tras el primer sobresalto de Clara, vino la sonrisa. Un gato famélico huía de la persistente lluvia que se había posado en esa calle desde que Clara, Ismael y Andrés salieron del restaurante. Al recordarlo, Clara no pudo evitar ruborizarse. Andrés y ella no fueron capaces de relajarse en ningún momento. Ismael disfrutó por los tres. Al salir de la cena, llovía a cántaros. Clara llevaba una escuálida chaqueta que dejaba pasar todas las gotas de lluvia. El coche se encontraba aparcado a tres calles de allí. Andrés le ofreció su chaqueta, ella la rechazó. *Tú tampoco llevas nada más* –le había contestado–. L*a compartiremos* –sentenció él.

Cuando sintió el contacto con el brazo de Andrés, su piel se erizó por completo. Deseó que el coche estuviera ocho calles más abajo. ¡Qué demonios! Deseó que estuviera en otra ciudad. Cuanto más largo fuera el trayecto, mejor. Corrieron despacio hacia el coche, si es que se puede correr despacio, aún sentía el aroma de Andrés en su piel e imaginaba cómo sería sentirlo después de hacer el amor con él.

Un ruido devolvió a Clara a la realidad. Ismael se daba la vuelta en el sofá cama, no había por qué alarmarse. Clara dio un sorbo al vaso de leche y se volvió a la cama. A lo mejor si pensaba lo suficiente en aquel policía de ojos verdes, podría alargar la sensación que sentía, también en sus sueños. Pero fue una pesadilla la que se apoderó de su mente esa noche.

Roberto llevaba de la mano a su hermana pequeña. O eso parecía, porque la niña que iba de la mano de Roberto no era Belén, sino una niña

de cabellos rubios y rizados anudados en un gran lazo azul. Se acercaban hacia ella. Clara les abría los brazos para recibirlos, había mucho cariño en su mirada. En la de Roberto no había nada, el vacío absoluto. Cuando los abrazó, la sonrisa de Roberto se volvió maquiavélica.

–Me llamo Roberto, tengo siete años y mi madre está muerta –decía el niño.

–Ya lo sé, cariño, no tienes que estar triste, yo te voy a ayudar –le contestaba ella.

–¡Cállate! Los muertos no hablan –exclamaba el niño mirándola con asco.

–¿Por qué dices eso, Roberto? –preguntaba con cariño mientras le miraba a los ojos–. Soy yo, Clara.

–¿Es que no te has visto? –decía el niño.

Entonces, Clara miraba hacia sus manos, blancas como la nieve, después hacia el suelo, había sangre, demasiada: Sintió cómo sus piernas se doblaban y se echó una mano a la nuca. Una herida cruzaba la parte posterior de su cuello. En la mano de Roberto, un cuchillo goteaba sangre. La niña que no era Belén se echaba las manos al cuello igual que Clara, de rodillas en un charco de sangre. En el cuello, una herida como la suya. Cuando miró a Roberto, en un intento de entender lo que estaba pasando, descubrió que iba ataviado con traje y corbata. Clara gritó con horror.

Ismael estaba a su lado antes de que terminara de gritar. Clara tardó varios minutos en tranquilizarse y poder contar a Ismael lo que había soñado. Después se durmió con la mano de Ismael cogiendo la suya. En ese momento la necesidad de sentirse protegida era demasiado grande.

Al día siguiente Clara se fue mientras el inspector se duchaba. Le dejó una nota para que no se preocupara cuando, al salir de la ducha, viera que no estaba. Le recordó su cita con el psicólogo. Subió al autobús y fue al encuentro de su nuevo compañero. Necesitaban hablar con Nico cuanto antes.

Una figura masculina esperaba leyendo en el sitio acordado, mientras permanecía sentado en un banco en la última parada del autobús. Se trataba de un joven pequeño, fibroso, vestido con un chándal y unas deportivas. Tenía pinta de hacer deporte con mucha frecuencia.

Al bajarse ella del autobús, los ojos del chico subieron y se detuvieron en ella. Enseguida se levantó, cogió una ligera mochila que descansaba a su lado y se fue a su encuentro. Clara supuso que aquel era Paco, él no podía saber quién era ella.

–Hola, Clara, ¿no? ¿Qué tal? –saludó con una sonrisa de oreja a oreja y dándole dos sonoros besos en las mejillas.

–Hola… ¿Paco? –preguntó Clara tímidamente.

–¡Claro! ¿O es que has quedado con más hombres?

–¿Cómo dices? –preguntó ruborizándose–. No, no, claro que no. Es que me sorprende que me hayas reconocido a la primera, la verdad.

–¡Ah! ¿No te lo dijo tu jefe? Entre los colegas se habla de que tengo un "don", ¿sabes? Yo… bueno, a veces sé lo que va a ocurrir.

Clara se quedó mirándolo sin pestañear. Estaba, simplemente, alucinada. Entonces su nuevo compañero estalló en una risotada que sorprendió mucho más a la asistente social.

–¡Ja, ja, ja! Anda, mira –dijo tendiéndole a Clara una gruesa carpeta.

Ella la abrió y no pudo por menos que reír también. Paco guardaba allí todos los informes que Bea realizó aquellos días, diversos papeles con los apuntes que había ido tomando sobre el caso, los dibujos de los niños, los tests y, en primer plano, una foto de Clara.

–Me dio esa foto para que te reconociera hoy. Es que me lo has puesto tan fácil…

–Ya veo, ya. Anda, toma –dijo devolviéndole la carpeta a su compañero–. ¿Has podido revisar algo?

–Claro. A ver si te crees que estas ojeras que luzco son naturales. Me acosté a las cuatro de la madrugada para poder leer todo lo que había conseguido mi colega hasta el momento.

–Ah, perfecto. Mira, lo primero que tenemos que hacer es conseguir los expedientes de los niños y acercarnos a que conozcas a los más nuevos del caso.

–Sí… a ver… Nicolás y Carolina, ¿me equivoco?

–No, perfecto.

La asistente social se hallaba perpleja. El joven se había molestado en aprender los nombres de los pequeños y se había leído todos los expedientes. No se lo esperaba. Parecía un chico trabajador y vivaracho, tenía la impresión de que se iban a llevar bien.

–Mira, Clara, me he adelantado, espero que no te importe. Mi jefe me asignó el caso ayer por la tarde y me dejó muy claro que tenemos prisa y que tengo que ponerme al día ya. Así que, como teníamos pendientes los expedientes de los niños, me tomé la libertad de mandar un e-mail al director de los dos colegios.

–¡Ah, genial! Así podremos ir directos a casa de Nico.

–Sí, a ver, traigo los expedientes de… Hugo y María Megías. Me los mandó por fax al despacho esta mañana a primera hora. Los estaba leyendo mientras te esperaba. Ayer mi jefe me dio también tu teléfono, me lo debió de dar mal porque llamé varias veces y no daba respuesta. También te mandé un e-mail, ¿lo recibiste?

–Vaya, ¡cuánto lo siento! –se excusó Clara poniéndose de mal humor y prometiendo ser más cuidadosa–. Ayer fui a echar una mano a la policía con los expedientes médicos y laborales de las víctimas y se me olvidó recargar la batería del móvil. Encima no encendí el ordenador

para nada. ¡Qué fastidio! Parece hecho a propósito.

–No pasa nada. Si hubiera sido más urgente habría llamado a tu jefe para que te hubieran localizado. Como total te iba a ver hoy… A ver, si te parece tomamos un café antes de ir y los repasamos.

–Me parece una gran idea. Allí en la cafetería de la esquina el café está muy bueno y el desayuno es a dos euros hasta las once. ¿Qué tal?

Paco se llevó una mano al bolsillo y sacó un billete de diez euros.

–¡Perfecto! Nos llega para cinco desayunos.

Clara sonrió a su nuevo compañero y se encaminaron juntos hacia allí. Mientras ella pedía las tostadas y los cafés en la barra, Paco sacó los expedientes de los niños de sus fundas de plástico. Cuando la joven se sentó a su lado, él se apresuró a enseñarle la documentación.

–Aquí pone que Hugo Megías está diagnosticado de dislexia desde hace… dos años más o menos y que creen que recibe ayuda externa, aunque no conocen qué tipo de terapia siguen con él ni adónde acude. Su padre no les dejaba entrometerse más.

–Bueno, al menos hemos corroborado nuestra teoría –le comentó Clara con media sonrisa de satisfacción.

–Sí, ya he visto que habías descubierto lo de la dislexia del otro niño. ¿Lo de éste lo sabías?

–Me enteré anoche –contestó haciendo que volviera el mal humor–. Cuánto siento lo del teléfono.

–No importa, de verdad. Bueno, el otro crío, Roberto Jiménez, aún tendremos que esperar. He quedado mañana con la directora de su colegio, porque vuelve de un viaje esta noche. Me llamó ayer, parece ser que el jefe de estudios del colegio la avisó cuando recibió el fax. Me pareció una mujer encantadora. Como avance me ha dicho que lo más importante que debemos saber es que sus profesores estaban seguros de que Roberto sufría malos tratos y ella se hallaba recopilando pruebas para que los servicios sociales pudieran tomar medidas, lo que era muy difícil porque precisamente era su madre la que intentaba taparlos. Y que, por supuesto, Roberto es disléxico.

–Bueno –añadió Clara–, no es que sea mucho, al menos hemos conseguido demostrar algo. Ahora nos falta añadir a Nico. Si también es disléxico, será algo más que una coincidencia.

–Estoy totalmente de acuerdo –concluyó su nuevo compañero mientras apuraba los últimos sorbos del café.

Tras dar buena cuenta del desayuno, se encaminaron a casa de los abuelos de Nico, donde estaba la tía de los niños. La abuela y el tío permanecían en el hospital a la espera de noticias sobre Emilio, el abuelo. Ella se había quedado al cuidado de la casa y de los pequeños.

–Buenos días, Ana, ¿podemos pasar? –preguntó Clara.

–Por supuesto –contestó cabizbaja mirando al joven que venía con la asistente social–, ¿queréis un café?

–No, gracias –contestó ella–, acabamos de tomar uno. Mira, quería presentarte a Paco, el psicólogo infantil que va a evaluar a los niños.

–Encantada –dijo educadamente mientras le ofrecía la mano de manera rutinaria.

Paco, directamente, le plantó dos besos en sus mejillas. Parecía que ese chico era bastante extrovertido. Clara todavía no tenía una idea muy clara sobre si le gustaba o no. Parecía ser bastante directo, franco, y el detalle de que hubiera comenzado a trabajar aunque el día antes no había dado con ella, le provocaba una sensación de tranquilidad. Le faltaba la prueba de fuego: aún no le había visto interactuar con los niños. Ahí se decidiría lo que pensaba de él.

–¿Puedo conocer a los niños? –preguntó entonces sacando a Clara de sus pensamientos.

–Están en el colegio –dijo su tía–. Lo siento, pensé que era lo mejor, que estuvieran allí en lugar de vernos a nosotros durante todo el día, tristes y pesarosos. No pasa nada, voy a buscarlos. Dadme un minuto para llamar a la directora y ya está.

–Bueno, a lo mejor no hace falta –comenzó él–, puedo verlos más tarde. Ahora mismo lo más urgente es saber una cosa muy sencilla. ¿Sabes si Nicolás es disléxico?

La pregunta pilló por sorpresa a Ana. Clara pensó que, aunque se veía que la relación entre los tíos y los niños era fluida, quizá no lo conocieran tanto como para saber si era disléxico o no.

–Ahí me pillas, la verdad es que no tengo ni idea. Nunca oí a Elsa o a mi cuñado decir que lo fuera. No sé… puede que no me lo mencionaran.

–Vaya, entonces sí que necesitaremos hablar él –confirmó el psicólogo.

–Bueno, espera –se acordó de pronto Clara–, cuando recogí cosas de los niños para traerles para acá, Nico guardó un cuaderno. Me dijo que le gustaba mucho escribir, que no se le daba muy bien y que tenía que practicar. A lo mejor lo tiene en su cuarto. Espero que sea suficiente.

–¡Ah! Ya sé qué cuaderno es. No se separa de él, pero al colegio no lo puede llevar. Voy a buscarlo arriba –dijo Ana levantándose para subir las escaleras.

Mientras, Clara observó aquella casa. Esa gente vivía con sencillez aunque tenían dinero, sin duda. Qué diferente era la vida que les había tocado a Roberto y a Belén. Y, sin embargo, un asesino sin escrúpulos se había encargado de igualarlos. Al pensar en Roberto, un escalofrío le recorrió la espalda. Aunque solo fuera un sueño, había conseguido dejar en ella un mal sabor de boca que le duraría aún bastante tiempo.

–Aquí está – dijo mientras les entregaba el cuaderno de Nico–. ¿Es

éste el que buscabas?

–Sí, es éste –contestó Clara–. Toma, Paco, a ver qué encuentras.

Mientras el psicólogo se ponía a leer lo que el niño había escrito, Clara preguntó a Ana por su suegro.

–Le iban a dar el alta mañana, pero al enterarse de lo de Ángel… bueno, el médico ha preferido dejarlo unos días más. No se lo ha tomado demasiado mal, o al menos no ha reaccionado aún. Claro que, con el corazón es mejor no jugársela –dijo Ana apesadumbrada.

–¿Y tu suegra?

–Ella intenta mantener el tipo. Se entendía bien con Elsa y la quería mucho. Y Ángel, bueno, él era un hombre muy bueno. Yo no me creo lo de los malos tratos.

–Si te sirve de algo, yo tampoco –confesó Clara.

–Clara –interrumpió Paco de repente–, sin duda Nicolás es disléxico. Y además alguien le está ayudando con la dislexia, porque este cuaderno es una especie de ejercicio diario que tiene que seguir. Mira aquí, ¿lo ves? Estos ejercicios con la b y la v. Y estos otros con la g y la j…

–¡Lo sabía! ¡Genial! Bueno… perdón –dijo Clara volviéndose hacia la tía del niño completamente avergonzada–, no es que me alegre de que tenga dislexia, es que este descubrimiento nos puede ayudar bastante en el caso –le explicó Clara intentando no sonreír.

–¿Y tu suegra sabrá si Nico va a algún tipo de logopeda o psicólogo que le ayude con su problema? –preguntó Paco, esperanzado.

–Seguro que sí –contestó–. Es que mi marido y yo no vivimos aquí, hemos venido a echar una mano con los niños. Cuando nos llamaron para decirnos lo que le había ocurrido a Elsa y que Emilio había sufrido un infarto, Tomás, mi marido, me dijo que iríamos a buscar a los niños y los llevaríamos a nuestra casa, pero mi suegra habló con nosotros. Piensa que es mejor que los niños estén por aquí, por si la policía necesita hablar con ellos. Así que, nos tomaos unos días libres. Además, quedándose aquí pueden seguir yendo al colegio. Así que son mis suegros los que están normalmente con los niños. Sobre todo, Emilio.

–Bueno, en ese caso nos marchamos –dijo Clara–. Intentaremos hablar con ellos cuanto antes. Podemos acercarnos al colegio para hablar del tema con la directora si quieres, Paco.

–Bueno, yo no creo que sea necesario, seguramente no sepa adónde acude para trabajar con la dislexia. Es más probable que lo sepan sus abuelos, que más de un día les habrá tocado llevarlo y recogerlo. Y si vamos allí, lo mismo les resulta violento.

–Entonces hablaremos con tu suegra en cuanto podamos –añadió volviéndose hacia la tía de los niños.

–Mañana vendré por la tarde a comenzar las sesiones que tengo que

seguir con los niños. ¿Os viene mejor que venga hacia las cinco o más tarde? –preguntó Paco con naturalidad.

–Eso es mejor que se lo preguntes a mi suegra, creo que mejor después de las seis, porque del colegio salen a las cinco –contestó Ana–. ¿Para qué son las sesiones exactamente? ¿Tienes que determinar si han presenciado el crimen? ¿O si están traumatizados?

–Ver morir a su madre así deja secuelas en cualquier niño, pero no todos lo exteriorizan igual –le explicó el psicólogo infantil–. Algunos son capaces de canalizarlo solos, otros necesitan algo de ayuda. Aquí hay tres casos iguales y, sin embargo, los tres se comportan de manera diferente.

–¿Y Carolina? –preguntó ella preocupada.

–Bueno, el caso de Carolina es distinto. Los niños tan pequeños cambian en su imaginación lo que no les cuadra para su vida normal; en ese sentido, tienen más suerte. De todos modos tengo que hablar con ella también porque hay niños de esa edad que son bastante maduros.

–Ya entiendo. Bueno, no creo que tengas problema con mi suegra en ese sentido, es una persona muy coherente –le explicó Ana.

–Muy bien. La llamaré por la tarde entonces –dijo Paco a modo de despedida–. De todas formas, aquí te dejo una tarjeta con mi número de móvil por si necesitaseis algo.

–Muchas gracias, es posible que sí te tengamos que llamar, porque hay momentos en los que no estamos seguros de cómo actuar.

–Cuando quieras –contestó Paco–, incluso por la noche, no tengáis reparo. Los niños son ahora lo más importante.

–Muchas gracias, de verdad, muchas gracias –musitó la mujer mientras se secaba los ojos con un pañuelo de papel que sacó de uno de sus bolsillos.

Mientras esperaban al autobús, Clara cogió su móvil y marcó el número de Andrés, pero antes de que sonara el primer tono, colgó. Debió poner una cara de lo más elocuente, porque se dio cuenta de que su compañero la miraba fijamente.

–Eh… Es que me di cuenta de que había marcado mal el número –dijo girando la cabeza para que Paco no notara el rubor de sus mejillas.

–Ya. Si quieres paramos en un bar y pedimos un par de cubitos de hielo para bajar un poco el tono de rojo de tus mejillas. Aunque queda bien con el tono amarillo-verdoso del hematoma de la cara. Hacen contraste también con las manchas moradas que tienes debajo de los ojos.

Clara, simplemente, suspiró.

–Ya… Mira, ya sé que no es asunto mío, pero ¿qué te ha pasado en la cara?

–¡Ah! Esto. Se me olvida que tengo la cara que da pena. El otro día me atracaron en la calle, querían llevarse mi mochila con toda la información sobre el caso.

–¡No fastidies! ¿Te asaltaron para robarte la información?

–Sí…. Y suerte que apareció And…, digo, la policía, que, si no, lo habrían conseguido, porque me dejaron inconsciente de un solo golpe.

–¡Joder! ¿Y no tienes miedo? –preguntó él con los ojos como platos.

–Claro que sí, pero se aprende a vivir con ello y… además, ¿ves aquel coche de allí?, ¿el blanco?

–Sí, claro –contestó Paco fijándose por primera vez en los ocupantes del vehículo.

–Nos viene siguiendo todo el rato…

–¡¿Qué?! Joder, no es por nada, no es que sea miedoso, pero alguien me podía haber advertido de que me estaba metiendo en un caso peligroso o algo, yo qué sé. A ver cómo los despistamos…

–No, no, tranquilo, que son policías, me acompañan prácticamente a todo. Ya me voy acostumbrando a su presencia. Seguiremos así hasta que termine la investigación. Así que, técnicamente, conmigo estás a salvo.

El tono de su teléfono móvil hizo a Clara volver a ponerse como un flan y comprobar quién estaba al otro lado no ayudó demasiado.

–Dime, Andrés –contestó procurando que no le temblara la voz.

–No, dime tú. Hace un minuto ha sonado el móvil, estaba aparcando –explicó Andrés–. ¿Qué querías?

–Ah, nada. Es que pensé que me había equivocado al marcar y colgué el teléfono. Perdona –se excusó Clara mientras miraba por el rabillo del ojo a su compañero, quien por cierto, sonreía descaradamente.

–¿Habéis ido a ver al niño? ¿Tenías razón? –preguntó interesado.

–Pues sí, es disléxico, igual que Roberto y Hugo. ¿Sigues teniendo dudas de que puede ser una pista fiable? –preguntó un poco molesta Clara.

–Yo no tenía dudas, Clara, es que prefería tener una pista más sólida antes de entusiasmarme tanto. Ahora que los tres coinciden… La verdad, me parece que hay que empezar por ahí, intentaba ser cauto, nada más.

–Vale, ahora hay que averiguar quién les ayuda con la dislexia –dijo ella de forma tajante.

–Tienes toda la razón. Por cierto, hemos conseguido hablar con la psiquiatra de Román Megías. Nos ha entregado su expediente al tener constancia de su defunción. Por lo que hemos leído, Román empezó a acudir a la consulta porque el sacerdote de la parroquia a la que pertenecía le amenazó con no dejarle entrar en la Iglesia si no dejaba de pegar a su mujer. Era un fanático religioso. Seguía la Biblia a

rajatabla y el cura no estaba de acuerdo con su peculiar visión de la religión.

–O sea, que teníamos razón. Durante el tiempo que duró la terapia, dejó de pegarle.

–Sí, y cuando consiguió volver a engañar a todos, dejó de ir –le explicó Andrés.

–Bueno, al menos vamos atando algún cabo.

–Sí, ahora tenemos que ver en qué punto lo de la dislexia nos puede ayudar –le pidió el policía–. ¿Tienes alguna idea?

–Sí, lo que te decía antes, necesitamos saber si iba a algún logopeda o a otro tipo de especialista. Paco piensa que alguien le estaba guiando con su problema de dislexia.

–¿Paco? ¿Quién es Paco? –preguntó Andrés de inmediato.

–Paco es el psicólogo que han asignado al caso al darse Bea de baja.

–¡Ah, sí! Se me había olvidado, nos lo dijiste ayer. ¿Y qué tal? ¿Qué impresión te da? ¿Crees que conseguirá algo de los niños en poco tiempo? La verdad es que empiezo a desesperarme...

–Creo que sí, estoy aquí con él esperando al autobús –le dijo Clara para que dejara de preguntarle sobre él.

–¿Entonces propones que empecemos por Nico para buscar con el tema de la dislexia? –preguntó Andrés.

–Sí, creo que va a ser más fácil empezar con él puesto que tiene parientes con los que convivía habitualmente. Con Roberto tenemos lo que diga el niño, y Hugo, bueno, más o menos. A no ser que encontremos algún pago domiciliado o alguna tarjeta por la casa… ya sabes.

–Nosotros vamos a estar en la comisaría. Ismael ha subido ya al despacho para ver si había llegado algún fax mientras yo aparcaba el coche –dijo Andrés.

–Vale. Paco creo que ahora tiene consultas programadas, yo me pensaba acercar al hospital a ver a los abuelos de Nico y Carolina. A ver si ellos me pueden decir algo sobre este tema.

–No sé... sería conveniente que estuviéramos Ismael y yo. Bueno, o al menos uno de los dos –comentó el inspector–. Mira, vente por la comisaría y voy contigo. Mientras, subo a decírselo a Ismael.

–De acuerdo, hasta ahora –colgó Clara.

Rápidamente quitó la sonrisa tonta de sus labios. Se enfrentó a la mirada escrutadora de su compañero, que por algo era psicólogo.

–Me voy a bajar un par de paradas antes que tú. Voy a ir con la policía al hospital a ver a los abuelos de Nico –le explicó Clara rezando para que no se diera cuenta de lo deprisa que le latía de pronto el corazón.

–Dirás que vas con Andrés – comenzó él.

–Bueno, con la policía.

–¿Y el otro inspector? ¿El que se llama Ismael Zapico? –dejó caer Paco mientras comprobaba el nombre en sus papeles.

–Se va a quedar haciendo papeleo –dijo ella algo más entusiasmada de lo que debería.

– Ah, muy bien, mejor ir sin celestina.

–¿¡Cómo dices!? –preguntó Clara mirándolo con fingido asombro.

–No te hagas la tonta, se te nota a la legua. Creo que te voy a estropear un poco el plan, voy contigo, a la comisaría digo, porque aún no conozco a los dos inspectores y ésta puede ser una buena oportunidad.

– De acuerdo –se rindió Clara–. En algún momento tiene que ser.

Clara entró sonriente y algo ensimismada a la comisaría. A su lado se encontraba Paco, con su carpeta en la mano y su mochila a cuestas. Parecía a punto de salir corriendo.

–Qué feliz se te ve, Clara. ¿Me he perdido algo?

La voz de Ismael interrumpió sus pensamientos dándole poco tiempo para pensar una respuesta razonable.

–No, nada, estaba… acordándome de una cosa que acabamos de comentar Paco y yo. No es nada, de verdad.

–Ah, así que tú eres Paco, ¿qué tal? ¿Has tenido tiempo de echarle un vistazo al caso? Aparte de que es horrible…

–Hola…

–Perdón, soy el inspector Zapico. Ismael. Disculpa mis modales.

–Bueno, vas al grano. Se nota que estás impaciente por resolver este caso.

–¿Y quién no? Joder, no quiero tener un par de críos más a los que recoger de ningún sitio. Creo que ya ha habido suficientes.

–Y tanto. Pues sí, estuve revisando un poco el caso. Pero necesito hablar con los niños para poder hacerte un informe lo más pronto posible. Esta tarde intentaré ver a todos. Si no, mañana, para poder darte algo cuanto antes.

–Me parece perfecto –lo animó Ismael.

–¡Ah! Aquí estáis –dijo Andrés–. Hola, Clara. Ismael, te estaba buscando. Voy a acercarme al hospital a ver a Emilio y a su mujer, que está allí. No sé si ya te has enterado –añadió mirando a la asistente social.

–¿De qué me tenía que enterar? –preguntó él paseando la vista entre Clara y Paco.

–Lo de Nico, que han comprobado que también es disléxico.

–¿Qué dices? ¿Qué también es disléxico? –preguntó Ismael visiblemente sorprendido–. Joder, no puede ser una coincidencia. Tiene que ser una pista. ¡Vamos para allá! Clara, que ojo has tenido. Como tengas razón con esto, te invito a un crucero.

–Lo apunto –dijo Clara.

–Oye, Andrés –dijo Ismael dirigiéndose a su compañero–, éste es Paco, el psicólogo infantil.

–Ah, hola, ¿cómo estás? Nos vienes llovido del cielo. Hay que encontrar algo pronto.

–Ya, ya lo sé.

–Disculpa, tío, no te sientas presionado, ya sé que no has tenido mucho tiempo.

–No te preocupes, en cuanto vea a los niños, seguro que os podré decir algo.

–Esto… ¿también te vienes tú? Creí que ibas a mirar si había llegado algún fax del forense o alguna información de la Interpol –comentó Andrés frunciendo el ceño al ver que Ismael se encaminaba con ellos hacia la puerta.

–Eso puede esperar. Primero vamos a ver adónde nos lleva lo de la dislexia –contestó Ismael dando por zanjada la conversación.

Si éstos dos querían estar a solas, que durmiese Clara esta noche en casa de Andrés, él no se perdería la única pista fiable del caso.

Paco se despidió de ellos y se encaminó a la casa de acogida siguiendo las indicaciones de Clara. Mientras, ella llamó a su amiga para decirle que el nuevo psicólogo infantil se iba a pasar por allí para ver a los niños cuanto antes. Después, los tres se encaminaron al hospital. Una vez allí buscaron la unidad de cuidados intensivos. En la sala de espera encontraron a la abuela de los niños con un hombre de unos treinta años. Supusieron que era su otro hijo, el hermano de Ángel y marido de Ana.

–Buenos días, señora. ¿Cómo está su marido? –preguntó amablemente Andrés.

–Buenos días, inspector, parece que está mejor. Sigue en la UCI por precaución, nada más, creen que el peligro de que se repita el infarto ya ha pasado –contestó la abuela con tono de cansancio. Parecía haber envejecido cinco años en los últimos tres días–. Éste es mi otro hijo, Tomás, el marido de Ana.

–Encantado – saludó Andrés–, siento conocerle en estas circunstancias.

–¿Tomás? ¿Tomás Ledesma? ¡Cuánto tiempo sin verte! –le saludó efusivamente Ismael–. ¿Cómo estás? Hacía años que no te veía.

–¡Coño! ¡Ismael! – exclamó el hombre mientras el inspector y él se daban unas palmaditas en la espalda– ¿Sigues jugando al rugby?

–No, qué va. Tuve una lesión en la rodilla derecha que me apartó del barro y la melé. Me acabé haciendo policía, ya ves.

–Sí, ya veo. De todos modos sigues en forma. Te cuidas mucho, ¿eh?

–Bueno, hago lo que puedo, uno ya va entrando en una edad peligrosa –contestó sonriendo el inspector.

–Claro, por eso me sonaba tanto tu cara –dijo la abuela–, jugabas al

rugby en el equipo de Tomás, ya lo recuerdo.

–Más bien jugaba él en el mío, señora, que yo soy un “poquito” más viejo –bromeó.

Andrés y Clara seguían con curiosidad la conversación entre los dos amigos. “Así que al rugby –pensó Andrés–. Bueno, poco a poco iré conociendo de las aficiones de mi compañero”. Clara, por su cara parecía enterarse en ese mismo momento.

–Bueno, Tomás, te preguntarás qué hacemos aquí. Siento mucho lo de tu hermano. La verdad es que no lo reconocí en el depós… Perdona. No lo reconocí –se disculpó.

–Tranquilo, nos vamos haciendo a la idea. ¿Crees que nos dejarán verlo antes del entierro? ¿Nos dejarán despedirnos de él? –preguntó el hermano ya más triste.

–No creo. Tiene un disparo… –comenzó el inspector.

–Sí, lo sé. Un disparo en la cabeza. No verle muerto no ayuda mucho a asumirlo, ¿sabes?

–Lo siento. Haré lo que pueda, no te prometo nada –le contestó Ismael.

–En realidad venimos a preguntarles algo sobre Nico –comenzó Andrés.

–¿Le ha pasado algo a mi nieto? No es posible… –dijo la abuela comenzando a asustarse.

–No, tranquila, señora, su nieto está bien que yo sepa –aclaró él mirando a Clara para que preguntara ella.

–Su nieto está bien, es algo que debemos comprobar. ¿Sabe usted si su nieto tiene algún problema con el aprendizaje? –le preguntó ella directamente.

–Pues sí, mi nieto es disléxico, ¿por qué lo pregunta?

–Verá –comenzó diciendo Ismael–, recordará que le dijimos que hay otros dos casos similares al de Nico, ¿no? Resulta que los otros dos niños también son disléxicos. Necesitamos saber si recibe algún tipo de refuerzo o clases particulares, o si acude a un logopeda o algo por el estilo.

–¿Los otros dos niños reciben algún refuerzo? –preguntó Tomás

–No tenemos ni idea –confesó Andrés–, no hemos podido comprobarlo aún.

–Los otros dos niños no han tenido tanta suerte como los suyos de tener cerca a su familia. Están en una casa de acogida – les explicó el inspector.

–Pobrecillos. La verdad es que es una paradoja esto de que mis nietos hayan tenido suerte, como usted dice. Claro, comparados con esos otros niños sí que la han tenido –dijo la abuela mientras se secaba una lágrima–, al menos nos tienen a nosotros.

Su hijo la abrazó. Clara aguantó las lágrimas mientras los dos

inspectores se movían incómodos dentro de sus chaquetas. Además, se obligó a recordar que en cuanto salieran de allí les daría a Ismael y Andrés la copia de los expedientes de Hugo y María que le había proporcionado Paco y les contaría las novedades sobre Roberto y Belén. Se regañó a sí misma por haberlo olvidado. Eso le pasaba por andar pensando en aquellos ojos verdes.

–Mi nieto iba todos los martes a un logopeda. Tiene una consulta en la calle… Marqués de Vadillo, si no me equivoco, pero no sé cómo se llama el sitio. Si quieren pueden preguntarle a mi marido, él sabe exactamente dónde es, a veces es él quien lo lleva.

–Sí, si no le importa, le preguntaremos a él. O si no, pregúnteselo usted ahora, cuando entre a la hora de la visita –le pidió el policía.

–Mi nuera se dio cuenta hace casi dos años. A Nico se le dan muy bien los deportes y no le gusta nada que tenga que ver con las letras. En su colegio, comienzan desde pequeños a aprender las letras y los números y les dan algo de inglés. Él se negaba a hacer los deberes. Al principio no le daban importancia, entonces su profesor se quejó de que no hacía las tareas tampoco en el colegio. Entonces, Elsa empezó a obligarle a copiar letras, a escribir, para que siguiera el ritmo de la clase. Y fue cuando se dio cuenta de la cantidad de veces que confundía unas letras con otras, las cambiaba de lugar y demás.

–¿Y sabe usted qué tipo de ejercicios realizan con los niños allí? –preguntó interesada Clara.

–No, la verdad. Sé que le obligan a escribir una especie de diario en el que Nico apunta todo. Será la manera del logopeda de ver los avances del niño, supongo.

–Seguro que sí –dijo Andrés.

Ismael pensó que también podía ser la manera que tenía el asesino de enterarse de la vida de sus víctimas. Debían hablar inmediatamente con el logopeda. Por las caras de Andrés y Clara, parecía que ellos pensaban lo mismo. Los cerebros de los tres parecían estar interconectados de alguna manera. Tras conseguir la dirección exacta del logopeda, se dirigieron hacia allá preparándose mentalmente para casi cualquier cosa.

Capítulo 19. El caso número I

De nada le sirvieron a Clara las protestas. Ismael y Andrés la dejaron en la casa de acogida antes de ir al logopeda.

–¡Yo vi al hombre del traje desde la ventana! Seguro que lo puedo identificar. No os estorbaré, lo prometo –protestaba ella muy enfadada.

–Yo vi lo mismo que tú, así que yo también puedo identificarlo –le contestaba Ismael.

–No es justo –seguía Clara–, o estamos juntos en esto o no.

–Mira, Clara, esto no es ningún juego, vamos al encuentro de un posible asesino y tú no solo no eres policía, también te han atacado. Ahora mismo tenemos que ir nosotros solos, si encontramos algo en lo que tú puedas ayudar, te llamaremos y lo sabes–contestaba pacientemente Andrés–. En cuanto hablemos con él venimos a contarte lo que averigüemos, ¿de acuerdo? Ten paciencia.

–Está bien, ya veo que no os voy a convencer –decía Clara mientras entraba la casa–, ésta me la vais a pagar.

Andrés se metió en el coche y arrancó. Ismael le hizo un elocuente gesto sobre el enfado de la joven y él solo supo encogerse de hombros. Entendía su enfado y sus razones, pero bajo ningún concepto consentiría en llevar a nadie al encuentro de un posible asesino. Al menos no de manera consciente.

Laura se afanaba en la cocina cuando Clara entró. Algunos de los niños estaban a punto de llegar del colegio para comer, así que estaba casi todo listo, faltaba poner la mesa, así que dejó sus cosas y se dispuso a colocar el mantel y los platos. No hizo falta mucho para que Laura se diera cuenta de que su amiga traía un humor de perros.

–¿Qué te pasa? –preguntó Laura.

–Nada, estos dos caraduras. Desde que empezó este caso están preguntándome todo, utilizándome para revisar papeles y archivos. Y cuando por fin tenemos algo sólido, me dejan aquí –se quejó ella–. ¡No es justo!

–Mujer, no te enfades, ¿es que habéis encontrado algo? Perdona… no te iba a preguntar…

–No te lo puedo contar, Laura, lo siento.

–Lo sé, lo sé, lo he dicho sin darme cuenta –se disculpó su amiga–. Si no te llevan será porque piensen que te pondrían en peligro.

–Sí, ya lo sé, de todos modos, estoy que muerdo.

–¿Sabes la última de Ernesto? –se reía Laura intentando cambiar de tema para que su amiga se animase un poco.

–Eh… puede que sí, no sé –respondió sin atreverse a decir lo del huerto. Ernesto a veces cambiaba de opinión y de proyecto a toda velocidad.

–Ah, ¿es que has hablado con él? Quiere poner un huerto–le explicó divertida.

–Sí, me lo dijo un día que me lo encontré de camino a la comisaría. Me parece un proyecto estupendo, la verdad. ¿A ti no?

–Sí, claro, a mí también, lo que ocurre es que no le sigo el ritmo. Está terminando el parque infantil en la parte de atrás de la casa. Chulísimo, ya lo verás. María solo habla de subir al columpio. Todavía no ha terminado y ya está maquinando el siguiente proyecto. Me agota solo de pensarlo. Un niño hiperactivo me daría menos guerra que él –bromeó Laura.

En aquel momento, un alboroto inundó la entrada de la vivienda. Los niños invadían la casa y, a juzgar por los gritos, venían contentos y hambrientos.

–Hola… –dijo Roberto cabizbajo, al mirar hacia la asistente social se le iluminó la cara–. ¡Clara! ¡Estás aquí! ¿Vas a comer con nosotros?

–Por supuesto. Laura es la que mejor cocina del mundo entero, así que no me lo puedo perder –contestó Clara guiñándole un ojo–. Hola, Hugo, ¿qué tal el cole?

–Psss, regular –dijo Hugo moviendo la mano en un significativo gesto–. Hemos hecho un examen sorpresa de lengua y he sacado un tres. Como no he ido a ver a Juan en estas dos semanas…

–¿Juan? ¿Tú conoces a Juan? –preguntó Roberto con una mezcla de curiosidad y miedo–. Yo no pienso ir allí nunca más.

–¿Por qué? –contestó Hugo encogiendo los hombros–. Juan es simpático. Y me ayuda con los deberes. Además, allí aprendo muchas cosas.

–¡Cállate! –contestó muy alterado Roberto–. No sigas hablando. No pienso ir nunca más. ¡Jamás!

Laura se giró para servirles la comida, su amiga la paró. Con un gesto le indicó que esperara un poco, no quería interrumpir la conversación entre los dos niños. Estaba casi segura de que hablaban del logopeda y no quería perderse ni una palabra. Laura no entendía nada, pero si la asistente social la había frenado era porque de lo que hablaban era extremadamente importante. Era evidente lo mal que lo estaba pasando Roberto al pensar en ese tal Juan. Hugo, sin embargo, parecía estar de lo más tranquilo. Aquello perturbaba un poco a Clara. Si ese Juan era el asesino, era muy raro que a Hugo le gustase y a Roberto le diera miedo. Los niños no dijeron nada más.

–¿De qué hablabais? –les preguntó Clara con una sonrisa intentando que no se dieran cuenta de que estaba impaciente.

–De Juan –respondió Roberto de inmediato con la cara contraída

por el miedo.
–¿Y quién es Juan? –interrogó ella–. ¿Lo conozco?
–¡Ay! –exclamó de repente Roberto echándose la mano a la rodilla.
Clara miró al niño, él esquivó la mirada. Entonces se dio la vuelta para enfrentarse a Hugo, aunque no lo había visto, le acababa de dar una patada a su amigo. Él disimuló colocándole bien la servilleta a su hermana y, en un segundo que creyó que Clara no le miraba, clavó los ojos en Roberto haciendo que el niño bajase la cabeza y no volviese a hablar. Ella se dio cuenta de que la conversación acababa ahí, aunque tendría que contarles a los dos inspectores, por mucho que le fastidiase llamarlos, lo que acababa de presenciar.
–¡Venga chicos, a comer!–exclamó Clara mientras cogía los platos llenos y los iba colocando en la mesa.
–Y tú no protestes, Hugo, que ya sé que no te gustan las lentejas –añadió Laura mientras le amenazaba con una cuchara de madera.
Hugo cogió la cuchara, miró a Clara y le susurró mientras movía las manos en un gesto de lo más significativo:
–Lo sabe todo, Clara. ¡Todo!
A Clara se le escapó una sonrisa. Hugo estaba cambiando. Era imposible que lo fingiera. Se alegró infinitamente por él. Pronto podría presentarle a sus abuelos. De hecho, Clara recordó que no le había hablado de ellos, y ése parecía ser un buen momento.
–Hugo, tengo algo que contarte –comenzó Clara.
El niño dejó momentáneamente de comer, miró a Clara con recelo, parecía importante lo que le iba a decir. Enseguida volvió a su plato de lentejas. No le gustaban en absoluto, pero su estómago no lo debía saber, porque le pedía más.
–Verás. el otro día conocí a tus abuelos –soltó Clara.
Hugo dejó el plato definitivamente. ¿Abuelos? No podía ser. ¿Podría ser? Él los veía en el colegio a la salida, recogían a sus compañeros y les trataban con cariño. Las lentejas dejaron de importarle. ¿Quién quiere comer un plato de asquerosas lentejas teniendo abuelos? Él no, desde luego. No se acordaba en absoluto de tener unos. ¿O sí?
–Yo… no tengo abuelos, creo –titubeó Hugo.
–Me alegra decirte que sí, tienes un abuelo y una abuela. Y están deseando conoceros a ti y a María. No quedaremos con ellos por ahora si tú no quieres –añadió al ver el nerviosismo del niño. Podría probar otra vez en unos días.
–No, no me importa, queda con ellos si quieres –contestó él rápidamente–. Seguro que María sí que los quiere conocer.
A Clara se le alegró el alma. El niño quería conocer a sus abuelos. De hecho, estaba bastante emocionado con la idea. Iba a funcionar, seguro. Menos mal, sería un problema menos que resolver y una familia que se uniría de nuevo.

–Muy bien, entonces los llamaré y concertaré una visita para el lunes o el martes, ¿de acuerdo?

–¡Vale! El lunes me viene muy bien, que salgo antes del cole –exclamó muy contento mientras cogía la cuchara y terminaba las lentejas a toda prisa.

–Hugo, come despacio que te van a hacer daño –le riñó con paciencia Laura–. No sabía que te gustasen tanto las lentejas, ¿quieres otro platito?

–No puedo, es que quiero acabar pronto para hacerles un dibujo a mis abuelos. ¿Qué les gustará? ¿Un avión? ¿O mejor un barco? ¡Ya sé! Un tren, a todo el mundo le gustan los trenes.

–Creo que les encantará cualquier cosa que esté dibujada por ti –le explicó Clara–. Luego intentaremos ayudar a María a dibujarles algo también.

Clara y Laura se miraron un momento a los ojos. La felicidad se reflejaba en sus caras. Roberto había seguido muy de cerca toda la conversación y estaba muy serio. Había dejado de comer y eso que, al contrario que Hugo, las lentejas eran su comida favorita.

–Clara –dijo de pronto–, y a mis abuelos, ¿también los han encontrado?

–Lo siento, Roberto, tú no tienes abuelos. La policía los ha buscado también, hace tiempo que murieron.

Roberto no dijo nada, dos gruesas lágrimas cayeron por su cara. ¿Acaso no tenía derecho también a tener unos abuelos? A Clara se le esfumó cualquier viso de alegría que le hubiera quedado. Roberto merecía también alguna buena noticia. Debía encontrarle una familia. Sería tan difícil… Miraría con lupa a quien quisiera adoptar a Roberto y a Belén. De pronto Hugo se colocó a su lado y le dijo:

–Seguro que a mis abuelos también les gustas tú… Y Belén. Si quieres, se lo pregunto el lunes cuando los vea, ¿vale?

–Va… le –contestó Roberto aguantando un sollozo–. ¿Y puedo… hacerles un dibujo yo también? ¿Crees que les importará?

–¡Claro! Les va a encantar –exclamó Hugo entusiasmado–. Vamos, que tenemos poco tiempo.

–¡Jovencitos! De aquí no se mueve nadie sin tomarse el postre –exclamó de pronto Laura con un falso tono de autoridad.

Cuando los niños vieron las fresas con nata, decidieron que el dibujo no corría tanta prisa, aún tenían varios días por delante. Clara los miró con satisfacción. Estos niños comenzaban una nueva vida. Merecían un poco de felicidad. Pronto su cara se ensombreció pensando en la traición de sus dos “amigos”.

Mientras, los dos inspectores conseguían, no sin dificultad, llegar a la dirección que les había proporcionado el abuelo de Nico. La consulta estaba en un edificio antiguo, recientemente rehabilitado, en

el centro de Madrid. Era hora punta, así que los coches colapsaban las calles principales; casi les habría merecido la pena ir andando. Cuando por fin llegaron, aparcaron en una esquina, era una de las pocas ventajas de ser policía. Se encontraban en uno de esos edificios con portería propia y con ornamentos en las puertas y la fachada. Los balcones parecían suspendidos en el aire como por arte de magia y, al lado del portón de entrada, varias placas avisaban de los profesionales que habían decidido instalar su negocio allí. No sabían el número exacto del piso, pero en la puerta un rótulo de plástico azul con grandes letras en blanco ponía: *Juan Ignacio Rábade. Logopeda. Piso 3.º C-D*. La consulta ocupaba dos pisos. Debía de irle muy bien, porque tener dos pisos juntos en esa zona de la ciudad y en ese edificio en concreto costaba una auténtica millonada.

En la recepción, una chica joven, demasiado pintada, con ropa cara, la manicura recién hecha y sin un pelo fuera de su sitio, les recibió con una amplia y falsa sonrisa. Sus dientes lucían tan perfectos como el resto de su fachada. Les cayó mal al instante.

–Hola, buenos días, ¿en qué puedo ayudarles?

–Hola, queríamos hablar con Juan Ignacio Rábade –contestó con voz formal Ismael.

–Uf, me temo que no va a ser posible ¿Tenían ustedes cita?

–Creo que no la necesitamos –dijo Ismael mientras enseñaba la placa.

El inspector sonrió por dentro... y por fuera. Siempre había querido hacer eso. Un comentario ingenioso y cortante en el momento justo y dejar con la boca abierta al que enseñaba la placa. Como en las películas de Clint Eastwood, un maestro para él.

–Veníamos a ver a Juan Ignacio Rábade, necesitamos hacerle unas preguntas –dijo Ismael muy serio–. ¿Hay más logopedas en la consulta?

–Bueno, ahora no. Por la tarde hay otros tres.

–Muy bien, necesitamos los nombres y los expedientes de todos ellos –le explicó Andrés con voz profunda– y los necesitamos cuanto antes.

–Bueno, no sé si… –replicó la chica.

–¿Prefieres que traigamos una orden? –interrogó Andrés.

–Pues sí, necesitan una orden, porque yo no estoy autorizada a darles ningún dato personal de nadie que trabaje aquí.

–¿Qué pasa aquí, Andrea? –dijo una voz desde una de las puertas.

–Es la policía, que quieren los expedientes de los logopedas que trabajan aquí, ya les he explicado que…

–¿La policía? ¿Ha pasado algo? –preguntó interesado el hombre que había salido de la consulta.

A los inspectores no se les pasó el detalle de que aquel hombre llevaba traje y corbata. A Andrés le latía el corazón con fuerza.

“Tranquilo, Andrés, no te precipites –pensó–, no todo el que lleva traje y corbata es un asesino”. Es cierto que ser logopeda e ir vestido así, siendo como era la única coincidencia hasta el momento, le hacía ser bastante sospechoso, pero no bastaba para señalarle con el dedo. Hacía falta algo más. Inmediatamente se alegró de haber dejado a Clara fuera de esto, ahora mismo estaría temblando.

Ismael pensó más o menos igual. Se mostraba más tranquilo, tenía una sangre fría que muchos agentes hubieran querido para sí. Por algo había conseguido ser inspector antes de los treinta y cinco.

–¿Es usted Juan Ignacio Rábade? –preguntó Ismael en un tono neutro que hasta a él le sorprendió.

–Sí, ¿qué está pasando? –preguntó alarmado.

–¿Podríamos hablar en privado, por favor? –le pidió Ismael al tiempo que le enseñaba la placa.

–Claro, cómo no. Pasen aquí, a este despacho. Disculpen un momento, que tengo una paciente en la consulta. Le diré a Andrea que le dé cita para otro día.

Un par de minutos más tarde, Ismael y Andrés se enfrentaban cara a cara al posible asesino de, al menos, seis personas.

–Mire, necesitamos saber si lleva usted en su consulta a tres niños. Se llaman: Roberto Jiménez, Hugo Megías y… Nicolás Ledesma –leyó rápidamente Ismael.

–Sí, claro, los tengo a los tres. Hugo viene los martes por la tarde, hacia las cinco. Roberto creo recordar que venía los jueves, la verdad, no es muy constante. Los padres no trabajan de continuo y pasa temporadas sin venir, una pena. Y Nico... bueno, Nicolás lleva conmigo seis o siete meses, pero es un niño muy testarudo, le gusta mucho escribir y es con el que mejor resultados tengo. Creo que viene los martes, hacia las siete.

Ismael anotó los datos en su libreta. Andrés, mientras tanto, se dedicó a estudiar los rasgos del logopeda. Quería aprenderse hasta la última peca de su cara, el último pelo de su cabeza; después se fijó en su actitud. No parecía un asesino en serie, no quería decir que no lo fuera. Podía ser un buen actor. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, pelo oscuro y bien cortado, algunas canas empezaban a salpicar sus sienes y la parte anterior de su flequillo; el acné de su juventud había dejado su rostro salpicado de pequeñas cicatrices, que le proporcionaban sombras a su piel clara, complementadas con las pequeñas pecas que decoraban sus mejillas y su nariz respingona. Los ojos marrones, caídos, indicaban cansancio e intentaba disimular las bolsas bajo sus ojos con una gruesa capa de maquillaje. Aun así, las proporciones de su cara le daban un aspecto agradable, que en nada podría hacer pensar a Andrés que estaba en presencia de un despiadado asesino. El trato era amable, educado, y parecía estar algo

nervioso, quizá por la presencia de los dos policías. La experiencia le decía a Andrés que nadie está absolutamente tranquilo ante la policía, salvo el que está acostumbrado a tratar con ellos o el que usa la tranquilidad como fachada para ocultar algo. La actitud del logopeda era absolutamente normal. Llevaba en la mano derecha un enorme y pretencioso anillo de oro con las iniciales en su parte superior. Los gemelos de sus puños estaban hechos a juego con el anillo y el pasador de su corbata. Más bien parecía que estaban en el despacho de un abogado de élite o algo así. Tras la fachada, aquel hombre parecía sincero.

–¿Por qué vienen a su consulta exactamente estos tres niños, señor Rábade? –preguntó interesado Ismael.

–Llámenme Juan, por favor. En los tres casos vienen por lo mismo: son disléxicos –contestó –. El que tiene más problemas es Hugo, el que menor grado de dislexia tiene, por así decirlo, es Roberto, la pena es que no venga lo suficiente.

–Ya… y exactamente, ¿qué hace con ellos? Quiero decir, ¿qué terapia usa…? –comenzó Andrés.

– Disculpe que lo interrumpa, señor… –dijo Juan.

–Perdone, tiene usted razón, ni siquiera nos hemos presentado. Soy el inspector Zapico. Éste es mi compañero, el inspector Molina, de Homicidios –le explicó Ismael.

–¿De Homicidios? ¿Qué ha pasado? No les habrá ocurrido nada a los niños, ¿no? –preguntó visiblemente alterado el logopeda.

–Los niños están bien –contestó Andrés mirando a Ismael, el cual hizo un gesto afirmativo con la cabeza, casi imperceptible, dándole a su compañero permiso para contar más–, los que no lo están son sus padres: están muertos.

–¿Que están muertos? ¿Los padres de quién? –preguntó él frunciendo el ceño.

–Todos –respondió Andrés sin hacer ningún gesto y mirando al logopeda en busca de alguna señal.

–¿Cómo dice? ¿Los padres de los tres niños? Pero ¿qué ha pasado? ¿Un accidente o algo así?

–No, ése es el problema –le contestó el inspector sin rodeos–, los padres han sido asesinados en momentos y lugares diferentes, y el único nexo en común es usted.

–¡Dios mío! ¿Asesinados, dice? Claro, qué estúpido, si no, ¿qué iban a hacer ustedes aquí, si son de Homicidios? No lo entiendo, ellos… bueno… ellos se mueven en círculos muy distintos. Vienen a mi consulta, sí, pero no sé qué puede tener eso de relevante en los asesinatos de sus padres.

–Nosotros aún tampoco y le aseguro que lo averiguaremos –le prometió Ismael sin dejar de mirarle fijamente a los ojos.

–¿Cuánta gente trabaja aquí? –preguntó Andrés intentando que el logopeda no empezara a ponerse demasiado nervioso y dejase de colaborar–. Por supuesto, necesitaremos los expedientes de todos los que trabajen aquí con contrato o sin él. Aunque espero que todos lo tengan. Si no nos los facilita, como comprenderá, traeremos una orden y solo conseguiría ralentizar un poco la investigación y que sospechemos aún más de usted.

–No, por favor, no será necesario. Les facilitaré todo lo que me pidan. En ningún caso querría que se ralentizara esta investigación. Aquí todo el mundo tiene contrato. Andrea, la recepcionista; Sara, la chica que la sustituye en periodos vacacionales, y los tres logopedas que vienen por la tarde. Se llaman Ramón, José Luis y Lourdes. ¡Ah! Y la señora de la limpieza, que se llama Tere. José Luis a veces también viene por la mañana, dependiendo de la necesidad de nuestros clientes. La mayor parte son niños, con lo cual, por la mañana acuden al colegio. Salvo en periodos vacacionales, que repartimos un poco el trabajo entre los dos turnos.

–¿Y los tres niños? ¿Los lleva usted a todos? –preguntó Ismael.

–Normalmente, sí. A veces, José Luis hace algún que otro ejercicio con ellos. También con el resto de las personas que vienen a la consulta. Utiliza métodos algo más sofisticados.

–Necesitaremos hablar con todos ellos –concluyó Andrés mientras se levantaba y le ofrecía una tarjeta con el número de teléfono para que les llamara para cualquier cosa que le pareciera importante.

–Por supuesto, lo que haga falta –respondió el logopeda estrechando la mano a los dos policías y poniéndose de pie para acompañarlos a la salida.

Nada más salir del despacho, el logopeda se acercó a la joven de la recepción y le pidió que sacara copias de los historiales de todos los que trabajaban allí. Ella apretó los dientes en señal de protesta, aunque no dijo ni una palabra. También les facilitó los últimos informes que tenían sobre la evolución de los tres niños, así como el horario que seguían con ellos. Los inspectores salieron de la consulta con muchas más dudas de las que tenían al entrar y un montón de carpetas con la posible solución. En ellas estaban los expedientes de la gente que trabajaba para Juan y el suyo propio.

Al llegar a la comisaría, les aguardaba la verdadera sorpresa. El comisario los esperaba en su despacho, lo cual era bastante inusual. Les dieron el aviso en la recepción, también se lo dio el agente que estaba en la máquina del café, e incluso los dos agentes que salían a patrullar en aquel momento. Debía de ser importante, cuando tanta gente sabía que los estaba esperando, normalmente no actuaba así. Ismael y Andrés se apresuraron a subir a su despacho. Justo en ese mismo instante, el comisario Gálvez salía diciendo:

–¿Aún no han vuelto Zapico y Molina? ¡Vaya! ¡Aquí están! Justo a tiempo, pasen.

Los dos inspectores se miraron intrigados. Algo importante estaba a punto de ocurrir, incluso se palpaba en el ambiente.

–No he querido interrumpirles mientras hablaban con el logopeda, soy consciente de que ese hombre puede ser el sujeto que buscamos, aunque lo que les voy a contar es bastante importante. Quizá sea lo más importante que tengamos hasta el momento. Me han contestado de la Europol. Hemos encontrado a la primera pareja, tenemos al número I.

–¡Joder! ¡Ya era hora! ¿Por qué han tardado tanto en avisarnos? ¿Qué pasa? ¿Que hay alguna diferencia entre el primer crimen y los siguientes? Por cierto, ¿dónde ocurrió? –preguntó Ismael muy irritado.

–Ah, no, ésa no es la pregunta correcta, Zapico, no "dónde ocurrió" sino "cuándo ocurrió". Por eso no dábamos con ninguna coincidencia.

–¿Cómo? –preguntó Andrés con la sensación de estar perdido del todo.

–A ver, me ha contestado un tal inspector Menéndez. Trabaja desde hace un par de años metiendo datos en el fichero informático de la Europol. Al ver nuestra consulta recordó un antiguo crimen. Parece ser que se cometió hace unos veintiséis años. El inspector que llevaba el caso murió hace seis años, pero Menéndez era su compañero desde hacía quince y le oyó hablar de aquello día tras día mientras trabajaron juntos.

–¡Ah! Entonces es que el caso no estaba en los archivos informáticos. Entonces hemos tenido suerte de que alguien se acuerde de aquello si hace tanto que ocurrió –concluyó Andrés.

– Pues sí. ¿Podríamos hablar con él? –preguntó Ismael.

–Inspector Zapico, no haga preguntas tontas, está usted hablando con su comisario. No solo pueden ir a hablar con él, sino que les está esperando.

–Disculpe, comisario, no quería ofenderle, yo...

–Je, je, je –se rió el comisario–. Siempre he querido dejarle con la boca abierta. Es usted tan perspicaz que suele ir un par de pasos por delante de mí. Esta vez el tanto me lo apunto yo.

Dejaron al comisario riéndose solo, parecía que no eran los únicos que necesitaban unas vacaciones con urgencia. Mientras, se encaminaron a ver al inspector Menéndez, que resultó ser un hombre de lo más peculiar. Rondaba los cincuenta y cinco años, tenía una perilla blanca a juego con el pelo, del mismo color. Los ojos azules y saltones y una nariz... los inspectores no podían dejar de mirar esa nariz. No era prominente, era inconmensurable. El hombre, no muy alto y de comprensión gruesa, gastaba una permanente sonrisa. Tras las presentaciones, se dispusieron a ponerse al día.

–El inspector Miguélez siempre estuvo traumatizado con aquel caso. Él decía que la sensación tan horrible que tuvo al ver a aquellos chiquillos no le abandonó jamás. Llevó cientos de casos desde entonces, les diré que, además, algunos fueron especialmente duros, pero aquel caso estaba presente en todas las decisiones que tomaba.

–Supongo que sacarían fotos y se les haría la autopsia a las víctimas –soltó Andrés esperanzado.

–Por supuesto. Les he guardado todo lo que hay en esa caja –dijo el inspector Menéndez señalando una caja enorme que había en el suelo al lado de la mesa–. No es mucho, pero tengan en cuenta que hace veintiséis años no existían los medios que hay ahora. Aun así, fueron bastante minuciosos.

Ismael abrió la caja buscando las fotos. La primera que vio era de un salón de un piso antiguo. No era lujoso, pero debía de ser de una familia acomodada. El papel tenía el estampado típico de los ochenta. Y las cortinas habían sido compradas a juego. La foto estaba hecha en color, lo cual agradeció en silencio. Había visto fotos de casos de los ochenta y no siempre eran tan buenas. Miró con calma la foto y, de repente, notó como la adrenalina se abría camino en su torrente sanguíneo. En la imagen aparecía una mujer joven, ensangrentada y amoratada, tumbada sobre un charco de sangre. Estaba en el medio de la estancia. Los dos niños se abrazaban en el sofá. El niño tendría siete años, la niña, más o menos, dos. Desde luego, la disposición de los muebles era exactamente como la de las otras casas, pero la calidad de la foto no dejaba apreciar si se habían movido los muebles para colocar el escenario. Era de suponer que no. La postura del cuerpo también era la misma que en los demás casos: la pierna derecha flexionada hacia atrás, el torso un poco torcido hacia el lado izquierdo, los brazos en cruz y la cabeza mirando al techo.

–Me ha dicho el comisario Gálvez que ha habido tres casos similares en estas dos semanas –les comentó Menéndez–. ¿Cómo es posible que el que hizo esto haya empezado a recrear el asesinato una y otra vez?

–No tengo ni idea. Pero ésa es la clave de todo –contestó Andrés mientras guardaba el material de nuevo en la caja–. Espero que en esta caja esté la respuesta.

–Es que es tan extraño que no haya ni un solo caso en veintiséis años… Bueno, también puede ocurrir que haya más casos y no estén archivados, claro. Lo de que yo me acuerde ha sido una auténtica casualidad.

–Sí, tiene razón, aunque, si le soy sincero, no creo que haya más –respondió Ismael.

–¿Y eso por qué? –preguntó aquel pequeño hombre de cara sonriente.

–Porque los numeró. Acabo de ver aquí una foto de la autopsia del

padre… Mira, Andrés, una muesca.

–¿Qué quiere decir eso? –preguntó el inspector Menéndez.

–Los que hemos encontrado tienen el número dos, tres y cuatro, en números romanos –le explicó Andrés.

–Ya entiendo. Además el inspector Miguélez trabajó en este caso de por vida. Si hubieran aparecido un par de niños en las mismas condiciones, él lo habría sabido.

–¿Hubo alguna pista sobre el asesino? –preguntó Ismael.

–No, jamás se supo quién había hecho semejante barbaridad. El marido fue encontrado un día después en las inmediaciones de un teatro, con un tiro en la cabeza. En esa caja llevan un casquillo de una ٩ mm que encontraron al lado del cadáver del padre.

–¿Una 9 mm? Igual que en los demás casos. ¿Y dice que conservaron el casquillo? –preguntó Ismael–. Genial. Así podrán compararlo con los que tenemos de los otros crímenes.

–Sí, además tenía una huella parcial, pero no encontraron a quien pertenecía. Tras varios años, decidieron cerrar el caso.

–¿Y qué fue de los niños? –preguntó Andrés.

–Fueron adoptados… por separado. No se pudo tener en cuenta que fueran hermanos, el niño era un tanto problemático. A lo mejor no tuvo la ayuda adecuada.

Andrés pensó lo duro que le resultaría a Clara saber esa información, con lo que ella se preocupaba de los niños. Bueno, quizá por este tipo de cosas se había creado la figura del asistente social.

–¿Sabe si la mujer o los niños recibían malos tratos por parte del padre? Podría ser importante –dijo Ismael de pronto.

–No tengo ni idea, tampoco sé si lo pone en los informes, la verdad. La mujer estaba molida a palos, pero no sé si la paliza fue ese día o si había recibido malos tratos antes.

–Espero que lo ponga en alguno de estos papeles –dijo Andrés metiéndose un caramelo de menta en la boca con aire ausente.

–Una cosa. Lo que más torturó siempre al inspector Miguélez fue algo que le ocurrió cuando llegó al escenario del crimen. Me contó más de mil veces que, al llegar a aquella casa, se acercó a los niños para comprobar que estaban bien, le pregunto al niño su nombre y él contestó: *Me llamo Gonzalo, tengo siete años y mi madre está muerta.*

Ismael y Andrés se miraron. Sabían perfectamente lo que eso significaba.

Los dos inspectores salieron de allí con la caja en sus manos y la sensación de estar rozando con la yema de los dedos al asesino.

Capítulo 20. Clara

Clara se movía nerviosa por la casa de acogida. Tan pronto revisaba un papel, como hacía una llamada, como iba a por un vaso de agua. Sabía perfectamente que la culpa de su nerviosismo se debía a que los inspectores no habían dado señales de vida hasta el momento. Hacía varias horas que se habían ido sin su compañía, al menos podían haber llamado. Los niños se habían vuelto a ir al colegio y estaban a punto de regresar, Julián había ido a buscarlos. Laura y ella se habían dedicado a hacer la colada, planchar y recoger un poco la casa. Después, Clara había vuelto a sus papeles y había concertado una cita para el lunes siguiente con los padres adoptivos de Lorena, que se sentían tan entusiasmados como la niña. Calculaba que para entonces tendría preparado todo lo necesario.

Hacia las cinco y media, llamó a los abuelos de Hugo. El abuelo le dijo que su mujer dormía la siesta, que últimamente pasaba bastante tiempo en la cama. Seguramente seguiría así hasta, al menos, haber enterrado a Ángela como merecía. Cuando Clara le preguntó si podían verse con los niños el lunes por la tarde, el abuelo gritó tan fuerte que ella se asustó al pensar que le había dado un infarto.

–Discúlpeme, Clara, pero es que estoy tan feliz... ¡Blanca, corre, Blanca! ¡Ven al teléfono, es Clara! ¡Nos deja ver a los niños el lunes!

Rápidamente, el teléfono cambió de manos.

–¿Es eso cierto? ¿Podemos ver a nuestros nietos? Como usted dijo que Hugo estaba algo... Bueno, que pasaría un tiempo antes de verlos.

–Sí –respondió Clara–, es que me parece que Hugo ha decidido mirar hacia delante. Está muchísimo mejor.

–¡Ay! ¡Qué alegría! ¡Qué alegría! –gritaba la mujer mientras lloraba.

–Tengan en cuenta que es un primer contacto –les explicó ella de inmediato para que no se hicieran demasiadas ilusiones–. Si en cualquier momento creo que peligra la integridad psicológica de los niños tendríamos que esperar un poco más.

–Claro, por supuesto, tranquila, lo que usted diga –respondió la abuela a toda velocidad–, nosotros somos los primeros que queremos que nuestros nietos estén bien.

–Perfecto. Por supuesto, tendremos que estar delante el psicólogo infantil y yo.

–Disculpe lo que le voy a decir, Clara, pero por mí como si tiene que estar delante un gabinete de psicología entero.

–Me alegro de que estén tan entusiasmados. Les diré que Hugo también lo está. En cuanto se lo dije, se puso a hacerles un dibujo.

Debo decirles que Hugo dibuja extremadamente bien. Eso es algo de lo que deberíamos hablar más adelante, puesto que creo que alguien le reforzaba esa habilidad.

–Claro que sí, de eso y de muchas cosas más. ¿Y María? Quiero decir, si María también quiere vernos…

–María no ha dicho nada, no creo que sepa ni siquiera lo que son unos abuelos. No se preocupen, es una niña muy cariñosa, les irá bien con los dos.

–Muchas gracias por todo, Clara, esperamos su llamada el lunes.

–Muy bien, hasta entonces.

La joven colgó el teléfono con la sensación de haber hecho algo bueno por fin. Por primera vez en varios días consiguió olvidar el horror en el que se hallaba inmersa y se sintió feliz. Muy pronto se le pasó la felicidad. Recordó cómo aquellos dos inspectores, que se hacían pasar por amigos suyos, la habían dejado tirada en lo más interesante de la investigación. No era justo, era ella quien les había puesto un pie en el camino hacia el logopeda.

Mientras, en la comisaría y, tras describirle con pelos y señales al comisario las novedades con el logopeda y el inspector Menéndez, Ismael y Andrés revisaban hoja por hoja la documentación sobre el caso que acababan de descubrir. La mujer hallada muerta en los ochenta se llamaba Úrsula, tenía veintisiete años y, por supuesto, un profundo corte le seccionaba la médula a la altura de la segunda y tercera cervicales. El padre, César, treinta años; los niños, Victoria y Gonzalo. El padre fue encontrado muerto en la puerta de un teatro cerca de su casa. El arma nunca apareció, se esfumó junto al asesino. César tenía una Beretta 92 a su nombre ya que había trabajado como guardaespaldas en Italia durante un tiempo. Allí se sacó la licencia de armas y se compró la pistola. La policía concluyó que el asesino había usado el arma de César para acabar con él. También encontraron una marca en su pecho, realizada con un objeto punzante. En aquel momento no sabían lo que era, pero la foto no dejaba lugar a dudas: la marca era el número I.

El teléfono de Andrés sonó, desconcentrando a los dos inspectores, que, absortos, se habían trasladado veintiséis años atrás.

–¡Uf!, es Clara. Alguna vez tendremos que cogerle el teléfono, Ismael. Debe de estar subiéndose por las paredes.

–Ten paciencia, mejor cuando tengamos algo. Estoy seguro de que en esta caja está la solución –añadió Ismael sin levantar la vista de los papeles.

–Cuando vayamos a verla, entras tú primero, que nos estará esperando con las garras afiladas –sugirió Andrés.

–Ya estarás tú para limárselas –dijo con sorna Ismael.

–Mira, aquí pone que los niños fueron adoptados por separado, tal

como nos dijo el inspector Menéndez. El niño fue devuelto al orfanato al poco tiempo. Sus padres adoptivos dijeron que era problemático y que había causado daños a su otro hijo. ¡Vaya! Parece que el niño pasó por tres familias más.

–Sí, ya veo. A Clara le va a doler esto cuando lo sepa, con lo que ella protege a esos niños –comentó Ismael.

–Ya, pero supongo que no siempre se puede controlar todo –respondió Andrés.

–Espero que con los niños que hemos encontrado hasta ahora tenga más suerte.

–Habrá que buscarle, ahora tendrá... treinta y tres años –explicó Andrés.

–Trae, le diré al comisario que consiga las órdenes necesarias. Si pasó por varias familias, no va a ser fácil. Vete mientras a por algo de comer, que va a ser una noche muy larga –le pidió Ismael mientras sacaba la cartera del bolsillo de atrás de su pantalón.

Andrés se levantó y cogió su chaqueta, evitando descaradamente el dinero que le tendía su compañero. Después, se marchó y volvió poco más tarde con unos bocadillos y unos helados. Les pareció un auténtico manjar al percatarse de que llevaban horas sin ingerir bocado. Ismael dio cuenta del segundo bocadillo casi cuando su compañero no había terminado el primero.

–¿Cómo puedes comer tanto? –preguntó Andrés extrañado–. ¿Y tan deprisa?

–¡Ja, ja, ja! Tienes razón. Como demasiado deprisa, debería intentar saborear más la comida, pero siempre me acuerdo cuando ya no queda nada en el plato.

–Recuérdame que a partir de hoy paguemos cada uno lo suyo. Eres capaz de acabar con mis ahorros en tres meses –añadió Andrés terminando por fin el primer bocadillo y barriendo las migas que habían caído en su pantalón.

–Yo te ofrecí el dinero, la culpa es tuya por no cogerlo –se disculpó Ismael sonriendo.

–Es que aún no te conocía lo suficiente –añadió Andrés con malicia–. No volverá a ocurrir.

Ismael sonrió y, ya con el estómago lleno, volvió a sus papeles. Los dos hombres se enfrentaron a los expedientes de los logopedas. Tenían los ojos muy abiertos, era muy probable que la solución estuviera más cerca de lo que pensaban. Juan Ignacio seguía siendo sospechoso, aunque ninguno de los dos creía de verdad que fuera él. Encontraron alguna que otra incongruencia en el expediente de José Luis, que parecía intachable, quizá demasiado perfecto. Les hizo incluirle en la lista de sospechosos una sola palabra: *daltónico*. El sonido de un fax atrajo la atención de Ismael. Rápidamente se levantó a ver el

contenido.

–¿A ver qué tenemos aquí? La huella que había en el casquillo que nos ha proporcionado Menéndez no aparece en la base de datos, no es de nadie que tengamos fichado, pero… ¡mira! Hay coincidencia con el casquillo, ha sido disparado con la misma arma que en los otros casos. No hay duda, es él.

–Bueno, al menos estamos seguros de que es el mismo asesino –concluyó Andrés–. ¿Qué edad tendrá? Han pasado veintiséis años…

–Tiene que ser uno de estos logopedas… –comenzó a decir Ismael.

–No te ciegues, es cierto que las únicas pistas que tenemos vienen por la dislexia y la consulta de los logopedas. Pero no podemos descartar a otros por ahora.

–Sí, deberíamos investigar también al padre de Ángela. El comisario dijo que quería a su yerno muerto. ¿Cuántos años tendrá? ¿Unos setenta?

–¿Y no lo querrías muerto tú si pegara a tu hija día sí y día no? –contestó Andrés–. Yo, sinceramente, no creo que sea él.

–Yo tampoco. Hay que contemplar más sospechosos. Volvamos a la consulta: Juan, el logopeda, tiene muchas papeletas, ¿qué edad tiene? –preguntó Ismael.

–Espera, que miro el expediente… cuarenta y cuatro años –confirmó Andrés–. Si es él, cometió el crimen con dieciocho años.

–Podría ser... Lo que no entiendo, es qué le ha tenido parado durante veintiséis años y qué motivo `puede tener.

–Yo tampoco –confesó Andrés–, podemos pedir una orden para conseguir las huellas de Juan Ignacio Rábade y de ese logopeda que tiene contratado, José Luis.

– José Luis es demasiado joven. Tiene treinta y tres años.

–Ya yo también lo creo, solo que no podemos descartar a nadie. Pediremos también las del abuelo de Hugo. Cuanto más material tengamos, mejor.

–Nos falta lo más importante –susurró Andrés para sí.

–¿A qué te refieres? –preguntó Ismael con un elocuente gesto de extrañeza.

–Al motivo –contestó Andrés–. No tenemos ni idea de quién de ellos puede tener un motivo.

–Tienes razón –dijo Ismael cogiendo su chaqueta al pasar–, hablemos con el comisario para que consiga las órdenes, a ver si pueden estar listas para mañana, y vamos a enfrentarnos con lo verdaderamente peligroso del caso.

–Clara – contestó Andrés resoplando. Les iba a caer una buena.

Mientras se encaminaban hacia la casa de acogida, el móvil de Ismael comenzó a sonar. Estuvo a punto de no cogerlo pensando en que sería Clara de nuevo, finalmente miró la pantalla y vio con

extrañeza que la llamada provenía del Anatómico Forense. Era un poco tarde para que el doctor Suárez estuviera trabajando, pero si seguía ocupado era porque había encontrado algo importante, así que el policía descolgó de inmediato y respondió.

–Inspector Zapico, diga.

–Buenas noches, le llamo del Instituto Anatómico Forense. El doctor Suárez me ha pedido que le localice –respondió una voz joven al otro lado de la línea–. No cuelgue, por favor.

–¿Quién es? –preguntó Andrés mientras conducía.

–Llaman del Anatómico Forense, me están pasando con el doctor Suárez, habrá encontrado algo –respondió Ismael tapando el auricular con una mano–. Sí, soy yo, doctor –dijo siguiendo con la conversación telefónica.

–Zapico, siento molestarte a estas horas –saludó el forense, creo que deberíais pasar por aquí.

–¿Ha ocurrido algo?

–No es sobre el caso, bueno, al menos no directamente, pero creo que debéis saber esto. Tengo a una víctima encontrada esta mañana en un parque.

–¿Y qué tiene eso que ver con la investigación?

–Se trata de Beatriz Mesa, psicóloga, parece ser que era la que se encargaba del caso que estáis investigando –le explicó rápidamente el forense.

–¿Cómo dice? No puede ser… vamos para allá –dijo Ismael mientras colgaba el teléfono.

–¿Qué pasa? –quiso saber Andrés–. Te ha cambiado la cara. ¿Algo nuevo?

–Sí. No sé cómo se va a tomar esto Clara.

–No puede ser que hayan encontrado a más niños… ¿Otra mujer muerta?

–No, no van por ahí los tiros –le cortó Ismael–. Bea, la psicóloga que se encargaba del caso hasta ayer, ha aparecido muerta esta mañana.

–¡Joder! –dijo Andrés a la vez que daba la vuelta para dirigirse al depósito–. ¿Y cómo ha sido?

–Asesinato –respondió Ismael mientras miraba su teléfono–. Aún no sé nada más. Iba a llamar a Clara para decírselo, mejor será esperar a ver qué nos dice el forense. ¿No crees?

–Sí, creo que tienes razón. Esto va a ser un golpe muy duro para ella –comentó Andrés.

–Ya lo creo –respondió su compañero–, ya lo creo.

Dejaron el coche casi en la puerta del depósito. A aquellas horas había sitio de sobra. Entraron directos a la sala de autopsias donde el doctor Suárez solía estar y se lo encontraron haciendo la autopsia de una mujer joven. Enseguida reconocieron el mechón morado del

flequillo: sin duda era la joven psicóloga a la que habían apartado del caso el día anterior.

–Dóctor Suárez, ¿cómo ha sido? –dijo Ismael yendo directamente al grano.

–La causa de la muerte es una sobredosis de heroína, sin duda.

–Tenía razón Clara –dijo Andrés–, se drogaba.

–No estoy tan seguro. Es difícil saberlo, he de hacer varias pruebas más. Se llevó un golpe en la cabeza que la dejó inconsciente. Habría sido fácil, al tenerla incapacitada, inyectarle cualquier sustancia. Además, no he encontrado ni un solo pinchazo más. Si la joven se drogaba, no era de esta forma.

–¿Entonces no cree que fuera una sobredosis accidental? –preguntó Ismael.

–Aún no lo puedo asegurar, os daré algo más mañana, ahora mismo me inclinaría a decir que no. Yo me marcho ya, he esperado un poco para poder hablar con vosotros, nada más. Os he escrito en este informe preliminar lo más destacado que he podido encontrar.

–Pero… –musitó Ismael.

–Gracias, doctor, con eso nos basta por ahora –dijo Andrés mientras hacía una seña a su compañero. Allí ya no hacían nada y se les hacía tarde para ir a hablar con Clara. Además, el forense parecía cansado y posiblemente hacía horas que tendría que haber estado en su casa.

–Hasta mañana –se despidió el forense a la vez que se quitaba los guantes. Su jornada acababa de concluir.

Una hora después, y tras la grotesca visita al depósito de cadáveres, los dos policías acudieron a la casa de acogida, donde la asistente social los esperaba desde hacía demasiado tiempo. Clara salió echando humo al sentir el timbre de la puerta. Se iban a enterar esos dos traidores. Los niños estaban en la cama desde hacía horas. Laura se apartó de su camino mientras pasaba, no quería estar presente cuando estallase.

–Hola… Clara –se atrevió Ismael–, venimos a buscarte para llevarte a mi casa.

–¿Ah, sí? Pues mira por dónde, hoy me quedo aquí. Si no os ha importado dejarme desprotegida por la tarde, no sé cuál es el problema ahora.

–Clara, no te enfades... –comenzó a decir Andrés.

–¡No sigas! –bufó Clara–. Ni siquiera me habéis cogido el teléfono.

–Tienes razón, es que queríamos tener algo sólido antes de podértelo contar.

–¿Sí? Pues en una de las… quince llamadas que os he hecho podíais haber cogido el teléfono y decirme eso exactamente. Porque además los niños han estado hablando de un tal Juan en la comida… Espera, entonces... ¿es que tenéis algo sólido?

–Sólido, sólido, no. Sí lo suficiente como para poder continuar. Hemos encontrado el crimen número I – se recreó Andrés mientras ella, por primera vez, se quedaba sin palabras.

–Creo que deberías dejarnos pasar, tenemos mucho que contarte –le pidió Ismael.

Clara los miraba con incomprensión. Andrés parecía incómodo, era evidente que no le estaba dando toda la información. Miró a Ismael, quien parecía todavía estar pasándolo peor que su compañero. La expresión de los dos policías era imposible de descifrar. Ella no entendía qué es lo que querían decirle.

–¿Queréis decirme algo más? ¡Me va a dar un infarto! ¿No tendré que adivinarlo? –protestó enfadada–. ¿No serán más niños? No puede ser, no me digáis que ha habido otro asesinato, por favor, eso sí que no.

–Clara, vamos a mi casa y te contamos por el camino todo lo que hemos descubierto en la consulta del logopeda. También tenemos que hablar contigo de otra cosa, mejor de camino.

–¡Uf! ¡Está bien! No sé cómo os aguanto. Voy a decirle a Laura que me voy. Así es imposible que la ayude.

–Ya lo sabemos –se disculpó Andrés–, esto es importante, créeme.

Clara se despidió de su amiga pidiéndole perdón, por duodécima vez, por no quedarse a pasar allí la noche y ayudarla. Por duodécima vez también, Laura le dijo que no importaba. El enfado de Clara se había esfumado al oír lo que habían encontrado los dos inspectores. De camino a casa de Ismael, los policías le dieron detalles de su reunión con el inspector Menéndez, le contaron que se trataba del caso número I con toda seguridad y que, pese a que aquel crimen había ocurrido veintiséis años antes, estaba bastante bien documentado.

Clara asimilaba como podía toda aquella información. Tenía sensaciones contradictorias. Por un lado, estaba contenta de que hubieran podido avanzar tanto. Por otro, no era capaz de captar la importancia de aquel hallazgo reciente, ni la repercusión que tenía en el caso que actualmente les quitaba el sueño. Además, estaba aquella sensación de que aún no le habían contado lo más importante y que no sabían cómo hacerlo, lo que quería decir que era algo que le iba a afectar.

Ya en casa de Ismael, mientras le explicaban con detenimiento toda la reunión con Menéndez, Clara les pidió que le dejaran ver los expedientes.

–¿Tenéis alguna foto? –preguntó Clara.

–No, las tenemos en comisaría. El comisario quería ver todo el material –le explicó Ismael.

–Entonces mañana iré a verlas –dijo con decisión Clara.

Andrés e Ismael se miraron y se encogieron de hombros. Iba a ser imposible frenar a esa chica. Una mula habría sido más fácil de convencer. Ella esperaba alguna protesta y casi se decepcionó al comprobar que estaban de acuerdo.

–¿Y lo que teníais que decirme? ¿Lo que no tenía que ver con el logopeda? ¿O es que no pensáis decírmelo? Porque me da la sensación de que es algo que estáis evitando y no sé por qué.

–Bueno, verás… –comenzó Ismael mirando de inmediato a su compañero en busca de ayuda.

–Me estáis preocupando –dijo ella.

–Clara –empezó a hablar Andrés a la vez que se ponía a su lado y le cogía la mano, lo que la pilló por sorpresa–, no me andaré con más rodeos: Bea ha aparecido muerta esta mañana.

Clara se quedó en blanco, no se lo podía creer. Aquella pesadilla duraba demasiado tiempo ya. Bea muerta… Miles de imágenes junto a ella en una serie de casos inundaron su cabeza, no todas felices. En un principio pensó en un suicidio. En realidad, no sabía mucho de su vida. Los acontecimientos hablaban por sí solos. Su jefe le comunicó que la sancionaron con tres meses fuera del trabajo y sin percibir el sueldo. Clara intentó interceder por ella para que la sanción fuera menor y su jefe le explicó que el supervisor de Bea contaba con un par de quejas de compañeros que la habían visto en malas condiciones en más de una ocasión y que ya no podía mirar para otro lado. Eso podía haber hecho que Bea se hartase y decidiera que ya no quería seguir viviendo. Más tarde llegó a la conclusión de que no pegaba con ella en absoluto. Muy bien podría haber muerto de una sobredosis accidental.

–¿Sobredosis? –preguntó.

–Sí, ha muerto por sobredosis –respondió Ismael.

Pensó en por qué había llegado a esa conclusión. Aún estaba allí, en el salón de Ismael, con la mano de Andrés sosteniendo la suya y con su voz, que parecía sonar tan lejos... Ellos solo le explicaron que habían encontrado muerta a la psicóloga y que había una cantidad enorme de heroína en su organismo, a ella seguía sin cuadrarle.

–Clara, ¿me estás oyendo? –dijo la voz de Ismael intentando abrirse paso entre los pensamientos de la joven, que parecían tener vida propia.

–Sí –respondió ella tras un sonoro suspiro–, no creo que sea un accidente.

–No lo es –concluyó Andrés.

–¿Qué quieres decir?

–Encontraron una dosis letal de heroína y nada hace pensar que la consumiera habitualmente. El doctor Suárez no ha encontrado ni un solo pinchazo –le explicó Andrés–. Nos lo apuntó en el informe que nos dio en el depósito, aún no es el definitivo.

–Además –añadió Ismael–, Bea era zurda y el pinchazo lo tenía en el brazo izquierdo. Simplemente, no cuadra.

–Pero… ¿quién querría matarla? ¿Y por qué? No lo entiendo –protestó Clara.

–Ése es el problema. En su bolso encontraron parte de la investigación que llevamos. Le habían robado el resto.

–Entonces… ¿ha sido por este caso? –dijo Clara para sí–. ¿Por qué llevaba esos papeles? En realidad, ya estaba suspendida, y por la mañana cuando nos reunimos no los tenía.

Los policías se miraron entre ellos. Tenían que darse prisa, aquello se les iba de las manos.

–Encontraremos al asesino, Clara, confía en nosotros.

–¡Dios mío! Me llamó. Anoche ella me llamó. Yo tenía el teléfono sin batería, ¿os acordáis? Mierda, mierda...

La observaron con pena. Comprendían cómo se sentía y le dijeran lo que le dijeran no iba a cambiar nada, aquella joven seguiría muerta. Ella, por su parte, sintió miedo, jamás desconfiaría de los sus amigos, pero tenía la sensación de que el asesino era demasiado listo para dejarse intimidar por dos inspectores de policía. Por primera vez, un escalofrío recorrió su espalda y sintió terror por la gente que le importaba: por sus amigos, su familia, aquellos niños que ya habían sufrido de más… Entonces los miró y les suplicó:

–Cogedle, por favor, no dejéis que vuelva a matar…

Capítulo 21. Un grave error

Esa noche, Clara durmió de un tirón. Ninguna pesadilla tuvo la fuerza suficiente para perturbar sus sueños, lo cual le pareció un milagro si tenía en cuenta los acontecimientos de la noche anterior.

Por la mañana, se sintió renovada. Notaba cada una de las horas que había podido descansar aquella noche. Quedó para desayunar en su casa con su madre, así también aprovecharía para cambiarse de ropa y coger algunas cosas. Sole no llevaba muy bien el que Clara fuera tan independiente y no la necesitara para nada, así que Clara intentaba quedar con ella en cuanto podía, para compensar las semanas que el trabajo no se lo permitía.

Cuando llegó a su casa, su madre la esperaba sentada en la puerta. Se trataba de una casita antigua, con un pequeño porche delante y otro detrás. En la planta de arriba había tres habitaciones y dos baños. En la de abajo, el salón, la cocina, el recibidor y un pequeño aseo. A veces le parecía demasiado, no usaba la mayor parte de la casa, aunque debía reconocer que fue una buena oportunidad y, tras un buen lavado de cara, el resultado resultó inmejorable.

–¡Mamá! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has entrado? –preguntó la joven cuando vio a su madre esperándola sentada en las escaleras de la entrada.

–No, ni de broma. No quería que me volvieran a detener. Le he tenido que explicar a aquellos dos jóvenes que soy tu madre y que te iba a esperar en la puerta –le explicó señalando el coche patrulla que se hallaba apostado en su casa.

–¿Y qué te han dicho? ¿Te han dejado sin más? –preguntó la joven arqueando las cejas.

–Bueno, sin más no… han llamado a Ismael para preguntarle y él les ha dado el visto bueno.

–Menos mal, si no tendríamos que tomarnos el café en la comisaría –añadió Clara guiñando un ojo; su madre sonrió ante el comentario.

Tras abrir la puerta entraron directamente en la cocina y se sentaron a la mesa para degustar un buen trozo de bizcocho de chocolate del que hacía su madre, que era el más esponjoso y jugoso que Clara había comido jamás. Sole intentó enterarse de cómo estaba realmente su hija.

–No te preocupes por mí, mamá, estoy bien. Ismael y Andrés me acompañan a todo. Casi les tengo que echar, así que… tranquila, que tengo protección las veinticuatro horas. Y si no, ya has visto que siempre hay algún coche patrulla por ahí o algún policía vigilándome.

–No lo dudo, hija, lo que te pregunto, en realidad, es cómo te sientes. Además, conociéndote, no creo que te guste nada que te persigan por todo Madrid.

–Estoy mejor, mamá. Estos días me sentía algo nerviosa, ahora ya me estoy recuperando, de verdad. Además, lo de la cara también va mejor y ya no me duele. Lo de que me persigan… no, no me gusta un pelo que anden vigilándome, pero creo que tengo que ser un poco responsable y no ponerme en peligro.

Clara decidió no comentar la muerte de Bea con su madre. solo habría conseguido ponerla nerviosa al saber que era muy probable que la hubieran asesinado por culpa del caso que investigaban y que la gente que se había visto de un modo u otro involucrada estaba en peligro. Intentó sonreír y cruzó los dedos esperando que su madre no se diera cuenta de lo forzado de su sonrisa.

–Oye, por cierto, ¿qué tal Marta? Hace unos cuantos días que no hablo con ella –preguntó de repente Clara intentando desviar la atención de su madre a un tema menos preocupante.

–¿Tu hermana? Pues como siempre, hija, ya la conoces, hay cosas que no cambian –repondió Sole poniendo los ojos en blanco.

–¿A qué te refieres?

–Tiene un novio nuevo y no me preguntes cómo se llama porque no tengo ni idea. Aunque creo que esta vez me tendré que aprender el nombre, porque parece que van en serio, llevan juntos ya tres semanas –dijo guiñándole un ojo.

Clara y su madre se reían pensando en la extensa lista de nombres que habían tenido que aprenderse hasta el momento. Marta y su hermana eran tan distintas… Clara era responsable, paciente, emprendedora e independiente. Marta, sin embargo, no tenía la paciencia entre sus virtudes y era impulsiva y soñadora. De alguna manera incomprensible, se complementaban. De esa forma que solo los hermanos son capaces de entender. De pronto, el móvil de Clara sonó en el recibidor, sacándola de sus pensamientos con un sobresalto. El café estuvo a punto de caérsele de las manos. La joven se levantó a ver quién era.

–Perdona, mamá, voy a ver quién me llama. Deben de ser Ismael o Andrés.

Sole tomó un sorbo de café y se metió en la boca un pedazo del bizcocho prometiéndose que sería el último. Observó la cocina ensimismada, no recordaba cuándo había puesto Clara aquella pizarra en la pared. Estaba llena de notas a medio tachar, otras a medio escribir. Desde luego, su hija necesitaba unos días de vacaciones.

De la mochila de Clara asomaban un montón de carpetas y, en una de ellas, el pico de una foto destacaba en una esquina. Sole tiró de ella sin pensar. Cuando se dio cuenta de que pertenecía a un crimen, la

guardó rápidamente para que su hija no pensara que estaba fisgando e intentó colocarla como estaba. Cuando su cerebro procesó el contenido de aquella foto la sangre se congeló en sus venas. La volvió a sacar muy despacio sin poderse creer lo que estaba contemplando. La cocina, la pizarra y el café dejaron de tener importancia.

–Era Ismael, mamá, dice que en un rato viene a buscarme… ¿mamá?

Al volver a la cocina, Clara se había encontrado a su madre totalmente petrificada. Por un segundo pensó que le había ocurrido algo grave. Después se fijó en sus manos, que sostenían una foto. De inmediato, Clara buscó la mochila donde la había dejado y se dio cuenta de que aquella foto era una de las que Ismael y Andrés le habían proporcionado. Entonces la ira se apoderó de ella, no entendía cómo su madre se había atrevido a mirarla.

–¡Mamá! Te he dicho mil veces que no te puedo contar nada. ¡No sé cómo te has atrevido a mirar esta foto!

Cuando descubrió que su madre no reaccionaba a sus reproches, que ni siquiera dejaba de mirar la foto, se asustó.

–¿Qué… te pasa, mamá? ¡Mamá!

La mujer, con una mueca de angustia en su rostro, miró a su hija y luego volvió a mirar la foto, repitió aquel movimiento varias veces. Después, con los ojos arrasados en lágrimas, consiguió abrir la boca para balbucear, tragó varias veces saliva y respiró hondo. Fue entonces cuando consiguió reunir las fuerzas necesarias para enfrentarse a su hija.

–¿Qué es esto, Clara? ¿Se trata de una broma macabra? ¿Se puede saber de dónde has sacado esta foto?

–Es… es el caso que estoy llevando con Ismael y Andrés. No tendrías que haberla visto. ¿Has visto más? –preguntó con preocupación a la vez que investigaba en la mochila.

–No, no he visto nada más.

–Mamá, lo siento, perdona que te riña, ¡es que no puedo contarte nada! ¡Ya lo sabes!

Clara observaba a su madre. Entendía que aquella foto era muy cruel y desagradable, no se esperaba esa reacción, su madre no era muy remilgada, sobre todo habiendo estado casada tanto tiempo con un policía.

–Ya sé que es horrible –comentó la joven mientras miraba la foto por última vez antes de volverla a colocar en su sitio.

–No, hija, no sabes lo horrible que es –contestó ella.

E ignorando la cara de desconcierto de su hija, comenzó a hablar.

–Te voy a contar algo que tenía que haberte contado hace mucho tiempo. Pensábamos contártelo papá y yo hace años, pero cuando enfermó y murió, yo no me sentí con fuerzas, lo fui dejando pasar y

ahora quizá sea demasiado tarde. No me odies, hija, por favor.

Sole hizo una pausa para volver a mirar la foto e indicó con un gesto a su hija que se sentara a su lado. Ella le cogió la mano al sentarse. Tenía una repentina sensación de angustia que no podía controlar.

–Hace veintiséis años tu padre y yo, tras varios intentos fallidos, decidimos abandonar la idea de tener hijos. Asumimos que no íbamos a ser padres jamás y fue muy doloroso, pero nos queríamos e intentamos superarlo juntos. Tu padre era un hombre maravilloso. A veces, incluso conseguía hacerme olvidar lo mal que me sentía por no poder ser madre. Varios meses después, el inspector Miguélez, que por aquel entonces era el jefe de tu padre, vino a casa. Era un buen hombre. Nos habló del caso que estaba llevando. Hacía un par de semanas habían encontrado a una mujer joven, muerta, molida a palos. La habían matado en presencia de sus dos hijos, un niño de siete años y una niña de dos.

A Clara empezaron a temblarle las piernas. No le gustaba el cariz que estaba tomando aquella conversación, estaba pálida y sudorosa. Sentía frío: era el miedo.

–El inspector Miguélez nos explicó que, al día siguiente de hallar a la mujer, habían encontrado muerto al padre –prosiguió con la historia–. Los dos niños permanecían en un orfanato e iban a entrar en una lista de adopción. El niño se había vuelto algo violento. Pegó dos veces a su hermana y en una de ellas le rompió el brazo.

Sin pensar, Clara se tocó el brazo con la mano, allí donde la fractura hacía tiempo que se había curado.

–Así que habían decidido darlos en adopción por separado –continuó con la historia–. El inspector pensó en nosotros. Le tenía cariño a tu padre y sabía que no habíamos conseguido tener hijos. Entonces nos pidió que nos hiciéramos cargo de ti, porque pensaba que así, al menos, tú tendrías una oportunidad… y la tuviste.

Clara respiraba entrecortadamente, lo que le estaba contando su madre parecía un mal sueño, no se podía creer que aquello le estuviera sucediendo. Al mismo tiempo era tan real…

–Eras preciosa. Tenías el pelo rubio y rizado, más rubio que ahora. La primera vez que te vi, llevabas un lazo azul, que destacaba entre tus rizos. Temblabas como una hoja cuando te cogí entre mis brazos. Eras tan frágil... Enseguida te amé, te quise en aquel mismo instante. Tres años después, me quedé embarazada. Papá y yo no dábamos crédito, después nació Marta. Fuimos felices, Clara, o al menos eso es lo que yo quiero pensar.

A Clara las lágrimas le nublaban la vista. No podía dejar de llorar. La niña con la que había soñado era ella. Soñaba con una niñez olvidada.

–¿Por qué no me has contado esto antes? ¡Debiste hacerlo! –preguntó Clara mientras se secaba los ojos, sentía una mezcla de miedo, ira e incomprensión.

–Lo sé, hija, ahora lo sé. El día que Miguélez nos pidió que nos hiciéramos cargo de ti, nos explicó que tu madre había muerto, con casi total probabilidad, a manos de tu padre y que no tenían ni una sola pista de quién había acabado con él. Llevaba una foto igual que ésta, yo me empeñé en verla. Bueno, era más antigua, claro. Quiero decir, que lo que era más antiguo era el interior del piso, la decoración… la distribución era igual, los dos niños abrazados en el sofá, la mujer en la misma postura, e incluso los muebles en la misma posición.

Clara observó la foto como si fuera la primera vez. Vio a la joven mujer en el suelo con la pierna derecha un poco doblada hacia atrás, el torso girado hacia la izquierda y los brazos en cruz. Tragó saliva como pudo, si le hubiera contado a su madre algo del caso, seguro que ya lo tendrían resuelto. No debía culparse por ello, había hecho lo correcto, aunque no podía evitar sentirse así. Cogió el teléfono para llamar a Andrés e intentar explicarle lo que le había contado su madre, no sabía ni por dónde comenzar. En ese momento sonó el timbre de la puerta. Clara dejó el teléfono y se dispuso abrir.

–Mamá, voy a abrir. Deben ser Ismael y Andrés. Tenemos que contarles todo, ellos sabrán qué hacer.

–Sí, hija, ellos sabrán qué hacer –respondió su madre con los ojos llenos de lágrimas.

Clara se acercó al recibidor y se secó los ojos con las manos. Entonces suspiró y abrió la puerta sin mirar: cometió el mayor error de su vida. Después se dio cuenta, pero fue tarde. Al girar el pomo, la puerta se abrió de golpe haciendo que la joven perdiera el equilibrio. La mirada de Clara se llenó de un terror indescriptible. Consiguió distinguir el traje y la corbata antes de caer al suelo inconsciente. El golpe en la cabeza dejó una pequeña marca de sangre en la entrada.

Al ver que su hija no regresaba, Sole salió al recibidor. La puerta seguía abierta, pero allí no había nadie, ni siquiera estaba Clara. Entonces supo que algo grave le había ocurrido a su hija justo antes de ver la sangre. Salió corriendo a la calle a tiempo de ver un pequeño coche rojo que se alejaba a toda velocidad. No había ni rastro de los policías que tenían que vigilar la casa. De inmediato, volvió a la cocina y llamó a la policía.

Cinco minutos más tarde los dos inspectores llegaban a casa de Clara. Se habían puesto en marcha a toda prisa tras recibir un aviso de los policías que vigilaban la casa. Un hombre de unos veinticinco años había intentado trepar a la parte de arriba de la casa por un lateral. Al verlo, los agentes corrieron en su búsqueda y le dieron alcance al final

de la calle. De pronto, vieron pasar un Peugeot rojo a todo gas, lo conducía un hombre con traje y corbata. De inmediato, se dieron cuenta de que había sido una trampa. El hombre del traje les había alejado de la casa para acceder a ella sin problemas.

El ratero permanecía en la parte de atrás del coche de la policía. Andrés estaba fuera de sí. Tenía la cara contraída en un gesto que era una mezcla de frustración y miedo.

–No quiero excusas, deberíais haber pedido refuerzos –dijo a los dos policías muy enfadado–. ¿No os disteis cuenta de que era una distracción?

–Andrés, la encontraremos –intentó tranquilizarlo Ismael–. No te preocupes. Uno de los agentes ha cogido la matricula, la están comprobando.

–De acuerdo –le contestó a su compañero intentando no mirar a los dos agentes. En aquel momento no podía soportar mirarles a la cara, aunque en su interior sabía que le podía haber pasado a cualquiera–. Vamos dentro. Hay que hablar con su madre, está muy alterada. Aún no me puedo creer que la tenga él.

–Lo siento mucho, señor. El ratero dice que un tío le pagó doscientos euros por subir a esa ventana y bajar, nada más –le explicó el agente.

–Ya. Me apuesto yo los doscientos a que ése que tenéis dentro del coche se llama Ricardo. El Ricar, vamos –respondió con sorna Andrés mientras Ismael se daba cuenta de por dónde iban los tiros.

–¿Cómo lo sabe, señor?

–Intuición femenina –ironizó él visiblemente enfadado.

Los dos policías se miraron el uno al otro y pusieron gesto de no entender nada. Los dos inspectores entraron en casa de Clara. Sole estaba muy alterada, intentando prepararse una tila, aunque sin mucho éxito. Una taza de colores yacía hecha añicos en el suelo, la que tenía en sus manos estaba a punto de correr la misma suerte. Había puesto a calentar agua en una tetera y había encendido el fuego que no era. Ismael le quitó la taza de las manos y la obligó a sentarse. Se encargó él de la tila, mientras Andrés se dispuso a hablar con ella si es que era capaz, cosa de la que no estaban muy seguros.

–Vamos a ver, Sole, respira hondo y explícame lo que ha pasado.

–Todo empezó cuando vi esta foto –dijo tendiéndole a Ismael la foto hecha en el salón de Roberto–, casi me da un infarto.

–No me extraña, es uno de los crímenes más desagradables que me ha tocado investigar –respondió comprensivamente Andrés–. Cuando hay niños implicados, además…

–No solo es eso –y comenzó a sollozar.

Los dos policías permanecían perplejos intentando comprender el motivo de aquellos sollozos. Unos minutos después, ya con la taza

humeante en la mano y tras tomarse unos sorbos, Sole pudo continuar hablando.

–Veréis –dijo dirigiéndose a los dos policías, que no se atrevían ni a respirar. Se habían dado cuenta de que la madre de Clara estaba a punto de darles una información muy valiosa. Podían acariciar la solución con sus manos y la sola idea les producía una extraña mezcla de alivio y terror. En realidad, ya hubo un crimen igual que éste hace veintiséis años. En ese crimen murió una mujer llamada Úrsula y su esposo, César. Tenían dos hijos, Victoria y Gonzalo. El inspector encargado del caso...

–Miguélez –dijo de pronto Ismael.

–¿Lo sabíais? –preguntó Sole con los ojos muy abiertos.

–Lo supimos anoche, lo que no estamos muy seguros es de por qué lo sabes tú –respondió Andrés perplejo.

–¿Veis esta foto? Es exacta a una foto que nos enseñó el inspector Miguélez a mi marido y a mí aquella noche, la única diferencia es el decorado, algo más propio de los ochenta. Mi marido era policía y trabajaba en la misma comisaría que él – dijo ella un poco más calmada.

–¿Te refieres a esta foto? –le preguntó Andrés mientras sacaba la foto del salón con la mujer muerta que les proporcionó el día antes el inspector Menéndez. No se podía creer que la madre de Clara supiera todo aquello.

–¡Sí, exacto! –exclamó–. Dios mío, si hubiera sabido antes de qué iba el caso que estáis llevando…

–Sí, habría ido todo mucho más deprisa. Ahora necesitamos saber más para encontrar a Clara –le pidió Andrés.

–Yo sigo sin entenderte, Sole –replicó Ismael un poco confuso.

Entonces ella se levantó a por su bolso, del que sacó su cartera, ante la mirada un tanto impaciente de los policías. Rebuscó hasta encontrar una pequeña foto. Se la tendió a los dos inspectores diciendo:

–¿Ahora me entendéis un poco mejor?

La foto que les dio Sole era de una niña pequeña, de unos dos años. Tenía el pelo rubio y rizado y en su cabeza llevaba un lazo azul. Andrés, perplejo, cogió rápidamente las fotos que les había proporcionado Menéndez y comparó la foto del salón, en la que se veía a los dos niños abrazados, con la que le tendía aquella mujer: Se trataba de la misma niña. Rápidamente reconoció los ojos color miel y el hoyito en la mejilla izquierda: era Clara.

–Se llamaba Victoria, al adoptarla le cambiamos el nombre. Su hermano se había vuelto algo “violento”. Le pegó dos veces, en una de ellas le rompió un brazo. Por eso decidieron separarlos –contó Sole a los dos policías, que, de pronto, se habían convertido en figuras de cera–. Clara era una niña adorable, enseguida olvidó aquello. El

psicólogo nos explicó que es un mecanismo de defensa que tenemos para desterrar de nuestra mente todo lo que nos amenaza. Sobre todo cuando somos niños.

– Clara debería saber todo esto –dijo Ismael preocupado.

–Se lo acababa de contar cuando se la han llevado. Ahora posiblemente llegue a su mente algún recuerdo –les explicó apenada y nerviosa.

–Hay que encontrarla –exclamó Andrés levantándose de un salto–, está en peligro.

–Es muy probable que el del traje sea su hermano –dijo de pronto Ismael–. ¿Sabes si le cambiaron el nombre a él también?

–Sí, claro. Él no era sospechoso, era una víctima, igual que Clara. Decidieron cambiar de nombre a los dos niños como protección, por si el asesino decidía volver a por ellos también.

–Y, por casualidad, no sabrás cómo se llama ahora, ¿no? –preguntó esperanzado Ismael.

–Claro que sí, se llama José Luis. ¿Por qué creéis que la tiene él?

–No estamos seguros, Sole, pero es muy raro que hayan recreado un asesinato de hace veintiséis años. Él estuvo allí.

–No puede ser, él tenía siete años cuando aquello ocurrió. Es imposible que un niño de siete años… ¿no?

–Muy probable no es, pero es lo único que tenemos –dijo Ismael mirándola directamente a los ojos.

Sole se limitó a asentir. Sentía un terror indescriptible ante la idea de no volver a ver a su hija. Le atormentaba el no haber podido hablar de lo de su adopción como merecía. Si no la volvía a ver, la última vez que había hablado con ella no había sido precisamente agradable. No podía pensar así. Tenían que encontrarla, tenían que traerla de vuelta. Cuando los policías se disponían a marchar en busca de su amiga, Sole cogió el brazo de Andrés y le miró fijamente.

–Tráeme a mi niña de vuelta, por favor –le pidió con el corazón roto.

Andrés se limitó a asentir y a estrecharle la mano con fuerza. Después, se encaminó a la puerta decidido y con una sola idea en su cabeza: encontrar a Clara.

Al pasar por el salón volvió la cabeza un segundo y miró dentro. Fue un momento, suficiente para que le llamase la atención.

–¡Ismael! ¡Ven, rápido!

–¿Qué ocurre? –preguntó el inspector volviendo a toda prisa a la casa de Clara. Sole también salió a toda velocidad de la cocina.

–Mira –dijo él señalando el salón.

Sole se tapó la boca con las manos. Ismael abrió los ojos y se encaminó dentro. El salón estaba exactamente igual que los escenarios de los crímenes.

–Me cago en la leche… –musitó Ismael mientras sacaba su móvil y llamaba a la comisaría. Los de la Científica tenían que ver aquello.

–Dios mío, eso significa que la va a matar –sollózó la madre de Clara–. No puede ser… encontradla, por favor. ¡Encontradla!

Los dos inspectores salieron de allí a toda prisa, encaminándose a la consulta del logopeda. Antes le pidieron a Sole que no tocara nada. Al salir, uno de los agentes llamó su atención.

–Lo siento, llevamos prisa, agente… –dijo Andrés quitándoselo del medio.

–Disculpe, señor, pero es que hemos identificado el coche. Es un Peugeot 107 rojo de tres puertas y pertenece a un tal José Luis Cantero –dijo el policía.

Andrés se puso al volante, arrancando el coche mientras musitaba un débil “gracias” al policía. Ismael casi tuvo que subirse en marcha. Las luces puestas, la sirena aullando y la agresividad al volante de Andrés fueron dejándoles vía libre por toda la ciudad. Los coches se apartaban a su paso como por arte de magia. Ni un semáforo les ayudó en su marcha, parecían controlados por su elegante asesino del traje para que tardasen más en atraparlo, pero Andrés ni se inmutó. Se los saltó a la misma velocidad, con su compañero incrustado en el asiento del copiloto y atrapado por un cinturón de seguridad que no parecía ser suficiente. La cara de Ismael estaba permanentemente contraída en una mueca de horror y tenía los nudillos blancos, casi transparentes, de agarrarse al borde del asiento. Habría obligado a Andrés a parar si su garganta hubiera sido capaz de emitir algún sonido y sus manos no estuvieran empeñadas en permanecer cosidas al asiento.

Al llegar a la consulta, dejaron el coche encima de la acera con las luces puestas y subieron los escalones de dos en dos. Entraron a la consulta palpando sus armas y enseñando la placa, haciendo caso omiso de la *barbi* de la entrada, que salió tras ellos taconeando.

–¿Qué está pasando aquí? –dijo Juan al salir. Cuando vio a los policías, la cara de enfado dio paso a la de preocupación–. ¿Ha pasado algo más?

–Necesitamos hablar de inmediato con José Luis. ¿Cómo se apellida? –preguntó Andrés.

–Cantero –contestó Juan– No ha venido hoy a la consulta. Ni siquiera ha llamado para avisar, y tenemos aquí más gente de la que podemos atender.

–¿Tiene una foto reciente de él? La del expediente es algo antigua – replicó Andrés.

–Claro. Voy a por ella. ¿Le ha pasado algo? –preguntó Juan cada vez más nervioso.

–Creemos que es el asesino –contestó Ismael sin dudar.

Al oírlo, Juan tardó menos de treinta segundos en conseguirles la foto de José Luis. Para entonces, Ismael y Andrés habían movilizado a toda la policía de la ciudad, incluido Menéndez, que salió a toda prisa sin colgar el teléfono. Distribuyeron la foto de José Luis y la de Clara a todos los coches patrulla, a todas las comisarías, pusieron controles en todas las carreteras y activaron las cámaras de seguridad de las autopistas. También distribuyeron la matrícula del coche y el modelo.

Andrés estaba tan nervioso que ni siquiera pensaba con claridad. Esta vez Ismael iba al volante. No le gustaba nada conducir, pero sabía que en aquel momento era mejor que su compañero no cogiera el coche. Al ir hacia la consulta casi chocan con un camión de reparto. Conducía sin saber adónde podría haber llevado a Clara el asesino, así que volvieron a la comisaría, donde el comisario les esperaba con un efectivo a punto de ponerse en marcha.

Ya en el despacho, se dispusieron a revisar lo que sabían del caso, a la máxima velocidad de la que eran capaces. El tiempo pasaba y no daban con ninguna pista del paradero de Clara. Entonces Andrés dijo:

–Buscaremos en todos los lugares donde han aparecido los cadáveres.

–Ya, pero los mantiene antes en otro lugar, ten en cuenta que a los hombres los viste tras matarlos y limpiarlos. Después los traslada. Es imposible que los mate al aire libre, tampoco tienen tierra o restos que indiquen que sea así.

–¡Mierda! ¡La va a matar, Ismael! ¡Ese maldito hijo de puta la va a matar!

–Poniéndote nervioso no la encontraremos, ¿de acuerdo? Hay que tranquilizarse y pensar.

En aquel momento, la puerta del despacho se abrió de golpe y dio paso a un inspector Menéndez rojo y sudoroso. Su respiración jadeante por un momento preocupó a los dos inspectores, parecía estar a punto de sufrir un colapso. Llevaba una foto en la mano.

–Creo que debemos mirar aquí –les dijo señalando la foto del cadáver del padre de Clara–. Al hombre lo encontraron en la puerta de un viejo teatro cerca de su casa, es posible que allí haya algún sótano o algún trastero o algo así.

–Es posible… creo recordar… –le interrumpió de pronto Andrés–, ¿dónde están los informes de las autopsias de los tres maridos?

–Toma, Andrés, en esta carpeta –contestó Ismael dándole unos papeles–. ¿Qué buscas?

–¡Aquí! –exclamó señalando una parte del informe y tendiéndoselo a Ismael al pasar–. Los cadáveres de los padres tenían bastante polvo en el pelo, pero ni tierra, ni hojas. Fueron asesinados en algún lugar lleno de polvo, que muy bien podría ser un sótano en un teatro abandonado, ¿no crees?

–¿En el pelo? ¿Y la ropa no? –preguntó Menéndez con una mueca de incredulidad.

–El asesino los vistió después –le explicó Ismael enseñándole las fotos.

–Ya, entonces es muy probable –coincidió Menéndez mirando las fotos de los cadáveres y fijándose bien en ellos.

–A ver…no sé… esa zona ha cambiado mucho desde entonces, Andrés –intentó razonar con él Ismael.

–Ya, pero no tenemos nada más– replicó a modo de respuesta mientras cogía la chaqueta–. Tú, si quieres, quédate buscando, yo me voy para allá, mira en los mapas o haz lo que quieras, yo necesito moverme o me va a dar algo.

–Yo voy contigo –replicó el inspector Menéndez.

–Eh, que no te vas a librar tan pronto de la competencia. Somos compañeros, ¿vale? –dijo Ismael mientras le daba una palmada en el hombro.

Por su parte, Andrés solo fue capaz de asentir con la cabeza.

Se pusieron en marcha con la esperanza de encontrar a Clara con vida y con la incertidumbre de si ya sería demasiado tarde.

Capítulo 22. La confesión

Clara despertó como de un mal sueño. En los últimos días ya había notado esa sensación, le dolía la cabeza y se sentía mareada. Intentó recordar… le vino a la memoria la mesilla de noche con el jarrón de lilas y mimosas. Ya se acordaba, era lo mismo que sintió el día que la agredieron. Su boca tenía un sabor metálico, extraño, era el sabor de su propia sangre. Al recibir el golpe se había mordido un poco la lengua, no parecía un corte muy profundo.

Se intentó levantar, despacio, recordando que la última vez había sentido un intenso mareo. Sus piernas y sus brazos no se movían. Sentía todas sus extremidades, que se hallaban prisioneras de unas gruesas cuerdas. Entonces se acordó de todo. Recordó el timbre de la puerta, recordó haber abierto sin mirar o sin preguntar pensando que eran los policías, recordó el golpe en la cabeza y recordó haber visto al hombre del traje en la puerta antes de caer inconsciente.

El asesino estaba delante de ella recreándose en su despertar; se parecían bastante. Llevaba el pelo perfectamente cortado y un traje hecho a medida con zapatos y corbata a juego.

–Hola, Gonzalo –saludó Clara a su hermano mayor e intentando que no se notara el temblor de su voz. Estaba decidida a no trasmitir el miedo que sentía.

Los recuerdos de Clara se agolparon en su mente. Fueron ocupando, uno a uno, las piezas del puzle que, por fin, giraron en la dirección correcta. Todo encajaba. Clara intentaba poner freno a esos recuerdos. Eran tan dolorosos que hubiera querido guardarlos para siempre bajo llave. Y allí estaban, libres y deseosos de volver a formar parte de ella, no se sentía con fuerzas de cerrarles el paso.

–Hola, hermanita –contestó por fin–. Parece que nos volvemos a ver, hacía tanto tiempo que no sabía de ti que incluso llegué a pensar que no habías existido más que en mi cabeza.

–¿Qué quieres de mí? –pregunto Clara.

–Te quiero a ti. Quiero acabar lo que empecé –respondió él de pronto mirándola con asco. Ella sintió un escalofrío.

–No sé qué quieres decir –replicó Clara intrigada.

Clara no quería hacer enfadar a su hermano. Él la había pegado en dos ocasiones, cuando tenía dos años y medio. No recordaba el dolor, pero sí la cara de Gonzalo mientras la pegaba. El odio que desprendían sus ojos ya habría sido suficiente castigo, los puñetazos y las patadas, sobraban, porque ella lo adoraba. Cada vez que su padre la tomaba con su madre, Clara recordaba cómo su hermano la

abrazaba y le cantaba canciones al oído para que no escuchara nada más. Tras el asesinato de sus padres, cambió. Se volvió huraño, retraído, desconfiado y tenía, permanentemente, una sombra siniestra en sus ojos color miel.

–¿Qué te pasó, Gonzalo? Yo te quería, y papá y mamá… –comenzó a decir Clara.

–¡Cállate! Sigues siendo tan estúpida... –dijo su hermano con el odio apoderándose de su voz–. Papá era un cerdo, mamá una zorra y tú… tú eres igual que ella.

–¿Por qué esas familias? ¿Por qué decidiste matarlos? –preguntó Clara.

–Por lo mismo que maté a nuestros padres –respondió fríamente Gonzalo.

–¡Tú! ¡Fuiste tú! Decían que te habías vuelto un poco agresivo, por eso me pegaste. Pero ¿tú el asesino de papá y mamá? Eso no es posible.

–¿No? ¿Y por qué no? ¿Porque era un niño pequeño? Tenía casi ocho años. Te contaré un cuento, Victoria, como cuando éramos pequeños.

–¿Por qué me llamas Victoria?

–Te llamas así, aquellos idiotas te cambiaron el nombre para que no te encontrara, supongo.

–Pero... –comenzó a decir ella.

–¡Cállate! ¿Recuerdas cuánto te gustaban mis cuentos? Verás: cuando tenía seis años, un día papá vino a buscarme muy temprano, aún no había amanecido. Me enseñó una pistola y me dijo: *Hoy te vas a convertir en un hombre. Vas a aprender a disparar*. Hacía mucho frío y yo no quería ir, quería quedarme en la cama durmiendo, pero a papá no se le decía nunca que no, ¿recuerdas? Me dejó ir tapado con una manta en el coche. Fuimos a un descampado y sacamos unas latas que llevábamos en una bolsa. Después papá las colocó encima de unas piedras, nos alejamos un poco y me enseñó cómo se disparaba. Tenía los dedos entumecidos, él me puso el índice en el gatillo. Estaba frío, muy frío, recuerdo que yo sentía el corazón latir a toda velocidad en mi pecho.

Clara permanecía perpleja ante la explicación, no se podía creer que su hermano, al que tanto quería cuando era niña, hubiera acabado con la vida de sus padres.

–La primera vez me hice sangre, no es nada fácil disparar, sobre todo si tienes seis años, pero se me daba bien. Después empezamos a ir todos los sábados, me encantaba. Estaba deseando que llegara el fin de semana para poder sentir aquel metal entre mis manos. Y la fuerza que salía de aquella pistola al disparar… era brutal. Tenía que colocar muy bien los pies para no caerme hacia atrás. Lo mejor de todo era lo

orgulloso que papá estaba de mí, lo veía en sus ojos. Bastante decepción tenía contigo y con mamá.

Gonzalo hizo una pausa y prosiguió.

– Cuando cumplí siete años, papá me empezó a llevar un domingo al mes a ver los toros. ¿Recuerdas? No, claro, eras demasiado pequeña. Tú te quedabas metida en las faldas de mamá, como de costumbre. A mí siempre me fascinaba ver caer al toro muerto cuando le clavaban la puntilla. ¿Has ido alguna vez a los toros, Victoria? Después de vapulearlos, torearlos y hacerles correr por toda la plaza, les ponen banderillas, y, cuando el torero les clava el estoque, no siempre acierta. A veces, el animal no muere de inmediato, agoniza, sufre. Entonces se utiliza la puntilla, se le clava en la nuca y el animal muere antes de caer al suelo. Cuando aquella tarde vi a mamá en el suelo, comprendí lo que tenía que hacer. Era igual que un toro que agoniza. Recuerdo cómo cogí un cuchillo del cajón, uno cortito que usaba ella para pelar las patatas, el del mango azul. Éste –dijo sacando el cuchillo del bolsillo–. Mamá lloraba sin poderse mover, sangraba por la nariz y la boca, se estaba muriendo. Entonces la gire y se lo clavé. Cuando la puse otra vez boca arriba, vi cómo sus ojos me lo agradecían, mientras la vida se le escapaba.

Clara se obligó a respirar hondo y a tragar las lágrimas, no quería poner nervioso a Gonzalo, pese a que estaba aterrorizada.

–No puede ser, tenías siete años, Gonzalo, no puede ser.

–¿Por qué no? No es tan difícil, ¿sabes? De todos modos, no estaba realmente viva.

–¿Y papá? –preguntó.

–¿Papá? Él pegaba a mamá un día sí y otro también. Al principio me parecía un cerdo, luego lo comprendí todo, me di cuenta de por qué lo hacía. No tenía más remedio. Mamá era una estúpida y siempre le hacía enfadar. Cuando papá no estaba enfadado, me llevaba con él, me contaba historias, me cogía de la mano y me decía: Éste es m*i chico*. Por culpa de mamá, a veces me pegaba. Una vez me hizo saltar un diente. Sangraba mucho, ¿sabes?

Clara estaba muy nerviosa. solo tenía que mirar los ojos de su hermano para saber que la iba a matar, que el Gonzalo que ella conoció hacía mucho tiempo y que hasta hacía un rato no había vuelto a recordar ya no existía. Y nadie sabía dónde la tenía retenida, no la encontrarían a tiempo. Al menos intentaría enterarse de por qué había acabado con la vida de aquellas personas y cómo lo había hecho, se lo debía. Mientras tanto, intentaba, sin éxito, deshacer el nudo que coronaba la cuerda en sus muñecas.

–Cuando mamá estaba muerta –prosiguió Gonzalo–, te lleve a la cama y te canté una canción hasta que te quedaste dormida. Entonces cogí la pistola y fui en busca de papá. Sabía dónde se escondía a

dormir la mona. Aquí, en el sótano del teatro. Había trabajado aquí hacía años como conserje y se conocía el teatro de cabo a rabo, así que sabía que había una puerta que cerraba mal y uno de los días me lo contó. Cuando llegué estaba borracho, no hacía más que llorar y beber. ¡Qué asco! Le hice salir del sótano como pude. El muy hijo de puta quería a mamá. Después del infierno que ella le hacía vivir, él la seguía queriendo. Al llegar a la calle, yo le estaba esperando con la pistola en la mano. Puse las piernas separadas como él me enseñó, así –dijo mientras se colocaba igual para que Clara lo admirase y apuntaba hacia la nada con los dedos.

Ella no le quitaba los ojos de encima, aterrorizada. Sus manos seguían intentando, sin éxito, librarse de las cuerdas, lo que provocaba que se le incrustaran más en sus muñecas. Observó alrededor, no encontró nada que pudiera ayudarla, ni siquiera un cristal roto o una piedra afilada. Allí había muebles viejos, papeles, excrementos de animales y polvo, mucho polvo que se le metía en los ojos y los hacía llorar. Clara no quería que él pensara que era débil, así que aguantaba como podía.

–Disparé apuntándole a la cabeza y acerté de lleno en mitad de la frente, a la primera. Estoy muy orgulloso de aquel disparo, ten en cuenta que solo tenía siete años. Papá murió antes de comprender nada, ni siquiera creo que llegase a saber que fui yo el que le disparó. Pobre diablo...

–Entonces piensas que hiciste justicia, ¿no? –se atrevió a decir Clara.

–¿Que si lo pienso? ¡Es que realmente hice justicia! Cuando tú y yo acabamos en aquel orfanato, todo cambió. Pensé que nos iban a llevar a vivir con otra familia que fuera normal. Pero no, acabamos en aquella ratonera llena de mocosos llorones. Y tú, para colmo, te convertiste en uno de ellos. No te podía soportar, te habías convertido en mamá. Te pegué, pero no cambiaste en absoluto, seguías siendo una llorona que se asustaba de todo: de los ruidos, de las sombras, de los sueños... Entonces comprendí lo que había sufrido papá.

–Papá bebía, Gonzalo, por eso pegaba a mamá. Ella era la persona más dulce y cariñosa del mundo y a él nunca le parecía suficiente –se la jugó Clara.

–Cuando te dieron en adopción –siguió su hermano como si Clara no hubiera dicho nada–, me obligué a olvidarme de que habías existido y, con los años, casi lo consigo. Hasta que conocí a aquellos niños pijos. María se parece a ti, ¿sabes? Cuando vi cómo Hugo abrazaba a su hermana, tu recuerdo volvió para torturarme. Un día, su madre vino a buscarlos a la consulta. Intentaba tapar un enorme hematoma que sobresalía de las inmensas gafas de sol que ni siquiera se quitó para entrar a la consulta. Entonces, me colé en el despacho de

Juan y leí los historiales. Cuál fue mi asombro, cuando encontré otras dos parejas de hermanos igual que ellos. Así que comencé a seguirlos y a estudiar sus costumbres. Me colé en sus vidas, y el resto está a la vista. Incluso encontré una pareja más...

–¿Hay más niños? ¿Quieres decir que has matado a otra mujer...?

– No les queda mucho, créeme. Ya sé dónde encontrarlos.

–¿Y yo? ¿Dónde entro yo en la historia? –preguntó Clara llorando, había dejado de intentar disimular. Temblaba de pies a cabeza presintiendo que su fin estaba cerca.

Hasta el momento había aguantado, saber que al morir ella era muy probable que su hermano acabase con una pareja más fue demasiado.

–¿Tú? Pues… un golpe de suerte. ¿Recuerdas a Lorena? ¿La cría ésa que dejó de hablar cuando te hiciste cargo de ella? El psicólogo recomendó la ayuda de un logopeda, y tu amiguita la psicóloga, la drogata, ya sabes, la trajo a la consulta. Después, al salir, vi cómo tú estabas esperándolas. Reconocí de inmediato tus ojos color miel y tú hoyito en la mejilla izquierda, así que te investigué. No me podía creer que te hubiera encontrado y menos de esa forma, ya ves, parece que ése era mi día.

–¿Y Bea? Has sido tú, ¿verdad?

– ¿Bea? ¿Quién es Bea? ¡Ah, la yonqui! ¡Ja, ja, ja! Eso ha sido muy, pero que muy fácil. Estaba siempre colocada, siempre buscando una pastilla, una raya, un tío con el que ligar...

–¿Por qué dices eso? ¿Tanto crees que la conocías?

–Bueno, me la follé el otro día en una fiesta. Estaba bien buena. Y además hablaba mucho cuando estaba colocada. Me contó cosillas muy interesantes sobre ti y sobre los mocosos ésos a los que proteges.

–Pero ella ya no estaba en el caso, la habían echado, estaba suspendida de empleo y sueldo.

–¿Ah, sí? No tenía ni idea. Y se ve que ella tampoco, porque subió esa noche a la consulta e intentó forzar la cerradura –le explicó él.

–¿Para qué iba a hacer eso? –preguntó Clara en un intento de ganar tiempo.

–Parece que quería recuperar su puesto, porque buscaba en el sitio adecuado. Una pena que la echarais, era más lista que vosotros. Y tuve suerte de que no te llamara para contarte sus “ideas” porque se lo habrías dicho a tu novio.

–Yo no tengo novio –replicó Clara más para ganar tiempo que para darle ningún dato a su hermano.

–¿Y el tío ése con el que te acuestas? La casa en la que te quedabas es suya, ¿no?

Clara abrió la boca para decirle que se quedaba en casa de Ismael solo por precaución, por el atraco que había sufrido. Al darse cuenta de que aquel robo lo había planeado él, volvió a cerrar la boca y

guardó silencio.

Entonces pensó en lo que Gonzalo acababa de contarle, que Bea había descubierto algo y había intentado investigarlo por su cuenta. Clara suponía que lo había hecho para que ella la ayudara a recuperar su trabajo. Bea estaba muerta por su culpa. Ahora que lo pensaba, todas esas familias habían muerto por su culpa, por el odio irracional que su hermano le tenía desde que les dieron en adopción. No podía cargar con todo aquello. Por un momento casi se alegró de saber que su vida estaba a punto de acabar.

–No entiendo una cosa, Gonzalo, ¿cómo conseguiste que los padres dieran una paliza de muerte a sus mujeres y que sus hijos no dijeran nada? –preguntó Clara ya sin nada que perder.

–Bueno, eso fue lo más difícil. La gente ve lo que quiere ver y oye lo que quiere oír. Me introduje en la vida de los tres hombres. Me hice imprescindible para ellos. Cuando nuestra amistad, o necesidad, como quieras llamarlo, se hizo lo suficientemente sólida, hablé con Román, él fue el primero. Su amor a la religión era enfermizo. Le convencí de que su esposa se acostaba con otro hombre y de que estaba embarazada. No lo soportó, era un hipócrita y un cerdo. Su marcada educación religiosa hizo el resto. Le dio tal paliza que la dejó inconsciente. Después, me llamó. No podía creer que me estuviera resultando tan fácil. Román estaba tan nervioso, que ni siquiera lograba explicarme lo que había pasado. Entonces fui a su casa, le hice creer que ella estaba muerta y que le iba a ayudar. Le mandé venir aquí y que se escondiera. Se despidió de sus hijos y les explicó que no iba a regresar y que su mamá iba a dormir mucho tiempo. Fue idea mía, una gran idea, por cierto. Después, se marchó. Más tarde convencí a Hugo de que si hablaba de esto con alguien, mataría a su hermana. Con eso bastó. Cogí el cuchillo de mi bolsillo y lo usé sin pensarlo dos veces. Un charco de sangre se fue formando alrededor de la cabeza de la mujer. En sus ojos, de nuevo, el agradecimiento. Igual que mamá, Victoria. Después, coloqué los muebles del salón como los teníamos nosotros en casa. También tuve que colocar a la chica en la posición correcta, igual que había quedado mamá, y le dije a Hugo cuál era la frase que tenía que decir en cuánto le preguntaran. Los dejé sentados en el sofá y me fui.

Clara lloraba pensando en la grabadora de Bea. Si en aquel momento hubiera podido grabar toda esta conversación, al menos Gonzalo no quedaría impune, aunque ella no pudiera verlo.

–Antes de venir aquí, me pasé a ver al padre de Roberto, ya sabes, Alberto. Ése sí que fue fácil. Le pillé borracho como una cuba en un bar cerca de su casa y le obligue a hacer lo mismo. A ese ni siquiera me hizo falta darle algún motivo, estaba deseando pegarla. Dentro de su casa, la misma operación. Incluso estuve a punto de acabar también

con ellos, con los niños, digo.

A Clara se le aceleró el corazón. ¿Era posible que su hermano hubiera matado también a los niños? Lo miró a los ojos y supo que sí. Un escalofrío le recorrió la espalda. Mientras, Gonzalo seguía hablando.

–El crío no hacía más que llorar, parecía una niñita asustada. Coloqué los muebles, maté a la chica y amenacé al crío. Sabía que el niño no hablaría jamás, incluso hubiera jurado que se había meado encima. El imbécil de Alberto se había dormido, medio tirado en el sillón, había bebido demasiado. Le espabilé un poco y me lo traje al teatro. Cuando llegué aquí Román estaba aterrorizado, quería ir a la policía. Le dije que se tranquilizara y le ofrecí un poco de coñac. En la botella había metido una buena dosis de tranquilizantes. Se bebió dos copas de golpe. Mientras, obligué a Alberto a tomarse una copa también. Para que no me dieran problemas. Los dos cayeron inconscientes. Tenían para varias horas. Después fui a la consulta, porque ese día había bastante trabajo. Cuando volví, Alberto estaba despierto. Normal, aguantaba mejor el alcohol por la costumbre. Estaba fuera de sí, así que le disparé. Se le puso la ropa hecha una porquería. Así que después, senté a Román en aquellas sillas de ahí, me puse delante de él y disparé. Les di el tiro a los dos en el mismo sitio que a papá, como un homenaje. Más tarde me pasé por sus casas y les cogí algo de ropa. Después, los desnudé. Quemé la ropa llena de sangre y los vestí. Quería que tuvieran buen aspecto cuando los encontrara la policía. Supongo que ya sabes adónde los llevé.

–¿Y los casquillos? Encontraron uno al lado de Román y otro al lado de Ángel, pero faltaba uno.

–Bah, es que soy un poco sentimental. Cuando maté a papá lo cogí, pero estaba caliente y me asusté, así que se me cayó al suelo. Recuerda que solo tenía siete años –le explicó su hermano como si la que tuviera siete años fuera ella–. Entonces decidí que uno me lo quedaría como recuerdo. Los otros dos los dejé aposta para despistar un poco más a la policía.

–Cometiste un pequeño error, ¿sabes? –dijo Clara de repente–. Papá era daltónico y tú también. ¿Sabías que es genético? Cuando los volviste a vestir, no tuviste en cuenta los colores. Pusiste un calcetín de cada color a cada hombre. También mezclaste la ropa.

–Vaya, no existe el crimen perfecto, ¿verdad? –sonrió él pensando en aquel dato, después miró a su hermana con aprobación–. Aunque estarás de acuerdo conmigo en que me ha salido bastante bien.

Clara no pudo reprimir una mueca de asco. Las manos y los pies se le estaban entumeciendo. No podría soltarse jamás, sus amigos no la encontrarían con vida.

–El más difícil fue el padre del tercer crío, Nico. Jamás he visto

familia más empalagosa que ésa. Adoraba a su mujer, el muy estúpido, como si fuera su madre. No hubo manera de convencerlo de que su mujer se la pegaba con otro. Incluso me amenazaron con llamar a la policía. Eso no lo podía consentir. Barajé la posibilidad de matarlos y punto. Pero no es eso lo que yo quiero, yo quiero hacer justicia.

–Entonces, ¿por qué los mataste? Pensé que los habías elegido a ellos porque eran como papá y mamá.

–Y lo eran, lo que pasa es que luego disimulaban. Un día llegó a la consulta la madre de Nico con otro tío que no era su marido, un tal Tomás. Se les veía muy bien, demasiada complicidad. No hacían más que bromear entre ellos y reír. La mujer llevaba el brazo vendado. Cuando salió Nico, se abalanzó a los brazos del tal Tomás, como si le conociera mucho, ¿sabes? La muy zorra se la estaba pegando al empalagoso de Ángel con otro tío y encima el crío estaba al tanto. Lo que pasa es que el marido no se lo quiso creer.

–Estás enfermo, Gonzalo. Tomás era hermano de Ángel, no había nada entre él y Elsa, solo eran familia.

–No me lo creo, sois todas igual de zorras. El caso es que un día llegué a su casa y los pillé a los cuatro en el salón, pintando y dibujando. Les amenacé con la pistola y me acerqué a Ángel. Le dije que, o pegaba a su mujer hasta que cayera inconsciente, o les ataría y les obligaría a mirar cómo violaba y mataba a sus hijos, provocándoles el mayor sufrimiento que pudiera. Y funcionó. Ángel se resistía, su mujer le pedía llorando que la pegara. ¡Por Dios, Ángel, mátame si hace falta, pero salva a nuestros hijos, por favor! –gritó Gonzalo imitando la voz de la mujer mientras suplicaba–. Joder, era asqueroso, destilaban tanto amor que me producían náuseas.

–¿Entonces por qué lo hiciste? –preguntó ella con los ojos anegados de lágrimas.

–¡Porque fingían! –gritó él, enfadado, mientras Clara negaba una y otra vez con la cabeza–. Cuando por fin ella cayó inconsciente, obligue a Ángel a venir aquí a punta de pistola. Antes de entrar, conseguí que se tomara dos vasos de coñac. Después, le quité la ropa, le disparé y le volví a vestir. Cuando la policía lo encontró, yo estaba entre los mirones. En sus caras vi que les llevaba mucha ventaja. Realmente esto se me da muy bien.

Clara ya no sabía qué preguntarle. Si no ganaba tiempo, moriría muy pronto. Sintió el miedo calándole los huesos; su hermano era un monstruo. No pudo evitar pensar en Hugo, llevaba el mismo camino que Gonzalo, aunque con una ventaja a su favor: su familia. Ellos no dejarían que le ocurriera lo mismo.

–Bueno, hermanita, te toca. No debí dejarte con vida aquel día. No volveré a cometer el mismo error. No dejaré que seas como mamá.

Con un rápido movimiento apuntó con su pistola a la cabeza de

Clara, entonces se lo pensó. Subió la pistola y miró a la joven con detenimiento. Dio una vuelta alrededor de ella para ponerla, si cabía, más nerviosa. Entonces sacó el cuchillo de su bolsillo y se acercó a su hermana. La agarró del pelo con fuerza y tiró hacia un lado mientras con la otra mano acercaba el cuchillo a su nuca.

Una detonación resonó en la habitación y el joven dio una sacudida; el cuchillo cayó junto a la chica y ella abrió los ojos al oír el sonido metálico que hizo al caer. Clara pudo ver la sangre que caía por la mano de su hermano, alguien le había disparado. Intentó darse la vuelta para ver quién era, pero, justo en ese momento, Gonzalo subió la otra mano con un arma apuntando a los ojos de Clara y quitó el seguro con un chasquido. Ella solo pudo cerrar muy fuerte los ojos mientras su vida pasaba por delante de ellos en décimas de segundo. El disparo sonó furioso y algo le cayó a Clara encima de las piernas provocándole un terrible dolor. Cuando por fin se atrevió a abrir los ojos, se encontró con el cuerpo de su hermano encima de ella: estaba muerto. Giró la cabeza para mirar las sombras que se movían a su alrededor. Ismael, Andrés y varios agentes se acercaban desde cada rincón con las armas preparadas. Uno de ellos acababa de salvarle la vida.

–Clara, ¿estás bien? –acertó a preguntar Andrés.

Ella los miró y no fue capaz de articular palabra. La tensión de aquellos últimos minutos había sido demasiado grande. Entonces perdió el conocimiento. Soñó con su infancia, con sus dos madres, con el padre que de verdad la quiso. Soñó con su hermana, Marta, a la que adoraba. Soñó con Gonzalo, al que no era capaz de guardar rencor. Cuando despertó, estaba en brazos de Andrés. Ismael hablaba por teléfono sin parar y unas sirenas sonaban en la lejanía.

–Andrés, me has salvado la vid… –intentó decir Clara.

No pudo terminar la frase. Andrés cubrió los labios de Clara con los suyos. Le daba igual quién estuviera allí, quién les viese, quién hablase de ellos. Era tal la felicidad que sentía de tener a Clara con vida entre sus brazos... Cuando ella cedió a su beso y pasó los brazos por su cuello, él se sintió el hombre más feliz de la tierra.

Ismael siguió hablando por teléfono, mientras una sonrisa cubría su rostro.

–Tengo tanto que contaros… –dijo Clara–. Es mi hermano, Andrés. Todo esto era por mí. Lo siento tanto… me lo contó todo. ¡Todo! También mató a Bea, ha muerto por mi culpa.

–Lo sabemos, estábamos aquí. Tenemos que pedirte perdón –se disculpó Andrés mientras le enseñaba una grabadora–. La trajo Menéndez, es de la vieja escuela, ya sabes. El inspector Miguélez llevaba una consigo en los últimos años. Se la regaló a Menéndez antes de morir. La lleva siempre encima. Sé que habrás pasado mucho

miedo, pero le teníamos a tiro en todo momento. Si en cualquier fracción de segundo hubiéramos pensado que corrías peligro, habríamos disparado, te lo prometo.

Clara se abrazó aún más a él y murmuró: “Gracias”.

Tres patrullas y dos ambulancias llegaron al antiguo teatro con las sirenas puestas. El coche del comisario iba con ellos. Rápidamente el comisario Gálvez se acercó al sitio donde estaban Clara y los dos inspectores.

–¿Estás bien, Clara? –preguntó con preocupación.

–Sí, gracias –contestó ella secándose las lágrimas.

–¿Están seguros de que es él?

–Totalmente, tenemos su confesión, señor –dijo Andrés tendiéndole la grabadora–, no hay ninguna duda.

–¿Quién efectuó el disparo?– pregunto entonces el comisario pillándolos por sorpresa.

–Fui yo –contestó Ismael rápidamente.

–No, comisario, yo disparé –le contradijo Andrés.

–Hagan el favor de ponerse de acuerdo –les pidió el comisario–. No sean niños.

Entonces Andrés cogió su arma y su placa y se las entregó al comisario.

–He sido yo –contestó rotundamente Andrés mirando a los ojos de su compañero–. Yo hice el disparo que le mató. Ismael le había disparado primero en el hombro.

Clara no entendía lo que estaba pasando. Andrés iba a perder su trabajo por ella. No lo podía consentir.

–¡No, no! ¡no puede ser! –exclamó indignada–. Andrés me salvó la vida. No pueden suspenderlo por eso, no es justo.

–No, tranquila, Clara –le explicó el comisario–. No van a suspender a nadie. Es el procedimiento habitual cuando un policía mata a un sospechoso. Los de asuntos internos tienen que investigarlo. Son las normas, no te preocupes.

–Además, aquí el caso está muy claro, tenemos la confesión del asesino y varios testigos que vieron cómo te apuntaba a la cabeza dispuesto a disparar. Así que será cuestión de un poco de papeleo y me devolverán la placa y la pistola –la tranquilizó Andrés–. Así tendré unos días libres, que buena falta me hacen.

–¡Qué susto! Creí que te iban a despedir.

–Tranquila, Clara, que tu novio no se queda sin trabajo –dijo maliciosamente Ismael.

–¿Novio? –preguntó el comisario arqueando las cejas–. ¿Es que me he perdido algo?

–Bueno, me parece que se ha perdido usted todo –contestó Ismael con cara de triunfo–. Pero si quiere, después del papeleo, le invito a

un café y le pongo al día. ¡Ah! Y, por cierto, esta vez el tanto me lo apunto yo.

–Touché, Zapico. Espero que siga siendo de mi equipo, nos vamos a divertir mucho a partir de ahora –contestó con cara divertida el comisario– ¿Sabe? Sería usted un gran compañero de mus. Por cierto, ¿le gusta jugar al mus?

–Comisario, cuando le realicen la autopsia –pidió Clara señalando el cadáver de su hermano–, ¿me dejará que me encargue de su entierro?

–¿Te has vuelto loca, Clara? ¿Por qué tendrías que hacer eso? Hay medios… –comenzó a decir el comisario.

Clara se dio cuenta de que el comisario no tenía ni idea de quién era el asesino. Por eso le interrumpió.

–Espere, comisario Gálvez, es que usted aún no ha oído la cinta. Ése de ahí es mi hermano Gonzalo.

–¿Cómo dices? ¿Tu hermano? No entiendo nada –confesó perplejo el comisario–. Ni siquiera sabía que tuvieras un hermano. Además pensé que se llamaba José Luis…

–Vámonos a la comisaría y se lo voy explicando por el camino, señor –dijo solícito Ismael–, y así también contribuimos a que la parejita pueda estar a solas.

Andrés vio cómo se alejaban el comisario e Ismael hacia el coche. Entonces, se dio la vuelta, abrazó a Clara y le susurró al oído: “Hoy sí que duermes en mi casa”.

–De acuerdo –contestó Clara–, porque además en la mía estará mi madre.

Se alejaron de aquel horror con la única idea de olvidar cuanto antes todo aquello.

Capítulo 23. Adopción

Clara y Andrés llegaban a la casa de acogida. Habían pasado dos meses desde aquel horrible día, dos meses de auténtico infierno. Clara lloraba a todas horas sin motivo aparente, tenía pesadillas, ataques de pánico... la paciencia de Andrés no conocía límites. Se había instalado en casa de Clara, tras pasar dos semanas seguidas sin aparecer por su piso. Era ridículo y los dos lo deseaban.

Sole intentó, sin éxito, quedarse a vivir con Clara durante una temporada. Al principio sufrió mucho. Pensaba que su hija le guardaba rencor por haberle ocultado ese secreto durante tanto tiempo. Cuando su hija estuvo mejor, se presentó en casa de su madre con una gran tarta de fresas en una mano, la favorita de Sole, y Andrés en la otra. Aquel día madre e hija se sinceraron por fin, las dos lo necesitaban. Clara quería a su madre con locura y jamás dejaría de quererla, hiciera lo que hiciera; además entendía sus motivos. Le hizo prometer que entre ellas nunca más habría secretos. Aquel día, Sole descubrió que se sentía más unida a ésta, que no era su hija biológica, que a la que sí lo era.

Esa noche iban a celebrar en la casa de acogida la adopción de Lorena. Siempre lo hacían. Cada vez que alguno de esos niños era adoptado, lo celebraban por todo lo alto.

Esa tarde, habían dejado a Lorena por fin en su nueva casa, con sus nuevos padres. Si Lorena era feliz, no era nada comparable con lo felices que eran sus padres adoptivos. Estaban hechos para estar juntos. Clara sonrió al recordar el abrazo de la niña cuando se despedía de ella. Prácticamente le había cerrado la puerta en las narices para disfrutar ella solita de sus nuevos papás. La echaría de menos.

Clara enseguida se había puesto a preparar las adopciones de Ruth y Susana, que las tenía un poco olvidadas. Cuando se sentó en la mesa, sacó de su mochila unos papeles que eran bastante más importantes y se los entregó a Laura con una sonrisa.

–Espero que sepáis lo que hacéis, esto es muy peligroso –bromeó Clara.

–Ya no hay vuelta atrás –contestó Julián.

–Gracias –atinó a decir Laura mientras las lágrimas corrían libremente por sus mejillas.

–Roberto –se dirigió Clara al niño–, ¿recuerdas que te dije que te iba a conseguir a los mejores papás del mundo y que vivirían cerca de aquí para que tú y yo pudiéramos vernos?

–Sí –murmuró el niño algo perplejo.

–Entonces deberías saludar a tus nuevos papás, ¿no crees? –le dijo mientras señalaba a Laura y a Julián.

El niño abrió mucho los ojos, dejó el tenedor en el plato. Bueno, más bien se le cayó de las manos por la impresión. Clara se sintió de pronto nerviosa. No había contemplado la posibilidad de que Roberto no aceptara a Julián y a Laura como sus nuevos padres. ¿Y si no los quería? ¿Y si él prefería salir de aquella casa? Las crisis de ansiedad al estar cerca de Julián habían remitido por completo, pero de ahí a que le aceptara como padre…

–¿Es una broma? –preguntó Roberto con un hilo de voz.

Clara negó con la cabeza y Roberto, literalmente, saltó por encima de Andrés a los brazos de Laura. Se fundieron en un abrazo. Nadie consiguió separar esa noche a Roberto de su nueva madre.

De pronto, el timbre rompió el hechizo. Julián se levantó para abrir la puerta y volvió seguido de Ismael, quien venía acompañado de una mujer muy guapa. Clara aún no la conocía, pero Andrés había sido testigo directo del período de enamoramiento que estaba pasando su compañero. Le contaba que el siempre correcto y ordenado inspector se había convertido en un hombre descuidado, desordenado, distraído, y que era la comidilla de la comisaría. Hasta que pocos días atrás no había podido más y se lo había confesado a Andrés. La mujer llevaba un atuendo sencillo. Una camisa roja cruzada y unos pantalones vaqueros. En sus pies destacaban unas sencillas sandalias rojas y negras que hacían juego con el bolso, del mismo material. El pelo liso y suelto, hasta los hombros, castaño, perfilado con unos mechones rubios que resaltaban el tono bronceado de su piel. Iba un poco maquillada, tan suave que ni siquiera se notaba. A Clara le gustó enseguida. Miró a Ismael, quien parecía estar hipnotizado por aquella hermosa mujer. La chica se dio la vuelta para coger la mano de Ismael como tomando fuerzas para enfrentarse a la escrutadora mirada de todas aquellas personas, y Clara vio en sus ojos que aquella muchacha estaba totalmente enamorada de él. Inconscientemente, Clara se abrazó un poco más a Andrés, el cual besó su frente y le apartó el pelo de la cara. De repente se sintió inmensamente feliz. Tras las presentaciones, la chica, que resultó llamarse Rosa, preguntó a Roberto:

–¿Y tú cómo es que estás levantado a estas horas? ¿Cómo te llamas?

Roberto se quedó mirándola y, cogiendo la mano de su nueva madre, dijo:

–Me llamo Roberto, tengo siete años y mi madre se llama Laura.

FIN

Agradecimientos

El dia que llegó a mi s manos el primer ejemplar de mi primer libro y vi mi nombre escrito en él, me costó pensar que, tres años después, llevaría a mis espaldas, cinco libros más. Y aquí está, un nuevo reto, una nueva aventura y siempre con la misma ilusión.

En este tiempo son muchos los que me han animado con un : “Para cuándo sale el siguiente?, “¿Cómo va ese libro?”, “¿Lo tendremos este verano?” Yo solo puedo pensar que, ojalá tuviera más tiempo, ojalá tuviera más manos... porque lo que hace que este sueño mío sea cada día más real, es la gente que forma parte de cada uno de mis proyectos.

En primer lugar (sobre todo porque si no, cuando sean mayores me lo van a tener en cuenta) doy las gracias a mis tres soles por no dejarme más que pequeños ratos libres que utilizo como si fueran de oro para poder escribir. Y por el resto de los ratos que no tengo tan libres, pero que me hacen sentir tan viva y tan completa.

A mi familia por estar, por ser, por existir... y por leer tantas veces esta novela con sus miles de cambios sin rechistar más que para aportar más ideas.

Papá, a tí porque lo habrías leído el primero, aunque me lo hubieras tenido que arrancar de las manos.

A mis amigos y compañeros, los que estáis siempre ahí, incondicionales para apoyarme, darme un millón de ideas, animarme e inflarme a cafés (que buena falta me hacen a veces).

A Ana y su boli rojo, que corrige lo incorregible, cuya tinta nunca se acaba. ¿Dónde lo compraste?

Y a Sara... porque tú has marcado un antes y un después (y porque te echo de menos, qué narices)

Biografía

Reyes Martínez nació en Gijón en 1972. Es técnico especialista en radiodiagnóstico desde 1993. Desde 2007 reside en Gijón (Asturias) compaginando el trabajo en un hospital, su labor de ama de casa y madre de tres hijos, con su afición a la escritura.

Hasta el momento tiene ocho obras publicadas, cuatro dirigidas a niños mayores de ocho años: “Candela y el misterio de la puerta entreabierta”, “Candela y el rey de papel” (estas dos obras actualmente publicadas por Bambú editorial, de Casals editorial) “Candela y el cocinero de sueños” y “Candela y el tren de las palabras clandestinas”. Todas ellas han sido acogidas con gran aceptación entre el público infantil y juvenil.

También tiene dos novelas policíacas, “El arcano número 13” y “Me llamo Roberto”, con las que se embarca en sendas aventuras, esta vez para adultos.

Tras el éxito de ambos géneros, destina dos novelas al público juvenil: “Siete formas de perder el pelo y “Diseña a tu familia. Pincha AQUÍ”, dos divertidas aventuras con la amistad, la solidaridad y la importancia de la famila como tema de fondo.

Con “El primer pecado” que podría considerarse una continuación de “El Arcano número 13”, repite género policíaco, en una inquietante historia donde todos ocultan algo.

Table of Contents